

CLARA FUERTES

Golondrinas en agosto

*De la autora de **Agua de Limón***



Golondrinas en agosto

Una larga despedida

Clara Fuertes

Edición: diciembre de 2024

Título: *Golondrinas en agosto*

© 2024 Clara Fuertes

Portada: Alexia Jorques

Fotografía de la portada: Joseba Urretavizcaya

©Todos los derechos reservados

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que continúe publicando libros para todos los lectores.

A mi padre, siempre, allá donde esté.

Ningún hombre es una isla.

John Donne

*Aunque las hojas sean muchas,
la raíz es solo una.*

W.B. Yeats

*Estábamos juntos,
Olvidé todo lo demás.*

Whitman

Hazme una casa dentro de tus cicatrices.

Jon Foreman

Que otras plumas se ocupen de la culpa y las desgracias.

Mansfield Park

*Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.
Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres...
¡esas... no volverán!
Gustavo Adolfo Bécquer*

1

Volverán las golondrinas

Retorno...

Ese es su significado.

*Las golondrinas se marchan durante la estación otoñal y
regresan siempre en primavera.*

NOVIEMBRE

El duelo

Respiraré hondo, contaré hasta diez, puede que hasta veinte, quizá necesite un minuto, cinco, quince. ¿Cuánto tiempo hace falta para comenzar a contar una historia? ¿Y dos? Dejadme un momento cerrar los ojos, que pase el tiempo sin hacer nada, sin mirar de frente a la hoja en blanco. Parece un delito desafiarla. Quizá podríais acompañarme. Cerrad los ojos conmigo. Respirad. Así. ¿Veis? ¡Qué bien se está! ¡Cuánta paz tienen los inicios que no terminan por empezar! No sé, en realidad, puede que no esté preparada para retomar esta despedida. Parece tan definitiva que duele, sí, duele, el cuerpo entero duele, es una gran herida. Incluso los dedos al teclear una letra tras otra parecen arder, hormiguean sal. Pero es el momento, me lo recordó, el otro día, un libro que leía al acostarme. No digo el título, pero hablaba de paternidad y, según avanzaban las páginas, que eran como un diario, lo supe, lo acepté, tenía que dejar de huir y enfrentarme al abandono o, lo que es lo mismo, enfrentarme a la vida. A veces, qué difícil resulta elegir.

Acercaos y mirad con cuánto sufrimiento sale la escritura, cuántas fatigas y penalidades y, aunque mi estilo sea sencillo, fluido y transparente, cuántas correcciones hice de cada línea, cuántos borradores... escribió Amos Oz en aquella preciosa novela autobiográfica: *Una historia de amor y oscuridad*.

Amor y oscuridad. El día que te fuiste era sábado, finales de agosto. Hacía mucho calor en Santander. Llegué a las doce de la mañana consciente de que podían quedarte horas; estabas con paliativos, sin comer ni beber desde hacía tres días. Tres días.

La hora de tu muerte, las seis menos cuarto. Exactamente las seis y cuarenta y ocho. Nunca podré olvidarla, tampoco el día, aunque no lo escriba. Mi mano derecha estrechaba la tuya sudada y fría; contrastes de la vida y muerte. Con la otra mano te acariciaba la cara. Estaba medio tumbada a tu lado, en la parte derecha de una

cama extraña para mí, de una habitación aún más extraña, en una casa que nunca fue la nuestra. Olías a colonia de supermercado, de esas que yo misma echaba a mis hijos cuando eran muy pequeños para ahuyentar el aroma de los pañales y los regurgitados sobre el pecho. Respirabas despacio, entrecortado y, de tanto en tanto, hacías una inspiración profunda y sonora, una inspiración con la que parecías querer absorber la vida y los minutos contados. Eran apneas. Pensé que te morirías tomando ese aire viciado, y, sin embargo, lo hiciste en silencio, discreto hasta el final, con la boca cerrada, abriendo los ojos, mostrando el rostro de la sorpresa. Lo que daría por saber qué viste al irte. Recuerdo que te estaba hablando, que mientras me caían lágrimas, te decía: « ivete, papá, vete tranquilo, descansa ya, estaremos bien!, ite quiero! » .

Han tenido que pasar muchos meses para retomar lo que escribí a contrarreloj aquellos días previos y posteriores a tu muerte. No quería olvidarme de nada, no quería ahorrarme ningún sentimiento, pero después, me llegó la sorpresa, el desencanto, la rabia, el enfado, la indolencia, el bloqueo creativo, qué duro ha sido, el querer y no poder, el poder y no querer, el mentirme, el buscar excusas para no escribir, todas igual de pobres, el sentir que las historias no pueden escribirse si no tienes alma o si tu alma está muy oscura.

La mía ha estado en un pozo profundo.

Hubiera querido que leyeras mis *golondrinas* antes de ser publicadas como hacías con cada libro que escribía, saber tu opinión, esas sensaciones que nos unían, pero no ha podido ser, me he quedado huérfana de tu consejo. En realidad, me he quedado huérfana de todo en lo que creía, incluso de la historia que tenía entre manos. Y por eso este duelo. Y por eso esta extrañeza. Y por eso el vuelo, es como si quisiera estrellarme contra un lugar desconocido.

Mi padre estaba leyendo *Una historia de amor y oscuridad*, cuando comenzó a escribir sobre su vida y se dejó llevar por su propia autobiografía. Puede que los recuerdos de Oz, su viaje a la infancia y a la adolescencia, su trágica existencia, su narración oscilante del pasado al presente, lo llevaran a querer hacer lo mismo: dejar huella, contarnos su infancia, esos recuerdos de un niño de posguerra del que nunca nos había hablado.

En las últimas palabras del texto escribió:

«Algún día, quién sabe, puede que mi hija Clara decida escribir la continuación de la saga que abrió con su novela Agua de Limón, en la que yo era el padre que tecleaba sobre la mesa de la cocina».

Un deseo que sigue abierto. Un deseo que bien podría ser esta novela. ¿Por qué no? Me pregunto a dónde me llevarán estas páginas, cuál será su devenir, su final, nunca me he sentido más libre ni he estado tan perdida al mismo tiempo, nunca había probado este ardor en el estómago, ni un vértigo parecido. Todo es desconocido y nuevo, sin trama, sin sueños; más de diez años escribiendo y parece como si fuera la primera vez. Me gusta esta sensación. Y me da muchísimo miedo.

¿Entenderán mis personajes que esta es la forma que he elegido para extender mis alas?, ¿lo entenderás tú, allá donde estés? ¿Y vosotros, queridos lectores?

Aquellas Memorias de un niño de la posguerra que escribió por entregas, como se hacía antes, tuvieron muchísimo éxito entre sus amigos, si a los amigos de una plataforma social se les puede llamar así, e incluso se despidió de ellos de una manera muy tierna:

«Me despido de quienes habéis seguido estos relatos, y os expreso mi gratitud. Mi mejor recompensa es que os hayan entretenido y, tal vez, abierto la puerta a vuestros recuerdos».

Los recuerdos son ríos salvajes, una vez que comienzan solo puedes dejar que su curso navegue libre y llegue a su fin como quiera.

Hoy, es ese día.

Si lo pienso bien, este momento empezó hace mucho tiempo. Solo era una niña. ¿Te acuerdas, papá, cuando me corregías los textos que escribía para el colegio? No tenían ninguna importancia, sin embargo, tú insistías, y yo me enfadaba contigo, aunque no te lo decía, claro, me iba a mi cuarto y los reescribía hasta que quedaban perfectos y tú asentías conforme. Ninguno de los dos lo sabía entonces, pero me estabas formando para este momento, para seguir leyéndote en voz alta y compartir contigo esta vida de escritora.

A ver qué te parece este inicio para mis golondrinas:

Ser pájaro. (...)
Aleteo.

Un rumor
de horizonte en el pulso
batiendo.

Chantal Maillard
(*Hilos*)

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

Salvatierra de Esca

Colegio (*Centro Rural Agrupado Río Aragón*, 2019)

—(...) para los griegos y los romanos las golondrinas tenían conexiones divinas y espirituales. Decían que podían transformarse en dioses.

—Qué interesante. Gracias, Sol. ¿Alguien más quiere leer su trabajo sobre las golondrinas? —consulta Carol, una de las maestras del pueblo de Salvatierra de Esca, a sus alumnos.

Ainhara levanta la mano.

—Adelante, Ainhara, te escuchamos.

—Es que yo no entendí que hubiera que hacerlo de las aves.

—¿Y de qué lo has hecho, entonces?

—De las mujeres del pueblo y de otras de las comarcas cercanas, que se marchaban a Francia a trabajar en las fábricas de las alpargatas.

—¿Cómo?

—Sí, a aquellas muchachas también las llamaban las *golondrinas*, y pensé que...

—No conocía esta historia. ¿Y por qué las llamaban así?

—Porque se iban en otoño y volvían siempre en primavera. Además, dicen que la mayoría vestían de negro, y de ahí la comparación. Sus faldas parecían alas a punto de echarse a volar.

Y Ainhara comienza a leer:

Fueron cientos las alpargateras aragonesas y navarras que durante casi un siglo se movilizaron para ir a trabajar a las fábricas del otro lado del Pirineo. Mi bisabuela fue una de ellas. Se llamaba Ainhara, como yo. Era muy joven cuando hizo la ruta por primera vez, me lo ha contado mi madre muchas veces. Por aquella época, principios del siglo XX, no estaba bien visto marcharse; hacerlo significaba que la familia era muy pobre, y que no les quedaba más remedio que exponer a sus hijas al peligro de un largo viaje y a las duras condiciones de trabajo al otro lado de la frontera. Quizá por eso, ninguna familia alardeaba de ello. Incluso se ocultaba por vergüenza, por no ser señaladas, pero aquellos movimientos migratorios de ida y vuelta al país vecino no fueron diferentes a los que, años más tarde, la gente de su misma edad haría hacia la capital o hacia los pueblos más prósperos de la comarca para servir en las casas de las familias más ricas. Las golondrinas se iban a principios del otoño, camino arriba, hacia la montaña, una vía que era el punto de reunión de todas las muchachas que llegaban de los distintos puntos del valle, y por todo equipaje llevaban consigo un hatillo con algunas mudas y un pequeño banco de madera para descansar en las paradas. El viaje se hacía interminable y era peligroso si no estaban unidas. Al llegar a Francia, a la ciudad de Mauleón-Licharre, se instalaban en habitaciones que alquilaban durante siete u ocho meses y se metían todas juntas. Ocho o diez muchachas durmiendo en el suelo sobre colchones muy finos que recogían apilándolos a la mañana siguiente. Vivían apretadas, pero lejos de importarlas, eso les daba calor y algo de consuelo. Con el jornal ahorrado en el invierno, regresaban a casa, no sin antes comprar todo lo que podían y pasarlo de contrabando antes de cruzar la frontera.

—¿Y dices que tu bisabuela fue una golondrina? —pregunta la maestra Carol.

—Sí, eso me han contado mi madre y mi abuela. En casa se habla mucho de ella. Siempre nos la ponen como ejemplo, debía de ser muy trabajadora y no tuvo ningún miedo a marcharse para ganarse la vida. Incluso conservamos algunas herramientas suyas con las que debía de hacer las alpargatas y los cuadernos de aquella época. Amaba a las aves y las estudiaba, sobre todo a las golondrinas. Yo me llamo así en su honor. Ainhara significa en vasco lo que ella fue y tanto amó, una golondrina.

—¡Qué historia más bonita! ¿Hay alguien más en la clase que tuviera una familiar alpargatera?

De pronto, cinco alumnos levantan tímidamente las manos.

—¡Madre mía!, pero esto es algo grandioso y muy importante. ¿No os dais cuenta de lo que significa?

Los alumnos se miran entre ellos sin entender a la maestra.

—Es un gran hallazgo. Tenemos ante nosotros parte de la historia de estas tierras, de sus mujeres y, si estáis de acuerdo, vamos a recuperarla. Sí, eso es lo que vamos a hacer. Hay que poner luz a las sombras. Buscaremos sus nombres, sus vidas, todo lo que encontremos y después lo daremos a conocer al mundo. Hay que reivindicarlas. ¿Qué os parece?

La clase entera sonríe y asiente, aunque Ainhara lo hace especialmente y le pican los ojos. Tiene unas ganas enormes de llorar.

AGOSTO

Una larga despedida

Hace dos días me despedí de ti, papá, y también de la playa que amamos, esa a la que nos llevaste algunos veranos cuando éramos niños y de la que toda la familia se enamoró sin remedio, Berria. Había tormenta y estaba desierta, comida por la marea alta. Era extraño verla tan pequeña. En la arena solo había gaviotas esperando, quietas, sorprendidas de verme. Me dio un arranque de infancia y corrí hacia ellas. Volaron. Deseé hacer lo mismo. También pensé en meterme vestida en el agua. Dejarme golpear por las enormes olas, dejarme arrastrar un ratito. Un rayo iluminó el horizonte y el trueno que le acompañó, cuatro segundos después, me sobresaltó. No me esperaba que estuviera tan cerca la borrasca. Pensé en marcharme, era lo más prudente, pero mis pies no se movían. No querían. Esa playa me aferraba a ti. Al final de tu vida. Te mandé un mensaje con una foto. Te había prometido, al salir del hospital, que pararía, que te llevaría a ver el océano. Me respondiste que fuera feliz, que cenara sardinas en tu honor. Y quedamos en encontrarnos en el pueblo marinero, en Santoña, junto al puerto: sardinas asadas y queso viejo, eso íbamos a pedir. Sonaba de maravilla. «Allí nos vemos, papá», te escribí sollozando. «Hasta pronto», me respondiste enseguida.

Lloré aún más.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

En esta tarde que ya declina, fría y ventosa —el cierzo lleva un tiempo sin darnos tregua—, hago un alto en mi lectura, los recuerdos de la infancia de Amos Oz, porque su vida ha desbordado la mía. Es lo que tienen las buenas lecturas, te ayudan a reflexionar, a inmortalizar quién fuiste, por qué fuiste.

Quiero escribir, me digo. Nada serio, claro. Cuatro notas, algunos recuerdos de aquí y de allá. Me gustaría que no se perdiera mi historia. ¿Mis sentimientos? No, no sé si llegaré a tanto. Sería demasiado.

He hablado poco con mis hijos, demasiado trabajo, estrés, frentes que abordar, ¿desgana? No, no ha sido eso. Más bien, no he sabido hacerlo. Siempre me ha costado hablar, desde niño. Desnudarme. Escuchar. ¡Qué difícil! «Ser vulnerable te hace débil. Y estar con mujeres. No llores, los hombres de verdad no lloran...», frases hechas, comunes, cotidianas, escenas que me iban calando en la piel desde mi más tierna infancia. No hablé con mi padre ni un solo día de mi vida de nada que no fueran temas escolares o profesionales: cómo me iba en el estudio, las clases de piano, los deberes; después me preguntaría por el trabajo. Siendo ya más mayor, hablábamos de política, bueno, eso lo hacía él, yo callaba, asentía, era lo mejor, ¡para qué decirle cómo pensaba!, ¿iba a servir de algo? Él hablaba de lo cara que estaba la vida, ese también era uno de sus temas favoritos, y de los tiempos pasados. ¡Cómo no! En nuestras conversaciones jamás se coló ninguna emoción, ningún sentimiento, hondura, trascendencia, reflexión, nada. Así era nuestra relación, plana, incómoda y huidiza. ¿Se preguntó alguna vez cómo me sentía?, ¿si amaba a la mujer con la que me casé?, ¿si era feliz?, ¿si me desbordaban los hijos que fueron llegando? (no llegó a conocerlos a todos), ¿si tenía alguna preocupación?, ¿le importé acaso?

Nunca quise ser como él y, sin embargo, tampoco he sido diferente. No hice nada por cambiar, ni tampoco por remediar algo que yo mismo rechazaba y me incomodaba. Conmigo se repitió, de alguna manera, la historia. Un padre cercano, sí, pendiente de las necesidades de sus hijos, pero frío y muy poco detallista. Mi mujer también tuvo que sufrirme. Me costaba regalar, siempre me pareció algo superfluo y banal, no significaba nada. ¿Unas flores? Para qué, si en unos días se iban a morir.

Nací en el año 1941 y puede que esa sea toda la verdad. Eran tiempos sombríos de posguerra; pasábamos hambre, mucha, aunque, en realidad, yo no pueda recordar mis primeros años de vida y me limite a repetir las palabras que mi madre decía en un lamento; le gustaba exagerar.

Su misión siempre fue mantenernos, a mi hermano y a mí, en una burbuja a salvo del mundo gris que imperaba fuera. Lo que ella no imaginaba es que, para mí, nuestra casa también era un lugar sombrío.

Viví el racionamiento, de eso sí podría hablaros: el pan negro, el chocolate terroso y las asperezas del estraperlo para comprar aceite y azúcar. Recibí una educación religiosa de temor a Dios y a mi padre. El respeto hacia ambos era reverencial. Mi madre me aleccionaba antes de que llegara del trabajo: «Sobre todo, hijo mío, no se te ocurra abrir la boca, ya sabes, ver, oír y callar, como los monos de Confucio». Y yo, asentía con miedo.

Siempre tuve miedo de mi padre. Nuestra relación se construyó sin abrazos.

2

El simbolismo de la golondrina

*Las golondrinas son las mensajeras de la primavera,
son un símbolo de esperanza.*

NOVIEMBRE

El duelo

Mientras escribo estas palabras estoy en paz, o eso parece, el vértigo no suele avisar. La paz del espíritu es algo efímera, como los amaneceres que veo cada día cuando saco a pasear a mi perro Bali, mi isla, como me gusta llamarlo. Duran tan solo unos minutos. ¡Qué belleza regalan! Te gustarían.

Todos los días llevo hasta tu árbol que elegimos para enterrar tus cenizas. Es un lugar perfecto, hay horizonte, campos de trigo como los de tu Castilla, por la izquierda sale el sol y por la derecha se pone. Allí se paran las aves que emigran a lugares más cálidos y se comen las semillas. Son confiadas, como yo, aunque me acerque con Bali, no se echan a volar. En el punto exacto me paro unos segundos. Pienso en ti mientras me acerco y mientras me alejo. A veces te hago preguntas, otras, reproches, pero la mayoría de mis mañanas solamente te deseo un buen día, un deseo que, en realidad, formulo para mí misma. Es importante desear, me lo repito cada momento, sobre todo desde que perdí mi don. Ha sido un proceso largo, de reciclaje, y como todo lo que se prolonga en el tiempo, ha comenzado poco a poco a desvanecerse.

Lo primero que desapareció fue la tristeza, esas lágrimas que parecían infinitas, un grifo mal cerrado goteando día y noche; después llegó la rabia y la sorpresa, el enfado, la desilusión, incluso el dolor. Sí, el dolor de no entender la vida. Comencé un ritual; cada vez que pasaba por allí te dejaba un trocito de baldosa rota. Hay cientos en los caminos y yo era una más. El bosque y sus almas solitarias son como un gran cementerio de escombros. Fui formando un dibujo alrededor del tronco, un mosaico de colores. Cada día buscaba una forma distinta que encajara en el puzle. Y así fue creciendo, como los recuerdos, con sus idas y venidas. Hasta que llegó aquella extraña riada que nunca habíamos visto en Zaragoza y se lo llevó todo, mis días y sus conspiraciones. ¡Qué tristeza me

produjo ver tu árbol desierto unos días después! Es probable que incluso tus cenizas yazcan por los caminos, como las hojas de los pinos y las piedras que arrastró el diluvio con toda su rabia. Los caminos se abrieron. Eran heridas. ¡Qué destrozo! ¡Qué fuerza tiene la naturaleza cuando quiere! Pensé que sería inútil volver a empezar, para qué, me justificué, pero a los siete días cambié de opinión y volví hasta el camino, me agaché a coger otra baldosa rota y la deposité en tu árbol de nuevo. Éramos una liturgia. Cada trocito de cerámica era una manera de reconstruirme, de reconstruirnos. Sigo haciéndolo. Lleva su tiempo volver a ser otra persona. Pensarás que lo que hago no sirve para nada, fuiste un escéptico en vida, imagino que las cenizas no habrán obrado el milagro de lo contrario, pero no me importa, los paseos son como la literatura, sanan, te despojan de lo que no eres capaz de verbalizar. Nadie comprende los duelos. Incluso ese nadie que los ha vivido y sufrido. Cada duelo es un silencio, a veces largo, otras corto, es un margen del camino. Quién sabe lo que sucede en esa otra vida, la que tú tienes ahora. ¿Es vida?, ¿te has reencarnado en algo?, ¿en alguien? Si pudieras hablar, me dirías: «deja de decir tontadas». Y yo me reiría contigo. ¿Recuerdas lo que te preguntó tu nieta en el hospital cuando ya tenías la certeza de que te morías? ¿No fue algo así? Tu respuesta te salió del alma: «nada, después de la muerte no hay nada». Y te quedaste tan a gusto, igual de ancho que cuando les contaste, a tus nietos, siendo muy pequeños los dos, que Papá Noel no existía, como tampoco lo hacía el ratoncito Pérez ni los Reyes Magos. Parece que pudiera oírte. Pobres hijos míos, ¡cuántos jarros de agua fría recibieron de ti! Te costaba querer. No, no es eso, te costaba demostrar que querías. Eras así, aunque esta es una frase que siempre me ha parecido bastante estúpida. ¡Como si no se pudiera cambiar!

Sigo observando. Estoy dentro y fuera al mismo tiempo. Esos paseos han obrado un pequeño milagro, un reciclaje humano, la paz de la que te hablaba al principio. Sentirla ha sido como volver sobre mis pasos y atreverme a mirar, a contar desde este oficio que amo. Me parecía tan ajeno hace unos meses, era como si nunca hubiera

escrito una sola palabra, como si no me atreviera a hacerlo. Diez años y nunca había sentido un bloqueo, pero ¿a quién puede importarle lo que yo escriba? Los únicos que podrían decir algo están muertos, y el resto, o no me leen o no me importa lo que puedan pensar. Soy libre de decir, soy libre de soltar.

Algo se mueve. El deseo se mueve. El gesto se mueve, lo aprendido, el centro del cuerpo. Un cambio.

Cuando recibimos el mensaje, la operación de urgencia, la obstrucción intestinal, el tumor que te mataba en horas, dos, una, nadie lo sabía, rápido, una decisión en solitario: ¿operarte sin garantías?, ¿dejarte morir? ¡Qué valiente fuiste! «¡Seguir adelante!», eso dijiste, «¡luchar pese a todo o pese a la nada ya!». ¡Con tu edad! Cuando lo supe, me pareció increíble. Un acto heroico. No quedaba tiempo, era intentar la vida para despedirla o saludar a la muerte de frente, así, como si te diera un puñetazo en el estómago. No estabas preparado. Nadie lo estaba. ¡Quién podría estarlo! Despedirse. Un último abrazo, una palabra de aliento, una mano, un «te quiero», la reconciliación de algunos, de otros, el silencio, y tomar la decisión de no comer, de no beber, de terminar cuanto antes, muy tuyo, papá.

Aparcaste la esperanza.

Puede que eso sea lo que más me cueste perdonarte, eso y que no estabas en casa. Nada de lo que te rodeaba era tu hogar. Nada nos recordaba a ti, a nosotros, a la infancia, a la música, a lo que fuimos, ni siquiera tu ropa, tan arreglada, tan diferente a lo que habías sido, tan estrecha. ¡Qué delgado estabas!

Fueron tus ganas de vivir y ese inconformismo que no te dejaba respirar ni ser feliz ni apreciar todo lo bueno que tenías cerca, lo que te consumió sin darte cuenta.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

6 de octubre 1905

Un pequeño hatillo blanco está abierto sobre la mesa de la cocina. La madre de Ainhara lo acaricia despacio y va metiendo dentro lo que cree que va a ser más importante para su hija, lo que piensa que su pequeña, porque ella todavía la ve pequeña, aunque acabe de cumplir los quince años, va a necesitar en Francia. ¡Como si supiera lo que hace!, ¡está tan perdida que apenas puede pensar con claridad!: una chambra de recambio, falda, mandil, medias, mudas, paños para la menstruación, mete cuatro y le preocupa que sean insuficientes, un camisón, el libro de oraciones de la abuela decorado con flores silvestres, dentro pone una fotografía para que los recuerde y algo de papel por si su niña les escribe, un rosario, aunque no rece, un peine; duda de si meter el puchero, uno pequeño, al final lo hace, cubiertos y una manta fina. Cierra el hatillo. Pesa demasiado para caminar tantas horas.

Tiene el alma rota y, desde hace días, le tiemblan las manos, aunque no se lo ha dicho a nadie. Es mejor así, si hablara se notaría todo el dolor que siente ante la inminente separación, y eso no puede permitirlo; pertenece a una tierra de gente fuerte, testaruda y muy trabajadora, buena gente, noble, pero son tan pobres que apenas tienen dinero para subsistir, y menos para preparar un ajuar decente para Ainhara. ¡Cómo van a pensar en casarla si no tienen nada que aportar al matrimonio!, se lamenta ante su marido una mañana. Y, entre los dos, deciden que quizá sea una buena idea dejarla volar a Francia, como otras muchachas del pueblo han hecho antes que ella. Todas parecen volver contentas. Algunas incluso repiten. Sin embargo, el miedo a que le pase algo, a que no vuelva, le atenaza la garganta. En Mauleón-Licharre no podrá protegerla, puede que ni siquiera puedan comunicarse durante meses. ¿Aprenderá rápido el

oficio de alpargatera?, ¿serán los hombres franceses unos caballeros?, ¿la echará de menos?, ¿cómo se alimentará? Se hace mil preguntas y todas a la vez; ni siquiera se da cuenta, por lo abstraída que está, de que Ainhara acaba de entrar en la cocina y la abraza por detrás. Ella se sobresalta un momento, pero, enseguida se da cuenta de que los brazos que la rodean son los de su pequeña y se deja querer por ellos. Se mecen juntas. Ainhara apoya su rostro en la espalda de su madre y ella cierra los ojos un momento. Tiene unas ganas enormes de llorar.

—¿Has descansado, hija? —le pregunta para ahuyentar un llanto que parece llegar sin remedio.

—No, no consigo dormir, madre.

—Estás nerviosa, Ainhara, es normal. Todo es nuevo para ti, pero te adaptarás muy bien, ya lo verás. ¡Siempre has sido tan lista...! Además, vas protegida por las mayores y ellas te cuidarán y te enseñarán todo lo que necesites.

—Tengo mucho miedo. ¿Y si no estoy a la altura?, ¿y si no aguanto las largas horas de trabajo? Estoy muy lejos y no podré volver. El otro día, en la plaza, estaban algunas muchachas, Catalina, Teresa, Isabel y Concha, y me acerqué a ellas un momento. Fueron muy cariñosas conmigo. ¿Sabes cómo me llamaron?

—¿Cómo?

—La benjamina.

—Claro, eres la única que va por primera vez. ¿Y qué te decían?

—Estaban contando divertidas anécdotas y chismes de otras chicas con las que habían coincidido en Mauleón-Licharre; dicen que hay quienes se emparejan y todo, pero también hablaron de las interminables horas sentadas en la fábrica, de lo que les dolían las manos por la noche y de lo duro que resultaba al principio. Se me quedó grabada una palabra que repitieron todo el rato.

—¿Cuál?

—Frío.

—Sí, dicen que hace mucho frío por allí.

—¿Será suficiente la ropa que llevo?

—No tenemos nada más, hija. Si ves que vas corta de algo, intenta que te lo dejen las otras muchachas y con el primer sueldo que cobres, te compras lo que necesites.

—Pero el dinero es para ayudaros, madre y para pagar la cama de la residencia. Si lo gasto en otras cosas, no os quedará nada.

—No pienses en eso ahora, todo irá bien. ¡Todo irá bien!, ¡todo irá bien!

La madre de Ainhara repite, casi en un susurro, esa misma frase muchas veces, mientras le acaricia el pelo a su hija con ternura; quiere convencerla y creérselo ella también.

—Mamá, ¿y si el patrón me habla y no le entiendo?, ¿cómo haré?

—Alguien te ayudará. Van muchas muchachas españolas, no estarás sola. En Isaba os juntaréis con las que llegan desde los valles navarros del Roncal y Salazar. Algunas repiten desde hace años. Imagino que, si lo hacen, no será algo tan terrible. Además, tienes los gestos. Tú, observa, copia y repite. Todo irá bien —repite más para sí misma que para su hija—, ¡todo irá bien!

Ambas suspiran al mismo tiempo.

Esa tarde llovió a mares, llovió tanto que pensaron que, quizá, no podrían salir a la mañana siguiente. Desde la ventana de la cocina, Ainhara y su madre lo desearon de verdad. No hubo suerte. Amaneció un día tan limpio de nubes que todas las golondrinas sonrieron al mirar al cielo.

AGOSTO

Una larga despedida

Contra todo pronóstico, mi padre salió con vida de la operación aquel penoso día de agosto. Fue un miedo menos para él, podía despedirse, también un miedo menos para todos, podíamos despedirnos. En la distancia pensé que aún nos quedaba tiempo. ¿Cuánto? Quién podía saberlo. Nada, horas, días, un regalo o un infierno.

Nos organizamos. Había que pensar en un lugar para dormir, alguien que se ocupara del perro, test de antígenos, mascarillas, ropa de lluvia; siempre llueve en el norte. Da igual que luzca el sol por la mañana, en algún momento del día cae el chaparrón y salen los caracoles. Hay miles. Nunca he visto tantos caracoles como en Cantabria. Era nuestro entretenimiento de la infancia favorito durante las vacaciones, coger caracoles. Después, mis yayas los cocinaban en salsa, pero yo nunca pude probarlos. Aquellos pobres animalillos no le hacían daño a nadie para tener un final tan triste. La casa de verano estaba en Santoña, a las afueras del pueblo, en lo alto de un monte verde. Era preciosa y muy grande; su dueña se llamaba Lola Bella. Tenía un apellido tan bonito como el hogar que alquilaba, un sueño rodeado de árboles y hortensias azules y rosas. Enfrente, las marismas y los amaneceres y, a una pequeña caminata, la inmensa y solitaria playa de Berria. Todavía hoy, cuando voy a Santoña, hago la peregrinación de aquellos días, aunque el paisaje haya cambiado y me encuentre gente por todas partes haciendo surf. Para mí no existe nadie. Estamos a solas mi niñez, las hortensias, el océano embravecido, el cielo gris, azul, de nuevo, gris, las nubes navegando indómitas, el aroma de las sardinas con sal gorda, el faro y aquella canción. Sí, aquella canción de Óscar Chávez, ¿la recuerdas? Sé que sí. Te la cantábamos cuando te marchabas a trabajar a Valladolid y nos dejabas allí, libres y felices:

Adiós con el corazón, que con el alma no puedo, al despedirme de ti, al despedirme, me muero. Tú serás el bien de mi vida. Tú serás el bien de mi alma. Tú serás el pájaro pinto que alegre canta por la mañana...

La infancia debería ser un lugar de culto.

Pensar, tenía que seguir pensando. Mi mente divagaba de una habitación a otra recordando, intentando, al mismo tiempo, ser eficiente. ¿Debía coger los bañadores?, ¿las toallas?, ¿la cámara de fotos? Me enfadé conmigo misma, ¡para qué, joder! ¿Te crees que te vas de vacaciones? Miguel ayudaba poco, sumaba a mis dudas otras dudas, dilemas estúpidos, como, por ejemplo, nuestros hijos. ¿Crees que deben venir? ¿no te parece que exageras? Y yo aún me enfadaba más. ¿Exagerar? Entonces, Adriana y Samuel se ofendían ante las dudas de su padre. Y yo me reafirmaba: «por supuesto que van a venir, llueva o haga sol». ¡Qué ilusa era!, illovería seguro!

Los mensajes del grupo familiar iban llegando. Marta prefería esperar a ver qué pasaba, cómo evolucionaba. Claudio y Ramón estaban desaparecidos. Mi cara era un poema. Federico y Beatriz, los primeros en llegar, iban contando los progresos. Mandaban alguna foto. En una, incluso sonreías. La guardo como un tesoro. Todavía la miro. Nos cuestionaban la visita familiar con frases sutiles como: sois muchos, el *Covid*, haceros pruebas, es mejor no fatigarle, no hablar, no llevarse el oxígeno de su habitación, no existir. Todo esto lo he añadido yo, no lo escribieron, claro, pero no hacía falta, me pitaban los oídos con tantos peros de unos y otros y mi enfado iba en aumento. Si hay algo que no soporto es que me traten como a una niña pequeña porque hace muchos años que dejé de serlo. Es lo que tiene ser la última de una familia numerosa, para el resto nunca acabas de crecer, nunca te toman en serio.

Como a los surfistas de Berria, ignoré a mis hermanos, ignoré a Miguel y seguí preparando el viaje. Cuando tienes una corazonada hay que seguirla hasta el final.

Nos pusimos en marcha. Conducía Miguel. Siempre conduce Miguel. En realidad, no es algo que me importe, me gustan las ventanas y los viajes a través de ellas pero, a veces, solo a veces, me molesta la evidencia, como me molestaban los mensajes que iban llegando: algunos buscaban reconfortar, progresos, retrocesos, deseos, buenas palabras, todo muy médico, terminología de hospital, tecnicismos, finales de autoayuda, frases de mierda, vacías, y yo tenía ganas de vomitar, de sacar la rabia de alguna manera; quería llegar cuanto antes, quería cogerte la mano, acariciarte, decirte que te quería, que sentía los meses de silencios, que volvieras a casa, a tu casa, esa que nunca fue tuya y que ocupaba yo de manera transitoria. Qué lento se me hizo aquel viaje, qué eternidad más grande. Al llegar a la ciudad, mis hijos dijeron que tenían hambre y mi rabia creció hasta convertirse en un coloso. ¿Cómo podían tener hambre? Miguel asintió, él también quería comer. Estaba a punto de estallar cuando entramos en la cafetería del hospital y recibí un mensaje: « El diagnóstico, metástasis en el hígado ». Hay palabras que duelen. Metástasis es una de ellas. Metástasis es un cuerpo consumido. Metástasis es un adiós definitivo.

Mis hijos seguían comiendo. Miguel seguía comiendo. Mi triste sándwich vegetal daba ganas de llorar, tan feo, tan blanco, con tan poca sustancia dentro. ¡Qué poca gracia tiene lo que como a veces!: sin gluten, sin lactosa, sin vida. Escuché cómo se peleaban por la mahonesa. La mahonesa, las patatas fritas, el pan, la Coca-Cola. Y les miré un momento, las hamburguesas en sus bocas, la risa en sus mejillas, las mandíbulas muy abiertas, la vida que se cruza sin tragedias, y me vino una palabra a los labios que no quise pronunciar, así como un cansancio enorme. Pidieron postre.

¡Postre!

Huí al baño. Quería gritar, pero la frialdad del pasillo, tan limpio, tan inmaculado y ausente de vida obró el milagro de calmarme como si acabara de entrar en un espacio zen, en un túnel del tiempo. Me acordé de aquella frase lapidaria de mi infancia: *ver, oír y callar*. La frase que tu madre te decía, precisamente esa, la sentencia que más

escuché de niña a la hora de las comidas y cenas, vuestro mantra, ¿te acuerdas, papá? Seguro que sí.

Somos seres extraños, nuestros patrones aprendidos no nos abandonan nunca, incluso si no estamos de acuerdo con ellos. ¿Sabes?, yo también se la he repetido a mis hijos, aunque ha servido de bien poco; ellos ven y oyen, pero no callan.

Yo sí, ese día parecía muda. Por fin, nos movíamos. Me pesaba el cuerpo como si hubiera corrido toda la mañana, quizá lo había hecho, correr inconscientemente para llegar a ti. Al final del pasillo vimos una floristería y entré con urgencia como si necesitase unas flores para seguir respirando, para cubrir mi rostro, para disimular lo perturbador que me resultaba entrar con las manos vacías en la habitación de un moribundo. Me decanté por una planta, una begonia amarilla, un gran lazo azulón, todo grande, todo alegre, todo inútil. Siempre me ha gustado rodearme de esa belleza que no sirve para nada, belleza incómoda para Miguel, cojines, jarrones con flores, cuadros... La planta era la metáfora de un deseo. Las plantas duran más tiempo que las flores. ¿Podría mi padre vivir más tiempo?, ¿podría cuidarla?, ¿regarla? Estaba nerviosa. ¿Qué iba a decirle? Samuel me preguntó lo mismo que yo estaba pensando. «¿Qué le digo, mamá?» . Y yo le sonreí y para tranquilizarlo, lo abracé fuerte y le susurré lo que me estaba diciendo a mí misma: «Lo que te pida el corazón, cariño, pero, sobre todo, actúa con normalidad» . Normalidad, no añadí nada más. Tenía un nudo en la garganta. No había nada normal en aquella situación. Delante de la puerta de tu habitación decidimos que sería yo quien entrase primero. Tenía que ser así, solo uno, por el *Covid*, por no fatigarte, por el vecino que ni se enteraba, que ya estaba en otro mundo, por paranoia de otros, porque la vida es una puta mierda a veces y más las compañías.

Imaginé, por un momento, que no entraba a despedirme, que no hablábamos de muerte, de esa vida que ya no te alcanzaría, de las emociones que nos habíamos guardado tanto tiempo, siempre tan contenidos, tan fríos, un abrazo breve, un beso robado, con esa sombra pegada a ti en cualquier lado.

Imaginé que te miraba y te leía lo último que había escrito.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

Mi madre me contaba muchas cosas. Nuestra primera casa, al menos la primera de la que conservo algún recuerdo, era una vivienda muy pequeña que mis padres alquilaron en la calle Isidro Polo, esquina con la plazuela del Hospicio. A mí me gustaba bajar a la calle, me sentaba en la acera y jugaba o raspaba huesos de albaricoque para hacer un agujero y convertirlos en chiflos. Me encantaba silbar con ellos. El sonido agudo que hacían. La manera en la que llamaban la atención. La gente se volvía a mirarme. A veces, pasaban por delante de mí unos niños uniformados en fila de a dos. Iban muy callados, mirando al suelo, y yo tenía la sensación de que estaban tristes y les sonreía. Los acompañaban dos monjas vestidas de negro, dos monjas siniestras que tenían el rostro enfadado y alas blancas en la cabeza. Salían de un edificio muy antiguo y bastante deteriorado que ocupaba todo un lateral de la plazuela. Un día le pregunté a mamá: « Esos niños nunca salen a jugar conmigo ni corren, y no parecen dejarles tener amigos, ¿quiénes son?, ¿por qué viven en esa casa tan grande y destartalada? ». Y mamá me respondió: « Ay, Carlos, esos pequeños no tienen unos papás que les cuiden como tú. Es probable que murieran en la guerra o que no los hayan conocido nunca. Viven con las monjas. Ellas les atienden bien. Es el orfanato provincial. Por eso, a esta plaza se la llama "del Hospicio". Hospicio y orfanato significan lo mismo ». Creo que aquel día fue la primera vez que entendí el significado de vivir desamparado. Me entristeció pensar en ellos. ¿Cuántos niños vivirían allí? Me preguntaba. Muchas tardes me acercaba hasta el portalón de la entrada y lo empujaba en vano para entrar a verlos. Quería ser su amigo, invitarlos a casa, a jugar en la calle, pero la puerta siempre estaba cerrada a cal y canto. Y yo me quedaba ahí, plantado, mirando los escudos de la fachada e imaginando lo que pasaba tras sus muros. Aquel lugar me fascinaba

y me daba miedo a partes iguales. Mucho tiempo después supe que aquellos escudos que yo contemplaba eran de los Pimentel, los Conde-Duques de Benavente, y que construyeron el palacio en el siglo XVI cuando Valladolid había sido Corte de los reyes Felipe II y Felipe III. Fue a mediados del siglo XIX cuando a la plazuela del Conde de Benavente le cambiaron el nombre por el de la plazuela del Hospicio. Un hospicio que estuvo abierto y en funcionamiento hasta la década de los setenta. Aunque yo, claro, hacía mucho tiempo que ya no vivía allí. En un viaje que hice a Valladolid, ya siendo mayor, recorrí todos los rincones de mi infancia y descubrí que el edificio que yo tanto había mirado y temido, por el que había sentido tanta lástima por los niños, era ahora una biblioteca pública. Me pareció un buen destino.

3

El corazón de una golondrina

*El amor, la fertilidad y la luz...
para algunas culturas, las golondrinas representan el amor eterno*

NOVIEMBRE

El duelo

Leerte es lo mejor que me podía pasar ahora mismo. Leer a ese niño que fuiste. ¡Quién me lo iba a decir! Te necesito y me aferro a tus palabras como si fueran agua en un día sediento de verano. Hace mucho que las tengo, las compartiste en Facebook y a tus *amigos* les encantaron. A mí también. Las iba guardando, una a una, en un documento privado que titulé: *Papá, un niño de la posguerra*. Sin embargo, no llegué a leer los últimos. Al terminar tus relatos y sin que yo te lo pidiese, me enviaste un mensaje recogiendo todos los textos. Me hiciste feliz, lo sabes, ¿verdad? Fuiste el único, junto a mamá, que me apoyó desde el principio y en cada novela, en esta carrera mía tan difícil y solitaria, el único que compartía mis escritos diarios en tus redes, el primero que le daba un *me gusta*, el primero que me corregía los errores, no te gustaba nada que me equivocara. Decías que, aunque fueran las redes sociales y la gente se relajara un poquito y solo pusiera una exclamación al final o una interrogación, o algo sin mayúsculas, un auténtico escritor nunca debía hacerlo. En eso consistía el oficio, recalcabas. Hay que ser profesional en todo momento. Y yo seguía tus consejos. Cuidaba cada entrada, las repasaba con lupa. Lo sigo haciendo. Tu exigencia y perfeccionismo ahora son mi herencia y mi debilidad.

Todavía hoy pienso que me vas a compartir una foto, cualquier cosa, una señal de vida, que voy a encontrar un *me gusta* tuyo, que voy a recibir un mensaje donde me dices que esa coma no va ahí o que me falta un punto. Éramos independientes. Sabedores del amor, pero cada uno con su vida, con su espacio, con su música en la cabeza. Creo que por eso nos llevábamos tan bien. No nos inmiscuíamos en la vida del otro y ahora me arrepiento. Tanto dejarte hacer, te perdió.

¿Sabes que solo he vuelto una vez a nuestra mesa del café de letras *Petit Coin*? No puedo, no puedo, es un dolor verla, verte allí,

imaginarte con tu cerveza. Ya no quiero llorar más. Y, sin embargo, sigo haciéndolo.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

7 de octubre de 1905

A la salida del pueblo, de todos los pueblos de la zona, iniciando ya el camino, todo el mundo está en silencio. Ha llegado el momento de marcharse y las alpargateras y sus familias lo saben. Algunas lloran sin hacer ruido, casi siempre las más pequeñas. Solo son unas niñas. No tendrán más de catorce o quince años. No saben nada del mundo que está lejos de casa, del valle que conocen. No saben nada de trabajar otra cosa que no sean las labores del hogar, del huerto, los animales o las tierras de las familias más pudientes del lugar. No saben nada de otras lenguas. También lloran las madres, son un lamento continuo. Se secan las lágrimas con el delantal. Está húmedo desde hace días. Los padres aguantan el tipo, asisten compungidos y con la cabeza baja para que no se les note demasiado la tristeza. Tienen preparadas las caballerías cargadas de hatillos sobre las albardas. Las acompañarán hasta el pueblo de Burgui donde se juntarán con otras muchachas que vienen de otros poblados y, todas juntas, como la gran familia que desde ese día serán, emprenderán el camino solas, sin ningún hombre que vele por ellas ni cargue con el peso que llevan. Ellos no pueden pasar la frontera, no tienen el salvoconducto que lo justifique. Viajan ligeras de equipaje. Las muchachas más veteranas se despiden con abrazos, con promesas, con nerviosismo. Parecen contentas, aunque la procesión va por dentro. Saben a lo que van, lo que las espera al otro lado de la frontera. Varias de ellas se llevan flores prendidas de amor en el pelo. El llanto se lo reservan para más tarde, para el camino, para las noches solitarias de la pensión. Ellas son las guías y deben ser un ejemplo de entereza e integridad.

Para todas, las que repiten y las que lo hacen por primera vez, es una aventura y una responsabilidad viajar hasta Francia. Son hijas de la escasez, del hambre, y lo saben. Para ninguna su partida es

una fiesta. Algunas, ya prometidas, viajan para poder preparar su ajuar. Es importante el ajuar, será su modesta aportación a la vida en común de la pareja: sábanas blancas, a veces bordadas, toallas, mantas, prendas interiores, incluso cántaros o vajillas, cubiertos, un arcón, quizá un reloj, cualquier cosa sirve para no llegar al *sí quiero* con las manos vacías. Escribirán, dicen, prometen, entrelazan las manos, vuelven a abrazarse, a besarse con timidez, pero todos saben que en las fábricas de las alpargatas de Mauleón-Licharre las jornadas son tan duras que apenas les queda tiempo y ganas para contar nada. Caen rendidas al finalizar el día, exhaustas después de más de quince horas dejándose las manos y los ojos en su fabricación. Por no hablar de que la mayoría de ellas no saben ni siquiera leer o escribir y dependen de alguien que lo haga por ellas. Y a ninguna le gusta molestar.

El otoño y la virgen del Rosario, el siete de octubre, marca el camino de ida y el adiós reservado de la familia y el pueblo. Les espera un largo invierno lejos de casa y un retorno al valle ya primaveral. Saben que no llegarán a tiempo de ver florecer los cerezos ni los almendros. Quizá, y es solo un deseo, vuelvan en mayo. Les gustaría. En mayo no suele haber nieve en la montaña; la nieve es su gran miedo.

Desde que emprenden el camino, las golondrinas sueñan con esa fecha, con el regreso, con el abrazo de los que más aman.

AGOSTO

Una larga despedida

Delante de la puerta del hospital me contengo. No llores, me digo, no llores, guarda la compostura, no seas débil, aguanta, pero al llegar hasta tu puerta, abrirla y verte, los ojos se me humedecen sin remedio. ¡Estúpida, estúpida, pero mira que eres estúpida!

Estás tumbado y pareces sumido en un sueño manso, sereno, pero solo es una apariencia, cuando me aproximo abres los ojos y sonríes desgastado. Nos damos la mano y yo me siento a tu lado. Lloramos despacio, en silencio. Después, me pierdo por la ventana y me encuentro con una escena que me entenece: hay un grupo numeroso de gente debajo de nuestras ventanas, en la calle. Están desplegando una pancarta blanca con letras grandes y negras y corean, al mismo tiempo, un nombre que he olvidado. Podría inventármelo, qué más daría, ese es mi imperio, los hechos reales y la ficción en medio de todo, pero no tengo ganas, para qué, lo importante no es el detalle del nombre, es el momento, la escena, el recuerdo de la ventana y la gente gritando, silbando, haciendo piña, queriéndose. Ese apoyo desde la calle, ese calor que sube, las amistades o puede que sea la familia, no importa, me emociona igual y lloro más todavía y tú me preguntas por el origen de mi llanto y, al contártelo, te incorporas y te asomas a la ventana y lloras conmigo mientras me aprietas la mano. Siempre fuimos un par de sensibles. Sensibles y, al mismo tiempo, fríos. Tú más que yo. Lo digo como si fuera algo malo, una especie de maldición en la que participamos juntos. Si Adriana me leyera me llevaría la contraria, me regañaría incluso por afirmarlo, por tratarme mal, por ser tan dura conmigo misma, por escribir con esta condescendencia: « Ser sensible es una virtud, mamá, ¿no te das cuenta? ». Puede ser, pero, a veces, lastra y esa es la razón de que prefiera mantenerla al margen, aislarla si es preciso, si puedo. Creo que a ti también te pasaba lo mismo. Aún recuerdo aquel encuentro literario en el que

lloré al leer un fragmento y no pude continuar. Una lectora se me acercó al final del acto y me dijo algo que no he podido olvidar: « ¡Qué sensible eres!, ¿no? ». No fueron sus palabras lo que me dolieron, fue su mirada, su cuerpo, el gesto de puro hastío, la censura que encontré a ser vulnerable. Pudo haber sido sincera, haberme llamado llorona, quejica, débil, tonta, cursi, ñoña, era lo que pensaba en realidad, y sus palabras hubieran tenido el mismo efecto en mí.

Agotados, dejamos de mirar y nos encontramos de nuevo en la cama:

—Ya no envejeceremos juntos, papá —digo.

—¡Qué tontería!, yo nunca he sido viejo. Y me voy sin serlo, que conste, en lo mejorcito de la vida.

Reímos.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Como una rosa, ¿no me ves? —refunfuña amable.

Quiero abrazarle. Me acerco y le envuelvo dentro. ¡Está tan delgado que parece un abrazo al aire! Ante mí se abre la noche y aspiro su oscuridad, sale de su cuerpo consumido. Pienso en el negro. En el miedo. ¿Tendrá miedo? Prefiero no preguntárselo. Espero a que hable primero.

—¿Has leído a Lucía Berlín? Qué buena es. Acabo de terminar un libro suyo de relatos —me dice.

—¿*Manual para mujeres de la limpieza*?

—Ese. ¿Lo has leído?

—Sí, hace tiempo.

—¿Y no te pareció genial? Iba a recomendártelo.

—Puede que vuelva a leerlo.

—Te gustaría, sobre todo el último relato.

—No lo recuerdo, pero esto va de finales, ¿no?

—Me temo que sí. De esta no salgo.

—¿Y cuánto tiempo te han dado?

—No lo saben, ¿dos meses?, ¿uno?, ¿mañana mismo? El médico fue bastante claro y, aunque todavía no han analizado el tumor, es evidente que es un cáncer terminal y que ya ha hecho metástasis al hígado y vete tú a saber adónde más. Mienten. Lo noto. No hubiera pasado de ayer si no me intervienen. Así que es grave, muy grave. Los médicos se creen que es mejor que los pacientes no sepan toda la verdad, aunque se la pidas. Siempre está la maldita esperanza.

—¿Entonces?

—Entonces nada, solo queda esperar y que la espera sea lo menos dolorosa posible.

—¿Y has pensado qué te gustaría hacer durante este tiempo?, ¿quizá un viaje?, ¿hay algún sitio que quisieras conocer, que te haga especial ilusión?

—Ninguno, hija. Solo quiero irme a casa. Estar tranquilo.

—¡A casa! Tu casa no está aquí.

—No, eso es verdad, pero me gusta esta ciudad. Tú lo sabes, siempre me enamoró el Cantábrico. ¿Irás a Berria?

—No sé si me apetece, papá.

—¿Y por qué no?

—¡Te estás muriendo, joder!

—Razón de más para ir a nuestra playa y mandarme fotos del mar. Creo que no voy a poder despedirme de ella.

Y mientras tú cierras los ojos, mi corazón se vuelve líquido y tiembla.

—No me esperaba esto, ¿sabes?

—¿El cáncer?

—Tanto amor. Tenías razón, nunca he estado solo.

Asiento curvando los labios hacia abajo. Vuelven las lágrimas y le aprieto la mano.

—¡Claro que no!

Nos quedamos en silencio, pensativos, cada uno tiene lo suyo. Quisiera saber qué pasa por su cabeza, qué piensa en este momento, en todos los momentos del día, qué recuerdos le llegan, y escribir, escribirlo todo para que no se me olvide nada. Sonrío, parezco mi último personaje, María Casares, o Camus, ese *Todo* y esa *Nada*.

No hablo. No puedo. Solo le miro, le desgasto, me quedo con cada facción de su rostro mientras cierra los ojos. Adoro sus ojos azules gris tormenta.

—¿Quieres que me vaya? —le digo en un susurro.

—Sí, estoy cansado. Me gustaría dormir un poco.

—Adriana quiere entrar. Y Samuel. También Miguel. Están muy tristes. Solo será un momento. No nos esperábamos nada de todo esto.

—¡Pues imagínate yo!, he pasado de caminar por el Pirineo a morirme y todo en solo dos semanas. Ahora entiendo más que nunca la idea del *carpe diem*. Siempre me ha parecido una cursilada, un tópico ridículo y manido, pero imírame! Ay, no sé ni qué decirles, no tengo palabras para esta pena tan grande. Apenas me sale la voz desde esta mañana. Y no paro de pensar que me he equivocado. ¡Me he equivocado tanto y más con la gente que quería!

—No pienses en eso ahora.

—No puedo dejar de hacerlo. ¡Cuántos errores!

—¡Papá!

—Diles que pasen, cariño, al menos les daré un beso.

—De acuerdo. Mañana vuelvo.

—¿Y la nueva novela?, ¿avanza?

—Despacio. No puedo pensar con claridad, ni escribir desde hace días.

—Me gustaría leerla. Va a ser bonita esa historia.

—Ojalá, pero no sé si nos va a dar tiempo a leerla juntos.

—Me temo que esta vez no va a poder ser.

—No digas eso. Quizá consiga terminarla a tiempo.

—No creo que pueda esperar. ¿Ya tienes el título?

—*Golondrinas en agosto*.

—Me gusta.

—A mí también. Lo decidí hace unos días.

—¿Por qué en agosto?

—Por este momento.

—Comprendo.

—Sí, aunque tendré que soportar a toda esa gente que parece saberlo todo, incluso tus propias emociones y motivos. Ya lo verás, enseguida me dirán que las golondrinas regresan en primavera. Y yo tendré que poner los ojos en blanco y sonreír. Ya, ya sé que estoy adelantando mi futuro, es una tonta costumbre que no puedo evitar.

—Al menos tú puedes pensar en el futuro.

—¡Cuídate, papá!

—Mejor cuídate tú, hija mía, a mí ya no me sirve para nada.

—No digas eso, me apena escucharlo.

—Entonces, no lo diré más. Hasta mañana, hija. Diles que pasen.

—Buenas noches, papá.

Al salir de la habitación comencé a llorar mientras los demás se iban despidiendo uno a uno. Sentía el corazón diminuto y no me salía la voz. Escuchaba lo que los demás contaban. Con quien más hablaste fue con Adriana que te hizo preguntas sobre el destino, sobre el miedo, sobre sus creencias. Con el resto ya no te quedaron fuerzas. Un beso, una sonrisa, un hasta pronto, yayo, hasta pronto, Carlos. Samuel estaba muy triste. Apenas había podido hilar dos palabras juntas y notaba una angustia enorme. Dijo, al salir, que ya no quería volver más, que no sabía qué decirte, cómo animarte, que Jimena, la mujer que vivía contigo, era una mandona, que no dejaba de regañarle por cómo llevaba puesta la mascarilla, por si hablaba alto,

por todo, en realidad, que no le parecía normal, que no era nadie, ni familia siquiera, que no la quería tener cerca, y que, si volvía, igual no era amable y la contestaba mal. Nos pareció bien que no regresase. Estábamos todos muy nerviosos. Yo entré otra vez. Tu pareja insistía en que te convenciera para que se quedara una enfermera que había contratado para pasar la noche contigo. Tú no querías y yo te entendía, y más después de escucharte, no te gustaba, era un dinero superfluo y no te hacía ninguna gracia la compañía de una extraña. Normal. Te pregunté: «¿Por qué no se queda ella?, si solo llevas en el hospital dos días; de hecho, esta es la segunda noche que pasas aquí», y tú te encogiste de hombros y después la disculpaste: «Tiene que descansar, es mejor que se vaya». No quise sembrar cizaña, ni decirle lo que pensaba y te convencí. Sí, eso hice, te convencí. Te dije esa frase tan nuestra, tan familiar, que siempre apuntaba mamá cuando había que sembrar armonía en las peleas: «Por la paz, un padrenuestro, papá. Déjala que se quede contenta; total, qué más da. El dinero no importa». «No es el dinero, hija, es la presencia, no pinta nada aquí», pero sonreíste y añadiste: «De acuerdo». Y yo me marché, aunque en mi fuero interno pensaba en lo poco que te debía querer para no acompañarte en tu final. ¿Solo un par de noches y ya necesitaba a una enfermera para irse a dormir? ¿Quién podía dormir? Yo llevaba dos días sin conseguirlo. No sé por qué no me quedé yo aquella noche, todavía hoy me lo pregunto. ¿Por qué no fui más rápida?, ¿por qué no me lo pediste?, ¿por qué la hice caso?, ¿por qué tantas cosas? Hubiera sido nuestra última noche juntos y hoy tendría otro recuerdo más contigo. Te podría haber leído, por ejemplo, haberte dado la mano toda la noche. Imagino que pensé que íbamos a volver al día siguiente, que no debía meterme en medio de vosotros, que era mejor dejaros tranquilos. Pero ¿y si no hubiera habido un día siguiente?

Cada pensamiento que me venía era un latigazo. Un ahogo. Más lágrimas. El estómago me dolía. No tenía ninguna lógica, porque desde el primer momento había sido consciente de que viajábamos a Santander para despedirnos de ti, y eso mismo les dije a tus nietos

antes de que entraran a verte: «despediros bonito del abuelo, es muy probable que sea la última vez que lo veáis». Sabía el desenlace, aunque al emprender el viaje solo tenía una intuición. Después de esa habitación, de esa tarde, fue una certeza absoluta. «Los milagros no existen», decías a menudo, pero yo nunca he estado segura de eso. ¡Qué poco creyente fuiste! Sin embargo, puedo recordarte de mi mano los domingos de mi infancia, eras tú quien me llevabas a misa, y no mamá; eras tú quien me hablaba de la religión, quien puso el grito en el cielo cuando en 1º de BUP, liberada de las monjas francesas y liberada de los Maristas a los que querías llevarme para cursar el bachillerato, me apunté a Ética en el Instituto Núñez de Arce de Valladolid. Ya sabes, siempre me gustó ser un poco rebelde. Sigo siéndolo. Era feliz debatiendo, llevándoles la contraria a mis compañeros, provocándoles. ¡Qué liberación fue dejar atrás todo aquel paripé de las misas cada semana, sus rezos, las canciones cursis y aquellas confesiones en las que me inventaba los pecados que no cometía! ¿Acaso vivir era un pecado?

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

Nací en la casa de mi abuelo paterno un día frío de principios del mes de marzo. Nunca he creído en la simbología del zodiaco ni en los charlatanes que hablan y hablan sobre ese embrujo de las lunas, el sol y las mareas, pero mi nieta Adriana dice que es importante hasta la hora en la que naces, que mi carta natal me retrata. No lo sé. Solo que soy Piscis, sea lo que sea lo que significa eso, mejor no indagar.

Mi abuelo se llamaba Ignacio y vivía en la plaza San Nicolás en Valladolid, en el segundo piso de un edificio de tres plantas que tenía dos habitaciones que daban a la plaza, y la cocina, el comedor y el dormitorio principal estaban abiertos a una galería acristalada que miraba al puente Mayor y al paseo de las Moreras. Me gustaba aquella casa. Era luminosa, alegre, como los peldaños de la escalera de madera que tamborileaban cuando bajaba y subía al trote haciendo su propia música de percusión. «Ya sube nuestro diablillo, María», le decía mi abuelo a la abuela imaginaria, sonriendo desde el rellano, y me recibía con los brazos abiertos estrechándome como si quisiera fundirse conmigo. ¡Me sentía tan querido, tan especial en aquella casa que no me hubiera importado vivir siempre en ella!

«Mi Carlitos querido, ¡cómo te he echado de menos»; daba igual que me hubiera visto por la mañana, el día anterior o que hubiera pasado una semana, él siempre me decía las mismas palabras de bienvenida.

Fue mi abuelo Ignacio quien me contó un día, mientras me recostaba en su cama matrimonial a dormir la siesta, cómo había llegado al mundo:

—Aquí, justo donde tú estás ahora, Carlitos, estaba acostada tu mamá el día que naciste. Sufrió mucho, ¿sabes?, lloraba y daba gritos de dolor que se escuchaban desde la calle. Le costó abrirte

paso a la vida, quizá porque era primeriza. No lo sé, no entiendo mucho de esas cosas de mujeres, pero cada vez que tú empujabas por salir, ella sentía ese dolor que parecía que la partía por la mitad. Todos sabíamos que tenía que ser así, no era la primera vez que lo vivíamos; ella misma, tu madre, había nacido de la misma manera y del mismo dolor, pero del cuerpo de tu abuela, que también estaba con ella dándole ánimos y empujando con la voz, el rostro y el cuerpo al mismo tiempo. Son importantes los gestos. Resultó muy dura la espera, pero cuando saliste, ay, Carlitos, qué emoción más grande sentimos todos, qué lloros, qué alegría, qué abrazos. Fue un júbilo escuchar tu primer llanto. Mirarte. Tocarte. Estabas completo, manitas, piecitos y olías a flor de lavanda. ¿Cómo era posible que olieses tan bien? Quizá fue la ropa. Eras un bebé perfecto, guapísimo, sonrosado, rubio y, cuando abrías los ojos, se intuía una mirada azul. La matrona estaba agotada. Tu madre estaba agotada. Y tú, como si fueras capaz de sentir todo su cansancio, te acomodaste en el regazo de tu madre y te quedaste dormido sin molestar. Tu madre te sonreía feliz. Tu padre, más serio, pero no menos emocionado, lloraba. Se sentó en una silla al lado de la cama y allí se quedó durante horas, inmóvil, agarrado a la mano de tu madre ya dormida y velando a su criatura recién nacida. Fue muy especial aquel día. Lo único que me apena es que tu abuela María no te haya visto crecer. Lo que habría disfrutado. Te quería tanto, diablillo, y era tan buena, tan buena...

—¿Como el pan blanco? —bromeaba yo.

—Mucho más buena, vas a comparar.

—¡Háblame de ella, abuelo!, ¿cómo murió?

—¡Anda, no hablemos de cosas tristes, vete a jugar a la calle, con tus amigos!

—Yo no tengo amigos, abuelo. Nadie quiere jugar conmigo, salvo los primos, y a mamá no le gusta que esté con ellos.

—¡Qué cosas dices, Carlitos!

Mi abuelo me abrazaba con tanta fuerza que dolía y después cogía la fotografía de su María del aparador del salón y se perdía toda la tarde hablándome de ella, de cómo se habían conocido, de lo que habían vivido juntos, pero no de su muerte, de eso no hablaba jamás y era lo que a mí más me interesaba. A veces, se quedaba desconsolado ante algún recuerdo, cerraba los ojos con mucha fuerza y yo sabía que aquel momento le pertenecía solo a él. Entonces, le daba una caricia en la mano y me iba a la galería para dejarle llorar. Me encantaba la galería, era mi parte preferida de la casa, el lugar donde jugaba, donde leía al Guerrero del Antifaz y el inquietante misterio que aportaban sus heroínas, donde el Capitán Trueno, ya con quince años, se convirtió en mi modelo a seguir de hombre hecho y derecho, siempre dispuesto a afrontar nuevas injusticias contra las que luchar y causas nobles que defender. También leía a héroes imposibles, antihéroes, desgarrados, variopintos, divertidos, caóticos, viñetas con las que me tronchaba de risa: Zipi y Zape, el repórter Tribulete y muchos más. Todavía puedo recordarlos, me dejaron un mundo imaginario increíble.

La terraza del abuelo era mi atalaya, el castillo desde el que miraba el mundo, un refugio donde todo lo feo que me pasaba se quedaba fuera; allí, los sueños eran posibles, incluso los más imposibles. A través de sus cristales veía discurrir el movimiento de la ciudad, la gente, los carros tirados por mulos que iban y venían por el puente Mayor. De vez en cuando pasaba algún coche o camión que hacía sonar su bocina y, si tenía suerte, escuchaba el silbido de la máquina de vapor que anunciaba el paso del tren Burra, avanzando a paso lento desde la estación de San Bartolomé camino de la estación del Campo de Béjar - hoy, la Estación de Autobuses - . Tenía dos primos hermanos, Santiago y Fernando, dos buenas piezas, según rezaba mi madre, con los que nunca jamás en el mundo, me recalaba y amenazaba con énfasis y con el dedo índice en alto junto a mi cara, me debía juntar; sin embargo, yo adoraba a mis primos, los buscaba, los seguía como un corderito, con ellos me sentía fuerte, importante, valiente, más hombre y me apuntaba a todo lo que me proponían, fuera bueno o malo. Casi siempre era malo. Nuestro

pasatiempo favorito era lanzarle piedras al tren Burra y celebrar después los cantazos que daban en el objetivo. También pelearnos a pedradas con los niños del barrio de San Nicolás y con los del barrio de Victoria para ganar el puente Mayor y dominarlo. La verdad es que siempre ganaron ellos; no sé cómo, conseguían más piedras que nosotros y eran más rápidos. Enseguida nos hacían morder el polvo y rendirnos sin condiciones. Yo escapaba del puente corriendo cuando sucedía y subía a resguardarme a la casa del abuelo desde donde podía ver cómo los niños de los otros barrios celebraban su victoria. ¡Qué rabia me daban!

4

Alas negras

Las golondrinas son portadoras de la buena suerte

NOVIEMBRE

El duelo

Llevo meses leyendo sobre el duelo, releendo una novela tras otra, ensayos, citas, historias que hablan de los padres y sus hijos, de las relaciones familiares, de la muerte, de los vicios y los recuerdos. Hasta que comencé a hacerlo no me había dado cuenta de la cantidad de libros que tengo en las estanterías de casa sobre este tema. Respiro la literatura a través de las heridas ajenas, del drama de otros, incluso de las tragedias que no son de verdad, las de ficción, pero, ahora más que nunca, las heridas son mías. Necesito comprenderlas. Entender el proceso, el porqué de lo que siento, su evolución. ¿Qué llega primero? ¿Es normal la rabia?, ¿el odio?, ¿el llanto?, la indiferencia, ¿es parte del dolor?, ¿y las palabrotas? Me llegan como una riada a la boca y tengo que hacer un gran esfuerzo por no compartirlas en alto o con la página en blanco que me espera interrogante en casa como si dijera: « A ver qué me cuentas hoy » . Detesto su blancura, parece que se ríe de mí. A veces las escribo una y otra vez, las pongo al final de cada frase y, al releerlas, las quito, pero me encanta cómo suenan. Me avergüenza reconocerlo. Las palabrotas son vulgares obras maestras. Perfectas para el desahogo. Desastrosas para la literatura.

Cada frase que escribo es un pequeño triunfo en mi estado, una especie de suerte entre tanto duelo.

Todo parece normal, mi vida parece normal, mi piel, mi sonrisa, mis idas y venidas, los eventos literarios, el trabajo, la ilusión, las decepciones de siempre, nada nuevo, la casa, los cojines en su sitio, el perro en su cama, los paseos matutinos, la nevera casi siempre vacía, Miguel no está para llenarla, la familia que viene y va, que ya no pertenece al mismo lugar. Me repito, y se lo repito también a los que me preguntan, que pronto sacaré una novela, lo digo para convencerme, que de este año no pasa, pero está siendo una dura tarea. No acabo de ver a mis golondrinas como las había ideado, me

complico la trama, le pongo piedras, aves en este caso, escribo sobre el duelo, recupero tus memorias, los días previos a tu muerte se repiten en mi mente, me bloquean, y un día decido algo muy loco. Si no puedo con todo por partes, voy a juntarlo y a ver qué ocurre.

Las palabras ya no me bastan, necesito experimentar los significados de cada una de las tramas. Desmontar las secuencias, ver si tienen sentido y armonía. Si fuera una de esas cocineras con estrella, que no son tantas en un enjambre de hombres, diría que estoy deconstruyendo el plato, separando los ingredientes y mostrándolos desnudos en una nueva manera de encontrarme. Texturas, sabores, penas. Descomponer para crear.

Me pregunto por qué los grandes *chefs* son en su mayoría hombres cuando, de siempre, han sido las mujeres las que han cocinado en los hogares. La cocina ha sido el reino de las mujeres, un reino impuesto y no retribuido. Es extraño no recordar a una abuela en los fogones, a una madre haciendo dulces o platos especiales en Navidad, en los cumpleaños o cocinando cada día al volver del colegio en la infancia. Yo no tengo ningún referente masculino en la familia que sepa cocinar. Es algo diario, se hace en todas las cocinas del mundo y se seguirá haciendo en el futuro. Somos cocineras porque somos cuidadoras, es algo que aprendemos desde pequeñas, también ellos lo aprenden, pero nosotras somos cocineras porque somos alimento para nuestros hijos cuando nacen y eso es algo que nos define y nos diferencia. Sin embargo, cuando llegaron los hombres y se adueñaron del espacio y lo sacaron fuera del reino, de pronto, la cocina se volvió creativa y cara, se hizo importante y empezó a tener prestigio y a ser remunerada. Pero los caballeros nunca han sido cocineros, no, ellos no, esa palabra la tenemos reservada, colgada en el perchero junto con el delantal; ellos inventaron una más distante, más selecta, tan selecta como sus platos deconstruidos, minimalistas y de culto, *chef*.

Deconstruir el duelo. Convertirme en *chef*. Eso es lo que estoy haciendo, y escribir largos párrafos en los que no digo nada y solo divago. La realidad es que me gustaría gritar, enfadarme,

marcharme sola de viaje y no hablar con nadie durante semanas o quizá fumarme un porro. Me gustaría probarlo. O no. Me da grima el humo. Creo que soy la única persona de mi generación que no se ha fumado uno. Es raro. Soy rara, tan rara como las golondrinas en agosto.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

Me desperté sobresaltada y con una sensación extraña en la boca del estómago, como si algo me revolotease por dentro. Salté de la cama y me vestí deprisa sin mirarme al espejo. Lo tenía todo preparado desde hacía días, cada pequeño detalle, cada escondite entre las sayas: ropa interior, calzas, enaguas blancas, falda negra y larga, camisola blanca anudada con lazos a la espalda, un mandil sencillo, gris, con bolsillos grandes delanteros donde había metido varios pañuelos de hilo bordados con la inicial de mi nombre, y también mi amuleto de la buena suerte, un ámbar que siempre llevaba conmigo y que me había regalado mi abuela antes de morir: «Te protegerá de los malos espíritus, Ainhara. Llévala siempre contigo». Ella decía que lo había encontrado cerca de nuestro río, aunque yo nunca había visto nada igual. Aquella resina fosilizada de los árboles parecía una auténtica piedra preciosa de lo que brillaba, era como tener el sol en mi mano. «Es el origen de la vida», me aseguró mi abuela un día siendo muy niña. «Si el ámbar puede curar las heridas de los troncos, también será capaz de cuidar nuestra alma, Ainhara, ¿no crees? ». El calzado, unas sencillas alpargatas. Y para ahuyentar el frío de la noche y la madrugada, una toquilla de lana tejida a mano. En el hatillo había metido una manta, algunas cuartillas para escribir y sobres, también un lapicero y algunas fotografías, interiores de recambio, unas alpargatas de más por si se mojaban las que llevaba puestas, y algo para comer, una hogaza y un pedazo de queso añejo. Me peiné deprisa, un moño bajo bien tirante. Al salir de la habitación me pellizqué con suavidad las mejillas para sonrojarlas. Lo hacía siempre. Era una costumbre que me había enseñado mi madre y, a su vez, a ella, la abuela. Sonreí y al hacerlo me toqué la boca con las manos siguiendo la línea curva que habían hecho mis labios. ¿De verdad estaba sonriendo? Llevaba días sin hacerlo. Besé al vuelo a mi madre y a mi padre y ni siquiera

reparé en que estaban llorando y me habían preparado mi desayuno favorito. Me precipité a la calle y miré al cielo. La tormenta había desaparecido. Por primera vez desde que había decidido que sería una golondrina, me sentía ilusionada. Corrí a la iglesia y me arrodillé en un banco de madera para agradecer aquel sentimiento. No rezaba, tan solo murmuraba y pedía; sí, pedía que el camino estuviera libre de peligros, que volviera a casa en primavera, que el salario fuera suficiente para ayudar en casa, que mis padres no se enfermaran en mi ausencia, que aprendiese rápido el oficio; pedía, pedía sin parar y, mientras lo hacía, le daba vueltas al ámbar. Ahí estaba toda la magia; en realidad, todo el sol de la mañana en las palabras de mi abuela. Al volver a casa, abracé de nuevo a mis padres y engullí el desayuno sin decir una sola palabra, sin mirarlos apenas. Era mejor así. No podía soportar su tristeza. Era contagiosa y no quería llevármela conmigo.

A las nueve salimos de casa, era la hora convenida para juntarnos. En la plaza ya me esperaban todas las golondrinas. Me saludaron agitando los brazos como si volaran. Me uní a ellas. Parecía que tuviéramos alas. Alas negras.

AGOSTO

Una larga despedida

Recuerdo el frío de aquella tarde. Los cúmulos grises del cielo sobre nosotros. Al salir del hospital, nos fuimos a Santoña. Íbamos a dormir cerca del puerto, pero primero hicimos una parada en la playa de Berria, al inicio, donde en algunas ocasiones nos habíamos alojado en un hostel familiar. Comenzamos a caminar, Miguel me daba la mano, dos kilómetros de ida hacia el faro, dos kilómetros de vuelta, cuatro kilómetros en total sin poder parar de llorar, despotricando, desolada. Miguel callaba. Me abrazaba. Esa playa, esa inmensa playa de mi infancia, nuestro primer destino de novios también tenía un significado especial y, de algún modo, obró el milagro de calmarme. Sus gaviotas, la soledad y el gris que nos rodeaba.

Al día siguiente, me levanté al alba y recorrí a solas el puerto mirando el amanecer. Cerré los ojos y la vi. Mi madre estaba allí, me saludaba, pero no era ella en realidad, sino aquella mujer joven que pintaba barcos, pueblos desiertos y paisajes, con sus acuarelas siempre a cuestas. En aquellos veranos mis padres eran felices. Tengo grabados sus rostros.

Volví pronto y desperté a Miguel, quería llegar cuanto antes al hospital, sentía mucha angustia, pero, una vez más mi familia tenía su propio ritmo, su hambre de vida y desayuno, su tranquilidad, y yo tuve que aplacar mis nervios. Llegamos tarde, claro, nos perdimos en alguna de las decenas de entradas a la ciudad. Nos sucede a menudo. Creo que nunca hemos llegado a ningún lugar sin perdernos al menos una vez. Nos encanta girar varias veces por las rotondas.

Entré en la habitación y te encontré sonriente. Tenías más color en las mejillas. Por un momento pensé que los médicos podían estar equivocados, que igual vivías más tiempo, y me sentí feliz, tanto que te propuse dar un paseo por el hospital y me dijiste que sí.

Arrastrabas los pies. Buscamos una sala para estar tranquilos y me tomé un café contigo. Tenías frío y yo te puse mi chal por los hombros. Estabas gracioso. ¿Por qué los hospitales son lugares tan heladores?

He intentado, en vano, recordar lo que hablamos en aquella sala, reproducirlo por escrito, lo que no se fija con palabras se olvida; no lo he conseguido, quizá porque no tuvo ninguna importancia.

—No puedo más, hija, volvamos a la habitación .

Sin embargo, aún dimos un paseo y llegamos hasta un mirador desde donde se veía el mar lejano. Me pareció que te perdías un momento en su azul.

Ya en la habitación y antes de marcharme dijiste con los ojos anegados:

—Tengo miedo, miedo al dolor, a que la agonía de la muerte se prolongue. No quiero vivir ni un minuto más de lo necesario ni siquiera dormido. Ese misterioso paréntesis del que nadie sabe nada, me asusta.

¿Te pregunté yo si tenías miedo o salió de ti confesármelo? Tu voz sonó desconocida.

Al marcharnos te abracé muy fuerte y te dije:

—Te quiero. Te quiero mucho. Mucho, papá.

—Sigue escribiendo. No lo dejes, hija. Y acuérdate de leérmelo siempre que puedas, somos almas gemelas narrativas.

Y sonreíste con una pena infinita.

Me la llevé conmigo, toda, la tuya y la mía. Y aquí me tienes, conviviendo con ella, es lo que tiene escribir. Todavía sigo en ese hospital, en aquella sala de espera con un café en la mano, en el mirador de grandes ventanales. En los hospitales nunca se hace de noche o se vive en una noche permanente. La escritura autobiográfica es una pausada meditación de anécdotas y recuerdos, silencios y verdades a medias, porcelana fina a punto de romperse.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

Fui consciente de la melancolía que arrastraba la muerte desde muy pequeño. Creo que todos los niños de la posguerra, en mayor o menor medida, lo fuimos. A veces le preguntaba a mi abuelo por la abuela María; me parecía extraño que hablase con aquel ser imaginario y bellísimo del aparador, pero él me evitaba. «Deja, deja, no son cosas de chiquillos», me decía. Y hablaba de otro tema o me mandaba a hacer algún recado para quitárame de encima. Le incomodaban mis preguntas. Los recuerdos dolorosos. Mi abuelo vivía en un duelo continuo.

Fue mi madre la que me contó su historia. La suya y tantas otras. A ella le gustaba hablar. A mí, escuchar:

«La abuelita regresaba en tren de Zamora y de pronto se sintió muy mal. El revisor, alertado por alguno de los viajeros, la atendió como pudo y buscó entre los pasajeros algún médico para que la asistiera de urgencia. No hubo suerte. Para mitigar su malestar, le ofrecieron un poco de agua y compañía y llamaron al jefe de la estación de Valladolid dando el aviso de que estuviera preparado un equipo médico a la llegada del tren. Por desgracia, la abuelita María no llegó a tiempo. Murió en el tren y el equipo médico solo pudo certificar su muerte. El abuelo se quedó devastado cuando lo supo. Que muriera de repente fue muy duro para toda la familia, para sus hijos, pero sobre todo para él. Estaban tan unidos, Carlitos, que por eso sigue hablando con ella. En cierta manera no ha aceptado que ya no está. Y no le culpo. Ninguno lo hacemos. Es muy tierno, ¿no te parece?».

5

Las montañas

*Las golondrinas recitan poemas,
son portadoras de sueños*

NOVIEMBRE

El duelo

He vuelto a nuestras montañas, papá, a Canfranc. Estaba invitada a participar en un retiro literario, mi primer retiro. ¿Te imaginas? Al llegar estaba emocionada y nerviosa. Me latía el corazón muy fuerte, no solo por la aventura de reunirme con otras personas en torno a la literatura sin saber si conectaríamos, siempre he huido de los espacios pequeños con mucha gente y del largo plazo, incluso del familiar, y un fin de semana para mí es un espacio temporal considerable, sino porque sabía que estarías allí, que te vería en todas partes, en cada curva, en cada camino, por el pueblo. No entré en la casa. Además, estaba en obras. Me vino bien. Desde que se la quedó Federico. ya no la siento tan nuestra, tú lo sabes, aunque, ocasionalmente, la utilice. Me encanta ese lugar, la sencillez que se respira, el paisaje que se ve a través de las ventanas. A ti también te enamoraba, sobre todo el suelo de roble oscuro. Casi treinta años yendo al Pirineo y saber que ese fue tu último destino, tu último verano, que ya te morías mientras subías a la montaña, mientras comías con Miguel y conmigo, mientras hablabas con Beatriz al día siguiente y le decías que no eras del todo feliz, que las relaciones se te estaban poniendo cuesta arriba, me sobrecogía. Ojalá te hubieras ido en tus queridas montañas. En tu verdadera casa. Hubiera sido mucho más fácil cuidarte. También allí murió nuestra perrita Tara, ¿te acuerdas de lo que lloramos? Siempre imaginé que terminarías tus días en Canfranc, pero no, la vida tenía otros planes para ti, para todos.

Como no podía dormir, salí a dar un paseo de madrugada. Estaba desubicada, el alojamiento estaba al final del pueblo en vez de al principio. Me crucé contigo en el Paseo de los Melancólicos y te pedí que me acompañaras. Tenía una hemorragia imparable y estaba muy preocupada. Me abrazaste. Era como volver a empezar. Hablamos de los errores de la vida. Yo seguía enfadada contigo y te

lo dije. No entendía el duelo que sentía, la pena que no terminaba, los meses, las informaciones que me iban llegando a cuentagotas, las decisiones finales, la avaricia. Sigo sin hacerlo. No nos encontramos con nadie. Éramos dos almas solitarias vagando por el bosque. Te enseñé, desde lo alto, cómo había quedado el hotel —no llegaste a verlo—. Toda la vida siguiendo su evolución, de preciosa y nostálgica estación abandonada a un hotel de lujo de ensueño, y no te creerías lo que han hecho. La restauración que hizo nuestro Nacho y la Universidad de Huesca en el vestíbulo, con sus escudos y molduras originales que aún se conservan como oro en paño, se ha quedado corta con ese acto de amor, con ese viaje en el tiempo a 1928 que han reproducido. Es preciosa. Sueño con alojarme allí. El retiro literario, sin duda, habría quedado perfecto en ese espacio; lástima que los presupuestos no alcancen. Llegué hasta *Europa* y miré hacia arriba. Allí se quedaba lo que fuimos. Los recuerdos. Las lecturas. Me acerqué al ayuntamiento y pensé en la presentación que hicimos juntos de *Agua de Limón*. La imaginé en la cabeza. Seguí cada movimiento. También nos acompañó el alcalde. Qué bien lo pasamos aquella tarde, cuánta gente vino a escucharnos, cuántos libros se vendieron. Fue una fiesta. Estabas feliz y eso que la mañana había sido una montaña rusa de emociones. Subimos a los ibones de Astún. Tú tan fuerte, siempre delante mostrando el camino, el jefe de la tribu, el más viril, y mamá, tan débil, tan poco montañera, con sus deportivas con medio tacón que nos hicieron sufrir a Miguel y a mí porque nos costó un triunfo que pudiera bajar la montaña. Esa fue la última vez que fue, con lo que le gustaba el paisaje desde la ventana de casa y el viaje en tren. No hubo otra oportunidad. Habíais envejecido a años luz. Y el amor, no sé, ¿en qué momento dejó de ser suficiente para ti?

Cuando se muere la ilusión en los ojos de quienes se amaron con locura una vez, se muere también la ilusión de quienes lo vivieron con ellos. Y yo sentía toda esa tristeza de vuestros abrazos interrumpidos. Cómo podía explicarles a mis hijos, que también lo veían y me preguntaban, que ya no podíais vivir juntos, que queríais mundos distintos; bueno, tú querías una vida distinta, a mamá le

bastaba con el cariño y la compañía, con las palabras amables y los recuerdos, las visitas de sus hijos y nietos, el cine, los conciertos, las lecturas, su cuerpo estaba tan consumido que no le alcanzaban las fuerzas para nada más. Exprimir la vida, sacarle el jugo, tocar la carne, eso era lo que querías tú, pero eso, eso no podía explicárselo.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

Sentía el frío helador de la mañana en las manos y en la cara y unos nervios punzantes en el estómago. Me abracé como pude para darme algo de calor, para darme fuerzas ante el desafío que me aguardaba en Francia y el largo viaje. Tenía muchas ganas de llorar, aunque lo disimulaba mirando al suelo. El camino estaba lleno de piedras pequeñas. Se me clavaban en los pies y me hacían daño. Pensé que no lo aguantaría. ¿Cuántas horas nos quedaban todavía?, ¿cuántos días? De soslayo, miraba a las otras chicas, algunas charlaban y se reían, otras iban más serias, concentradas en avanzar o quizá pensando en lo que habían dejado atrás.

Las necesitaba. Quería encajar, ser una más, pero no sabía cómo acercarme, qué decirles. Nunca había tenido hermanos, ni amigas; bueno, quizá siendo muy niña, pero después todo había cambiado. Dejé la escuela y comencé a ayudar en el campo. Todas las manos eran pocas para sobrevivir y tener algo que llevarnos a la boca, decían mis padres, y así, fui aislándome poco a poco. De casa al campo y del campo a casa. La verdad es que tampoco me había importado demasiado estar sola. Había aprendido lo necesario, o eso creía yo, sabía escribir y leer con soltura, y con eso tenía bastante. Los libros llenaban todas mis soledades y la maestra, siempre generosa conmigo, me ayudaba a conseguir nuevas historias y me regalaba algunos cuadernos y cuartillas para mis dibujos; sabía que adoraba pintar la naturaleza y que me perdía en ella cuando podía. Me daba igual lo que opinara la gente o que se me ensuciara mi único vestido de diario. A veces, la maestra venía a verme a casa y se quedaba maravillada al mirar mis libretas. Curiosamente, el animal que más me gustaba estudiar y pintar, mi favorito, era un ave, la golondrina, tenía decenas de dibujos de ellas, volando con sus alas negras desplegadas o posadas en una rama. Tenían una elegancia especial. Me acucillaba entre los arbustos y esperaba a

que se me acercaran. Lo hacían siempre. Curiosas y distantes, me revoloteaban por encima y después se paraban para observarme. Nos mirábamos y nos entendíamos.

Ahora era yo una de ellas.

—Dicen que allí donde una golondrina construye su nido, reinará la felicidad —comenta risueña Catalina, la muchacha más mayor y guía del grupo, al avanzar por el camino acercándose a Ainhara con cariño para animarla un poco.

—Sí, eso dicen. También que son portadoras de la buena suerte, añade guiñándole un ojo Isabel.

— « Felicidad » , « buena suerte » , pero mira que decís tonterías ya de buena mañana. Igualitas que las aves somos, tenemos la misma libertad. Anda, no les hagas caso, Ainhara, y mira bien por donde pisas que en esta zona hay muchas piedras pequeñas y es muy fácil resbalar. Si es que ya lo digo yo, tienen muchos pájaros en la cabeza; lo único que representamos, seamos sinceras, son manos y horas de trabajo. Muchas horas de trabajo. Para todo lo demás, somos invisibles, Ainhara, y encima españolas y pobres. No hay ningún romanticismo en lo que hacemos. Y si no, pregúntales a mis hermanas, tan solo son un poco más mayores que tú y ya han venido conmigo dos inviernos. Tendrías que haberlas visto los primeros días de trabajo, no paraban de llorar. Repetían una y otra vez que querían volver, pero esa opción no es posible. ¿Las conoces?, ¿no?, ¿no has coincidido con ellas en la escuela?

—¿A Anunciación y Joaquina? Sí, claro que nos conocemos, pero de vernos por el pueblo; yo no voy a la escuela.

—¿Y por qué no vas a la escuela?

—Estudio en casa.

—Entonces, ¿sabes leer y escribir?

—Sí, sí.

—Eso está muy bien, Ainhara. Te sorprendería la cantidad de nosotras que no sabe hacerlo o que lo hace a duras penas; por eso

solemos ayudarnos y escribimos por ellas algunas cartas al finalizar el día, a la familia, a las amigas, a los novios o prometidos. Es importante estar unidas y apoyarnos, convertirnos en familia durante estos meses. Así nos sentimos menos solas. Enviar y recibir cartas se ha convertido en el único punto de encuentro que tenemos con nuestra tierra. ¿Cuento contigo?

—¡Claro!, encantada.

—Fenomenal. Cuantas más manos seamos, mejor.

—De todas formas, me preocupa un poco lo que has dicho de las fábricas. ¿De verdad es tan duro?

—¡Es más!, pero ya lo comprobarás por ti misma. Te dejarás los ojos y los dedos las primeras semanas hasta que te acostumbres, pero después, cuando hayas hecho callo, ya será algo maquinal que te saldrá solo. En realidad, es bastante fácil.

—Pero mira que eres aguafiestas, Manuela. Deja a la chiquilla en paz de una vez y no la asustes antes de tiempo. Ya verás, Ainhara, como no es para tanto.

—Y dime, querida Isabel, ¿desde cuándo contar la verdad es de ser aguafiestas?

—Mujer, no todo lo que vivimos es malo o una tragedia. También nos lo pasamos muy bien. Conocemos a gente interesante y coqueteamos; allí, Ainhara, nadie nos juzga, y si lo hacen, ¿a quién le importa?

—A mí me importa —responde Manuela muy seria.

—¿Acaso te has olvidado de los bailes en la plaza los domingos?, ¿y de ese mozo que te pretendía?, el alto y rubio, mujer, ¡el alemán! No pongas esa cara que sabes perfectamente de quién estoy hablando, ese que te agarraba bien fuerte de la cintura y al que sonreías como una boba porque no le entendías, pero tampoco te hacía falta.

—No sé a quién te refieres, tengo muy mala memoria.

—Ja, ya, ¿y de la sensación de libertad que nos hace volver una y otra vez?, ¿de eso tampoco te acuerdas? Nosotras ya somos

veteranas y, reconócelo, al menos eso, no volvemos a Francia solo por dinero.

—Bueno, bueno... habla por ti. Yo voy por dinero y porque tengo que cuidar de mis hermanas.

—Por cierto, hablando de pájaros en la cabeza, ¿os acordáis de los sombreros de las francesas hechos con plumas de golondrinas?

—Sí, yo me quedé con las ganas de comprarme uno, menos mal que me quitasteis la idea —dice Catalina riendo—. Con lo pesada que me puse.

—¡Menuda ocurrencia tuviste! Hubieras estado ridícula en Salvatierra con un nido en la cabeza, ¿os imagináis? Además, eran carísimos.

—Pues me han contado que las golondrinas se han rebelado contra los franceses y su industria de la moda.

—¿Cómo que se han rebelado?

—Sí, por instinto han decidido evitarla. Dicen que, las pobres, tenían el hábito de aterrizar en la costa del sur de Francia después de su largo viaje desde África, y que, al posarse en los cables de la luz, las dejaban fritas.

—¿Cómo fritas?

—Las electrocutaban para hacer los dichosos sombreros de moda y sus plumas. Este año, en primavera, cuando todo estaba preparado para su llegada, no adivinareis qué pasó.

—Que no llegó ninguna golondrina.

—Eso es.

—¿Ninguna?

—¡Adiós sombreros!

—Definitivamente, vivimos tiempos extraños.

—¿Tendrán memoria?

—Imagino que sí.

—¡Qué salvajes!, ¿cómo podían hacer algo así con lo especiales que son? Hace años que las pinto y las observo en el bosque. Me gusta seguirlas en sus juegos. Estudiarlas. Una vez quise coger una y enjaularla, pero no había manera de que se me acercara, y eso que probé de todo. Son muy desconfiadas, te miran a distancia. Pensé en herirla y después curarla, claro; ¡no me miréis así! Me hice con un tirachinas. Puse una piedra pequeña y apunté a la rama sin lanzarla. Me latía el pecho con fuerza. Ella no me perdía de vista, ladeaba la cabeza de un lado al otro, era como si me dijera que no lo hiciera, como si entendiera lo que estaba a punto de hacer. Y, de pronto, alzó el vuelo y extendió las alas en forma de cruz, y se quedó suspendida en el aire, muy quieta, sin apenas aletear, como si quisiera mimetizarse o protegerse con el cielo azul. Era una diana perfecta. Me sobrecogió tanto su indefensión que tiré la piedra y me senté en el suelo a llorar. Desde ese día, decidí que las protegería siempre.

—¡Qué historia más bonita, Ainhara! Deberías formar parte de alguna sociedad de estudio de las aves, si tanto te gustan.

—Dudo mucho que exista algo así.

—Pues te equivocas. Cuando me contaron la historia de las plumas en los sombreros, nombraron a una sociedad inglesa, no recuerdo el nombre; dicen que han sido dos mujeres de la alta sociedad británica las que han conseguido boicotear el comercio para proteger a las golondrinas y a otras aves, y que muchas mujeres se han unido a ellas en la lucha. Así empiezan las cosas importantes, mostrando rebeldía. ¿Tú crees que a esas mujeres les ha resultado fácil ir en contra de todo un símbolo de estatus?, ¿o que irnos a Francia es fácil para nosotras?

—Supongo que no, pero ¿cómo voy a decirles a mis padres que me marchó a estudiar aves a Inglaterra? Pensarían que he perdido el juicio. Ay, Isabel, qué cosas dices. Yo no me atrevería ni a proponerlo. ¡Madre mía!, ¡viajar a Inglaterra sola! Les daría algo.

—Cosas más raras se han visto, muchacha. Nosotras somos el vivo ejemplo de ello, golondrinas alpargateras que parece que no han

roto un plato en su vida, pero que llevan un puñal o dos entre las sayas por si a los pastores les da por propasarse y que hacen contrabando en la frontera.

—A la gente pobre no se nos está permitido tener sueños.

—Eso es muy cierto. Podemos tenerlos, pero lo complicado es cumplirlos.

—A mí me encantaría, no creas; tengo quince años y voy camino de una frontera, un lugar del que no sé nada, del que no conozco su lengua y no sé ni cómo se hace una alpargata. Un desastre. Y todo porque apenas nos alcanza para comer y mi madre se ha empeñado en que necesito un ajuar para casarme. ¡Como si yo quisiera tal cosa!

—Enamorarse es bonito, Ainhara.

—No lo dudo, pero ¿casarse?

—¿Ya tienes algún mozo que te pretenda?

—No son los que tiene en mente mi madre.

—Ay, las madres, ¿por qué no nos dejarán vivir en paz?

—Eso digo yo.

—Eres demasiado joven para pensar en casamientos. Si hay algo que he aprendido con los años es que hay personas especiales, y tú lo eres, créeme. Tengo un sexto sentido para la gente, al menos eso dice mi madre. Además, ¿conoces a alguien que observe aves en su tiempo libre y que llore por intentar cazarlas?

Nos echamos a reír y fue tan contagiosa nuestra risa, que el resto del grupo se nos unieron. Parecíamos una bandada de pájaros trinando en medio del polvoriento camino. No tardaron en darnos alcance cinco mujeres. También vestían de negro. También iban a Mauleón-Licharre. También se las veía tan pobres como a nosotras. Las dos más jóvenes dijeron que provenían de Hecho y Ansó. Era su primera vez. Estaban tan perdidas como yo. Eso me animó. Pensé que nos uniría ese hilo invisible a caballo entre la solidaridad, la

edad y el miedo. Las otras dos mujeres eran del Roncal y había una tercera de Burgui. Veteranas todas. Se presentaron risueñas.

—Qué bien que os alcancemos. Seguíamos vuestra estela. Os hemos escuchado reír hace rato y hemos acelerado el paso para ir juntas. Yo soy Teresa.

—¡Ángela!

—Elisa.

—Y nosotras Lucía y Elena.

Manuela nos fue presentando también una a una:

—Nuestra benjamina es Ainhara. Yo creo que más o menos seréis de la misma edad, ¿quince?, ¿catorce? —pregunta sonriendo a Lucía y a Elena.

—Sí, ambas tenemos quince.

—Estas de aquí son mis hermanas Joaquina y Anunciación. Catalina, Isabel y Justina. Y yo me llamo Manuela. Somos de Salvatierra de Esca.

Nos dimos besos y nos paramos a descansar un rato.

—¿Ya estamos todas? —preguntó Lucía.

—No lo creo, un poco más arriba, en el pueblo de Isaba, se nos unirán algunas alpargateras más. Es el punto de encuentro cada año.

—¿Tantas somos?

—Muchas.

—¿Y todas volveremos juntas?

—Siempre hay alguna que se queda.

—¿Por amor?

—Sí, por amor la mayoría, pero hay otras que descubren en Francia una nueva vida y les gusta Mauleón-Licharre. Hacen el contrabando en la frontera con la familia y vuelven a las fábricas. La mano de obra siempre es bien recibida en la ciudad. A los españoles nos

pagan menos, y si somos mujeres, todavía es mayor la diferencia. Sí, no me miréis así, la vida siempre es injusta con nosotras.

Mientras Manuela hablaba, repasé al grupo en silencio, sus rostros, las manos, la sonrisa, el miedo que se dibujaba tras las miradas, lo que decían y lo que callaban y, como hacía con mis golondrinas, las fui contando una a una. Éramos una bandada de doce aves.

—¿Cuántas veces habéis hecho este viaje? —preguntó Ángela.

—Demasiadas —refunfuñó, Manuela—. Ojalá vosotras no tengáis que vivirlo tantas veces como nosotras.

—¿Y es tan peligroso como dicen?

—Mientras estemos unidas, no, cuantas más seamos, menos riesgo correremos. La montaña puede ser muy traicionera en esta época del año, cambia mucho el tiempo, pero tenemos que cuidarnos también de los hombres y de los animales y reptiles que nos puedan salir por el camino. Venga, en marcha, que no nos queda nada para llegar a Isaba.

—¿Y podremos descansar?

—Sí, comeremos algo y nos pondremos en camino todas juntas. Tenemos que intentar llegar antes de que anochezca al refugio de Belagua. Allí pasaremos la noche.

Me quedé la última para observar el vaivén de faldas negras que ascendían por el camino. Era una bonita estampa de mujeres unidas caminando una al lado de la otra, emigrando en busca de sustento. Algunas de las muchachas se cogían de las manos o se apoyaban en los antebrazos. Otras se tocaban la cintura de manera cariñosa. En realidad, no éramos tan distintas de una parvada de golondrinas, nos buscábamos para no sentirnos solas; juntas nos sabíamos protegidas, estábamos resguardadas ante los depredadores, nos dábamos el calor que necesitábamos. Nuestros movimientos estaban sincronizados como su revoloteo. Nos imaginé alzando el vuelo.

El mundo era un completo desconocido.

AGOSTO

Una larga despedida

¿Cómo deshicimos el camino?, ¿a qué hora llegamos a casa?, ¿cuántos kilómetros hubo de vuelta?, ¿quién se ocupó de la comida?, ¿de la compra?, ¿del día a día?, ¿me comporté normal durante aquellos días de espera, de mensajes en el móvil?, ¿lloré mucho?, ¿poco?, ¿fui feliz? No consigo visualizarme, pero tengo los mensajes y con ellos he podido reconstruir esta historia.

Hoy sigues respirando. Acabo de recibir un mensaje de mi hermana Marta:

« Le mandan a casa » .

¡A casa! Imagino tu cara de felicidad por un momento. Sonríó a cientos de kilómetros. Los hospitales son espacios inhumanos, fríos miradores de espera, de gente que entra y sale, de turnos y caras nuevas, de revisiones constantes, de comidas que quitan el apetito. Goteros, líquidos, horas fijas, limpieza extrema, blanca, guantes de látex de un solo uso, incluso si ese uso es para el mismo paciente pero es otra parte de su cuerpo, la higiene es lo primero, el mundo y sus residuos plásticos quedan muy lejos de los hospitales y, en consecuencia, al finalizar el día se hacen montañas de basura en forma de cinco dedos. En el hospital todo gira en torno al orden germánico y al caos. Sí, al caos, pero no es a ellos a quien pertenece el caos y el desconcierto, ese es el imperio de las familias, el miedo a perder a los que queremos, el miedo visceral a la muerte, a no ser fuerte, al contagio, a organizar tu vida alrededor del enfermo, el miedo a las enfermeras, sobre todo a las nocturnas, el miedo al fin del tiempo libre, a lo definitivo, a la risa, a comer bien, al vecino enfermo, a su familia, el miedo a la esperanza. Es un espacio donde hay que aprender a desaprender, donde es mejor no incomodar, no saber nada, no preguntar, eso es un mandamiento, lo dice el médico y punto. ¿No está escrito en el informe? No lo pidas. El médico en el hospital es como Dios para la iglesia, un ser supremo.

«Está muy débil, no come. Nada le entra».

Me pregunto por qué no me extraña. Esas viandas hospitalarias son insufribles. Desmotivan al más apetente de los hombres. Las he visto. Las he padecido. Además, ¿cómo va a comer?, tenía un monstruo en el intestino. ¿Estarás bien en casa?, me pregunto. Sé que el dolor te aterra, me lo dijiste antes de marcharme.

«No puede más», continúa mi hermana. «Los médicos han pensado que estará más cómodo en casa».

Más cómodo, me repito. No lo creo. Más cómodos estarán ellos y el vecino de la habitación. Cuando eres carne de deshecho, ya no le importas a nadie.

Bueno, a nadie no.

«El martes que viene le verá el cirujano de nuevo con los resultados de la biopsia en la mano», concluye.

El martes que viene —no sé por qué no paro de repetir las frases que leo—, no va a llegar al martes. Biopsia, ¿para qué queremos saber lo que pone en la biopsia?, ¿no es suficientemente evidente el desenlace? ¿Para qué más nombres técnicos? ¿El nombre cambiará algo?

Sigues respirando, papá.

Seguimos respirando.

Que sea la vida la que decida qué hacer con nosotros.

Como el ritmo de las palabras al escribir una novela, cambia nuestra existencia. A veces, avanza demasiado rápida y otras es tan desesperadamente lenta que parece que vives parada, suspendida en un paréntesis, bloqueada en una emoción con la que no sabes muy bien qué hacer. Ese bloqueo se parece mucho a la muerte. A la proximidad de la muerte. Al aviso de la muerte. Y la muerte al final de un capítulo, de una novela que no quieres que termine.

Te vas. Sé que te vas. Me lo digo cada día cuando enciendo la vela que ilumina tu escultura, esa que te hizo mamá una vez como regalo de Navidad y no te gustó nada. La misma que dejaste, a propósito y

medio escondida, en la que antes era tu casa y ahora es la mía. Me encontré con ella mientras guardaba la ropa en el armario del dormitorio y la rescaté. La tengo sobre mi escritorio. Pido por ti. No, no rezo, solo pido, deseo, pienso, te añoro, te quiero.

¿Será hoy?, me pregunto. ¿Mañana, dentro de unas horas, un mes, esta misma noche? ¿Cuánto aguantará tu cuerpo?, ¿cuántas reservas te quedan?

No quieres comer, dices que los batidos proteínicos que te ha recetado el cirujano te producen náuseas, pero los dos sabemos que te estás dejando morir, que es la manera más rápida que has encontrado de acabar con el sufrimiento y las eternas despedidas de tus hijos, que vamos a cuentagotas y que no sabemos qué hacer para aferrarte un poco más a nuestras vidas. No quieres volver al hospital. Mejor en casa, insistes, pero no creo que sepas lo que dices. Esa no es tu casa ni tampoco es la nuestra. Es muy duro sentir que no pintas nada en un espacio que no has construido, que no guarda ni una pequeña muestra de ti, ni una fotografía. No estoy preparada para todo esto, papá, para todo lo que siento, para el vacío, la rabia, el duelo, para no volver a verte. No sé cómo afrontarlo. No quiero que te vayas.

Me repito todo el tiempo que lo que está pasando es un proceso natural, que es la vida, que tengo que asumirlo, este momento tenía que llegar tarde o temprano, el deterioro, llevo años viéndoos envejecer, pensando en la pérdida, en cómo sería, en el después, de mamá más que de ti, tú siempre has sido el fuerte, el que no tomaba pastillas, el que quería exprimir la vida y sus pasiones al máximo. Y lo has hecho. Parecías inmortal. Incluso hace unos días, antes de que te encontraran el segundo cáncer, antes del ingreso y la urgencia, antes de caer en picado, del: «te mueres, operamos ya, da su consentimiento», caminabas como si fueras un muchacho por Canfranc, tu querido Pirineo. Tenías molestias en el estómago, eso me dijiste cuando nos encontramos para comer juntos en Jaca después de tantos meses sin vernos, sin hablarnos, sin darnos un abrazo, sin ser lo que éramos; malas digestiones, todo te caía mal, ese era tu propio diagnóstico, una mala temporada, algo pasajero. Y

para celebrarlo, te tomaste un gazpacho, cerveza y un *carpaccio* de pescado, ¿era de bonito?, ¿bacalao? Qué más da. Un menú ideal para los problemas estomacales. ¡Qué familia!, lo poco que nos han gustado los médicos. Sin embargo, al mirarte intuí algo, algo que no te dije, que no pude verbalizar pese a que te animé a hacerte pruebas, a mirártelo. Me pareció importante, estabas tan delgado, parecía que te ibas a romper, tan envejecido que, al despedirnos entre aquellos coches, con el calor cayendo a plomo sobre nosotros, tuve la certeza de que estabas muy enfermo. También de que no eras feliz y de que no irías al médico, claro, mi consejo caería en el olvido. «Mi padre no está bien», le dije a Miguel preocupada, «no está bien». Y él se encogió de hombros y me dijo: «¿Y qué esperabas, Clarita?, demasiado que vive, que conduce, tiene ochenta años...».

¡Cuánto nos molesta escuchar lo obvio!

Ochenta. Sí, has tenido una larga vida. No has perdido la memoria, ni la vista, ni el oído. No te has encorvado ni hecho pequeñito. No has tenido miedo. Puede que ahora lo tengas. Yo lo tengo. Temo la fragilidad. Temo el silencio de la noche y la soledad de los recuerdos que me acompañan de día mientras escribo esta larga despedida, mientras intento retenerte hablando contigo, leyéndote. Temo volver a verte, seguir despidiéndome, buscar excusas para no hacer ese viaje. Temo tu esqueleto dentro de un ataúd de madera. El tanatorio. La gente entrando. Gente que no conozco. Gente que no quiero conocer. Temo tus cenizas. ¿Podré tocarlas?, ¿llevarme un puñado?

¿Qué va a pasar ahora, papá? ¡Dímelo!

«¡Nada!, después de la muerte no quedará nada. Además, no quiero tanatorio, ni quiero flores, ni quiero misas ni nadie recordando. Me he ido, adiós muy buenas», eso dices sin pronunciarlo porque no te hace falta, tus voluntades las tenemos claras desde hace años, aunque no estemos de acuerdo. Bueno, el plural es atrevido, rectifico, yo, al menos, no lo estoy y albergo la esperanza del abrazo, de las condolencias, de contarte en un lugar lleno de gente y flores y

lágrimas. ¿Para qué? No lo sé. Son detalles. Soy la reina de los detalles. De tomar aire de otra manera. Aire. Una manera de nostalgia estúpida y necesaria.

Tú. La vida. Lo que fuimos. El significado de las cosas cuando cambian las luces y las horas del día.

Quedará lo que nos enamoró: una lectura, un paisaje, esa playa de Berria, la infancia, su inocencia, los viajes en coche en Navidad para ver a las yayas, los caramelos que nos traías el día de Reyes, mi mano dentro de la tuya, los paseos por Valladolid, los primeros gofres de azúcar, mi cuerpo pequeño recién levantado sentado sobre el tuyo, mis vuelos de pájaro y tus brazos recogéndome. ¡Cómo te gustaba lanzarme al aire!, ¡cómo me gustaba que me lanzases! Quedarán los años sin mamá, juntos en Valladolid, las palmeras de las monjas clarisas, los roscos de coco, la unión en plena adolescencia, la libertad que me dejaste, tus odiosos guisos cada sábado. No he vuelto a comer ese tipo de carne. Quedará el silencio. Nos gustaba tanto el silencio. Y la música del piano. Y pasear juntos.

La muerte es como una puerta abierta, entra toda la luz y la oscuridad al mismo tiempo, como si estuvieran prendidas de la mano de una manera tierna.

Tierna, qué palabra más rara para definir este momento, no sé si es tierno hablar con los muertos, contar con ellos, mirar sus retratos y acariciarlos como si estuvieran contigo. Tampoco sé si es normal escribir a los vivos que se están muriendo, como estoy haciendo yo ahora mismo; solo sé que me sienta bien, ordenar las emociones, verlas convertidas en frases, en párrafos, en el testimonio de esta larga despedida.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

De niño no se tienen referencias para saber si en casa éramos pobres o no. Yo jugaba, reía, recibía amor y no pasaba hambre, ¡qué más podía pedir! Pero lo éramos, sobre todo durante los primeros tiempos, cuando mis padres eran unos recién casados y yo llegué a sus vidas.

Mi infancia fue de una pobreza extrema.

Vivíamos en un piso muy pequeño de dos habitaciones con vistas a un patio interior estrecho y oscuro. No tengo un recuerdo claro, pero siempre he sentido un gran rechazo por los lugares lúgubres y sin luz. Tampoco los patios interiores me han agradado nunca.

La casa consistía en una sola habitación que la ocupaba la cama de mis padres y mi cuna. Y otro espacio que hacía las veces de taller, cuarto de estar y comedor.

Mamá y papá se conocieron de aprendices en una sastrería y se enamoraron enseguida, pero llegaría la guerra civil y a mi padre lo movilizaron las fuerzas nacionales. Su destino fue el Ejército del Aire. Al cabo de cuatro años regresó y no se lo pensó dos veces, le pidió matrimonio a mi madre y ella dijo que sí al segundo. Así de fácil y breve. Yo no tardaría en aparecer, nueve meses después para ser precisos. De lo que no me enteré fue de que venía en camino otro hermanito y un día, apareció en casa un bebé rubio y de ojos azules, casi igualito a mí, pero más pequeño, que ocupó mi cuna y el espacio de amor que tenía junto a mi madre y me desplazó a una cama turca que ella preparaba por las noches y recogía cuando me levantaba para que no molestara. Sí, fui el clásico príncipe destronado con apenas un añito de vida. Una tragedia, si lo pienso bien, aunque yo solo recuerde que, desde el día que llegó, mi misión fue cuidarle, vigilarle, ayudarle en sus primeros pasos e introducirle en mis juegos y aventuras de niño mayor.

Uno de los recuerdos más nítidos que conservo, viviendo en la casa de la calle Isidro Polo, ocurrió una noche. Mamá acostó a mi hermano en la cuna y después a mí. Ya en la cama y bien cubierto con la manta, se acercó, me besó y me dijo muy bajito, para no despertar al bebé: « Cielo mío, papá y yo vamos a salir un momento a casa del abuelo, que se encuentra algo malito. No tardaremos mucho, duerme tranquilo, tu hermanito no se despertará para tomar el biberón antes de que estemos de vuelta. Confío en el hombre de la casa, ¿verdad que puedo confiar en ti? » . Y me llenó de besos antes de irse. Yo le dije que sí con la cabecita, pero la procesión iba por dentro. Tenía mucho miedo, lo imprevisto del momento, la oscuridad de la noche, estar solito, la imaginación que no paraba, que estaba viva. Puedo prometer que los vi, sí, los vi, eran varias sombras, todas alargadas. Pensé que quizá habían vuelto ya los papás y no me había enterado y les llamé: « ¿mamá?, ¿papá? » . Las sombras no me respondieron y empecé a temblar. Estaba aterrorizado. Me tapé con la sábana y, de pronto, noté un peso sobre mi cuerpo. Grité. Mis alaridos despertaron al bebé y comenzó a llorar. En un segundo organizamos tal alboroto que los vecinos del patio interior, pensando que algo malo nos pasaba, forzaron la puerta de la galería y entraron en nuestra casa. Encendieron las luces y nos calmaron como pudieron, a duras penas. Allí no había nadie, me insistían, pero yo no me lo creía. Nos llevaron a su casa y envueltos en mantas nos quedamos dormidos. La noche terminó feliz, pero todavía hoy conservo ese recelo de la oscuridad, a sentirme solo, a las sombras. La noche es un espacio vulnerable.

6

Nidos de tinta

Las golondrinas anidan dentro de los cañones

NOVIEMBRE

El duelo

El otro día leí una cita de Patrick Austréaux que decía: «Escribir es verse conducido a ese sitio que se querría evitar». Es cierto, yo quise evitar esta novela, no evitarla en cuanto a su escritura, eso no, solo ante la desnudez del lector, hacerla pública y, por eso, me resistí durante meses, me inventé todo tipo de excusas para no llegar hasta el final, para no tomármela en serio, pero un día me enfrenté a lo inevitable y me dije, o lo haces o no podrás seguir creando esa belleza que te gusta narrar, esas historias de mujeres a caballo entre la verdad y la ficción. Tienes que sacarlo, aunque sea triste, aunque cuente demasiado, aunque sea muy personal y te deje a ti y a los tuyos, a la intemperie de alguna manera. Sin invenciones, solo contar lo que pasó o lo que pasó para ti, cómo lo sentiste, es tu manera de hacer terapia y lo sabes. La idea de unir mis golondrinas a tu vida, papá, fue una forma de respirar, de volar contigo a través de ellas, de querer que formaras parte del proyecto. Una manera de tenerte entre el público cuando vea la luz. Tú eres su lector cero, el principal. Sé que te gustaría, avanzas conmigo en silencio como si fuéramos una sola persona, somos dos escritores trabajando a tiempo completo.

Esta casa tan de los dos se ha convertido en un testigo más de la historia.

Como si fuese una película, hay momentos en que mi mente reproduce el último día a cámara lenta. Me encuentro de madrugada haciendo una maleta del todo inútil, demasiado grande para unas pocas horas, aunque mientras la preparaba no lo sabía. Al punto de la mañana, mi cuñado viene a recogerme, llega con el rostro inquieto, alarmado, y Miguel lo saluda serio. En realidad, su seriedad solo es preocupación, dudas, sabe que debería venir conmigo, pero no entiendo por qué no lo hace. Yo tampoco se lo pongo fácil. Se me han borrado algunos detalles del viaje; por ejemplo, creo que mi

cuñado Tomás. y yo hablamos sin parar, pero no consigo recordar de qué. La llegada, tampoco puedo ubicarla. ¿Vimos a alguien?, ¿subimos directamente?, ¿comí ese día? Solo me veo recostada junto a ti, con mi mano cogiendo la tuya, el suspiro final, los ojos azules sorprendidos, la boca abierta y después cerrada como por arte de magia, mis manos acariciando la ropa de tu armario, cada camisa, cada jersey, tocándolo todo con urgencia, oliéndolo, descubriendo tus *miles* de secretos entre los calcetines y los calzoncillos; siempre te encantó tener sobres con dinero guardados en los lugares más insospechados para por si acaso, en eso no habías cambiado. Me pregunté qué sería de ese dinero y pensé que quizá lo habías ahorrado para ella. Tu cuerpo inerte, tan cerca, tan quieto, parecía juzgar mi descubrimiento. Cerré el armario avergonzada y tapé tu cuerpo con una manta en otro ejercicio más inútil todavía. ¿Podía un muerto sentir frío? Yo lo tenía, muchísimo. La soledad me helaba. Y mirarte. Creí que mis hermanos vendrían a velarte, yo lo deseaba, estar unidos en torno a ti, hablar, contarte, recordarte, querernos, pero no pasó nada de lo que esperaba, y creo, lo he comprendido con el paso de los meses, que fue por aquella casa. En aquel lugar nadie quería estar. Era un espacio de paso, no nos pertenecía, allí no podíamos ser una familia unida. Llegó mi hermana Marta nerviosa y en llanto, se despidió y se marchó tan rápido como había llegado. Después lo haría mi hermano Ramón alterado y molesto, se despidió y se marchó a la misma velocidad. Ya no llegó nadie más. Beatriz no quiso venir, aunque estaba por allí, en algún lugar cercano con su familia, pero no llegué a verla. Claudio no quiso despedirse de ti en persona, quería recordarte de otra manera y no viajó, y Federico llegaría, pero lo haría en modo eficiencia. Sí, a partir de ese momento comenzó un baile siniestro y extraño de eficiencia: el papeleo, las llamadas, la funeraria, la cena. Unos pasos que, sin duda, eran necesarios y que imagino se los había aprendido bien en los días precedentes al desenlace, pero que a mí me descolocaron por su frialdad y desapego. No entendía el apremio de que te fueras de aquella cama, el deseo de que todo terminase cuanto antes. La falta de abrazos, de palabras, de gente, de amigos, de familia, y el hambre que les

entró después en el restaurante donde los hermanos nos reunimos, salvo Beatriz y Claudio, ese hambre incomprensible, un hambre de lobos para mi estómago cerrado. Sus bocas masticando sin parar me han acompañado desde ese día. No hubo velatorio, así lo quisiste tú, nadie dijo unas palabras, no hubo música ni piano; llegaron unos hombres desconocidos, que certificaron tu muerte y después otros con bolsas negras y una silla de ruedas. Así te marchaste, como si fueras un saco de basura. Es una imagen que no consigo borrar de mi cabeza, el despojo humano desmadejado sobre la silla y el color negro de la recogida. Fue muy desagradable. Un trabajo rutinario para ellos, un dolor inmenso para mí. Ojalá no lo hubiera visto. Ojalá pudiera borrar cada momento de aquella tarde. Ojalá nunca hubiera ido a esa estúpida cena, ni los hubiera visto comer. Ojalá no me hubiera quedado a dormir en aquella casa. Si hubiera venido Miguel, todo habría sido distinto, él habría sabido qué hacer conmigo, él me habría salvado de mí misma y hoy no tendría estos malditos recuerdos.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

Los pueblos del valle y la vida que conocíamos se fueron quedando atrás, y Mauleón-Licharre se convirtió en nuestro faro, el destino final, esa luz al final de un viaje incierto y peligroso; cada pequeña escala que hacíamos, cada señal del camino que nos encontrábamos y nos indicaba que íbamos en la buena dirección, suponía para nosotras un impulso de felicidad, el ánimo para seguir, un « vamos » , sin pronunciar, un « ya queda menos » , una caricia en el brazo, un pequeño empujón en la cintura, como si estuviéramos avanzando en busca de un tesoro lejano.

En Isaba recogimos solo a dos muchachas que venían del Roncal, se llamaban María y Francisca. Eran hermanas. Francisca, veterana; María, una golondrina recién estrenada como yo. Me cayó bien nada más verla. Tenía los ojos azules y muy grandes y una sonrisa contagiosa.

El paisaje era precioso, hipnótico, soñador, lleno de imágenes que serían difíciles de olvidar. Quise retenerlas todas por si la vida se me volvía muy gris en Francia. A lo largo del día nos cruzamos con varios pastores haciendo la trashumancia. Nos saludaban con afecto, incluso se paraban a charlar un ratito con nosotras. Imagino que, para ellos, éramos un espectáculo digno de contemplación.

Nunca había llegado tan lejos ni había subido tan alto; las montañas parecían colosos queriendo abrazarnos. Pese a la belleza, el camino fue tornándose angosto y complicado. Atravesamos varios neveros y un viejo puente de piedra arrulladas por el sonido del río Esca y, cuando el sol fue cayendo, una espesa niebla nos fue envolviendo poco a poco, y la tierra, de pronto, se nos quedó helada. El primer lugar donde lo noté fue en los pies, el frío me traspasaba las alpargatas, me subía por las piernas, me llegaba hasta la cintura, paralizándola. Intenté ahuyentarlo caminando más deprisa, pero resultaba muy difícil con el peso que llevaba y el cansancio que

arrastraba de todo el día. Al llegar al bosque de robles, su propia oscuridad nos rodeó. Todo eran sombras, brazos esqueléticos agitados por el viento, sonidos desconocidos y, al frío que sentía, se unió el miedo. Un miedo general que hizo que las muchachas nos juntásemos formando un bloque unido; ninguna dijo nada, no fue una aprensión pronunciada, pero todas sabíamos que los lobos estaban ahí fuera, entre los árboles, observándonos. ¿Habría osos? Me pregunté. No éramos ajenas al mundo salvaje de la montaña. El lobo nos visitaba en las aldeas de tanto en tanto, cuando el hambre apretaba y las manadas se arriesgaban a bajar al valle porque no encontraban nada para comer. Quién podía culparlos, formábamos parte de la misma tierra inhóspita y bella. Miré al cielo y, aunque el bosque y la niebla lo ocultaban en parte, me di cuenta de que era ya muy tarde. La luz escaseaba. Me acerqué a Catalina y a Manuela, las más veteranas, nuestras guías, y les pregunté si quedaba mucho para llegar al refugio marcado, la venta de Juan Pito. La noche no tardaría en echársenos encima y, en algún lugar, protegidas, teníamos que pasar la noche y reponer fuerzas. Se encogieron de hombros y Catalina me acarició la cara con cariño. No estaban seguras. Sus palabras me dolieron y el alma se me hizo muy pequeña. Me fallaban las piernas.

En la faltriquera tenía guardado un trozo de queso añejo y algo de pan. Lo toqué con la mano y suspiré. Me punzaba el estómago, era un gran agujero vacío. Por un momento dudé de si debía sacarlo y dar cuenta de él mientras caminaba, pero si el resto de las muchachas podían aguantar, yo también lo haría. Pensé, para ahuyentar el hambre, que lo mejor era hablar, contar alguna historia, y pregunté:

—Mi abuela me decía de niña que los bosques de estas tierras altas estaban poblados de elfos. ¿Alguna vez habéis visto algo extraño?

—Nunca, eso son solo leyendas, historias populares inventadas que han ido pasando de boca en boca en los pueblos —dijo Manuela.

—Mujer, si existen las leyendas será porque alguna vez alguien habrá visto algo, ¿no crees? —respondió Catalina contradiciéndola.

—O no, a la gente siempre le ha gustado contar historias y algunos tienen demasiada imaginación. Si no, ¿por qué a las mujeres que han hecho remedios con plantas toda la vida para curar distintos males las han llamado brujas? No lo eran. No tenían ningún demonio dentro, solo conocían su entorno y lo utilizaban.

—Eso es verdad.

—Además, el bosque está lleno de sonidos que desconocemos y no tienen por qué ser seres fantásticos. ¡Escuchad!

—¿Ese ulular es un búho?

—Seguro, o una lechuza.

—Es inquietante.

—Mucho, como los ruidos de los animales nocturnos que se arrastran. Pero no penséis en ellos. ¿Por qué no cantamos mejor? Tenemos que estar a punto de llegar.

Pero pasó mucho rato y no llegábamos.

Las mayores se pararon y hablaron entre ellas con discreción. Me acerqué con disimulo a ver qué decían:

—Puede que nos hayamos perdido —dijo Manuela—, sí, es muy posible que hayamos cogido un camino equivocado.

Y decidieron que debíamos acampar allí, en el claro del bosque donde deliberaban, porque volver sobre nuestros pasos, con la oscuridad, ya no era una opción y todavía no habíamos alcanzado ni visto las luces del refugio marcado.

—Es mejor descansar, por la mañana lo veremos más claro —argumentaron.

Entre todas recogimos algunos palos y con la leña encendimos un fuego pequeño que nos fue calentando. Nos sentamos alrededor, muy juntas. Sacamos algunos víveres y compartimos la comida. Nos cogimos de las manos y cantamos canciones de la infancia. Sabíamos que esa era una zona de pastoreo y contrabando y que la frontera no podía estar muy lejos, pero eso no disipaba el miedo. Nada lo hacía.

—Somos muchas —dijo Catalina sonriendo, intuyendo nuestra congoja—. Somos una parvada de catorce golondrinas unidas, así que estamos a salvo.

—Tenemos fuego y canciones y el estómago reconfortado —añadió Isabel asintiendo.

—Dicen que cada pájaro tiene su canto, su propia flauta, y que cuando emprenden el vuelo, saben que, en algún momento, también tendrán que posarse y esperar, incluso regresar al punto de partida. En realidad, no somos diferentes a ellos. Somos la esencia misma de las golondrinas y las aves, como dice Catalina, una parvada que cruza en un revuelo el bosque buscando su armonía.

Todas las muchachas me miraron de pronto, parecían sorprendidas de mis palabras, curiosas, y yo sentí que había hablado de más al notar que mi rostro se encendía como la grana pese al frío.

—Bueno, bueno, pero menuda poeta nos hemos traído —dijo Manuela con un brillo en los ojos—. Tienes razón, Ainhara. Busquemos nuestro equilibrio.

—¿Alguna recuerda el último sonido de agua?, ¿hace cuánto que lo habéis escuchado? Si damos con ese punto sabré dónde nos hemos equivocado.

—Todavía no había caído la tarde, pero estaba a punto. Ya casi no había luz.

—Entonces puede que fuese hace dos horas. Nos hemos ido demasiado. Nos levantaremos temprano y retomaremos el camino hasta ese lugar. Venga, chicas, vamos a dormir un poco. Juntaos bien para daros calor. Haremos guardia cada dos horas para mantener el fuego encendido y por si acaso se acerca alguien. Empezaremos Manuela y yo y nos iremos turnando. ¡Descansad! Mañana será otro día.

AGOSTO

Una larga despedida

Último informe/mensaje:

«Paliativos. No hay nada que hacer. Solo esperar y que el tiempo que viva, no sufra. Agradece el cariño. No quiere lágrimas. No quiere dar pena», escribe Federico.

Sin dramas, sin misterio, sin fe, sin abrazos.

«No quieres dar pena», pero ¿quién puede controlar la pena? Tengo tanta que podría regalarla. Como si fuera el aderezo que va cayendo en la ensalada. Para colmo, Adriana se ha puesto a tocar el piano. Más de un año sin hacerlo y justo hoy, al leer el mensaje que he compartido en nuestro grupo familiar, ha comenzado a hacerlo. Dice que, como no le salen las palabras que quería escribirte, prefiere grabarte una canción. Te imagino escuchándola, tumbado, cerrando los ojos, acariciando en la distancia el instrumento que tanto amaste; si te emocionas la mitad de lo que yo me he emocionado, vas a tener llanto para rato. Aunque también es probable que digas que se ha equivocado en esta o en aquella nota. No he conocido a nadie que amase tanto la música, que la respetase con tal reverencia, que fuera tan exigente, con los demás y consigo mismo; tocar durante horas, eso hacías y, sin embargo, no acierto a entender por qué no te dedicaste a ello, por qué no luchaste más, por qué no nos apuntaste a ninguno de tus hijos al conservatorio, por qué un día, después de que un vecino te pidiera que no tocaras durante sus siestas, cerraste el piano y no volviste a acariciar sus notas. Siempre tan dramático.

Todo mi mundo se está preparando para perderte, pero va a ser difícil, vivo en la misma casa que tú ocupaste durante años y te veo en todos los rincones repitiendo las mismas cosas cotidianas que yo hago ahora. Noto tu presencia en la cocina, en el pasillo, en el salón, incluso al abrir el grifo de la cocina para fregar o ducharme. Parece

que puedo oírte: «Clara, las presencias no existen», pero ya sabes que yo no estoy de acuerdo. Existen, y tú estás conmigo en cada letra.

Lloras, eso me han dicho, que lloras, que te emocionas por cualquier cosa, que te duele el alma cuando sucede, el pecho te sube y baja muy deprisa, te lastima. Lloras, y te das cuenta de que no era cierto lo que pensabas, de que nunca has estado solo. Lloras.

Ahora mismo eres un hombre roto, desesperado, imposible de arreglar.

Lloras de pura lucidez y de lo contrario, estás a un paso de las sombras. Lloras de amor, y yo te entiendo, no es cualquier cosa que tus hijos estén contigo, incluso los hijos más olvidados, los hijos recuperados, y tu hermano al teléfono en esa suerte de reconciliación póstuma. Casi treinta años sin hablaros por una nadería y, al final. ahí estáis, hablando como si el tiempo no hubiera pasado entre vosotros. Si no fuera por el irremediable final que tienes, que tenemos delante, sería emocionante este momento, un reencuentro con la vida y lo que vas dejando pasar por orgullos sin sentido.

Mamá también ha intentado hablar contigo, despedirse de alguna manera. Ella también llora. Lloras todo el tiempo. Pregunta sin parar por ti, por lo que dices, por cómo te sientes. Ya no queda ningún rencor en sus palabras, ningún rencor a tu olvido, a tu manera de dejar atrás cincuenta años de amor y dedicación, a tu manera de exprimir la vida y vuestros ahorros comunes lejos de ella, pero tú prefieres no hablar más, prefieres dejarlo todo como está, en ese silencio que podría ser cómplice, pero no lo es, un silencio —me gustaría pensar— arrepentido, un silencio incómodo, porque en el lugar en el que has elegido morir o la muerte te ha sorprendido, no puedes ser tú mismo. « Demasiado dolor » , dices. «Mejor que no», añades. Os habéis querido tanto que sabes que cuatro palabras de consuelo ya no serán suficientes. Llegan tarde. Demasiado tarde.

A veces, quererse no es suficiente.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

El río Pisuerga, mi río. ¿Cómo no concitar entre mis recuerdos infantiles el río que me dio los momentos más felices? Desde muy temprano me acostumbré a pasear por su orilla izquierda, desde el puente Mayor hasta donde más tarde se construiría el puente del Poniente. En ese tramo se encontraban las piscinas Samoa y la Deportiva, que en los veranos me atraían como un imán y a las que intentaba, sin éxito, colarme, bien por algún resquicio o aprovechando el descuido de los porteros. Mi imaginación obraba el milagro que no conseguía mi torpeza, y soñaba con siluetas de mujeres, hermosas bañistas y jóvenes musculosos nadando en azules aguas. No sentía envidia, no era eso, yo tenía el río gratis y me deslizaba por la presa como si fuera un pececillo, pero me gustaba pensar en ellos. Eran de otra galaxia.

Uno de los sueños más recurrentes a lo largo de mi vida tiene que ver con las aguas del Pisuerga. Era muy pequeño cuando asistí, asombrado y temeroso, al desbordamiento del río. El agua parecía un muro, llegó a tapar los ojos del puente, anegó el parque de las Moreras y llegó hasta la plaza de San Nicolás. De la impresión que me causó aquella crecida, comencé a sufrir pesadillas. Siempre era la misma. Estaba en mitad del puente y las aguas llegaban y lo cubrían por entero. El río ya no era un río, era un mar de aguas embravecidas y yo nadaba sin parar, buscaba referencias, un lugar seguro para resguardarme, pero no sabía dónde estaba la orilla, no la veía por ningún lado y se me acababan las fuerzas. Ese mal sueño me persiguió mucho tiempo y nunca lograba salir de él sin despertarme.

7

Un lenguaje de los pájaros

*Las golondrinas despiertan de su sueño y cantan de madrugada.
¿Qué historia extraordinaria es esta que habla de alpargateras y
golondrinas?*

NOVIEMBRE

El duelo

Creo que pasé un mes entero sin parar de llorar. Me dolía la cara. Me despertaba y lloraba. Me movía por la casa y lloraba. Iba por la calle y lloraba. No podía escribir, ni pensar. No quería hablar con nadie, ni salir. Sentía algo parecido a la rabia, al abandono más profundo. Sí, abandono. Esa era la palabra. Me costó encontrarla, escribí muchas que no encajaban. Era consciente de que nadie tenía la culpa de lo que me pasaba, el abandono estaba en mí, yo era la que sentía ese rechazo por el mundo, esa desidia por todo lo que me rodeaba. Solo quería estar sola. Caminar con mi perro por el campo, llegar a ver el amanecer, regresar despacio, encerrarme. El cuerpo me pesaba toneladas. Me obsesioné por los sitios, por los lugares donde habíamos estado juntos y los taché de mi lista, sin miramientos, decidí que no volvería a ninguno de ellos. Me dolía la visión de aquellas sillas vacías. Una mañana fui a casa de mi madre, la misma casa en la que también vivió él, la casa de todos los nietos e hijos, la casa de mis yayas, sobre todo de mi yaya Magui, aunque también viviera Francis en ella hasta que murió. Magui, aquel personaje entrañable de mi primera novela, mi segunda abuela materna, la compró para mi madre, para dejarle algo «acomodada» fueron sus palabras, y lo hizo con el esfuerzo y el trabajo de toda una vida dedicada a servir a otros, a ser su ama de llaves. En su testamento, mi madre figuraba *heredera universal*, pero lo que son las cosas y los tiempos y el machismo que campaba a sus anchas en aquellos años franquistas, cuando quiso ponerla a su nombre resultó que no podía; en la escritura, le dijeron, debía figurar un hombre, el marido, mi padre, del mismo modo que cuando las mujeres intentaban abrir una cuenta corriente. Aquella casa, como caída del cielo, vivió momentos muy felices y también trágicos; vivió Fiestas del Pilar y navidades cuando viajábamos a verlas toda la familia, vivió los mejores veranos de mi infancia, la muerte de Magui y, después, la

de Francis, la de nuestra gata Caty y la de nuestros perros Tara y Tato. También sufrió el síndrome del nido vacío, poco a poco, todos los hijos nos fuimos marchando y se quedaron ellos, mi madre y mi padre. Mi padre y mi madre. Y, entonces, después de un tiempo y varias enfermedades, llegó lo que nunca imaginé que podría pasar, su separación. Y allí estaba yo, en aquella casa de las mareas, tomando un café con mi madre cuando llegó un paquete. Venía desde Santander. Las dos nos quedamos calladas. Sabíamos lo que significaba, lo que había dentro. Ella se puso en pie y dijo: « Bueno, ya está, ha vuelto tu padre a casa » . Y yo comencé a llorar. Y no podía parar el llanto. Ella, entonces, sacó del aparador varios tarros limpios, los mismos en los que metía la mermelada casera que hacía con las frutas de temporada ya maduras, al igual que lo hacía mi abuela en los veranos de mi infancia, solo que mi madre sin azúcar y por tanto bastante incomibles, y se puso a hacer tarritos de cenizas. Mi padre dividido en porciones encima de la mesa de la cocina donde tantas veces habíamos comido. La miré y no pude decir nada. Cogí mi tarro y me marché.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

Fueron las aves las que me despertaron con sus trinos a la mañana siguiente. Me quedé muy quieta escuchándolas. Parecía como si hablaran entre ellas, se hacían preguntas, se respondían. Reconocí el canto de las golondrinas y me alegró saber que estaban tan cerca. Eran importantes, mi segunda familia. Pensé, mientras me incorporaba, en las muchachas que me rodeaban, en su mayoría desconocidas hasta hacía unas horas, también ellas lo eran en aquel momento, una familia peculiar, una metáfora temporal de afectos sobrevenidos. Éramos una historia extraordinaria de pobreza y supervivencia.

Volví la atención a los trinos, me seducía escucharlos y, de pronto, aparecieron dos golondrinas aleteando. Parecía que bailaban un vals, que lo bailaban solo para mí. Sonreí agradecida y deseé escribir, contar todo lo que estábamos viviendo, lo que sentía. Si los poetas habían escrito cartas y versos inspirándose en su vuelo, en sus alas negras, ¿por qué no podía hacer yo lo mismo con nosotras? ¡Éramos tan parecidas!

Nuestro amanecer resultó una danza como el suyo, mandiles y faldas negras volando y risas destempladas. Hacía muchísimo frío.

Nos pusimos en marcha sin desayunar. Con las primeras luces del día, las veteranas se dieron cuenta del error; en realidad, no había habido ninguno, solo que nos habíamos parado antes del punto de encuentro marcado.

Nos convidaron a caminar más deprisa. Aún faltaban casi dos horas para alcanzar el punto marcado.

—¿El refugio de Belagua? —preguntó Justina

—La venta de Juan Pito, aunque no queda muy lejos ese refugio que dices y podría ser una opción. Creo que no iremos por ahí, había

pensado que mejor cogeremos la senda hacia Arrakogoiti y después el camino francés.

—Nos queda un buen trecho todavía, vamos golondrinas, tenemos que volar o no llegaremos esta noche a Mauleón —apuntó Teresa.

Y el resto de las veteranas asintieron.

—A una mala, podríamos pasar la noche al cruzar la frontera, en la caserna de Sainte-Engrâce. Es un punto seguro del camino.

—Sí, sí, lo haremos si el día se nos complica. Aunque sería mejor llegar hoy, en la fábrica ya nos están esperando.

Pero no era fácil ir rápido. El camino cada vez era más empinado y estrecho. Las piedras estaban heladas y resbalaban, se nos clavaban en los pies. Encontramos neveros a ambos lados del camino. Y, de pronto, llegamos a aquel barranco, un pozo infinito suspendido hacia la nada, atravesado por un puente colgante. Pregunté qué río estábamos atravesando y me dijeron que era el río Belagua. Sentí un vértigo enorme.

—No mires hacia abajo —me dijo Manuela.

Y eso hice, mirar al frente y pedir, pedir, pedir.

—Venga —nos animó a todas—, que esta noche dormiremos a cubierto en Mauleón. Llevamos un buen ritmo, pero no os durmáis, aún nos queda la parte más difícil.

Deseé que fueran ciertas sus palabras y seguí pidiendo en silencio para que nada las torciera. Pasamos por la ermita de Arrako, por su cascada. Yo caminaba al final del grupo y miraba al cielo preocupada. Me gustaba pararme de vez en cuando, respirar, mirar el gran valle que dejábamos atrás y observar nuestra parvada avanzando despacio. Éramos frágiles siluetas protegiéndonos unas a otras.

—¿La parte francesa será mejor? —pregunté esperanzada a Manuela, que ya se había convertido en mi guía.

—Los caminos suelen estar más despejados por el pastoreo, pero no, no es mucho mejor, es muy empinada y peligrosa; con suerte

habrá salido un poco el sol y nos calentará.

—No tiene ninguna pinta de que vaya a salir el sol, la verdad. ¿Habéis visto las nubes que tenemos delante? No me gustan nada.

—A mí tampoco, se está poniendo muy feo el paisaje. Además, este viento que se ha levantado está raro, como enfadado. Puede que tengamos tormenta.

—Me gusta esa idea del viento enfadado —dije—. No la había escuchado nunca.

—Son expresiones de mi madre —asintió Manuela riendo—. A todo le pone adjetivos. Tiene alma de poeta.

—Chicas, no es por aguaros la fiesta, pero creo que habría que pensar en guarecerse.

—Lo mejor sería llegar cuanto antes al refugio y no pararnos.

—También podríamos volver a la ermita de Arrako.

—No, no, es mejor avanzar. Volver nos ralentizaría mucho.

—Pero estamos todavía lejos y descargará antes seguro.

—Esperemos que no.

—Vayamos de una en una y aceleremos el paso si es posible, estamos cerca de la venta de Juan Pito —gritó Catalina, que encabezaba la marcha e iba ajena a nuestra conversación—. Se avecina una buena borrasca. ¡Poned atención al suelo, resbala mucho!

Comenzó a llover tan solo unos minutos después.

Al principio, solo era una lluvia fina, nos calaba, pero no nos impedía seguir caminando; sin embargo, poco a poco, se complicaron las cosas, arreció y se convirtió en diluvio, apenas nos dejaba ver. Un hilo de luz atravesó el cielo de punta a punta y todas nos llevamos las manos al pecho sobrecogidas. Conté los segundos que pasaron entre el rayo y el trueno. Teníamos la tormenta casi encima. Éramos hijas de las montañas, sabíamos lo peligroso que era seguir en el camino mientras los rayos surcaran el cielo. Era cuestión de tiempo que nos cayera alguno encima. Y más llevando utensilios metálicos.

Estábamos paralizadas, mirábamos alrededor y no veíamos ningún lugar donde meternos. Entonces, lo escuché. Alguien estaba tocando un instrumento. Mi corazón empezó a latir muy deprisa.

—¡Callaos, callaos!, ¿no lo oís? Es música, parece una flauta.

Nos miramos.

—Sí, sí, lo oigo, tiene que venir de la venta de Juan Pito. Estamos muy cerca. Corramos.

Y eso hicimos, correr hacia delante, hacia las notas que nos llegaban, a pesar de que era imposible avanzar con las alpargatas casi deshechas, las faldas arrastrando el barro y con el peso de los hatillos mojados.

—Allí, mirad, allí está la venta, la veo, en el margen derecho del camino —señaló con el dedo Catalina.

La seguimos ilusionadas, mientras los truenos retumbaban sobre nuestras cabezas. En el dintel de la puerta había un hombre joven tocando una xirula muy antigua. Sonrió al vernos llegar y nos abrió la puerta para que entrásemos a modo de bienvenida. La casa era pequeña, sencilla y acogedora. El salón comedor tan solo tenía tres mesas con sus sillas y una gran chimenea. Me acurruqué cerca del fuego y dejé que las veteranas hablasen. Enseguida se me unieron las demás. Necesitábamos calor, secarnos, comer algo, respirar, tranquilizarnos un poco. Habíamos pasado mucho miedo. Era pleno día y parecía de noche.

El joven se presentó:

—Me llamo Pedro. Sed bienvenidas a nuestra casa. Poneos cómodas.

—Muchas gracias, Pedro. Ha sido un respiro escuchar tu flauta en medio del temporal, como ver la luz. No sabes la cantidad de veces que he hecho este camino y nunca me había llegado a parar, pero siempre he oído hablar muy bien de tu abuelo —dijo Manuela.

—Sí, esta casa la abrió él, allá por el año 1820. Todavía no había golondrinas atravesando la frontera, empezasteis más tarde. Mi yayo Juan tenía la extraña costumbre de salir con la xirula los días de

niebla y lluvia, y también lo hacía al anochecer; tocaba para guiar a los viajeros que atravesaban a pie el Pirineo para que no se perdieran. Decía que era algo dramático que un caminante se extraviara en el lugar más bello de la tierra. Mi abuelo era un enamorado de sus montañas, imagino que porque tampoco conoció ningún otro lugar. El caso es que mi padre siguió haciéndolo cuando murió y ahora el encargado soy yo.

—Ahora entiendo por qué la llaman la venta de Juan Pito —rio Isabel.

—Sí, hay costumbres que nos definen. Por cierto, ¿habéis desayunado?

Negamos con la cabeza.

—Pues dejadme que os saque un poco de caldo caliente recién hecho para que entréis en calor y algo de pan para haceros unos soporros.

—No queremos molestar. Solo necesitábamos un techo para resguardarnos y algo de calor.

—No es ninguna molestia, lo hago encantado.

—Si nos lo permites, Pedro, todavía nos quedan algunos víveres, ¿podemos sacarlos y compartirlos?

—Desde luego, sacad lo que queráis, señoritas, y comed tranquilas mientras entráis en calor.

—Muchas gracias —dijeron a coro.

—Hemos tenido suerte de escucharte —dijo Manuela en voz alta.

—Espero que no tarde en pasar la tormenta, todavía os queda mucho camino por delante, yo diría que más de diez horas.

—Sí, va a ser complicado llegar hoy como habíamos previsto, sobre todo si el temporal se alarga. A ver si conseguimos llegar, al menos, a Sainte-Engrâce, que está a mitad de camino.

Asintieron todas sin pronunciar palabra. Estaban exhaustas.

Catalina se remangó la falda y sacó un cuchillo.

—¿Crees que puede ser peligroso llevarlo encima?

—¿Aquí dentro? No, no lo creo, pero mejor no tentar al diablo, el metal en la montaña siempre atrae desgracias. Es mejor dejarlo en la entrada.

Nos despojamos de todo lo que llevábamos metálico y formamos un corro junto al fuego. Manuela se animó a cantar. Y Pedro se unió con la xirula. La letra de la canción hablaba de agua y peces, de las hojas de los árboles, de dos enamorados. Había una montaña y un rayo. Le dije que era bonita, aunque faltasen golondrinas. Me abrazó. Después, Pedro sacó una guitarra y llegaron las historias de verdad, las humanas, historias de golondrinas tristes y otras alegres, historias de viajeros perdidos, historias de una montaña llena de cicatrices.

Historias que hubiera preferido no saber y otras que recordaría siempre.

AGOSTO

Una larga despedida

Desde que nos despedimos en el hospital con la intención de no volver a vernos, no paré de escribir a mano, rápido, muy rápido, todo lo que sentía, lo que sucedía, los mensajes que seguían llegando. Retomé tus memorias, papá. Te leí mis golondrinas como si estuvieras en el sofá escuchando con tu gran espíritu crítico. La mente ocupada, trabajando, llora menos, me repetía. Y correr. Salía a correr cada día con Bali, quería huir de las compañías, de la gente, del no saber qué decir, de no saber qué sentir, de odiar a todo el mundo que me cruzaba. Quería volver a verte y no quería. No, no quería. Y me dolía no querer, y la frivolidad de algunos encuentros, y las llamadas huecas, sin amor alguno, o la ausencia de ellas, eso también me molestaba. En el fondo, sabía que tenía que volver, que me quedaban cosas por contarte, por leerte, tenía que decirte que iba a retomar tu niño de la posguerra, que le pediría a mamá que también ella me escribiera sus memorias de niña, que uniría ambas historias, que no me iba a bloquear el luto, ni las lágrimas, ni tu recuerdo. Me mentía. Te mandé fotos de la casa que había sido tuya y ahora era mía; bueno, en realidad no era de ninguno de los dos. Me dijiste que la había convertido en un palacio: «un piso encantador. Precioso. Felicidades». Me hizo feliz leerte. Ese mensaje lo escribiste el 17 de agosto. El 18 te saludé por la mañana, te mandé una flor amarilla recién salida en el parque, una lengua de dragón, te pregunté cómo estabas. Tú me dijiste: «Ay Clara, llama a Marta y que te lo cuente. Estoy muy agotado». A veces pienso que ese mensaje ya no lo escribiste tú. No lo sé, solo es una intuición. El 19 de agosto te puse un mensaje, te confesé que llevaba toda la semana escribiendo sobre ti, que me sentaba bien hacerlo, que así estabas más cerca, que todo estaba quedando muy bien y te pedí que, si tenías fuerzas, me enviaras algún audio y me contaras más sobre tu historia de amor con mamá, sobre la universidad, amigos, fiestas, tu vida. Me despedí diciendo: «Te

quiero. Pd: Voy rumbo a Jaca, a la Feria del libro». Y tú respondiste: « Suerte en Jaca ». Ese mensaje, tampoco lo escribiste tú.

Fue la feria más triste de mi vida. Estaba en un lugar donde no quería estar. Hablaba con lectores con los que no quería hablar. Vendía y dedicaba libros sin voluntad, sin ganas, sin ilusión. Todo muy profesional. Así soy yo. Incluso con una migraña de cama y medicada hasta las orejas, soy profesional y no suspendo nada. Mi compañera de firmas, una joven encantadora que presentaba un cuento infantil, fue la única que pudo sacarme alguna sonrisa verdadera aquella mañana de agosto; ella y su padre, lo recuerdo bien, qué orgulloso estaba de su hija, con qué cariño le llevaba público y amigos para que les dedicara su cuento. Fue enternecedor. Me recordó a nosotros al principio. Tú también estabas pletórico y estresado, querías que la novela *Agua de limón* le gustase a todo el mundo, que hablasen de ella, que estuviera en cada librería, en cada escaparate, en cada ciudad. Me hiciste mandarla a la radio, a varios medios, a varios periodistas reconocidos de Zaragoza. Ninguno me respondió. Y eso, cómo te dolió, mucho más de lo que me afectó a mí. Ya sabes, mi lema siempre fue: « no esperes demasiado de nadie y así tendrás menos decepciones ». Lo sigo aplicando, y no solo en la vida profesional, sino también en las amistades y en la familia, sobre todo en la familia. Debería tatuármelo, pero me da miedo no soportar el dolor. Mi umbral es mínimo o puede que solo sea una quejica. ¿Recuerdas cuando me dijiste?: « Ay Clara, a ver si te haces famosa y así dejo de sufrir». Me hiciste reír. Sigo sin ser famosa y sigue sin importarme lo más mínimo. A ti sí te afectaba, lo sé, que fuera libre, *indie*, y no tuviera una editorial tradicional detrás, que no saliera en la prensa, que no me entrevistaran, que no fuera la autora revelación del año cada vez que publicaba algo nuevo; después, que no estuvieran mis libros en las librerías y solo en la plataforma de búsqueda digital más grande del mundo. Todo lo nuevo te frustraba. Cuando me obligaste a llevar la novela al alcalde de Zaragoza, fue para echarse a llorar de puro ridículo, pero yo quería hacerte feliz y seguí tus consejos. Cuando te conté por

teléfono que la mujer del alcalde me había escrito un mensaje porque lo había leído y le había gustado, creo que te escuché saltar de alegría. Eras como un niño con zapatos nuevos. Por fortuna, te relajaste con el tiempo. Menos mal.

El dueño de la Librería General de Jaca también me llevó, aquel día de feria, hasta ti, papá; en realidad, creo que cada cosa que sucedía me transportaba a ese nosotros. Qué hombre tan encantador, como lo eras tú, educado, sonriente, atractivo pese a la edad. También hubo otra autora entusiasta que se me acercó y me contó que había escrito sobre sus abuelos, una pareja de ochenta años y la pandemia. Aquella muchacha era feliz. Absolutamente feliz. Y su risa, tan contagiosa, me hizo sonreír a mí también. ¡Qué envidia sentí de su felicidad! Me traje un pequeño libro que había publicado; su portada simulaba una manta de ganchillo como las que hacían mis yayas siendo una niña y luego ha hecho mi madre siendo mayor. Me pareció entrañable.

El resto de la jornada permanece en una nebulosa salvo la mano de Miguel y su cariño. ¿Comimos pizza, mi amor?, ¿lo recuerdas?, ¿nos encontramos con Juan Gavasa, aquel hombre amable que me presentó la novela de *Todas las horas del día* en la biblioteca de Villanúa, y con su mujer?, ¿les conté que te estabas muriendo? Si lo hice, disculpadme, queridos, tuvo que ser un duro trago escucharlo de mis labios. También para ti, Miguel. Con lo celoso que has sido siempre de nuestra intimidad.

Escribí doce días sin parar, sin mirar el reloj, sin apenas pensar en lo que hacía. Doce días interrumpidos por una jornada de feria literaria y por la organización de un viaje para estar contigo. El último mensaje que te envié y recibí fue el 23 de agosto. Te mandé el amanecer y te dije: « Quién diría que desde nuestra ventana de la habitación se verían cielos así, tan bonitos » . Y tú respondiste un escueto: « Preciosos » .

Estoy convencida de que no leíste los últimos mensajes. Y más de que las respuestas no fueron tuyas, pero solo es una corazonada. Podría estar equivocada. Todo era confuso y melancólico aquel

agosto, incluso lo que escribí en aquel cuaderno que llené de palabras no se entienden bien; hay inquietud, pena, el deseo de volver, de estar, de tocarte y ver el océano. Lo tenía todo listo para marcharme, alojamiento en una residencia, a mis hijos organizados, al perro. No había sido fácil, chocaba con la ayuda y el *para qué*, pero mi *para qué* no tenía sentido ni razón, era un *para qué* emocional, una manera de alargar los recuerdos, de convertirlos en eternos, de retenerte más tiempo. Sabía que habías llegado al final del viaje, pero me negaba a aceptarlo. Me descorazonaba la palabra muerte, pronunciarla, tocarla. Miraba el móvil cada siete segundos, esperaba algún mensaje tuyo, alguna noticia, me volví adicta.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

Mi papá sabía hacerse el mudito cuando quería y no había manera de sacarle información. Era como si algunos temas fuesen tabúes para él o quería guardarlos en el arcón de sus secretos. Pero yo era un niño muy curioso y no reblaba ante sus silencios y le insistía, una y otra vez, hasta que conseguía que me contara, no la historia completa, pero sí algunos retazos. Fue así como me enteré de que durante la guerra civil había estado destinado en los aeródromos militares de Salamanca, Aranda de Duero y Zaragoza. Cuando me habló de aviones, yo enseguida comencé a fabular, a preguntar, quería saber si había pilotado aviones, lanzado bombas al enemigo, fuese quien fuese, o mantenido batallas aéreas, pero sus respuestas me decepcionaron: « No, hijo. Yo era un simple soldado y mi misión se limitaba a hacer horas y horas de guardia con un fusil en el hombro. Un día mis mandos superiores se enteraron, no sé muy bien por qué ni quién se lo dijo, que sabía utilizar bastante bien la aguja y el hilo y entonces comenzaron a encargarme arreglos; al principio fueron pequeñas cosas, un día les cosía un botón o les hacía un remiendo en la guerrera; otros, les subía un bajo, cosas así, sin importancia, hasta que descubrieron que sabía hacer más de lo que decía, vamos, que mi oficio era el de aprendiz de sastre y entonces llegaron los encargos de verdad, hoy un pantalón, mañana una camisa... Cuando me mandaron destinado a Zaragoza, me permitieron salir de la base y allí, en una sastrería especializada en uniformes militares, aprendí, de verdad el oficio, tomar medidas, hacer patrones, cortar las telas » . « Pero papá, ¿ganaste la guerra haciendo pantalones? » . « No, hijo, nadie gana las guerras, y menos cosiendo, en las guerras todos perdemos y más los que somos pobres. Los pobres somos los parias del mundo, recibimos órdenes, las acatamos, en obedecer nos va la vida. Las guerras las provocan quienes nunca están en el campo de batalla, los que juegan y

especulan, los que tienen ansías de poder, los que buscan satisfacer sus egos a costa del padecimiento de los nadie como yo » . Yo, por aquel entonces, no entendía ni la mitad de la mitad de lo que me decía mi padre, pero sus palabras pronto tendrían en mí un poso, al menos literario, y comencé a desentenderme de los héroes de pacotilla de mis primeras lecturas y, sin solución de continuidad, me fui interesando por héroes de carne y hueso de los clásicos juveniles: Mark Twain, Stevenson, Defoe, Verne.

8

La arquitectura de un nido

*Iba la golondrina rebuscando
en su nido lana...*

*Las golondrinas tejen sus nidos con hilos de oro,
como las princesas el cuento.*

*Trenzan con lanas de oveja y barro y paja
y construyen colchones mullidos para sus polluelos.*

NOVIEMBRE

El duelo

Al llegar a casa, coloqué las cenizas en una de las estanterías del salón junto a tu escultura de barro. Debajo guardaba tu foto. Tenía mi pequeño altar al que sumaba una vela en cuanto me sentaba a trabajar. Un aroma distinto según el estado de ánimo. Trabajar es un decir, esos días no fui capaz de hilar dos frases seguidas, aunque lo disimulaba, más por engañarme a mí misma que por lo que pensarán los demás. Todo lo que escribía estaba interrumpido por el llanto. En realidad, no entendía por qué lloraba tanto ni por qué trataba de esconderlo, por qué no reconocía en alto mi propia debilidad, mi tristeza mayúscula, el no ser capaz de seguir adelante. Tenía que haber pedido ayuda, pero no lo hice. Estaba sola, mi hija mayor se había ido a estudiar su último año de carrera de Erasmus a Budapest, mi hijo estaba en clase la mayor parte del día y Miguel trabajaba en Madrid de nuevo y yo gestionaba el tiempo fingiendo que hacía algo que no hacía. Me sentaba, abría el ordenador y me quedaba mirando la pantalla mucho rato sin hacer nada. Era raro. Desalentador. Entonces, cuando ya no podía más, me vestía y me iba a pasear por la ciudad, sin rumbo alguno y, en una de aquellas mañanas de septiembre, recibí la llamada de la escritora y amiga, Ana Basanta. Estuve a punto de no coger el teléfono. De hecho, no se lo cogía a nadie. No tenía ninguna gana de hablar, de que me dieran el pésame, de escuchar la misma pregunta siempre: « ¿Cómo estás?, ¿cómo lo llevas? Te comprendo. Yo he, yo he, yo he... » . ¡Qué cansino es escuchar lo que los demás han vivido antes que tú! Cada duelo es un mundo. Cogí el teléfono y fue ella, Ana quien me sacó de esa especie de trance en el que vivía. Me dijo: « Clara, no sé si no te acuerdas, pero tenemos trabajo y un viaje por delante a Galicia, dos presentaciones allí y luego te vienes a presentar a Barcelona. Ya sé que no estás pasando tu mejor momento, pero, tenemos que prepararlo todo ya. ¿Te ocupas tú, que yo no doy

abasto con el nuevo trabajo? » . Y yo le respondí: « Claro, yo me ocupo, no te preocupes. Me pongo esta tarde con todo » . Y al colgar, me quedé mirando el teléfono y me dieron ganas de estrellarlo contra el suelo. ¿Por qué le había dicho que sí, si quería decir no? Me entró un cansancio infinito, no quería irme de viaje, no quería presentar ningún libro, no quería hablar con nadie, solo tenía un deseo, meterme en la cama y dejar que los días pasaran, a ver si la tristeza se iba con el sueño. Y mientras volvía a casa deambulando y arrastrando los pies, mi mente comenzó a pensar que no podía fallarla y que no tenía ningún sentido aquella tristeza, que no estaba siendo profesional, que me daba vergüenza ajena, que la debilidad no podía definirme, que a mi padre no le gustaría, y sentí que me erguía, que de pronto, ya no arrastraba los pies por las baldosas de la ciudad y al entrar en casa, respiré aliviada.

Empezaba a ser yo, aunque estaba muy lejos de encontrarme.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

Cuando alguien te cuenta que un grupo de golondrinas se quedó atrapado en medio de una tormenta de nieve y ninguna logró sobrevivir, se te encoge un poco el alma. Dijeron que las habían encontrado, a las ocho golondrinas, como si fueran estatuas, todas abrazadas, entrelazadas sus vidas con su muerte en un acto de supervivencia por darse un calor inútil. Sus alas no fueron suficientes. Aquella historia había sucedido tan solo unos años antes, un poco más arriba de donde nos situábamos. Era peligroso cruzar los Pirineos, eso lo teníamos todas claro, el contrabando, la gente sin escrúpulos que había por los caminos, los temporales inesperados, el frío, pero para mí también era algo increíble llegar a Francia, atravesar esa cadena montañosa, ver a los pastores con sus grandes rebaños, la sensación de libertad, ser consciente por primera vez de que era dueña y responsable de mi propia vida.

La tormenta no amainó en todo el día y trastocó nuestros planes; nos obligó a quedarnos allí, juntas, primero alrededor de una chimenea que estaba en el suelo y emanaba el calor que necesitábamos y luego durmiendo en camastros. Nuestras ropas se secaron enseguida. Aquel día compartimos muchas historias personales y de la vida de las golondrinas alpargateras en el país vecino; algunas fueron de amor, tan tiernas que nos hicieron sonreír e incluso ponernos coloradas a las más jóvenes; otras hablaron de los bailes en la plaza de Mauleón-Licharre, de las guitarras de los españoles que se reunían en la parte alta de la villa, bajo los soportales, los fines de semana; de los franceses, del trabajo, de las fábricas, de los encargados y de su manera de tratarnos, de la gente en general, de las compañeras de las fábricas, del idioma, de las interminables horas sentadas cosiendo, del dolor en las manos, en los dedos, de las nuevas máquinas que facilitaban en parte el trabajo, sobre todo el de los hombres, de los meses hacinadas en esas habitaciones que nos alquilaban, de los colchones de paja en el

suelo y de lo que se podía comprar al final de los meses de trabajo y ahorro con los escasos jornales. El contrabando en la frontera también fue un tema de conversación, las rutas, lo que se podía conseguir, lo que había que esconder para que no te lo requisaran. También hubo tiempo para confesarnos y conocernos un poco más. Todas viajábamos por el mismo motivo, todas éramos hijas de la pobreza extrema, todas queríamos ocultarlo, todas nos sentíamos avergonzadas, todas éramos jóvenes, todas teníamos las manos igual de vacías y las ilusiones intactas.

Aquel descanso nos vino de maravilla. Nos unió. Dejamos a un lado, por unas horas, las preocupaciones del camino y el futuro. Cerca de la chimenea no había veteranas ni novatas, solo catorce muchachas conociéndose, catorce muchachas intentando ser felices.

Pedro fue el mejor de los anfitriones. Era un muchacho alegre, atractivo y encantador y se notaba que estaba contento con nuestra compañía. La casa, pese a los peregrinos que, de tanto en tanto, cruzaban el Pirineo pasando por los altos de Belagua y se paraban en su venta, tenía pinta de ser un lugar demasiado solitario para un chico tan joven. Yo le observaba con disimulo, con esa timidez propia de alguien que sabe que está sintiendo algo, pero no entiende muy bien el qué. Me gustó desde el primer momento que le vi en el dintel, desde que me crucé con su mirada al entrar en la casa y comencé a sentir un revoloteo extraño en el estómago. También sus ojos se tropezaban con los míos más veces de las esperadas y se detenían unos instantes. Nunca me había mirado un muchacho así. Era extraño, al menos para mí, divertido e inocente, sensual, un coqueteo sin ninguna expectativa, un sentimiento nuevo e inesperado. Deseé, por un momento, que la tormenta se hiciera eterna, no tener que irme lejos, conocerle un poco más, aprender su oficio de posadero y vigía de caminos. Y, en cierta manera, se cumplió mi deseo. Cuando amainó la tormenta, ya era noche cerrada y Pedro nos animó a salir a contemplar « su cielo », como dijo con un brillo de orgullo en los ojos. Yo salí la primera y me puse junto a él. Le escuchaba con atención. Me atraían su voz, sus gestos, su

seguridad. Conocía todas las estrellas del firmamento y nos las fue mostrando una a una.

Pedí un deseo a la estrella polar: volver a verle.

A la mañana siguiente, fui la primera en despertarme, apenas había dormido, el camastro era muy incómodo, no podía moverme; además, estaba muy nerviosa, en parte porque no sabía si sería capaz de caminar tantas horas. Todas las que ya habían hecho el camino decían que lo que venía era lo peor, lo más duro. Y también porque había tenido sueños raros, sueños en los que un muchacho sin rostro me besaba. Salí a dar un paseo por el bosque para despejarme. El amanecer ya estaba rompiendo el cielo. Escuché golondrinas de nuevo y sonreí. ¿Acaso me estaban siguiendo?, ¿acompañándome en mi propio vuelo hacia Francia? Imité su trino para que se acercaran más, pero no vinieron. El que sí lo hizo fue Pedro. Sentí unos pasos por detrás y, al girarme, lo vi. Me sonrojé. No sabía qué decir. Tampoco él dijo nada. Se situó a mi lado y titubeante me cogió la mano con suavidad, entrelazando sus dedos con los míos. Me dejé hacer conteniendo la respiración, temblando, sonriendo y deseando, en el fondo, que me abrazara. Como si pudiera leerme el pensamiento, fue lo siguiente que hizo, me rodeó la cintura con sus brazos y me estrechó muy fuerte.

El sol ya brillaba.

—Así que hablas con las golondrinas —me susurró—. No te preocupes, tu secreto estará a salvo conmigo.

—No es un secreto, tonto, pero sí, hablo con ellas, o lo intento al menos, es mejor que hacerlo sola, ¿no crees? Hace años que las siento parte de mi familia. Imagino que a ti te pasa lo mismo con las estrellas, ¿no? —le sonreí.

—Supongo que sí. ¿Y por qué esa afición?

—No lo sé, quizá porque soy una chica solitaria o puede que simplemente me guste observarlas, son aves inteligentes. Con el tiempo, he aprendido incluso a imitar su canto. No te creas, no es nada fácil, y ellas son bastante desconfiadas.

—¿Eso hacías antes?, ¿cantarles?

—Sí, tengo la impresión de que hay una pareja que me sigue desde Salvatierra. Allá donde paro, me encuentro con ellas. Es como si me buscaran cuando estoy sola para decirme « estamos aquí, contigo » . Te parecerá una locura.

—No, no me lo parece. Todo lo contrario. Si fuera cierto, sería algo muy bonito. Pero, ¿cómo eres capaz de reconocerlas?

—Por su canto, me resulta demasiado familiar. Y también por su forma de volar. Esta pareja lo hace como si bailara.

—Me gustaría escucharte, y también verlas.

—No creo que ahora mismo se acercaran, ya te he dicho que son muy recelosas. El hombre no ha sido precisamente amable con ellas.

—Algunos hombres.

—Sí, eso es verdad; otros les han escrito poemas.

—¿Y cómo sabes que son pareja?

—Porque las golondrinas permanecen fieles a sus compañeros durante años. Se aparean en pleno vuelo. Y ambos preparan el nido, empollan los huevos y, después, cuidan de sus polluelos. Deberíamos aprender mucho más de ellas. ¿Sabías que las primeras casas que construyeron los hombres cuando salieron de las cuevas las hicieron imitando sus nidos? Vieron que estaban hechos de bolitas de barro que después forraban con hierba y plumas y que resultaban muy sólidas, y se pusieron manos a la obra.

—Parece increíble.

—Lo es. Nos creemos tan importantes que no nos damos cuenta de que la naturaleza nos da mil vueltas.

Pedro asintió.

Nos quedamos en silencio mirando el bosque. Pensé que quizá había hablado demasiado. Era mejor dejar la mente en blanco. Quería volver a sentir su abrazo, una caricia en el rostro tal vez, ¿un beso? Una oleada desconocida de calor me subía por las piernas y el corazón me iba tan rápido que apenas podía pensar. Quería soltarme

de su mano, escapar de allí, aunque no, en realidad, me mentía, no quería. Había perdido la voluntad. « Un beso » , pensé, « dame un beso, solo uno, el mismo que he soñado esta noche, casto, puro, prometedor, y después me iré, correré, me alejaré y me pondré a salvo con las golondrinas, ocultaré este deseo, lo que siento. Un beso » .

¿Quién es este muchacho para desbaratarme de esa manera?, ¿por qué se está tomando tantas libertades?, ¿por qué se lo estoy permitiendo?

Estaba confundida.

Entonces, Pedro me besó. Con sus labios apoyados en los míos comencé a temblar. Volvió a estrecharme y pronunció dos palabras en mi oído, dos palabras que fueron un ruego, una esperanza, dos palabras que se convirtieron en una interrogación, en alas, en una forma de destino para los dos:

—Vuelve, Ainhara.

Y yo salí corriendo hacia la casa. Había dejado de confiar en mí misma. Mi corazón acababa de abrir una puerta infinita y un deseo doloroso.

AGOSTO

Una larga despedida

Avanzo en esta larga despedida. A veces, cuando retomo la escritura y releo, tengo la impresión de que ya he vivido este momento, esos famosos *déjà vu* son tan reales como la vida misma. Creo que comencé a escribir esta novela hace mucho tiempo, incluso antes de que supiera que te ibas a morir. La había imaginado en mi cabeza, no solo contigo, también con mamá. ¿Sobre qué escribiría cuando os fueseis?, ¿retomaría la novela de *Agua de Limón?*, ¿contaría lo que se quedó en el limbo, vuestra tierna historia de amor?

Me cuesta soltarte, sigo atrapada en este relato incluso cuando siento que he gastado todas las palabras y mi cansancio es infinito. Quiero terminar y no puedo. Me ralentizo. La memoria puede ser una habitación cerrada, un túnel muy largo que no finaliza nunca, que no quiere que finalice nunca. Uno recuerda lo que recuerda, y la mayoría de las veces el recuerdo que guardamos es diminuto o pura emoción, tan distinto a la memoria de otros que no parecen los mismos días ni las mismas horas vividas.

Yo sigo en la narración desde aquel día de finales de agosto, sigo en aquella habitación cuadrada, tan blanca, tan minimalista, tan impersonal y poco familiar, sigo soñando que hablamos, que me saludas al verme entrar, que abres la boca en lugar de los ojos para morirme. Sigo soñando que me dices algo bonito; me lo invento, claro, tengo muchas frases para ese momento imaginario, tengo caricias y abrazos, escalofríos ante tu halago. Sé que si hubieras estado vivo no habrías hecho ni pronunciado ninguno de ellos; los dos lo sabemos, nunca se te dio bien expresar sentimentalismo. Eras la brevedad del detalle y la palabra pronunciada, un suspiro de ambas. Y, sin embargo, tenías un corazón enorme. Un corazón que anhelaba amor.

Lo tenía todo listo para septiembre, una estancia de quince días en Santander que nunca llegué a vivir. Recibí el mensaje de mi hermana

Beatriz justo antes de comer. La pizza estaba caliente, acababa de salir del horno, y yo había llamado a la familia a comer. Abrí el móvil: Se moría, era cuestión de horas y se preguntaba por qué hacía planes a largo plazo y buscaba alojamiento si no iba a aguantar tanto. « Ven ya » , me dijo. Y eso hice. De manera atropellada y sin sentido, pero fui. Sin Miguel, sin Adriana, sin Samuel, después de pasar la noche en vela contando las horas.

Me recogió muy temprano mi cuñado Tomás.

Aquel viaje fue inolvidable, surrealista incluso. Ambos sabíamos a dónde íbamos, lo que significaba y, a pesar de todo, hicimos lo posible, por unas horas, de olvidarlo. No paramos de hablar de literatura, de cine, de viajes, y recordamos momentos familiares estelares; tenemos unos cuantos. Me cayó bien Tomás, incluso muy bien, añadiría, aunque condujo fatal, los nervios imagino. Yo no lo habría hecho mejor con los ojos velados por las lágrimas. Fue una sorpresa, la verdad, que me cayera bien, digo, casi treinta años con mi hermana y hasta aquel día, Tomás había sido casi un desconocido para mí. Aquellas horas nos hicieron mucho bien.

De todos los días de aquella larga despedida he ido recordando momentos distintos, como este del coche, frases, palabras, siempre había algo nuevo que se me había escapado y no había escrito; me pasé semanas modificando oraciones. Sé que me mantuve agarrada a la esperanza y que hacía listas, malditas listas que me recuerdan lo que olvido. Mi memoria a corto plazo falla cada día con mayor frecuencia. Como diría Miguel, y yo me reiría porque adoro sus chistes malos, « más que una escopeta de feria » , pero los recuerdos no, esos los tengo a salvo en la habitación cerrada. En mi habitación inventada.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

En 1946 nos trasladamos a la calle San Benito. Mis padres alquilaron el segundo piso de un edificio que miraba a una pared que sobrecogía, la de la iglesia que daba el nombre a la calle. Sí, ese era el paisaje desde mi ventana, piedra de sillería, sin apenas ventanales, lo más parecido que podía imaginar a una fortaleza inexpugnable. Mi imaginación se disparaba cada vez que la miraba. La verdad es que nuestro nuevo hogar supuso un cambio enorme para todos, al menos en cuanto al espacio. Veníamos de una casita muy pequeña y, en comparación, esta me pareció enorme. Tenía tantas habitaciones que me perdía, un pasillo larguísimo, vistas a la calle, un mirador y un balcón. El piso se organizaba alrededor de una solana descubierta que fue mi mayor tesoro, cerrada por los dos patios de vecindad y los aleros de los tejados. Desde allí, despuntando sobre las techumbres, se divisaba el Sagrado Corazón de Jesús de la torre de la Catedral. La terraza fue, desde el primer momento, mi lugar favorito de la casa. Era perfecta para jugar, perfecta para Misi, nuestro gatito atigrado, perfecta para sus correrías gatunas. Muy pronto se hizo el dueño de los tejados circundantes, a los que saltaba sin el menor temor desde el pretil de la terraza para defender su espacio frente a otros gatos callejeros que merodeaban por allí. A mi hermano y a mí nos encantaba verle enfrentándose al contrincante con la cola enhiesta y bufando como si estuviera muy enfadado. Imagino que lo estaba, pero para nosotros, la escena de cómo echaba a otros gatos de su territorio y el nuestro era tan divertida que no parábamos de reír cuando sucedía. Menos mal que siempre ganaba Misi. Cuando regresaba, le hacíamos tantas fiestas y le dábamos tantas carantoñas que era doblemente feliz. Había que celebrar la victoria.

Un mal día se me ocurrió una idea peregrina. Había escuchado tantas veces a los mayores que los gatos tenían siete vidas que

quise comprobarlo por mí mismo y, ni corto ni perezoso, cogí a Misi en brazos. Él se dejó hacer, era feliz, confiado y muy mimoso. Lo balanceé por fuera de la barandilla y, de pronto, lo solté, así, sin más. Escuché un maullido prolongado, un maullido que acompañó su caída hasta el fondo del patio, un maullido que me impresionó. Mamá, alertada, salió a la terraza corriendo.

—¿Qué ha pasado?, ¿dónde está Misi? —dijo gritando.

Mi hermano temblaba, me miraba aterrorizado y yo le hice un gesto explícito, le dije con los ojos « si dices algo, te la cargas después » .

—Mamá, Misi se ha caído al patio —respondí con tristeza.

—Pero ¿cómo?, ¿cómo ha sucedido?, es imposible —dijo asustada.

—No lo sé, paseaba por la barandilla y se ha debido de resbalar.

—¡Ay, Dios mío!, no, no, no lo quiero ni pensar. Se habrá matado. ¡Ay, pobre Misi!

—Mamá, bajo corriendo y miro en el patio. Quizá no le haya pasado nada. ¿No dices siempre que los gatos tienen siete vidas?

—Hijo mío, pero eso es solo un decir, un refrán popular. ¡Cómo va a sobrevivir a esta caída! Es imposible —sollozó.

Yo salí corriendo de casa, bajé las escaleras a saltos con el corazón en un puño pensando que había matado a mi gato, que era un asesino y un inconsciente, y lo peor, que mi hermano iba a hablar y estaría meses castigado. Pero cuando me colé al patio lo vi, sí, allí estaba, tan tranquilo, acurrucado y sin el menor síntoma de haberse hecho nada por la caída. Lo cogí en mis brazos, lo besé muchas veces, le pedí perdón otras tantas y subí llorando de felicidad a casa.

—¡Mamá, mamá, no le ha pasado nada, mira, Misi está bien! —grité al entrar por el pasillo.

—¡Ay, ay, ay, qué alegría, qué alegría más grande! Ven hijo, ven que te dé dos besos, pero ¡qué valiente has sido!

Y yo me dejé querer.

Los dueños de la casa que alquilaron mis padres vivían en la planta primera del mismo edificio y me cruzaba con ellos con frecuencia en

las escaleras o en el portal. Años atrás habían vivido en Cuba y me encantaba el acento que conservaban, dulce y melodioso al mismo tiempo. Siempre estaban contentos, no como mis padres. Con frecuencia venía a visitarles un nieto de mi edad y cuando lo hacía, nos llamaba a mi hermano y a mí para que bajásemos a jugar con él. Era entrar en su casa, cruzar la puerta y ya se nos hacía la boca agua, porque lo primero que hacían era obsequiarnos con una rica taza de chocolate. Después correteábamos por las habitaciones. Sus estancias no se parecían en nada a las nuestras. Había adornos por todas partes, cuadros, cortinones y muebles delicados de madera y, por primera vez en mi vida, fui consciente de nuestra pobreza; también de su riqueza. Recuerdo que aquel descubrimiento, aquella evidencia de nuestra escasez, con el paso del tiempo, se me hizo muy molesta. No quería ser el patito feo. No quería dar pena ni sentir envidia de lo que ellos tenían, ni desear sus cosas; no quería que los juguetes que me traían los Reyes Magos fueran peores a los suyos, ¿por qué hacían diferencias sus majestades con las familias ricas? No lo entendía y por eso dejé de bajar, esa fue mi reacción, desinteresarme por el vecino y su familia, por sus juegos, por el chocolate que sabía a gloria. Cuando me decía que bajara, yo me inventaba excusas, y, poco a poco, nuestra camaradería se fue diluyendo como los terrones de azúcar que mi madre guardaba como oro en paño para las visitas.

9

El poder natural de las alas

*El poder natural del ala es levantar lo pesado,
llevándolo hacia arriba,
donde mora el linaje de los dioses*

Platón

NOVIEMBRE

El duelo

El trabajo fue lo primero que me sacó de la melancolía. Pensar en María Casares, el personaje de mi última novela sobre la que tenía que hablar con Ana en Galicia, tiró de mí. Yo misma había narrado su vida y sus pérdidas, que fueron muchas, sus padres, su tierra, su hermana, el amor de su vida y, si ella pudo recuperarse a todo aquel duelo de vida, yo también podía.

Esa semana, mientras comenzaba a despertar, Miguel volvió el viernes y me trajo una sorpresa, entradas para un concierto de piano de Ludovico Einaudi en Madrid. No tocaba él, claro, era una adaptación, un concierto de los que están los instrumentos rodeados de velas y el ambiente es casi mágico. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Miguel sabía que ocurriría. Sabía lo que Ludovico significaba para mí, escucharle tocar el piano era como escuchar a mi propio padre, a mi hija despidiéndose de él con aquella partitura, era como verle, porque incluso físicamente ambos se parecían. A menudo, entro en YouTube y me quedo mirándole pensando que es él. Nunca olvido que mis padres se enamoraron así, al piano. Sé que, si le hubieran dejado ser lo que siempre quiso ser, hubiera enamorado auditorios enteros como lo hace Ludovico, aunque nuestra historia familiar hubiera sido completamente distinta.

Fue muy emocionante. Fue mi propia despedida personal. Cuando entré en aquella sala oscura del hotel Wellington y vi cómo la luz de miles de velas doradas iluminaba un piano de cola, se me arrasaron los ojos. Luego salió una mujer a tocar, una mujer vestida con un largo traje blanco, elegante, muy delgada, casi etérea, un suspiro en el escenario, y pensé en un ángel. ¿Era posible que fuera un ángel? Cerré los ojos y lloré sin hacer ruido todo el concierto. Al salir, tenía la cara hinchada, pero me sentía liberada, muy liberada, incluso tenía hambre —llevaba semanas sin sentir apetito—, y Miguel me llevó a cenar a un restaurante precioso. El dolor había pasado, el

dolor ante el sentimiento de abandono inesperado, ante la idea de que nunca volvería a verle, ni a escucharle, pero quedaba otra cosa, una forma de soledad extraña, una oleada de recuerdos, un deseo de contar, de conocerle más de lo que lo había hecho, de adentrarme en estas páginas y dejarme llevar por todo ese tiempo compartido que hacía tiempo que había dejado atrás. Recordarle en una página en blanco era devolverle a la vida una y otra vez, y eso me atraía, me permitía alargar la despedida, estar con él. Era una manera de estar en calma después de la tempestad de emociones que había vivido.

¿Dónde estás, papá?, me pregunto, ¿en qué te has convertido?

Comencé a correr todos los días al volver de Madrid. De pronto, tenía una energía que no sabía de dónde me había salido; me sentaba bien. Recorría de madrugada caminos nuevos con mi isla Bali y me enamoré de uno que bordeaba un enorme campo de trigo. Pensé que a mi padre le gustaría aquel lugar. Recordaba a la Castilla de su infancia, a la Castilla de la mía, a la Castilla que no se cansaba de pintar mi madre en acuarelas. A la izquierda se veía el amanecer; a la derecha, el crepúsculo. Era un lugar perfecto para enterrar sus cenizas, que todavía conservaba en casa. Elegí uno de los árboles, uno grande, inconfundible, cercano a una bifurcación, cuatro caminos abiertos a los puntos cardinales, cuatro caminos abiertos al mundo. Sabía que el paisaje cambiaría con las estaciones y eso aún me gustó más. Volví contenta con la elección y les comuniqué a todos que íbamos a hacer nuestro propio funeral. Nada religioso, a mi padre no le habría gustado, solo quería un momento de recogimiento familiar, de unión, un momento para pensar en él, estar todos juntos sentados bajo el tronco, decir algunas palabras, quizá. Y así lo hicimos. Fue bonito.

Desde aquel día, el árbol se convirtió en el punto de destino de mis mañanas con Bali. Llegaba hasta él, lo tocaba, saludaba a mi padre, le contaba alguna confidencia, le pedía cosas, que nos cuidara, por ejemplo, confianza, sobre todo, fe. Fe en la vida, ¿qué sentido tiene otra fe? Después, me marchaba más tranquila. Se convirtió en un ritual que me hacía feliz.

Un ritual que sigo haciendo todos los días.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

En la casa ya estaban todas las chicas despiertas y se sobresaltaron al verme llegar corriendo y con el rostro encendido. Algunas, las más mayores, levantaron las cejas y me sonrieron, pero ninguna dijo nada. Yo me ocupé del hatillo, lo recogí todo con rapidez e intenté pasar desapercibida. Por nada del mundo quería dar de qué hablar. Cuando estuvimos listas, nos echamos a volar. Tomamos el camino que salía a la izquierda de la venta de Juan Pito y nos adentramos en un bosque espeso de árboles altísimos; nunca, hasta entonces, había visto aquellas dimensiones. A mitad de camino vimos a Pedro. Nos estaba esperando. Se despidió de nosotras con una sonrisa, indicándonos el camino de subida:

—Todo recto y hacia arriba, hasta Arrakogoiti, después a la derecha, bajad hasta la venta de Dominica y luego, ya sabéis, tenéis un camino lleno de curvas y bastante estrecho, pero no es difícil. Sobre todo, no os salgáis del camino y todo irá bien. ¿Lleváis zatas por si hubiera nieve?

—Parece que el tiempo está despejado hoy —dijo Manuela mirando al cielo.

—Sí, al menos del lado español no creo que llueva. Del otro lado, no puedo aseguráros nada, pero dicen algunos viajeros que, en algunos puntos, ya hay nieve. Tened cuidado dónde poneis los pies.

—Muchas gracias, Pedro. Has sido muy amable —dijo Catalina.

—No sé qué habríamos hecho sin ti ayer, fuiste un ángel caído del cielo—añadió Isabel.

—Tendremos cuidado, no te inquietes. Cuidaremos de nuestras benjamins.

Y todas me miraron con simpatía.

Pedro asintió vergonzoso y añadió.

—¿Irán a recogeros a la Caserna de Sainte-Engrâce o haréis todo el camino a pie? Vais demasiado cargadas.

—No lo sé, el año pasado enviaron un carro desde Mauleón-Licharre y la parte final fue más sencilla y rápida, pero este año vamos con un día de retraso al menos. La tormenta de ayer fue inesperada. Puede que hayan ido y, al no vernos, ya no vuelvan.

—Rezaré para que no sea así —apuntó Pedro juntando las manos—. Suerte y hasta la primavera, golondrinas.

Y nosotras agitamos los brazos.

Al pasar junto a mí, Pedro me guiñó un ojo y sonrió. Yo volví a ponerme colorada. Estaba en las nubes.

—Llevas demasiado peso, Ainhara, lo lleváis todas, en realidad, y el camino francés es largo, frío, estrecho y lleno de subidas y bajadas, ¿quieres dejar la banqueta en la venta?

—No, no, no puedo, no es mía, nos la dejó una vecina y no puedo volver sin ella. Imagina que se extraviara. No te lo voy a negar, pero he estado tentada varias veces de abandonarla en el camino...

—Yo la pondría a buen recaudo, por eso no tendrías que sufrir. Cuando regreses, vienes por aquí y la recoges. Y así volvería a verte.

—¡Qué tonto! Con banqueta o sin ella, seguro que nos veremos. No hay otro camino para volver.

—En realidad, sí lo hay, muchos, de hecho. Y otros lugares y fábricas donde vais las golondrinas, y no solo vosotras, también suben muchachos. Mauleón-Licharre no es la única ciudad. Está Oloron y alguna localidad de Baretous.

—Ah, eso no lo sabía, pero no, no, gracias, prefiero llevármela. Además, las otras muchachas también cargan con ella. Si ellas pueden, yo no voy a ser menos.

—¿Y para qué es?

—Dicen que en las fábricas alpargateras faltan sillas para coser y que en la posada tampoco viene mal.

—¿Y no sería mejor que llevases una manta? Vas poco abrigada.

—La llevo, en el hatillo, aunque no es muy gorda. Era la única que teníamos.

—Allí hace frío.

—Sí, eso me han dicho.

—¿Quieres que te preste otra? Tengo varias, me sobran; ya sabes, las usamos con los peregrinos.

—No, Pedro, más peso no, por favor.

—Te vendría bien. Y no parece que te pese demasiado el hatillo.

—Y no pesa al principio, pero cuando estás mucho rato caminando, se hace de plomo. Si paso mucho frío en Mauleón, ya veré cómo me las apaño.

—Siempre he tenido curiosidad, ¿qué lleváis dentro? Son tantos meses los que estáis lejos. No sé cómo podéis aguantar con tan poco equipaje.

—Imagino que no hace falta más. Sé que parece poco, pero vamos a trabajar y allí se podrá lavar, espero. Yo llevo cuatro cosas sencillas para cambiarme y una foto de mis padres, un peine, un puchero, los cubiertos y unas alpargatas de repuesto por si llovía en el camino, pero no me han hecho falta, se me han secado con tu chimenea del suelo. Es increíble cómo calienta.

—¿Y nada más?

—Yo no. Sé de algunas que llevan hasta un hornillo, pero yo no tenía ninguno.

—¿Y sabes escribir, Ainhara?

—Sí, y dibujar. Me gusta retratar a las aves y a las flores. De hecho, mi madre me metió alguna cuartilla en blanco para que la escribiese, dentro de un libro pequeño de oraciones, pero no sé si se habrán mojado con la tormenta y las podré usar, espero que sí; aunque estén algo arrugadas, me gustaría ponerle de vez en cuando unas letricas.

—¿Me escribirás a mí también?

—Si tú quieres.

—Me gustaría mucho saber de ti.

—Lo intentaré.

—¿Es tu primera vez?

—Sí, todo esto es nuevo para mí, Pedro —y agaché la cabeza, porque las últimas palabras que había pronunciado no hablaban solo de ser una golondrina, trabajar y arriesgar la vida por aquellos caminos, también hablaban de él.

Lo entendió.

—Me gusta saber que soy tu primera vez.

Sonreí.

Me apretó la mano.

—Me encantaría quedarme, pero se me escapan las golondrinas.

—Sí, corre.

—¡Hasta la primavera! —dijimos los dos al mismo tiempo.

AGOSTO

Una larga despedida

¿Me esperabas o fue casualidad que murieras de mi mano al poco tiempo de llegar? Mi corazón piensa que sí, que me esperabas, que te faltaba aquel último adiós, el definitivo, que aguantabas para dármelo.

La razón dice otra cosa. La razón habla de días y de ciencia, de lo que aguanta un cuerpo sin alimento, sin agua, cinco días, ni uno más; la razón no me ha definido jamás.

Las casualidades no existen, dicen algunos, puede que lo diga la mayoría. Quizá tengan razón. Me esperabas y yo te esperaba a ti. Una mirada, tal vez, o que te despertaras, que me dijeras un « adiós », un « te quiero », « cuídate », « sigue escribiendo », « estoy orgulloso de ti », « no tengo miedo », « nos vemos en otro lugar », « léeme ». No dijiste nada. Tenías los ojos cerrados y la respiración tranquila, aunque entrecortada. Me tumbé a tu lado, cabeza con cabeza, sin hablar tampoco. Cogí el móvil y te puse la música que había grabado Adriana para ti al piano, *Nuvole bianche* de Ludovico. Se lo había prometido antes de ponerme en viaje. Había estado la tarde anterior ensayando, llorando, pensando que, ninguna versión te convencería lo suficiente, porque sabía que tú eras muy exigente con la música y más con el piano, ya lo había vivido de niña con tus clases. La puse bajita y te dije que tu niña mayor la había tocado para ti.

Jimena no tardó en venir, no tardó en decir que no eras capaz de escuchar la música, que ya no estabas, que solo era cuestión de tiempo, que era mejor que no te molestase, pero yo no estaba de acuerdo; nada de acuerdo.

Para mí, estabas, mientras respirases, estarías, y eso era una posibilidad. Estaba segura de que, de algún modo lejano e

inconsciente, nos escuchabas, aunque no pudieras volver para respondernos. Así que seguí con la canción.

Después, te conté cosas. Te hablé de mis golondrinas.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

Aprendí a leer en casa desde muy pequeño. Me gustaba, sobre todo cuando lo hacía en voz alta. Mi hermano me escuchaba embelesado y yo me sentía importante mientras le entretenía, pero, un día, mis padres decidieron que era el momento de que fuera a una escuela de párvulos y me enviaron a doña Urraca, una maestra que había en la calle de san Ignacio. Allí, todos éramos niños de diferentes edades, menores de diez años, y nos mantenía en cintura no precisamente con las mejores artes del mundo. Odié a aquella mujer desde el primer día. La escuela consistía en una habitación destartalada y unos pupitres que se caían de viejos y estaban sembrados de borrones. Doña Urraca era, a mis ojos infantiles, muy vieja y muy fea y, además, tenía pelitos negros en el mentón. Era como la bruja mala de un cuento. Para colmo, nos pegaba con una regla. Nunca fui feliz en aquella escuela y les insistí a mis padres, una y otra vez, por activa y por pasiva, incluso suplicándoles, que me sacasen, que era un lugar horrible para aprender. Finalmente, mis ruegos fueron escuchados y lo conseguí, aunque me costó unas cuantas lágrimas.

Más adelante, me llevaron al Colegio de las Teresianas, en la calle san Blas y, por último, al de La Inmaculada de los hermanos Maristas, en la calle Torrecilla, donde aprobé el examen de ingreso y cursé todo el bachillerato. Fue allí donde tuve que afrontar las primeras decisiones de mi vida. Al concluir el bachillerato elemental tuve que elegir entre el bachillerato superior de ciencias o de letras. Mi padre acudió al colegio para abordar el tema con el director. «Mire usted, señor Domínguez, no le voy a engañar, la verdad es que, en el caso de su hijo Carlos, es difícil aconsejar. Como usted bien sabe, su hijo es un alumno muy valioso y en mi opinión puede optar a cualquiera de las dos vías con garantía de éxito. No obstante, si me permite un consejo, creo que tendrá un gran futuro

si elige la opción de letras » . ¿Por qué le dio aquel consejo? Ni siquiera me conocía. Sin embargo, su recomendación caló en mi padre y yo no tuve nada que objetar, aunque me hubiera gustado; al dejar las ciencias a un lado, también dejaba abandonada la promesa que un día le hiciera a mi abuela materna muy enferma: « no te preocupes abuela, seré médico y te curaré » . No lo hice.

Mi madre empezó a soñar, era mucho de eso, de cuentos de la lechera, y ya me imaginaba juez o notario o abogado del Estado sin haber comenzado siquiera a estudiar la carrera. No podía ser un simple abogado, eso no. Tenía que brillar. Tenía que destacar. Decía: « por qué no, mi hijo vale para un roto y para un descosido » . Lamentablemente, su brillante hijo no fue lo que ella esperaba.

Cuando también mi hermano aprobó el bachillerato elemental, les dijo a mis padres que no quería seguir estudiando, que se aburría mucho. « Entonces, tendrás que aprender un oficio y ponerte a trabajar » , le dijo muy serio mi padre. No obstante, de nuevo acudió al director del colegio y le pidió consejo. « Mire usted, señor Domínguez » , repitió. « su hijo es un muchacho valioso, no tiene el halo de su hermano y ha pasado algo desapercibido porque es un poco introvertido. Los profesores no siempre acertamos en las calificaciones, pero le aseguro que su hijo vale para estudiar una carrera de ciencias y le auguro un brillante porvenir porque este país está necesitado de jóvenes científicos » . Estaba decidido. Padre sacó el tema durante la comida:

— He hablado con el director y me ha dicho que, en su opinión, debes seguir estudiando y escoger la rama de ciencias.

— Yo no quiero estudiar más, papá, no quiero —sollozó mi hermano.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?, ¿aprender el oficio de tu padre?

—Sí, papá, eso quiero.

—¿Estás seguro de haberlo pensado bien?

—Sí, papá.

—Bien, no se hable más, a partir de mañana empezarás a trabajar como aprendiz en mi taller. Vas a convertirte en sastre. Mamá te

enseñará a enhebrar la aguja y aprenderás a dar tus primeros pespuntos.

Y dicho y hecho, a la mañana siguiente, mi hermano, sentado en una banqueta, comenzó a utilizar la aguja y el dedal. Se daba maña, pero a mitad de mañana me vio preparar la bolsa con el bañador, la toalla y las chancas y su mirada se ensombreció. Cuando abrí la puerta del taller y dije: « Hasta luego, bajo a la playa a bañarme » . Mi hermano me miró, miró a mis padres y comentó:

—¿Y yo?, ¿no puedo ir?

—Tú estás trabajando —contestó mi padre.

—Pero estoy de vacaciones...

—No, hijo, ya no, tendrás vacaciones cuando los demás nos las tomemos; ahora toca trabajar duro y aprender. Tenemos muchos encargos.

Al cerrar la puerta, vi que se le empañaban los ojos y sentí mucha pena por él.

Pero aguantó ese día, el siguiente y al otro. Tres días completos. No llegó a la semana.

—Creo que me lo he pensado mejor, papá. Esto no es para mí. Prefiero seguir estudiando.

—¿Ciencias?

—Sí, ciencias.

—Muy bien, hijo, si esa es tu decisión, tu madre y yo te apoyamos y estamos encantados de tu sabia elección. Venga, recógelo todo y vete con tu hermano al Pisuerga a bañarte.

Andando el tiempo, se licenció en Ciencias Químicas con calificaciones sobresalientes. No sé cómo lo hizo aquel director, pero acertó en nuestros futuros.

10

Volar es canto, es música

El ala del ave tiene tres amantes:

La levedad que sustenta, la transparente verdad y la leve trayectoria

Ramón Andrés

NOVIEMBRE

El duelo

Un día, en uno de mis paseos mañaneros, me di cuenta de que, por mis caminos por el bosque y por la parte más abierta a la que llegaba con Bali, los campos de Castilla en Aragón, había muchos azulejos rotos y desgastados. También de varios colores. La mayoría se notaba que eran de baños o cocinas antiguas. Pensé en Gaudí y sus maravillosas obras hechas con trocitos de cerámica, en las teselas formando un dibujo, creando un paisaje sobre otro paisaje, reutilizando lo inútil, la basura, y también pensé en lo poco que les importaba la naturaleza a algunos. Estaba claro que los albañiles tiraban toda esa porquería de sus obras menores sin ninguna aprensión o pensamiento de multa en ese paraje alejado de la ciudad que no le importaba a nadie. ¿Quién transitaba por allí? Deportistas, gente paseando a sus perros, ¡adelante! Esa gente no se quejaba.

Me dije, voy a hacer algo increíble. Y comencé a crear un mosaico alrededor del tronco donde deposité las cenizas de mi padre. Cada día recogía del suelo cinco o seis trocitos rotos de azulejos de diferentes colores y los iba colocando alrededor del tronco mientras le contaba cosas. Todas tenían que ir encajando como si fuera el juego del Tetris, ese que nos volvió locos a algunos adolescentes cuando teníamos quince años. Os hablo de finales de los ochenta. Recuerdo que tuve un novio por aquella época. Bueno, en realidad tuve varios, pero a este le recuerdo especialmente porque estaba muy viciado al videojuego y ni siquiera se daba cuenta. Prefería jugar durante horas a ir a clase, y jugar más horas a besarme. ¡Qué locura!, pensaba yo por entonces. Duramos poco tiempo, aunque D. siempre me cayó muy bien, y cuando le dije por qué lo dejaba, creo que se sorprendió. En aquellos meses con él, ni siquiera recuerdo cuántos fueron, pocos, yo también aprendí a jugar de maravilla y me

quedó en la cabeza una capacidad de ordenación del espacio que nunca he perdido.

El árbol del abuelo; así lo bauticé. A Bali le decía: «Vamos a ver al abuelo», y él encaminaba sus pasos hacia el árbol sin que dijera nada más. Se paraba por inercia en el punto exacto y hacía guardia en el camino para que nadie me molestara mientras colocaba cada pieza. Lo más sorprendente es que nadie lo estropeaba, ni siquiera los perros sin querer.

Y así fue creciendo y creciendo el mosaico, creciendo como mis días de duelo y la historia de las golondrinas que te leía.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

La subida desde la venta fue larga y empinada hasta que llegamos a ese lugar que todo el mundo llamaba frontera. No sé qué me esperaba, la verdad, pero la realidad fue que allí no había nada, ninguna valla, ningún gendarme, ningún ganado diferente, ningún pastor que hablara otra lengua distinta a la nuestra, ninguna puerta, nada ni nadie, salvo el paisaje más bonito que había visto en la vida. Me dejó sin aliento el otro lado del Pirineo, el valle profundo y verde que se extendía ante nosotras. Las montañas altas que me circundaban y que los que sabían decían que llegaban a alcanzar los dos mil metros. Todo era inmenso, sobrecogedor y muy frío. Me abracé para darme calor.

Hicimos un pequeño alto arriba, no solo para admirar aquel templo natural, también para abrigarnos, había bajado muchísimo la temperatura y hacía un viento huracanado que nos deshizo los peinados en segundos y tuvimos que recogérmolos con pañoletas. Yo desanudé el hatillo y cogí la manta. Al tocarla, pensé en Pedro y en si ese muchacho y yo podíamos tener alguna posibilidad. Lo dudaba, pero el destino era caprichoso. Iba a tener razón, no llevaba suficiente ropa para soportar el invierno en el país vecino. Ya lo sentía helador y solo estábamos en octubre.

Quisimos agradecer que habíamos llegado con bien hasta allí, pedir para que el siguiente tramo del viaje nos fuera tan favorable como el primero y nos cogimos de las manos formando un círculo. Manuela entonó una canción y nosotras la seguimos acompañándola en los coros; retomamos la marcha con la plegaria todavía resonando en nuestras bocas.

Nos esperaban muchas horas de caminata todavía, pero estábamos contentas, fluíamos con el viento que nos impulsaba hacia delante y nos levantaba las faldas jugando entre nuestras piernas. No habíamos llegado, ni siquiera habíamos comenzado a trabajar, ni nos habíamos alojado juntas en la misma pensión, pero ya se podía

sentir algo especial entre nosotras, una corriente de afecto mutuo, de cuidado y protección, un vínculo, una especie de solidaridad entre mujeres con las mismas necesidades. Ninguna podía quedarse atrás. No dejaríamos que eso sucediese.

En el pueblo, el que fuera, daba igual si era aragonés o navarro, éramos y seríamos siempre las pobres. Un estigma. Y nos avergonzaba nuestra pobreza, nuestras ropas usadas y remendadas una y otra vez, no tener casi nada que llevarnos a la boca, pedir o mendigar algo de caridad en la iglesia o el simple hecho de no poder ofrecer nada al matrimonio, pero allí, caminando, por primera vez nos daba igual todo lo demás, éramos libres. ¡Libres! y una familia, una familia de desheredadas en busca de algo mejor, de algún sustento con el que poder ayudar en casa.

Sin pretenderlo, aquellos días de largas caminatas hacia Francia habían obrado un milagro que nunca olvidaría.

Caminábamos en fila india o de a dos; a veces, si se abría el camino nos juntábamos varias y entonces nuestras conversaciones se mezclaban, se cruzaban y parecíamos una bandada trinando muy alto. Fui poco a poco conociéndolas a todas. Cada una tenía su carácter, su manera de ver la vida, su existencia en los pueblos, todas muy parecidas, todas muy distintas. Algunas, con familia, padres, hermanos; otras, huérfanas de madre o de padre, hijas únicas como yo; algunas, con pareja, deseando casarse; otras, sin novio, creyentes en su mayoría, trabajadoras desde la más tierna infancia, arrimando el hombro cuando podían, algunas en el campo, otras sirviendo, otras ocupándose del hogar porque las madres tenían que salir temprano a trabajar fuera o a cuidar a los hijos de otras mujeres más pudientes. Hacía tiempo que habían renunciado a la escuela.

En nuestra parvada de golondrinas había una en especial por la que, desde el principio del viaje, sentí un gran cariño; era veterana, una madre amiga, una maestra. Catalina hablaba mucho, por los codos, lo contrario de lo que hacía yo, que siempre estaba callada, observando, atenta a lo que me contaban, mirando el paisaje y

sobre todo, dónde ponía los pies para no caerme. Catalina era risueña, una romántica, y, además, le gustaba mucho estar con nosotras, las más jóvenes, Elena, Lucía y yo, y se notaba; decía que las almas pequeñas teníamos menos prejuicios, y era cierto; para nosotras, toda aquella aventura era nueva y emocionante. Estábamos a partes iguales ilusionadas y muertas de miedo. Catalina siempre tenía alguna anécdota que contarnos de Mauleón-Licharre o del Balneario de Panticosa, en el que trabajaba durante los veranos. Nos hacía reír con sus ocurrencias, con sus historias sobre señoritos y damas de alta alcurnia, con los amoríos de verano de la gente rica y también de la gente pobre que viajaba a las fábricas de Mauleón. Se los sabía todos, y los que no se sabía, se los inventaba, todo valía con tal de hacernos el viaje más llevadero y olvidar lo duro que era el camino. Apenas sentíamos los pies ya de lo doloridos que estaban.

Catalina era una muchacha feliz que soñaba con viajar y conocer otros lugares, pero también que anhelaba enamorarse y formar una familia, y por eso hacía la migración una y otra vez cada año. Este era el quinto año que repetía. Todo esto no lo sabía entonces, mientras viajábamos, lo fui descubriendo con el tiempo y los meses junto a ella en Mauleón-Licharre. Nos hicimos íntimas amigas, y eso que tenía siete años más que yo. A ella le gustaba la independencia que probaba en Francia, la festividad de las calles cuando llegaban las españolas, la modernidad, la luz, algo impensable al otro lado del Pirineo, en España, en nuestros pueblos aún sumidos en la oscuridad; coquetear con los muchachos, bailar sin compromiso, sin estar sujeta a las habladurías, a los cotilleos de las vecinas y viejas del visillo, y ahorrar para poder comprarse luego cosas bonitas; su propio ajuar lo preparaba con mimo desde hacía cuatro años por si algún día conocía a alguien especial que mereciera la pena.

Era curioso, de todas las muchachas que estábamos allí, Catalina era la única que no lo necesitaba de verdad; su vida estaba resuelta en Salvatierra y su madre se lo recordaba enfadada cada vez que decidía marcharse de nuevo en otoño: «no tienes ninguna necesidad de exponerte a esos peligros ni pasar penurias. Aquí estás bien, incluso podrías estar casada si tú quisieras». Pero ella no quería. No,

no quería un compromiso pactado, ni un hombre al que no quisiera solo porque le iba a resolver la vida como le había sucedido a su madre. No quería un matrimonio sin amor. Y le respondía con orgullo: «madre, en Francia no soy una don nadie como en este pueblo, allí tengo un status, soy una obrera, tengo derechos y la cabeza bien alta; que una mujer tenga derechos y cobre un sueldo por su trabajo es un lujo caro de ver. ¿No te das cuenta? Además, tengo el sentimiento de que valgo por mí misma, por mi esfuerzo, y no por lo que un hombre piense de mí. Jamás permitiré que nadie decida lo que tengo que hacer con mi vida». Y su madre negaba con la cabeza: «Ay, hija mía, cuántos pájaros tienes en la cabeza. En Francia o en cualquier lugar, querida Catalina, eres una mujer, y todo el mundo sabe que, ricas o pobres, las mujeres no contamos para nada en este mundo hecho para los hombres».

—Ya veréis chicas —nos dijo en un punto del camino—, vais a trabajar muy duro, no voy a mentiros, pero, al margen del trabajo, siempre encontramos tiempo para pasarlo bien, ir a bailar a la Villa Alta y comprar algunas cosillas con lo que ganamos en sus tiendas. En cuanto llegamos nosotras, el ambiente de la ciudad cambia, lo dicen las propias golondrinas que viven allí todo el año, es como si nosotras llevásemos la alegría a las calles, el alboroto, una vida diferente, más al aire libre.

—¿Viven muchas golondrinas allí?

—Está lleno de muchachas como nosotras que encontraron el amor y se han quedado a vivir allí. *Oh, là, là l'amour !*

—¿Se enamoran de franceses?

—O de españoles, hay muchos hombres que trabajan en las fábricas y que cuando acaba la temporada ya no vuelven a España porque encuentran otros trabajos por la zona. La mano de obra española es muy demandada.

—¿Y eso no les sucede a las mujeres?

—¿Quedarse solas?, bueno, alguna vez, pero no suele ocurrir, normalmente venimos juntas y nos marchamos todas juntas, a

menos que nos adopte una familia de españoles. En ocasiones, alguna se ha quedado porque la ascienden a encargada en la fábrica de alpargatas o porque fallecen sus padres y ya no tienen ningún lugar al que volver. Quedarse, siempre es una opción.

—Me da tranquilidad pensar que hay familias españolas que cuidan de nosotras, así será más fácil entendernos.

—Desde luego, es importante, sobre todo porque ellas han pasado antes por lo mismo que nosotras. Saben lo que es vivir lejos de casa y no tener nada. Saben lo que es trabajar doce horas cosiendo alpargatas, dejarse los ojos, los dedos, tener dolor de espalda, aguantar abusos, dormir en un camastro hacinada junto a otras muchachas. En algunas casas incluso hay habitaciones inmundas reservadas solo para *las españolas*.

—¿Por qué las peores habitaciones son para nosotras?

—Porque saben que somos muy pobres y por eso venimos y nos arriesgamos en esta larga caminata. Los pobres nunca son exigentes. Con los pobres se puede hacer cualquier cosa.

—¿Por eso siempre intentamos buscar familias golondrinas?

—Sí, porque ellas, mejor que nadie, saben cómo vivimos en España y lo que nos ha traído hasta aquí. Hay ocasiones en las que ellas mismas tienen lo justo para vivir y nos lo avisan, solo cama y sopa.

—¿Y entonces?

—Aun así, merece la pena vivir con ellas, con su familia. Sabe mejor lo poco compartido. Y aunque tengan poco que ofrecernos, nos ayudan de otras maneras, por ejemplo, cuando no podemos pagarlas.

—¿Y qué pasa cuando eso sucede?

—Todas colaboramos. Nuestro lema es: ninguna se queda atrás.

—¿Cómo?

—Compartiendo nuestro sueldo. A veces caemos enfermas, a mí me sucedió el invierno pasado. Tuve muy mala suerte y mucha fiebre y estuve diez días en la cama con una buena calentura sin poder ir a

la fábrica. El resto se ocuparon de mi trabajo, hicieron horas extra en casa cosiendo mis alpargatas y se turnaban para ponerme paños de agua fría en la frente y en el pecho.

—¡Qué bonito!

—No es bonito, Lucía, es solidaridad. Eso es algo que también vais a aprender en estos largos ocho meses y que ya habéis comenzado a comprobar en este viaje a Mauleón-Licharre. Os aseguro que no seréis las mismas chiquillas cuando volváis. Os habréis convertido en mujeres de verdad.

Y nosotras nos miramos y sonreímos.

—¿Y estas jovencitas de qué se ríen tanto? Menuda escandalera estáis montando. Se os oye desde lejos. ¡Ay, Catalina!, si es que no tienes remedio —se acercó Manuela reprobándola.

—¿Remedio? ¿Desde cuándo hacer reír es algo malo? Si es que eres una aburrida, Manuela. ¡Mira!, ¿ves?, ya estamos llegando y casi no nos hemos dado ni cuenta. ¿Verdad, chicas?

Asentimos.

—¿Ya os ha contado todos los chismes de Mauleón?

—No, me queda alguno de ti.

—¡Qué tonta! Bueno, ahora en serio. Me acercaba porque efectivamente estamos a punto de llegar a la Caserma de Sainte-Engrâce.

—Ojalá nos esté esperando allí Antonia. No puedo más con los pies.

—Sí, ojalá, yo estoy molida también. Y estas criaturas, no quiero ni pensarlo.

—Estamos bien, estamos bien —dijimos a coro.

—He pensado que, si no estuviera Antonia, podríamos hacer por que nos llevaran en algún otro carro. No cabremos todas, pero podríamos irnos de a cuatro o de a dos. Lo importante es que haya una veterana en cada grupo de golondrinas para que nadie se pierda.

—Me parece muy buena idea, pero sabes que estará.

—Por si acaso, Catalina. Que nunca se sabe. Ya he hablado con el resto y están de acuerdo en separarse.

—Yo me ocupo de las benjamins.

—Perfecto. ¡Venga, pequeñas!, que no queda nada. Esta noche vais a dormir de tirón, os lo habéis ganado —y se fue corriendo hacia delante para marcar el camino al resto.

—¿Es en la casa de Antonia nos vamos a alojar?, ¿no? —pregunté.

—Sí, ella es vecina nuestra, de Salvatierra de Esca.

—¿Y sigue siendo golondrina? —preguntó Elisa.

—Sí, igual tú te acuerdas de ella, Ainhara, aunque no lo creo, eras muy pequeña cuando se marchó definitivamente.

—Mi madre me contó alguna cosa sobre ella. Me dijo que se fue con sus dos hijos.

—Sí, al final se los llevó con ella. Menuda historia tiene.

—¿Nos la cuentas?

—Claro, no hay nada que me guste más que contaros una buena historia.

AGOSTO

Una larga despedida

Llegar, tumbarme a tu lado, hablarte, ver pasar las horas con tu respiración cada vez más ahogada y el cuerpo frío, muy frío, casi helado; comer sin hambre, por comer, por justificar un hábito aprendido, quedarme absorta mirando aquella estantería repleta de libros y, por primera vez, no tener ganas de coger ninguno de ellos, volver a la habitación pasando por un pasillo que se me hizo eterno y, sin embargo, recuerdo pequeño, volver a tu ahogo cada vez más profundo, al mío, a aquellas palabras que te susurré al oído para que nadie me oyese, y menos Jimena. Ya sabía lo que pensaba, ya me lo había dicho por la mañana al llegar, cuando te puse la música de Adriana: «no puede oírte, está muy lejos, es inútil». Pero no, no era verdad, no había nada inútil en hablarte, estabas ahí, muy cerca, escuchándolo todo a tu manera, como la canción. Y te dije: « ivete, papá, vete tranquilo, descansa ya, estaremos bien!, ite quiero! » .

Y se fue. Tomó aire, mucho aire, todo el aire de la habitación, como si nada fuera suficiente para llegar al otro mundo, abrió sus ojos azules y expiró.

Me quedé muy quieta, de piedra. El tiempo se detuvo. No me atrevía a respirar por si te robaba a ti el oxígeno que necesitabas. Estaba muy nerviosa. Cogí el móvil temblando y escribí en el grupo de mis hermanos estas palabras:

«Ya, se nos va. Ha abierto los ojos un poco, no respira, venid».

Ni siquiera sé cómo acerté a escribir aquellas palabras, pero las tengo guardadas. Todo lo que sucedió aquellos días lo conservo, cada conversación, cada fotografía, cada parte médico, cada sentimiento, cada llanto o sorpresa.

No he olvidado nada y esta larga despedida me ayuda a ordenarlo.

Te miraba, y lo que veía confirmaba lo que había escrito en el mensaje. Estabas inerte, pálido, callado, con el rostro relajado y la

boca semiabierta. Sí, te habías ido de mi mano. Jimena te cogió la otra. Nos miramos. Asentimos.

No podía parar de llorar.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

Mi madre me contó que mis abuelos paternos se querían mucho; quizá por eso y pese a su extrema pobreza, crearon una gran familia y tuvieron muchos hijos. Los mayores no pudieron estudiar hasta el final, su etapa escolar se vio reducida en favor de los más pequeños para buscarse la vida y aprender un oficio con el que poder aportar algo de dinero a la casa. Eso le sucedió a mi padre; abandonó la escuela apenas obtuvo el certificado de estudios primarios, aunque se fue con el lenguaje y las cuatro reglas de ortografía que le habían enseñado bien aprendidas. Entró de aprendiz en una sastrería y allí comenzó a formarse en el oficio. En el taller había una muchacha, aprendiz como él, una muchacha preciosa, « guapa como un sol », como nos contaba mi padre, alegre, pequeña, coqueta y muy trabajadora, de la que se enamoró sin remedio. Pero llegó la guerra, aquella maldita guerra, y se torcieron todos sus planes de amor y de futuro.

Cuatro años, esa fue la espera de ambos, cuatro largos años de penurias, cartas y amor a distancia, hasta que, en el 1940, con el fin de la guerra, mi padre regresó licenciado y todo volvió a su punto de partida, incluso sus planes de vida. La joven aprendiz ya no era tal, se había convertido en una mujer y dominaba la aguja como los ángeles. Seguía siendo pequeña, sí, coqueta, preciosa, aunque algo menos alegre de lo que la recordaba. Mi padre no lo dudó un instante, sabía que aquella mujer tenía que ser su esposa.

Ese mismo año, se casaron.

Recuerdo a mi madre siempre feliz, le gustaba la vida sencilla que llevaba, nos adoraba, la maternidad había hecho de ella un ser completo, dichoso, lo decía siempre, pero mi padre era otro cantar. Vivía amargado, frustrado por su falta de estudios y oportunidades, por su ambición, por el anhelo de querer algo mejor para nosotros, para él, para mi madre. Y recuerdo que hablaba mucho de la

música. Era un melómano autodidacta y eso hizo que volcara su gran afición en mí. Compensar su fracaso, me enamoró a mí.

Decidió que yo estudiaría solfeo y piano, y digo que lo decidió porque nunca me preguntó si me gustaba o si era el piano el instrumento que quería tocar. Me apuntó a clases. Doña Julia (Julita para sus alumnos) fue mi maestra durante años. Vivía en un piso cercano al nuestro que compartía con sus dos hermanas. Las tres eran solteras. Allí comenzaron mis estudios de música, solo tenía siete años. Para mí, la música siempre fue un juego. Tocarla no me suponía ningún esfuerzo, todo lo contrario, me gustaba, me hacía vibrar. Escucharla, no tanto; de hecho, tengo que reconocer que, al principio, me aturdía y aburría a partes iguales y en ocasiones llegué a dormirme en algún concierto.

Aprendí lenguaje musical, a llevar el compás y a mover los dedos por las teclas del piano a una gran velocidad. En cuanto mi padre se enteró de que ya hacía escalas y otros ejercicios de digitación y tocaba pequeñas partituras que me aprendía de memoria, se sintió tan orgulloso que le faltó tiempo para comprarme un piano; fue de segunda mano y lo colocó en la habitación que compartía con mi hermano. Me pedía que tocara para él. Se sentaba en nuestra cama y cerraba los ojos dejándose llevar. El piano y la música nos unieron, aunque luego, mucho más tarde, ya siendo mayor, haría justo lo contrario. Me llevaba a los conciertos de la Sinfónica y de la Universidad. Se celebraban en el teatro Carrión, del cual era socio. Yo era pequeño y el portero me colaba. Mi padre no dejó de insistir ni un solo día en que yo estaba hecho para la música, en que debía escucharla para entenderla, y, al final, lo consiguió. Hizo de mí un músico, un melómano como él. Fue una de las mayores alegrías que pude darle, quizá la única.

Julita, mi profesora de piano, fue muy importante para mí. Vivía en el tercer piso de un edificio sito en la calle Doctor Cazalla. Su casa tenía dos grandes habitaciones que miraban al sur, soleadas y con ventanales que ofrecían una vista panorámica a los tejados de la ciudad. El sol que entraba era el único calor con el que contaba su hogar. Uno de los cuartos se utilizaba para las lecciones de piano y el

otro consistía en una sala con dos alcobas anejas en las que dormían las tres hermanas. Lo primero que me llamó la atención fue su extrema delgadez, eran seres casi transparentes, siempre vestidas de negro, tan ausentes de materia que parecían espíritus. Los días de frío, que en Valladolid eran la mayoría, pasaban el día acostadas y cubiertas por varias mantas. Julita era la menor, utilizaba vestidos pasados de moda, pero eran delicados, con encaje y detalles en las bocamangas y en la pechera que ella misma cosía. Se cuidaba, se daba colorete en las mejillas y un tono rojo en los labios. Era una mujer discreta, con un porte fino y elegante pese a su pobreza. Amable en el trato, vivía entregada a sus alumnos y al piano. Mi relación con ella evolucionó con el paso del tiempo. De estudiante novato llegué a convertirme en su mejor alumno, en el más disciplinado; después, fui su confidente. Entre ejercicio y ejercicio hablábamos mucho, ella lo necesitaba y a mí me gustaba escucharla y sentirme mayor e importante. Poco a poco, fue contándome retazos de su vida y aprendí una lección singular, algo que nadie te enseñaba y que no estaba en los libros: los avatares que tiene la vida.

Las tres hermanas pertenecían a una *familia bien*, como se decía por aquel entonces. Eso explicaba, en parte, la casa en la que vivían y sobre todo el saber estar y los modales de aquellas mujeres. Además, que Julita tuviera la carrera de piano ya era un indicativo de su formación. Sus padres fallecieron en un accidente de coche, y esa trágica e inesperada circunstancia las dejó solas y desamparadas. No tanto económicamente, pues disponían de ahorros invertidos en Deuda del Estado Perpetua y buenas relaciones con otras familias pudientes de la alta sociedad que las ayudaron, sobre todo al principio, y me citó algunos apellidos —Alonso Pesquera, Las Heras, Alba, Semprún o Gamazo—, como si yo los conociera de toda la vida. Lo cierto es que ni siquiera me sonaban, aunque me libré mucho de reconocerlo. Mi familia nunca perteneció a aquel mundo elevado, quizá mi padre les hizo alguna vez algún traje a alguno de aquellos señores, pero nunca se lo pregunté. Aquellas conversaciones con Julita se quedaban en su

casa, eran nuestras pequeñas confidencias y siempre fueron sagradas para mí. Las hermanas tomaron una decisión, poco común por aquellos tiempos y muy valiente, permanecerían solteras y seguirían juntas y unidas compartiendo el patrimonio familiar. Sin embargo, la guerra civil trajo tanto dolor, muerte y daños colaterales que no tuvieron más remedio que adaptarse. El primer desastre fue en sus cuentas, se quedaron en la ruina; su dinero dejó, de la noche a la mañana, de tener valor, se convirtió en papel mojado. El segundo fue entre sus amistades. Por suerte, Julita era pianista, y no una pianista cualquiera, estaba bastante reconocida, sobre todo en los círculos privados donde se habían movido. Gracias a las lecciones de piano y a algunas donaciones anónimas que recibían, las tres hermanas consiguieron salir adelante.

Las historias que me contó Julita fueron lo mejor de nuestra relación; gracias a ellas, aprendí mucho sobre la República y la guerra y sobre todas aquellas cosas que no entendía; aprendí sobre nuestra historia, al menos la que ella conocía. Nadie en la posguerra la nombraba, nadie hablaba de los vencidos, nadie se atrevía a nada por pánico a ser escuchado. Sin embargo, ella fue la primera que me contó de las multitudes enfervorizadas que ocuparon las calles de Duque de la Victoria y alrededores el 14 de abril de 1931, con ocasión de la proclamación de la República, de la recepción al día siguiente a Indalecio Prieto y Martínez Barrio que regresaban en tren del exilio, camino de Madrid y a los que se les recibió cantando la Marsellesa y el Himno de Riego, del acto celebrado en el teatro Calderón el 4 de marzo de 1934 en el que se fusionaron Falange Española y las JONS de Onésimo Redondo y de cómo se vivió la guerra civil en Valladolid.

« Los primeros tiempos de la República —me contaba Julita—, trajeron muchos cambios, algunos fueron buenos, otros, en cambio, no me agradaron, sobre todo el laicismo que se nos quiso imponer. ¿Había alguna necesidad de forzar como lo hicieron? Muy pronto, se dieron cuenta del error y de que iba a ser una enorme fuente de conflictos, porque éramos un pueblo, y seguimos siéndolo, muy conservador y católico, apegado a sus costumbres. Sin embargo, en

el año 33, la sorpresa fue que ganó la derecha y ellos dieron marcha atrás a todos aquellos avances sociales de los dos años anteriores. Y no te creas, Carlitos, ir hacia atrás, volver a lo que habíamos sido, a lo de antes, no mejoró nada la situación, bien al contrario, la empeoró. Hubo una rebelión social en Asturias y el gobierno envió el ejército a aplastarla, lo que provocó una matanza sin precedentes en las cuencas mineras. Aquí, en Valladolid, como en otras ciudades de España, también se vivió toda aquella tensión. Estábamos en crisis. El coste de la vida iba en aumento, pero faltaba lo más importante, trabajo, se producían despidos injustificados motivados por cuestiones políticas, la gente se quejaba de sus bajos salarios. Los sindicatos UGT y CNT convocaban manifestaciones, en los talleres de la Renfe y en el barrio de las Delicias se notaba un ambiente cada vez más tenso, pero no fue hasta el acto del teatro Calderón en que se unificaron Falange y las JONS que la situación no empeoró de verdad en la ciudad. A las revueltas y manifestaciones obreras que recorrían la ciudad se añadió la presencia de grupos falangistas, con sus uniformes azules y correaes, que iban sembrando el pánico y asustando con sus gritos y alardes a la gente pacífica que paseaba por la calle. Nosotras vivíamos muy asustadas, apenas salíamos de casa si no era para ir a la iglesia o a casa de alguna familia amiga. Así que, realmente, no nos sorprendió que el 18 de julio del 36 se produjera el Alzamiento Militar contra el gobierno de la República. Algunas familias amigas que veraneaban en el norte se pasaron a Francia, a Biarritz y, esperaron hasta saber qué ocurría y si podían volver a casa y estar a salvo. Nosotras lo vivimos aquí. Fueron días de mucha angustia y caos, horribles, todavía hoy no he conseguido olvidarlos y no sé si debería contarte estas cosas ». Pero yo insistía y ella continuaba. « La gente se volvió loca, Carlitos. Había fusilamientos por las calles, *paseos*, los llamaban, mucha violencia, cualquier excusa era buena para pegar, se llevaban a la gente decente porque sí, por sus ideas políticas, por no ir a misa, porque algún vecino les denunciaba para cobrar una recompensa, una miseria en realidad, pero daba igual. Tener contacto o ser amigos de personas detenidas te hacía estar en una lista negra, se escuchaban disparos a todas horas por la calle. La Falange iba armada, eran

apenas unos muchachos convertidos, de pronto, en pistoleros. Los cuerpos de los fusilados aparecían en el campo de San Isidro, en la explanada del Carmen, en los montes Torozos o en el propio río Pisuerga. ¡Ay, Carlos, qué tiempos más oscuros nos tocó vivir, no sabes cuánto lloramos aquellos días! Nos llegaban noticias de que algunos buenos amigos, republicanos o socialistas, habían sido ejecutados y nos sentíamos señaladas, muertas de miedo y tristes a partes iguales porque queríamos a aquellas personas.

En Valladolid triunfó el alzamiento bajo la autoridad del general Saliquet y la Falange participó activamente, dirigida por Girón de Velasco. Todas las principales autoridades civiles republicanas fueron condenadas a muerte, el gobernador civil, señor Lavín, el alcalde de la ciudad, señor García Quintana. También líderes sindicales. El capitán general Molero fue condenado a 30 años de cárcel. Fíjate, qué tremendo contrasentido, autoridades que se habían mantenido fieles al gobierno legítimo eran condenados a muerte acusados de rebelión y juzgados por quienes se habían levantado contra la República. Un buen amigo nuestro, abogado y diputado socialista, Federico Landrove, también fue condenado a muerte y, al conocer la noticia, acudimos sin dudarlo mis hermanas y yo al arzobispado. Le pedimos su intervención, pues nos constaba que Federico era una bellísima persona y un católico ferviente de su iglesia, pero no nos sirvió para nada. Por suerte, al acudir a la curia, no fuimos señaladas » .

« Julita —pregunté—, ¿hubo guerra en Valladolid? » .

« No, Carlitos, Valladolid no sufrió la guerra; sí algunos bombardeos, destrozos y muertes, sobre todo los primeros días, pero pasó enseguida de largo, como lo hicieron las tropas italianas y la Legión Cóndor alemana, que vinieron a apoyar a Franco. Lo que sí sufrimos fue el desabastecimiento y el hambre, un hambre atroz. Se implantó la *cartilla de racionamiento* para los alimentos básicos y teníamos que hacer largas colas para conseguir algo para comer. Seguro que tus padres también lo vivieron, pero tú eras demasiado pequeño para recordarlo. Pregúntales un día y que te lo cuenten » .

Julita no sabía lo que decía; en mi casa no se nombraba la guerra, no se hablaba de muertes o penurias, era un tema tabú, pero lo que me contó me ayudó a comprender por qué mi padre se negaba tajantemente a que fuera de vacaciones a los campamentos de flechas y desfilara vistiendo su uniforme azul.

Si en algún lugar me gustaba estar y pasar horas y horas fue con Julita. Para mí siempre fue como una segunda madre o una tía. Ella formaba parte de mi universo más familiar. Además, me enseñó muchas cosas, el fundamento de la música fue una de ellas. Con Julita aprendí a sentirla, a interpretarla, a imaginarla. Ella era muy exigente. Y a mí, me encantaban sus retos.

Me decía, aún puedo recordarlo:

« La música no son sonidos aislados, Carlitos, incluso aunque en sí mismos sean gratos al oído. La música requiere tres componentes indispensables: melodía o canto, repetición y ritmo. La melodía es ese conjunto de notas identificable que el oyente termina registrando. La repetición es el modo en que la melodía aparece a lo largo de la composición, unas veces coincidente con el tema inicial y otras veces en variaciones, cuya presentación más conocida es la fuga, en la que el gran maestro fue Bach. Y finalmente, el ritmo permite dar sentido a la composición. Si cambias el ritmo, la estructura creada por el autor se derrumba. Por eso, tienes que leer bien la partitura, atender no solo a las notas sino a los tiempos que la obra requiere y a los diversos signos de mayor o menor intensidad de sonido que el autor desea, y para eso tienes los pedales y la presión de los dedos sobre el teclado. Cuando hayas dominado una partitura, Carlos, solo entonces, tendrás que hacerla tuya, poner sobre el teclado tu propia emoción, tu sello personal, lo que desees transmitir » .

Y así transcurrían los días, entre mis propias clases, las lecciones con Julita a la salida del colegio y las largas horas de ensayo en mi propia casa. Los amigos más íntimos que tuve fueron los clásicos, en particular Chopin, porque para Julita era su compositor favorito.

« Chopin era un genio » —decía—. « Nadie como él ha conseguido obtener del piano unas emociones tan intensas » .

Durante un tiempo, hubo algo, o mejor dicho, alguien, otro interés distinto a la música que me atraía hacia su casa sin remedio. Recibieron la visita de unos familiares, parientes cercanos, que se alojaron en una de las habitaciones que se ubicaba al lado de la cocina. Ni siquiera sabía de su existencia hasta que los vi entrar por la puerta. El matrimonio tenía una hija de mi edad, una niña que estudiaba en el colegio de las *francesas*, eso me dijo Julita cuando pregunté por ella. Me gustaba aquella niña, su uniforme azul marino, su sonrisa, el abrigo de invierno que le llegaba por encima de la rodilla, la boina a medio lado sobre un pelo castaño con reflejos dorados, su extrema timidez tan parecida a la mía. Si escuchaba que llegaba a la casa de Julita antes de que hubiera terminado la clase de piano, corría a abrirle la puerta solo para verla un instante, para saludarla, aunque me pusiera colorado como un tomate. A veces, nos encontrábamos en la escalera, ella subía y yo bajaba hacia el portal, y ese momento era para mí el más feliz del mundo. Decía: «Hola», y me miraba un instante a los ojos, para después bajar la mirada enseguida mientras yo le respondía. Descendía hasta el portal sonriendo con cara de tonto y con el corazón latiéndome muy deprisa. A veces lo pienso y creo que aquella niña, de la que ni siquiera recuerdo el nombre, fue mi primer gran amor. Cuando el curso terminó, su familia al completo desapareció y dejé de verla y de soñar con encontrármela en cualquier lado. No sé a dónde fueron y me dio vergüenza preguntárselo a Julita o a sus hermanas, pero viví su ausencia como si me hubiera abandonado de verdad y solo encontré un remedio para aliviar tanta desolación: la música. Busqué partituras de largos románticos y arreglos para piano de Piazzola o Ramírez y así conseguí superarlo.

Julita me escuchaba y asentía. Supo de mis sentimientos en todo momento.

11

Sonatas en el bosque

¿Qué es la belleza del paisaje sino una cierta fertilidad en mí?

Henry D. Thoreau

NOVIEMBRE

El duelo

La riada se lo llevó todo. No había visto llover así en la vida. Zaragoza quedó inundada en cuestión de una hora y el paisaje de mis paseos se transformó por completo. Estaba destrozado. En el bosque habían aparecido nuevos caminos, surcos profundos donde no existían, se había llevado algunas laderas, y las hojas de los pinos se habían acumulado formando pequeñas montañas.

Con toda seguridad, las cenizas de mi padre ya no estaban enterradas debajo del árbol. El torrente, igual que se llevó todos los trocitos de baldosa que formaban el mosaico, también se lo llevó a él, pero decidí ignorarlo y volver a empezar.

¡Qué fracaso más maravilloso!

Siempre me ha gustado esa idea algo alocada de volver a empezar. Me conmueve y creo que, desde niña, es un poco la historia de mi vida, probar cosas nuevas. Cambiar de casa, de ciudad, de proyectos, de temas narrativos, de amigos incluso. De familia, no. Miguel es mi gran constante, es la fe hecha hombre y la paciencia, es el amor, como lo son Adriana y Samuel. La familia es importante, la tuya, la que has creado, aunque esté muy lejos de la perfección. Años luz, añadiría. El resto, lo que te rodea, gentes anónimas, habitaciones, calles, países, libros, tu oficio y un largo etc., de vida cotidiana, de rutinas, son aves pasajeras. Querer ver lo que nunca se ha visto, hacerlo en distintos momentos del día, en diferentes años, volver sobre tus pasos, experimentar, avanzar, equivocarse o acertar.

Ya lo decía F. Scott Fitzgerald: *La vitalidad se revela no solo en la capacidad de persistir sino en la de volver a empezar.*

De nuevo, fui recogiendo azulejos, tejas, todo lo bonito que encontraba a mi paso. Lo limpiaba y lo colocaba bajo su tronco

rehaciendo su lugar. Era como volver a iniciar una relación con él, como empezar por el principio perdonando.

La riada fue una metáfora de nuestra relación, una metáfora de todo lo que sucedió después de tu muerte, de las sorpresas que vinieron, de las informaciones que dolieron, de las interrogaciones, de las mentiras...

A veces crees que conoces a las personas, pero no, no las conoces en absoluto.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

Antonia era demasiado joven y pobre cuando se quedó viuda. Con lo que ganaba su marido en vida apenas habían subsistido, y mucho menos desde que habían venido al mundo sus dos criaturas. Sus hijos, de tres y dos añitos, eran la debilidad de Antonia y no soportaba verlos pasar hambre y mirarla con esa cara de pena. Sus padres la ayudaban en lo que podían, pero tampoco tenían demasiado que ofrecerles. Fue entonces cuando tomó una de las decisiones más dolorosas de su vida, marcharse, dejar a sus pequeños para convertirse en una golondrina más y así poder subsistir de una manera más digna. Se lo dijo a sus padres y ellos, al principio, pusieron el grito en el cielo y miles de pegas: « los niños son muy pequeños para estar sin su madre », « acaban de perder a su padre, ¿vas a desaparecer tú también? », « están muy enmadrados », « ¿no puedes trabajar aquí? », « ¡qué van a decir los vecinos! », pero, poco a poco, lo pensaron mejor y aceptaron cuidar de sus nietos los meses que estuviera su Antonia cosiendo las alpargatas en las fábricas de Mauleón-Licharre. No iba a ser fácil y lo sabían, pero podrían con ellos; al fin y al cabo, solo eran ocho o nueve meses y se pasarían volando. El invierno estaba por en medio y habría muchos momentos de estar en casa recogidos.

Ya hacía años que se hacían esas rutas, que se demandaba trabajo desde el otro lado de los Pirineos, que algunos lo bendecían y otros lo criticaban por los riesgos que corrían las muchachas y porque los pueblos se despoblaban de su juventud y alegría. Mientras su marido vivió, Antonia ni siquiera se planteó marcharse como las otras chicas; eran muy pobres, sí, pero estaban juntos y el amor parecía suficiente para soportarlo todo. Cuando en octubre las veía, no mucho mayores que ella, ni más jóvenes tampoco, arrodillarse en la iglesia pidiendo para que todo fuera bien y marcharse después, se le partía el corazón. Y ese mismo corazón se volvió a partir cuando

emprendió el camino a Francia dejando a sus preciosos hijos al cuidado de su madre.

—Toda ira bien, Antonia, no sufras por ellos, no llores más, les cuidaré como si fueras tú. Estarán bien.

—Gracias, madre, sé que lo harás y sé que los quieres mucho, pero duele tanto decirlos adiós que apenas puedo respirar.

—Pues no lo digas. Con un hasta pronto es suficiente. Enseguida estarás de vuelta. Cuídate y no te fíes de nadie. Venga, dame un abrazo.

—Ay, madre, no caiga enferma, por favor.

—No pensaba hacerlo. Y vete ya, por lo que más quieras. Esta despedida me está matando.

El primer año todo fue muy bien, mejor de lo que ella había esperado. Pronto se hizo con el trabajo y cosía las alpargatas con una rapidez que llamaba la atención. Incluso el capataz la felicitó. Enseguida se convirtió en alguien indispensable, no solo en la fábrica, quizá por ser la mayor de las golondrinas españolas o porque era la única que era madre, las chicas la adoptaron. Antonia trabajaba muy duro mientras sus pequeños crecían en Salvatierra de Esca, lejos de ella. Los añoraba, pedía todas las noches por ellos, las muchachas lo escuchaban, pero era una mujer muy fuerte, hacía siempre un poquito más de lo que se esperaba de ella y pudo ahorrar bastante para la vuelta. Nadie la oyó quejarse ni un solo día. Durante aquellos meses se había alojado en una posada junto con otras alpargateras españolas. Era de una familia francesa. Nadie, ni siquiera ella, supo cómo había ocurrido, pero el hijo del posadero empezó a cortejarla y ella acabó enamorándose. Había que seguir adelante, pensó, sus hijos merecían tener un padre, era un muchacho atento, gentil, un buen mozo, francés, sí, pero no podía ser perfecto. A veces se les veía juntos bailando en la Villa Alta, o dando largos paseos por el campo el fin de semana. No se ocultaban a los ojos de nadie. Antonia fue sincera desde el principio y le dijo que sus hijos eran lo primero en su vida y que, si quería estar con ella, tendría que aceptarlos a ellos también. Él dijo que sí. Estaba

loco de amor, o al menos, eso parecía. Cuando se despidieron en el mes de mayo él le prometió que se casarían pronto, en octubre a más tardar, que podría llevarse a sus niños con ella en el próximo viaje, que le escribiría durante el verano, prometió que iría a buscarla, prometió, pero fueron promesas huecas.

No supo de él en todo el verano. Ella le mandaba cartas y no recibía ninguna respuesta, hasta que un día llegó una desde Mauleón-Licharre, pero no fue de él, sino de la madre. En aquella carta, la que hubiera sido su futura suegra le decía que no se hiciera ilusiones, que no iban a permitir que su único hijo se malcasara con una mujer como ella, española, pobre y encima con dos hijos, que solo había sido un entretenimiento pasajero, que su hijo ya estaba prometido con otra mujer. Fue muy clara, muy directa, muy sincera. Fue un puñal en el costado. A Antonia se le rompió el corazón de nuevo. Y esta vez se le hizo muy pequeñito y duro. Se prometió a sí misma que no dejaría entrar en su vida a ningún otro hombre.

Dudó durante todo el mes de septiembre si volver a ser una golondrina en octubre, no tenía fuerzas de emprender el camino sola, y menos de dejar a sus hijos otra vez; sin ilusiones, herida, con la posibilidad de verlo, de encontrarse con él en cualquier calle, ¿para qué volver? Sin embargo, fue previsora y, por si acaso, buscó otro lugar para alojarse, uno bastante apartado de la posada.

Se acordó de que un día, mientras trabajaban en la fábrica, su compañera, una alpargatera francesa ya mayor, le había contado que en Mauleón-Licharre había varias casas que se volcaban en ayudar a las golondrinas españolas, *casas de la solidaridad*, le había dicho que se llamaban. Decían que allí no reinaba la abundancia, pero sí la camaradería. Le gustó la idea. Preguntó aquí y allá, y al final, reservó un camastro libre que quedaba en la casa de *los Castillo*.

Una tarde de finales de septiembre vinieron a buscarla un grupo de muchachas del pueblo que ese año iban a viajar juntas a hacer las alpargatas a Francia. Para todas era su primera vez y tenían mucho miedo. El miedo de aquellas jóvenes golondrinas, sus preguntas, sus

propios consejos, consiguió sacarla de la apatía en la que estaba sumida. Si aquella parvada de golondrinas confiaba en ella como guía, no podía fallarlas. Las acompañaría y volvería a dejar a sus pequeños con su madre. Ellos estarían bien. Y con ese convencimiento se marchó un siete de octubre. Y volvería a repetirlo los cinco años siguientes. Vio cómo sus hijos crecían durante los veranos. En invierno daban el estirón y en verano ella los abrazaba tanto que volvían a hacerse pequeñitos otra vez.

Así fue como conocí a Antonia. Un poco más adelante, en uno de aquellos cinco años; yo también fui una de sus golondrinas. Todas la adorábamos y sufríamos por ella y por aquellos niños que se iban haciendo mayores sin su madre. Cada octubre las despedidas eran más duras y ella llevaba peor la separación. Todos los años, cuando volvía de Francia en primavera, se decía que era el último y todos los años, cuando llegaba el otoño, se volvía a marchar con nosotras.

Y es que la vida en Mauleón era muy dura, eso es cierto, pero también tenía sus alicientes además del sueldo; era una ciudad moderna, con luz en las calles, con una libertad que no se probaba en Salvatierra de Esca ni en el resto de los pueblos cercanos del Pirineo. Allí, ya lo comprobareis vosotras mismas, convivimos franceses, navarros, vascos, aragoneses y todas las lenguas se mezclan y suenan bien. Nos entendemos. Y eso era lo que a Antonia más le atraía del lugar. Y al resto cuando lo probamos. Sucedió algo especial durante aquellos meses, una comunión, la amistad estaba más presente que nunca entre nosotras, quizá porque estábamos solas y nos convertíamos por necesidad en una gran familia. Ella nos lo enseñaba todo, hasta a hacer jabón, que no penséis que es nada fácil. Incluso si a alguna golondrina muy joven le llegaba la menstruación por primera vez, la ayudaba, porque estar lejos de casa, sin una madre, era muy triste y ella lo sabía. Las golondrinas éramos un poco los hijos que no podía cuidar.

En mi segundo año de alpargatera, Antonia conoció a su Ángel, como le gustaba llamarle. Era navarro. Había llegado atraído por la industria de la alpargata, pero pronto se dio cuenta de que aquello no era para él, y como le gustaba el lugar y la vida moderna de la

ciudad, se buscó otro trabajo y se quedó a vivir allí. Fue así, en una fiesta a la que fuimos todas en Navidad, en *Casa Rodrigo* o quizá fuera en *Casa Murillo*, se me ha olvidado, donde se cruzaron sus miradas. Fue un amor a primera vista. Un flechazo. Juro que no pensaba que algo así fuera posible, pero fue tan real como este camino de piedras por el que caminamos. Sin embargo, ella se hizo de rogar, le dio largas durante casi dos meses, y aunque se moría de ganas de estar con él, no se fiaba y siempre tenía alguna excusa para no salir. En su primera cita, cuando llegó a buscarla, Antonia le dijo a bocajarro: «Soy viuda y tengo dos hijos, que te quede claro » . Y él contestó: « Lo sé, no tengo ningún problema con eso » . Corría finales del mes de febrero. Se hicieron inseparables.

A mediados de marzo, Antonia recibió un telegrama: *Tu madre ha fallecido. Ven.*

Antonia lloró toda la noche. Hicimos un corro para arroparla en su duelo. Todas pensábamos que era demasiado pronto para regresar, demasiado peligroso. Había nieve en la montaña y sola no podía viajar, pero ella insistía en que su padre la necesitaba, en que sus niños, sobre todo, la necesitaban. No había marcha atrás, pero no pensaba con claridad. Al día siguiente, con todas sus cosas ya recogidas en un hatillo, se despidió de la fábrica, pidió la liquidación y al decir por qué se iba con tanta premura, el capataz, que la tenía en alta estima, le dijo que la ayudaría: « Al menos, hasta la frontera, Antonia, así llegarás más rápido; después, ya verás cómo te apañas, eso es cosa tuya. Ah, y vuelve cuando quieras, aquí siempre tendrás un puesto de trabajo » .

Antonia aceptó y no tardó en llegar un carromato a buscarla. Antes de subirse, nos abrazó una a una. Nos susurraba, con lágrimas en los ojos, a todas lo mismo:

—Cuidaros. Protegeros. Que ninguna se quede sola. Sed una familia. Entonces, Ángel llegó corriendo.

—¡Espera!, me voy contigo —le dijo sin resuello.

—Pero, ¿qué dices?, ¿y el trabajo?

—Me he despedido. No puedes ir sola, Antonia, y no seas cabezota, que ya está decidido. Juntos llegaremos más rápido y, además, ya tengo ganas de conocer a esos hijos tuyos de los que no paras de hablar.

Antonia le abrazó muy fuerte. Y nosotras, sus golondrinas, también.

—¿Y qué pasó después, Catalina? ¿Volvió a Mauleón-Licharre? — pregunté yo.

—Ya lo creo que volvió, pero lo hizo casada con Ángel y con sus dos hijos.

—Por fin se los llevó.

—Sí, y Ángel les dio su apellido, Pérez.

—¿Y el padre?, ¿qué pasó con él?, ¿se quedó solo en Salvatierra de Esca?

—Al principio les pidió que no se fueran, que no lo dejaran solo, y lo hicieron, pero en Salvatierra no había trabajo, no había posibilidades y, al final, no tuvo más remedio que aceptar que tendrían una vida mejor en Mauleón, trabajo, estabilidad y más oportunidades. Fue muy triste la separación.

—Acabo de caer en la cuenta, entonces, ¿es Antonia la dueña de *Casa Pérez* a la que vamos?

—La misma. Y estáis a punto de conocerla.

AGOSTO

Una larga despedida

Los muertos, a falta de un lugar más confortable, se quedan en la cabeza de los seres queridos, escribió Javier Marías.

Sí, así fue. Justo ahí se quedó, dentro de mi cabeza. No podía quitármelo del pensamiento. Reproducía todo el tiempo su último suspiro, los momentos posteriores, la habitación, su cuerpo inerte sobre la cama, su boca abierta y unos minutos después cerrada, así como por arte de magia, su ropa, el tacto, el aroma, la sorpresa y la soledad. Una soledad inmensa, a pesar de que entraron unos y otros a despedirse de ti. En aquel momento no entendí nada de lo que ocurrió, no podía, el llanto no me dejaba pensar con claridad y fui como una marioneta a merced de las decisiones que fueron tomando los demás. Cada uno interpretaba su papel, para bien o para mal, pero yo no sabía cuál era el mío. ¿Tenía acaso alguno?

Me quedé allí velándote en silencio mientras los demás iban y venían, era como si de pronto todo el mundo tuviera mucha prisa y supiera lo que tenía que hacer perfectamente: ¿cómo conocían el número al que había que llamar para que vinieran a corroborar tu muerte?, ¿cómo sabían a dónde te iban a llevar?, ¿dónde estaba el tanatorio o la funeraria?, ¿cuándo la habían elegido? ¿Todo estaba escrito ya?, ¿decidido de antemano? ¿Que murieras solo era un trámite?, un venga, vamos, que hay que continuar con la vida.

Yo te miraba. Estabas ahí tumbado en la cama, tan tranquilo, tan en paz, tan en otro mundo, en un escenario perfecto de muerte; imaginé, que como yo, otros lloraban su duelo fuera de aquella casa o insultaban a la vida o se lamentaban. Era como si mirara una película desenfocada.

En realidad, qué sabía yo de los demás. Nada. ¿Y ellos de mí? Menos aún.

Comparé aquella habitación con la del hospital y no me pareció mucho mejor. No había nada familiar en ella, no había vida. Puede que por eso abriera el armario. Fue un impulso, tocarle sin tocarle. Me daba miedo acercarme a tu piel helada, que te despertaras de repente. ¿Y si no estabas muerto? ¡Qué paranoia me entró!

Y de pronto, se fueron todos y nos dejaron solos. A ti y a mí. Solos en aquella casa tan poco familiar, tan lejana a nuestras vidas, con la estantería repleta de libros en el salón y la cocina ordenada.

Te hice fotos, no quería compartirlas con nadie, fueron solo para mí, para recordarte por si se me olvidaba aquel momento. ¡Qué cosas!, ¡como para olvidar aquellos días de agosto!, ¡como para evitar no pensar en ellos!

Volvieron. Sí, volvieron, y con ellos llegaron los otros, los certificadores. Los que dijeron: « Sí, efectivamente, ha fallecido. Hora del suceso: 17:48h, les acompañamos en el sentimiento ». Y se fueron con la mirada más indiferente del mundo. Y los otros, los peores, los cargadores. Aquellos dos hombres llegaron con una silla de ruedas y con algo negro debajo del brazo. Entraron riéndose. Y se callaron al verme. Los vi alejarse por el pasillo en silencio, encogidos. No fui capaz de seguirles, de acercarme a ver cómo te metían en aquel pozo negro de plástico. No fui capaz de despegar la mirada cuando se te llevaron como si fueras un fardo, basura, un despojo humano. No se despidieron. Solo asintieron con la cabeza.

Lloré desconsolada. Y más cuando me asomé a la ventana para seguir sus movimientos, para seguir despidiéndome de ti un poco más y los vi meterte en un coche. Habían vuelto a reír.

¿A qué edad se está preparado para soportar todo esto?

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

A propósito de mi padre, quisiera poder definirle con toda la piedad y el cariño que se merece y no engañarme ni engañaros con un retrato mejorado. Voy a intentarlo. Era un hombre bueno, sí, lo fue, lo fue, aunque bastante difícil de trato. Hecho a sí mismo, inteligente, trabajador y exigente, no solo con él, también con toda la familia, tenía unas ideas firmes e inamovibles, era poco afectuoso, nada creyente y orgulloso, su dignidad estaba siempre por encima de cualquier cosa. Tan pronto como consideró que, mi hermano y yo ya no éramos unos críos para estar todo el día jugando y viviendo a nuestro aire, comenzó a inculcarnos sus férreos principios, sobre todo una educación esmerada y pulcra en la mesa, en la calle, en cualquier espacio público, trabajo, tiendas, colegio, teatros..., en familia el trato era más relajado, aunque nunca se nos permitió ser irrespetuosos; si desatendíamos nuestras obligaciones, el castigo era muy severo. No nos dejaba salir de casa los domingos y nos preparaba cuentas que teníamos que hacer y luego él nos las revisaba con lupa; dominaba el arte del cálculo a las mil maravillas. Tenía un mantra: «aprovecha el tiempo, siempre hay algo que hacer, aprende para que el día de mañana tengas un buen trabajo y seas un hombre de provecho». Pero nosotros éramos solo unos niños y luego unos adolescentes y no entendíamos bien a qué se refería con eso de «el día de mañana», no existía esa idea de futuro en nuestra cabeza. Vivíamos el hoy, el ahora, los juegos, salir a la calle, ser felices, y él no nos dejaba. Parecía incluso que vernos reír le molestara. Juro que había días que lo odiaba, lo odiaba mucho. Espero que, desde el otro mundo, me haya perdonado. Yo sí lo he hecho.

Mi madre fue su contrapunto, nos adoraba y siempre estaba alegre. Su sonrisa nos acogía. Cuando enceraba el piso, jugábamos detrás

de ella, cada uno con bayetas en los pies, y no parábamos de reír, qué recuerdos más inolvidables.

Tengo otros menos agradables; el frío, por ejemplo, qué frío pasábamos al acostarnos. Nuestra habitación era tan grande como heladora, un témpano de hielo imposible de calentar. Tenía dos camas y un cabecero niquelado que en mi recuerdo era a partes iguales precioso e incómodo. Mamá nos colocaba un ladrillo caliente envuelto en un paño para que pudiéramos calentarnos los pies dentro de la cama, pero no era suficiente, así que dormíamos juntos y abrazados para darnos algo de calor. Teníamos una casa enorme y, sin embargo, carecía de baño. Solo tenía un váter y estaba al final de la terraza descubierta, así que había que pensárselo dos veces o tener mucha necesidad antes de ir a visitarlo en pleno invierno. Mamá nos lavaba el cuerpo en la cocina, donde más calor hacía de la casa, y utilizaba un barreño de zinc que llenaba con agua que calentaba en la lumbre. Para aprovechar el calor, también mi hermano y yo nos metíamos juntos. A ella le gustaba enjabonarnos la espalda, lavarnos el pelo, mimarnos a su manera, hacernos más niños de lo que éramos en realidad, y no se dio cuenta de que íbamos creciendo y preferíamos estar solos. Un día, recuerdo que le dije algo enfadado: « mamá, déjame, que ya no soy un niño » . Y ella, primero, dio un paso atrás, después se puso colorada y, al final, sobreponiéndose al rechazo, me respondió: « ay, amor, para mí siempre serás un niño, mi niño, pero tienes razón, mejor te dejo solo ».

Un día, mi padre, por fin se decidió a comprar una estufa de serrín que instaló en la habitación donde tenía el taller de costura, que pasó a convertirse en el cuarto de estar, en el comedor, en nuestro lugar de estudio, en todo nuestro mundo, porque no lo abandonábamos hasta que nos íbamos a dormir al polo norte. El contraste de una habitación a otra era tan fuerte que retrasábamos el acostarnos todo lo que podíamos.

A veces, también rememoro el miedo que pasábamos cuando nos hacían subir al desván. Allí mis padres guardaban el carbón para la cocina y los sacos de serrín cuando ya tuvimos una estufa. El desván

estaba debajo del tejado y se subía hasta él por una estrecha escalera a la que se accedía abriendo una puerta que siempre estaba atrancada con un cerrojo enorme. Era un espacio muy grande, oscuro, bastante tétrico, lleno de telarañas y ratones, al que iban a parar todas las cosas que no eran imprescindibles, muebles viejos, ropas que ya no se usaban... Cada día, provistos de calderos, mi padre nos mandaba a por el combustible y nosotros lloriqueábamos porque nos daba pánico aquel lugar, pero obedecíamos sin rechistar con lágrimas en los ojos. Mi hermano se pegaba a mí, se agarraba a mis pantalones y yo, para animarle, le decía que cantáramos alguna canción. Así lo soportábamos mejor. Sonrío ahora, mientras lo escribo, pero qué mal lo pasamos entonces, que aprensión nos daba que nos rozasen las telas de araña, cómo se nos disparaba la imaginación en aquel lugar; qué rápido bajábamos.

Rosas y espinas, así se compuso mi infancia. Mi padre ayudó poco a las rosas. Su exigencia, un día tras otro, resultó agotadora.

Decía: «El arbolito debe crecer recto desde su implante. Si se desvía, qué difícil resulta después enderezarlo».

Un día a la semana acudía a clase un falangista a impartirnos la asignatura de Formación del Espíritu Nacional. La iniciaba, todos en pie y con el brazo en alto, cantando el *Cara al Sol* y después rezábamos un padrenuestro por los españoles caídos por Dios y por España. A continuación, nos ordenaba sentarnos en los pupitres y sus clases consistían en una miscelánea en la que nos hablaba de la reconstrucción de España, de Franco y de la pérdida Albión, que se negaba a devolvernos el Peñón de Gibraltar. Nunca jamás nos habló del exilio republicano ni de las cárceles ni de los campos de concentración en España, donde sufrían condena miles de aquellos españoles a los que se llamó *los vencidos*. Nada de eso importaba o existía, se nos ocultaba porque debíamos purificarnos y caminar por el Imperio hacía Dios, guiados por los luceros.

Llegué a odiar el colegio, fue una de mis espinas, una profunda, dolió muchos años.

Además, me pilló desprevenido; un día me despedí feliz de mis compañeros de pupitre y patio al llegar el verano y al curso siguiente se desató en el aula el infierno. Nunca supe qué lo provocó, qué hice mal, aunque puedo imaginarlo, claro, no me consoló, porque yo era el mismo niño, el mismo adolescente. No cambié. Lo hicieron ellos.

Lloré mucho, mucho.

Siempre fui un niño fácil para mi padre, porque no me quedó más remedio, y para los profesores, porque si no, luego tenía que oír a mi padre de nuevo en casa, y eso era lo peor que me podía ocurrir, dos castigos por lo mismo. Era obediente, respetuoso, aplicado, llevaba las tareas hechas y al día, las lecciones aprendidas y no me costaba ningún esfuerzo porque aprendía casi por ósmosis, retenía sin esfuerzo las explicaciones de clase y con una lectura me bastaba para memorizar todas las lecciones. Siempre pensé que la música había obrado ese milagro en mí. Para mis compañeros, sin embargo, yo era un empollón, un enchufado, pero no, nunca fui un empollón, enchufado sí, lo reconozco, aunque eso nunca dependió de mí. A veces me daba vergüenza que me dieran ciertas calificaciones cuando yo mismo sabía que el ejercicio o la redacción me había salido mal. En el vestíbulo de la entrada al colegio había un cuadro de honor enmarcado en el que destacaban los alumnos con mejores calificaciones y comportamiento. Yo figuraba en él año tras año. Y, en cierta ocasión en que acudí al colegio para una celebración de exalumnos, descubrí con horror que aún figuraba mi foto. Sin duda alguna, el cuadro, como el colegio, se habían quedado obsoletos. Pero volvamos a los amigos, esos que yo creía tener y que de la noche a la mañana, dejaron de serlo y se volvieron hostiles, no me dejaban jugar en el patio, me rechazaban o me perdonaban la vida si entraba a jugar, no me pasaban la pelota o me empujaban en pleno juego y me tiraban al suelo, decían que sobraba o «tú no juegas». ¿Quiénes eran ellos para decidir? Nadie les decía nada, nadie me apoyó, ningún compañero, nadie les paró los pies. Los hermanos Maristas que vigilaban los recreos no se enteraban o miraban para otro lado; buscarse la vida era algo muy típico en aquella época y no chivarse, más. Por eso jamás lo conté, jamás me

quejé ni dije nada en casa y, por supuesto, me cuidé mucho de que nadie me viera llorar ni un solo día de mi vida.

El daño ya estaba hecho.

A lo largo de todos aquellos cursos de bachillerato nunca tuve un verdadero amigo, y cómo lo eché de menos; mi único aliado fue el piano al salir de clase y mi hermano pequeño en casa, pero ninguno de los dos contaba para hacerme más llevaderas las clases ni el colegio y con ninguno pude comentar los cambios que veía en mi cuerpo cada día, la explosión de las hormonas, los *tocamientos impuros* que necesitaba y que los curas nos censuraban con desprecio.

En cierta ocasión viví uno de esos momentos incómodos en medio de una clase, quién sabe en lo que estaría pensando, y tuve que salir corriendo al baño; aquello fue motivo de grandes risotadas entre mis compañeros durante semanas, y yo lo sentí como una afrenta tal que a punto estuve de no volver al colegio nunca más.

La escuela o la religión, no sabría decir quién tuvo más culpa, puede que quizá a partes iguales, nos hurtaron bajo siete velos la sexualidad de la juventud. Todo lo que tenía que ver con el cuerpo era pecado mortal. Nos machacaron. Había que conservar la pureza, tocarse era una aberración, te podías quedar ciego o algo peor, podías morir e ibas derecho al infierno. En las clases de ciencias era el único lugar en el que nos enseñaba y se hablaba de la reproducción, pero no de la humana, eso hubiera sido inconcebible, nos asemejaban con las flores, así resultaba más poético; estambres, antenas, polen fecundador, pistilos. Era obvio que con semejante información velada ninguno salíamos con las ideas muy claras.

No obstante, en la vida siempre hay alguien más espabilado cerca que se entera de todo, que vive sin prejuicios, que te cuenta lo que otros ocultan. En mi caso, fue mi primo, Tatín, cuatro años mayor. Un domingo de verano nos fuimos con la tía, la hermana de mi madre, y mis primos en tren hasta Viana de Cega, un pueblecito que solo distaba unos quince kilómetros de la ciudad. Allí había arboledas

y zonas de hierba en las dos orillas del río. Me encantaba aquel lugar, era perfecto para desconectar. Para llegar cogíamos un tren, y eso ya era una aventura, una fiesta. La estación del Norte estaba a rebosar. La gente se lanzaba al tren, subía a codazos, a los niños nos metían por las ventanillas. Al llegar, Tatín me dijo que le siguiera y nos adentramos en una zona poco visible del bosque, lejos de las familias. Allí me enseñó fotos de mujeres desnudas en diferentes posturas y yo me puse colorado. Me excité con solo mirarlas y él me sonrió con cariño. Fue Tatín quien me explicó cómo se unían los cuerpos, cómo eran los sexos, y, de repente, sacó su miembro y comenzó a frotarlo con vigor arriba y abajo. Yo lo miraba asustado, miraba alrededor por si alguien nos descubría, estábamos haciendo algo pecaminoso, pero él seguía allí, tan tranquilo, disfrutando mientras miraba la foto de una de aquellas chicas, y su pene crecía y crecía y se ponía duro y yo alucinaba. Hasta que lanzó un chorro de esperma que casi me alcanza en la cara. Grité y me eché a correr. Estaba aterrorizado y durante el resto del día rehuí a Tatín, que se reía solo de verme. Ya en casa y con mucho apuro, me acerqué a mi madre y le conté lo que me había pasado con el primo. No sé por qué lo hice, quizá necesitaba compartirlo, entenderlo. Ella me abrazó con ternura y me dijo:

— ¡Vaya con el primo Tatín! Hubiera preferido que no te enterases de esta forma, pero no te asustes, mi vida. A ti también te pasará. Eyacular es algo normal, significa que te haces mayor. No tienes que darle demasiada importancia. Eso sí, cuando te suceda procura ser discreto y cuidadoso, ¿vale cariño?

— Pero mamá, en el colegio nos dicen que tocarse es pecado mortal y que iremos al infierno si lo hacemos.

—Ay, hijo, qué estupidez, qué infierno ni qué ocho cuartos. Cómo son estos frailes de absurdos, cómo se les ocurre decirnos semejantes sandeces. El infierno nadie lo ha visto, Carlitos, puedes estar tranquilo.

No mucho tiempo después, manché las sábanas por primera vez. Ni siquiera conocía la palabra que expresara lo que me había pasado,

pero tenía que decírselo a mi madre y me moría de vergüenza.

—Mamá, lo siento, he manchado las sábanas.

Y ella lo entendió sin decir ni una palabra más.

—Descuida, hijo, ya me ocupo yo. Tú, tranquilo. Ay, mi pequeño, te has hecho mayor. A partir de ahora, es mejor que duermas solo en tu cama. Tu hermano te va a echar de menos.

—Y yo a él.

Nunca más volvimos a dormir abrazados. Fue una soledad más en mi vida, una soledad que se fue convirtiendo en una amiga inseparable y en la única manera que tuve de entender el mundo.

Todavía hoy cierro los ojos y puedo evocarme con nitidez, puedo ver al niño primero y al adolescente que fui después, puedo recorrer las calles por las que caminaba, mi casa, la habitación, el taller y el cuarto de estar en el que vivíamos, la puerta acristalada de dos hojas que daba a la terraza y por la que entraba el regalo de la luz del mediodía, la estufa de serrín, la gran mesa donde mi padre dibujaba con el jaboncillo los patrones sobre las telas, la máquina de coser Singer, las planchas que alimentaba con carbón. Cuántas veces ayudé en la tarea de planchar las hombreras manteniendo la sarga húmeda. Usaba mi padre una paleta para ahormar las hombreras que, en más de una ocasión, también le sirvió para calentarnos el trasero a mi hermano y a mí. Puedo ver los taburetes en los que se sentaban para coser. Más tarde, la visión de aquellas dos costureras, a medida que iba aumentando el trabajo y los encargos. La radio en su lugar de honor, conectada a EAJ47 Radio Valladolid, acompañando el trabajo de cada día con las canciones de la época, la copla, cantada por Juanita Reina o Juanito Valderrama, en las que se contaban amores desgraciados o tristes destinos, *La bien pagá*, *Adiós mi España querida* y *Ojos Verdes*. Después llegaron los boleros de Machín, las rancheras de Jorge Negrete o las canciones melodiosas de José Guardiola o Gloria Lasso y siempre omnipresentes los pasodobles, *El Beso*, *El Relicario*, *El Gato Montés*, más el aporte del tango de Carlos Gardel. Después de comer, escuchaban los seriales radiofónicos de Guillermo Sautier Casaseca y

Luisa Alberca o Rafael Barón, como *Ama Rosa*. Paseo por aquella casa, por la habitación con mirador que mi padre destinó para recibir a los clientes y la alcoba anexa como probador. Veo el recibidor y, al lado, estaba el cuarto del piano. Miro al niño que fui tocando, al adolescente que amaba la música y ensayar sin descanso. Imagino que molestaría a los clientes poco amantes de la música, pero hubo algunos que le pedían a mi padre conocer al pianista y, ay, eso, a él, le hacía inmensamente feliz.

Julita me preparó para presentarme por libre a los exámenes de solfeo y piano en el Conservatorio Elemental de Música, sito en la calle Zúñiga, donde obtuve calificaciones sobresalientes y la felicitación personal de los profesores.

Cuando en el colegio, los hermanos maristas se enteraron de mis habilidades con la música, no perdieron la oportunidad y me pidieron que dirigiera la coral y las obritas cantadas que se representaban en Navidad o en las fiestas del colegio.

La frialdad y desprecio de mis compañeros de clase contrastaba, y mucho, con la de los niños más pequeños de cursos inferiores, que estaban encantados de que tocara con ellos y me saludaban con cariño por los pasillos; para ellos fui casi una celebridad y a mí me hicieron feliz.

Para colmar mi dicha, un día me llamaron desde Radio Valladolid. Habían creado un espacio para artistas jóvenes y me invitaron a participar. No me lo podía creer, y menos cuando, en la cresta del éxito, me escogieron para dar un concierto en el teatro Carrión. ¡El teatro Carrión! A mi padre no le cabía el traje de lo hinchado que estaba.

Cuando salí a escena y me vi ante aquel público que llenaba la sala, estuve a punto de llorar.

No lo hice. Solo coloqué las manos en el piano y comencé a tocar.

Por fin, se hacía realidad uno de mis grandes sueños.

12

Canta la noche

*¿Qué sabéis vosotras, qué sé yo,
qué sabemos todos de las golondrinas,
de la noche y del mar?*

Alfonsina Storni

NOVIEMBRE

El duelo

Me conmueve y desgasta esta especie de limbo en el que transcurro desde hace dos años. Veinticuatro meses de duelo y bloqueo creativo, de rebeldía, de noches erráticas y migrañas, de confesiones y recuerdos, de hacer lo correcto y lo incorrecto. Ciento cuatro semanas en las que ha pasado un poco de todo y ya no puedo contártelo. La familia voló y se reunió de nuevo. Y volverá a hacerlo, es como si nosotros también quisiéramos ser golondrinas que rozando septiembre, piensan en emigrar.

Tuve un nudo en la garganta, un nudo que no fui capaz de deshacer. Un nudo que solo se aliviaba cuando llegaba hasta tu árbol, cuando empezaba a hablar con nadie en realidad. No estabas y por eso te inventé, para acercarte a mí, para no sentirme sola. Sí, creé una relación contigo, un diálogo que solo era un monólogo, que llegaba a oleadas. A veces me acercaba y te preguntaba: «¿Por qué?, ¿por qué?»; otras, te insultaba, sentía una rabia irracional que no podía controlar, pero lejos de afectarme, me desahogaba. Incluso me hacía reír. ¡Qué bruta! Reír y llorar, ¡qué paradoja! La mayoría de los días solo acariciaba el tronco como si te tocase a ti, tu brazo, tu espalda. Nunca fuiste un hombre que te gustase el contacto. Te ponías rígido, como un palo de escoba, cuando te dábamos un abrazo más largo de lo normal, pero ¿qué era lo normal?

Ninguno lo somos, eso, normales. Yo, al menos, no.

A través de ti fui descubriéndome, fui encontrando lo que buscaba. No fue fácil. Nada fácil. Pasé mucho miedo y creí que no volvería a escribir nada coherente, que quizá era el fin de lo que más amaba. Lloraba cuando contemplaba el amanecer o escuchaba el trino de algún pájaro que me seguía por el camino. A veces, llegué a pensar que eras tú el que me perseguías en versión alada para darme ánimos y entonces se me abría un surco de paz, una sonrisa, era como si floreciera un arcoíris al final del camino. ¡Qué tonta!,

¿verdad? Ya, ya sé que tú no creías en nada de eso. Que si pudieras me dirías que no estás en ese árbol, que no te has transformado en ningún vencejo, ni en golondrina, ni en amanecer, que la lluvia no es un nido, ni las flores que crecieron como locas en primavera cerca de ti no tenían nada que ver con tu muerte, pero yo prefiero no escucharte, no saber, al fin y al cabo, creer en algo, en poco, en un ritual, en una idea, en una sensación, calma el temblor que siento en el pecho y eso es un mundo en este momento.

Palabra por palabra, obediente y dócil, en una especie de peregrinación diaria y solitaria, escribiendo frases torpes, llegué a aceptar tu muerte y el después. Miguel decía que no te habías ido del todo porque estabas haciendo justicia. Que las noticias que recibíamos y nos abrían los ojos venían del más allá. Puede que exagerara. O no. ¡Quién sabe! Cada uno, que crea en lo que quiera. El tiempo contará la verdad de lo que somos.

Yo sabía que tenía que contarlo a mi manera. Y mi manera era esta. Avanzar, para que las palabras no se me quedaran atravesadas en ese nudo de la garganta cerrado. Acercarme a ti a través de un relato intimista y confiar que podía unirme a mis golondrinas en una sola historia, en un todo, como esa ave que me seguía en mis paseos. Darle la vuelta a la vida y hacer con ella esa literatura que a ti y a mí tanto nos gustaba.

Dejarnos a la intemperie.

Mañana es el aniversario de tu muerte. Mañana. Yo quería terminar mañana esta especie de despedida, este duelo tan largo. Yo quería, mañana, seguir adelante.

No va a ser posible. Todavía tengo cosas que decir.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

El camino fue tan largo y húmedo que se me destrozaron las alpargatas y hubo un momento en el que temí que no llegasen hasta el final, pero aguanté, tenía que hacerlo, solo me había llevado un par de repuesto y estaban en el hatillo y, por nada del mundo quería utilizarlas. Además, sabía que sería imposible salvarlas del viaje. Se me habían deshecho. No fui la única. Todas íbamos igual de mal, con los calcetines calados, arrastrando los bajos de las faldas que estaban llenos de barro y con un cansancio en el cuerpo con el que apenas podíamos. Sin embargo, ninguna se quejaba. Nos mirábamos, asentíamos, y seguíamos adelante. A veces nos cogíamos de las manos y tirábamos unas de otras, sobre todo cuando el camino se ponía difícil y resbalaba.

Las golondrinas estábamos hechas de una pasta especial.

En la parte francesa nos cruzamos con varios pastores con sus rebaños y todos nos saludaban diciendo lo mismo:

—*Bonjour, les hirondelles !*

Nos ofrecían agua, algunos incluso un poco de leche si la tenían, recién ordeñada. Y nosotras sonreíamos agradecidas, tímidas, bebíamos un sorbo y seguíamos nuestro camino entre carcajadas y codazos.

Esas fueron las primeras veces que escuché la palabra golondrina en francés. Después, la oiría en muchas ocasiones. Siempre me pareció especial, como si hubiera sido mi destino encontrarla.

—¡Ahí delante está, mirad! —dice Manuela.

—Por fin, ya hemos llegado a *Sainte-Engrâce*. ¿Veis a Antonia?

—Hay un carro delante de *La Caserne*, quizá sea suyo. Me recuerda un poco al que vino a buscarnos el año pasado, pero no la veo —apunta Isabel.

—Quizá esté dentro. Voy a mirar, ¡esperadme!

—Crucemos los dedos, chicas, o rezad. No podría dar un paso más —apunta Manuela. Estoy molida.

—¿Y si no está? —pregunta Joaquina— ¿qué hacemos?

—Pasaremos aquí la noche. Todavía nos quedan unas seis horas a pie y menos de tres para que se haga de noche, no podemos ir caminando a oscuras. Es peligroso.

—Sí, sería lo más prudente —asiente Isabel. Así no llegaremos agotadas.

Entonces Catalina salió corriendo.

—Antonia no está, tenía mucha faena, pero ha mandado este carro con un mozo de confianza para que nos recoja. Se llama Nathan, es francés, pero habla nuestra lengua.

—¡Menos mal! —decimos todas a coro. Y suspiramos.

—Venga, chicas, subid. Esta noche dormiremos en nuestra casa y en una cama. No es que sea la mejor del mundo, pero veréis qué bien vamos a estar todas juntas. Os va a sorprender el poco espacio que tenemos; aun así, la habitación está bien aprovechada y es mejor que no nos separemos. Antonia cuidará de nosotras. Será como una madre y nosotras, hermanas, una gran familia numerosa de golondrinas alpargateras.

—Tu optimismo me marea —dice Manuela subiendo los ojos al cielo.

—Cascarrabias —ríe Catalina abrazándola por detrás. Y casi susurrando añade— hay que animar a las muchachas nuevas. Esto es muy duro para ellas.

—Sí, perdona, Catalina tienes razón. Siempre me olvido de las chiquillas que empiezan por primera vez.

—No te preocupes, para eso estoy yo —y la besa en la mejilla.

—¿Qué haríamos sin ti, querida mía? —acierta a sonreír Manuela.

Pero Catalina ya no le responde nada. Está concentrada en otra cosa, ayudar a Elisa que es la primera golondrina que sube al carro.

Poco a poco la seguimos las demás. Es difícil encaramarse al carro con las faldas tan largas y mojadas. Nos las remangamos como podemos. Todo nos pesa una barbaridad, la ropa que llevamos, el hatillo que antes de salir parecía ligero, la banqueta, el cuerpo entero. Las piernas casi no responden. Cuando estamos todas acomodadas, el carro arranca. Y es, en ese momento, cuando me doy cuenta de que estoy tan cansada que apenas puedo moverme. Se me cierran los ojos y me apoyo en el hombro de Catalina. Ella me acaricia la cara y me dice muy bajito:

—Lo has hecho muy bien, mi *hirondelle*.

En ese momento, dos pequeñas golondrinas nos sobrevuelan. Las sigo con la mirada. Creo que son las mismas que me acompañan desde Salvatierra de Esca. Sonrío agradecida y pienso: «todo va a ir bien» y lo repito muchas veces hasta caer profundamente dormida.

AGOSTO

Una larga despedida

Las palabras tienen su propio juego, su lógica, su asociación. La muerte puede congeniar con la palabra habitación, hospital, médico, enfermeras, duelo, llanto, accidente, aliento, abrazo, enfermedad, herencia, recuerdos, memorias, velatorio, cementerio, cenizas, tumba, amigos, familia..., pero hay palabras que no tienen sentido, que chocan frontalmente con la muerte, y cenar es una de ellas.

Cenar. Comer. Ingerir cualquier alimento en general. Está tan fuera de lugar como reír o hablar en voz alta.

Pienso en esas culturas tan diferentes a la nuestra, en esos velatorios que giran en torno a la comida, cada uno aporta un plato y se reúnen en la casa del fallecido para acompañarse mientras comen, beben, hablan, y se me hace una bola inmensa en el estómago.

La misma bola que se me agarró en el vientre cuando, después de ver cómo se llevaban a mi padre aquellos desconocidos que se iban riendo, envuelto en una bolsa de plástico negra que nunca podré olvidar, alguien de la familia tuvo la increíble idea de proponer cenar. Ni siquiera recuerdo quién fue. Solo que me dio una tristeza inmensa.

Cenar. ¿Cenar?

No me lo podía creer. Sin embargo, fui. Sí, fui porque no quería quedarme en aquella casa donde mi padre acababa de morir. Fui, porque pensaba que quizá, durante la cena, hablaríamos de ti y estarías presente de alguna manera. Deseaba recordarte con palabras bonitas y compartirlas, incluso contarles lo que había visto dentro de tu armario. Fui porque necesitaba el abrazo de los míos. ¿Los míos? Qué utópico es el pronombre posesivo. De los tuyos puedes esperar muchas cosas, pero rara vez coinciden con tus deseos o lo que necesitas en ese momento.

Malditos sean todos los silencios. Si hablásemos más... Si fuésemos más sinceros...

En aquella cena en la que hubiera deseado no estar, y de alguna manera, eso fue lo que ocurrió, porque mi cuerpo estaba presente pero no el espíritu, no pude parar de llorar. Ni un minuto dejaron de caerme lágrimas. Fueron una detrás de otra. El camarero que nos servía me miraba compungido. Yo, a mi vez, miraba a mis hermanos, a mis cuñados, sus bocas, incluso sus risas y bromas, y todo me parecía bastante surrealista. Beatriz y su familia no se presentaron e hicieron bien, fueron los más inteligentes de todos nosotros. Ese día eché de menos a Miguel como nunca me había pasado, con toda mi alma. Si él me hubiera acompañado, si hubiera estado conmigo, habría sabido qué hacer, me habría aislado para que hubiera podido llorar tranquila, nos habríamos refugiado en la playa o en algún parque, un lugar tranquilo, los dos solos, me habría metido en la cama de un hotel cualquiera y me habría acunado, velado en mi tristeza. Lo sé. Lleva cuidándome media vida. Lo último que habríamos hecho era ir a cenar.

Cenar. A nosotros no nos gusta salir a cenar. Me costó semanas perdonarle. Nunca me había sentido tan sola rodeada por mi gente.

De aquella aciaga tarde, solo me queda un buen recuerdo, el de mi hermana Marta y el de mi cuñada Luisa. Ellas estaban sentadas a mi lado. Y juraría que sintieron lo mismo que yo, esa especie de vergüenza ajena de pensar, pero qué hacemos aquí comiendo como si no hubiera un mañana.

La muerte no rima con filetes, con costillas, con salchichas y cerveza, no rima con chorizos a la brasa ni patatas fritas, no rima ni siquiera con vino. Puede que rime un poco con tarta de queso, con ese regusto dulce en la boca de algún recuerdo que por nada del mundo quisieras perder.

El lenguaje, rara vez se acerca a la verdad.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

¡Estaba listo! Julita me había preparado a conciencia. Yo había ensayado sin descanso, hasta que cada partitura me salía perfecta, sin tacha. Sabía cada nota de memoria. El examen del conservatorio era en Madrid y mis padres lo habían organizado todo. Me alojaría en casa de una amiga de mi madre.

Amaneció el Día y yo dormía tranquilo. Había caído rendido después de un viaje agotador y de la emoción de ir a la capital. Nunca había estado en Madrid y no podía dejar de mirarlo todo. Escuché unos toquecitos en la puerta de mi habitación que me despertaron. Era doña Matilde.

—¡Venga, arriba, Carlos!, ya es hora de despertar. Tienes el baño libre y el desayuno en la cocina.

—Muchas gracias y buenos días, doña Matilde. ¡Voy enseguida!

Qué placer fue disfrutar de un baño amplio solo para mí, un baño sin corrientes de aire, dentro de la propia casa. Lo que yo hubiera dado por tener algo así en nuestro hogar. Me arreglé deprisa y desayuné aún más ligero, apenas tenía apetito. Los nervios habían llegado puntuales como relojes. Nunca me fallaban. Me despedí de doña Matilde con un beso fugaz en la mejilla y me lancé escaleras abajo, mientras ella me deseaba buena suerte. Apenas pude escucharla con el sonido de mis zapatos. La calle me recibió con el frescor de la mañana y bajé a buen paso por la calle de San Bernardo hasta llegar al Conservatorio. Allí encontré un buen grupo de gente, imaginé que eran alumnos, casi todos llevaban instrumentos colgados en la espalda. Pregunté al bedel por la sala de exámenes de piano y me indicó el camino a seguir. Al entrar en la salita de espera, vi a tres muchachos que tendrían más o menos mi edad. Les pregunté si estaban esperando a examinarse y asintieron. Enseguida comenzamos a hablar y nos caímos muy bien. Pensé en lo sencillo

que resultaba, a veces, encontrar amigos en otros universos, universos comunes. Mientras esperábamos comentamos las partituras que íbamos a tocar, de dónde éramos, el curso que hacíamos, cualquier tema era bueno para no pensar en lo nerviosos que estábamos. Poco a poco nos fueron llamando a todos.

Cuando me citaron a mí, me puse en pie y casi me caigo. Me temblaban las piernas. Pasé a otra sala, esta vez de concierto. Enfrente de mí estaban sentados, tras una mesa cubierta con unos faldones de terciopelo verde, tres profesores. A la izquierda de ellos, había butacas ocupadas por oyentes desconocidos. El examen era público. A mi derecha, vi, sobre una pequeña tarima, un piano de media cola. Me decepcionó un poco que no fuera de cola larga. Soñaba con tocar un instrumento así. Uno de los profesores, el que se situaba en el centro, se dirigió a mí:

—Buenos días, usted se presenta a los cursos superiores de piano, ¿es así?

—Sí, señor —respondí yo, algo cohibido.

—Bien, bien, ¿y qué obras nos va a interpretar?, ¿podría explicarlas?

—Claro. En primer lugar, tocaré a Chopin, la Polonesa número 1, después la Balada del opus 47 y el Scherzo del opus 20, y finalizaré con la Sonata del opus 1 de Brahms.

—Cuando quiera, puede comenzar.

Me senté, coloqué las partituras sobre el piano, tomé aire tres veces, levanté las manos, las coloqué con suavidad sobre el teclado y comencé a tocar. Las manos me iban solas, se movían veloces, respondían al trabajo, horas y horas de ensayo a lo largo de los años.

Pensé en Julita, en mi padre, en mí mismo y en todas las expectativas que se abrían con aquel examen. Era tan emocionante que no podía evitar sonreír, sentir la música, disfrutarla, moverme al compás de mis manos. Decidí dejar la mente en blanco. Estaba flotando en una nube.

Cuando finalicé el repertorio me quedé en silencio, miré el piano, lo acaricié un momento, le di las gracias sin mover los labios, levanté las manos y recogí despacio las partituras. En ese momento me di cuenta de que estaba bañado en sudor. Me levanté y miré al tribunal, les saludé con una inclinación de cabeza, como me había enseñado Julita, con respeto, y después lo hice con el público de la sala que había asistido en completo silencio mientras interpretaba la música. No hubo aplausos, no dijeron ni una sola palabra.

Me retiré con el corazón palpitándome con fuerza.

De nuevo, me llevaron a la salita de espera. Estaba vacía. Añoré a los músicos que había conocido. Me pregunté dónde estarían. Apenas les conocía, pero me hubiera gustado compartir aquel momento con ellos. El tiempo de espera se me hizo eterno hasta que entró el mismo bedel que me había indicado el camino en la entrada. Me entregó la copia de las actas con la calificación: Sobresaliente.

Me senté de nuevo y lloré de emoción.

Estaba solo.

A la salida del Conservatorio, busqué una cabina telefónica y llamé a casa.

—Mamá, mamá, ya me he examinado.

—Hijo mío, ¿y cómo ha ido?

—Muy bien, mamá, muy bien. Un sobresaliente, me han puesto un sobresaliente, mamá.

Se quedó callada. Creo que lloraba. Lo notaba en su respiración. Yo también lo hacía. Ninguno de los dos dijo nada más, no pudimos, nos quedamos ahí hasta que se oyó el pitido de la finalización de la llamada y me mando besos.

Después, llamé a Julita. Repetí las mismas palabras que le había dicho a mi madre y en nuestro silencio la emoción de ambos fue increíble. Julita era el cariño, la infancia, el trabajo, el esfuerzo, las horas, la vocación, Julita lo era todo para mí en la música. Gracias a

ella había llegado hasta allí y esa fue la única palabra que pronuncié, un « gracias » continuo.

También llamé a doña Matilde, se lo había prometido. Recibió la noticia con gran alegría.

Estaba libre, al fin, libre de emociones y nervios, libre de expectativas, libre de horas de estudio, y así, con esa felicidad, bajé por San Bernardo hasta la Gran Vía con el propósito de llegar andando hasta la caseta de don Eugenio, el marido de doña Matilde, antes de que cerrara a mediodía. Trabajaba en la Cuesta de Moyano. La Gran Vía era una fiesta de gente, un espectáculo humano, cada detalle me llamaba la atención, el bullicio de las voces, la elegancia de algunos caballeros y mujeres con las que me cruzaba, arregladas con vestidos veraniegos de alegres estampados y calzadas con sandalias de tacón. Las fachadas de los cines estaban cubiertas con enormes carteleras, los escaparates de las tiendas llenos de productos que yo nunca había visto. Todo a la última, la moda, la perfumería, las joyas. Las terrazas de las cafeterías rebosaban vida, una clientela burguesa que disfrutaba tomando el sol. Decidí hacer lo mismo, disfrutar como ellos, dejarme llevar, callejear, abrir los ojos a lo nuevo, a esa vida moderna tan ajena a la nuestra. Distráído dejé atrás el edificio de la Telefónica, Chicote, el local mítico de la noche madrileña, el punto de encuentro de artistas, bohemios, hombres de negocios y mujeres interesantes, el Ateneo, el Banco de España hasta llegar a la plaza de Cibeles con el edificio de Correos al fondo. Seguí por el Paseo del Prado hasta la plaza de Neptuno. Al cruzar la Carrera de San Jerónimo, me entretuve en la entrada de las Cortes y ya, avistando la estación de trenes de Atocha, me cambié de acera para dirigirme a la Cuesta de Moyano. Allí, en su caseta de libros, estaba don Eugenio, que se alegró de corazón por el éxito de mis exámenes. Estaba tan contento que me dijo:

—Mira chaval, cuando estemos a solas déjate de cumplidos y llámame solo Eugenio a secas, ¿de acuerdo?

—¿Quiere que le tutee, don Eugenio?

—Y dale, claro, muchacho, claro. ¿No duermes en mi casa? Pues eso. Estos días, como si fuera tu padre.

—Lo que usted diga, pero a él le trato de usted.

—¡Caramba, pues empezamos bien! Venga, vamos a cerrar, que te voy a llevar de tascas y tapeo. Ese sobresaliente hay que celebrarlo como se merece, sea tu padre o no. Estoy muy orgulloso de ti, chaval, debes de ser un portento del piano. ¡Cómo me habría gustado escucharte!

Cerró la caseta y nos fuimos felices a recorrer Madrid. De su mano conocí el barrio de Las Letras y el de Los Austrias, y por donde fuimos hicimos paradas, bebimos y comimos. Las tascas estaban decoradas con frisos de azulejos y las paredes tapizadas con carteles taurinos y fotografías de clientes ilustres. Los mostradores repletos de fuentes con guisos de oreja, callos y otras viandas típicas de Madrid. Los parroquianos, así llamaba él a la gente con la que nos encontrábamos en los bares, bebían como cosacos cerveza y vino tinto y comían gambas a la plancha, tirando después al suelo las cáscaras. Todo estaba muy sucio, la gente se amontonaba a lo largo de la barra, conversaban en voz alta. Menudo estruendo montaban. Era divertido, y diferente. Aprecié un deje muy peculiar, castizo, que me recordó a los personajes de la *Verbena de la Paloma*. Eugenio hablaba por los codos, llegaba a un garito y enseguida entablaba conversación con los que allí estaban. Se sentía a sus anchas. Pedía cañas y me decía riendo:

—La cerveza de grifo, chaval, no se tira en ninguna parte mejor que en Madrid. Mira qué rubia y qué trasparente es, qué espuma tan blanca y espesa hace, se podría cortar con cuchillo.

Agotada la ronda y agotados ambos, sobre todo yo que nunca había bebido e iba bastante perjudicado, volvimos a casa de doña Matilde. Ella lo tenía todo preparado, la mesa de las grandes solemnidades, la mantelería de hilo, la vajilla de la Cartuja y la cristalería de Bohemia. Todo estaba hecho con primor, y se había esforzado tanto en agasajarme que no pude negarme a comer. Disimulé el mal

cuerpo e hice hueco en el estómago agradeciéndole la comida como se merecía.

Me pidió que les contase el examen con todo detalle y yo me dejé llevar. Creo que nunca me habían dejado hablar tanto. Al terminar, me hizo una pregunta:

—Carlos, ¿estás a gusto en esta casa?

Y yo le respondí:

—Muy a gusto y muy agradecido, doña Matilde.

—Este chico es incorregible —se ríó Eugenio—, qué doña ni qué doña. Solo Matilde, Carlitos, solo Matilde, que no somos de la realeza ni descendemos de la pata del Cid.

Y Matilde asintió y se unió a su risa.

—Verás, es que me he permitido llamar a tu madre esta mañana para proponerle, solo si tú quieres, claro, que te quedes unos días más con nosotros. A mí me gustaría y creo, aunque no se lo haya preguntado todavía, que a Eugenio también.

Eugenio me guiñó un ojo.

—Claro que sí, chaval. Este chico es el mejor compañero de tasca que he tenido nunca.

—¿Y qué te ha respondido mi madre?

—Que por su parte, encantada, pero que debes decidirlo tú.

—Pues me quedo, sí, sí, quiero quedarme con vosotros en Madrid.

—No se hable más. Llamaré a tu madre y se lo diré.

Fue así como viví los mejores días de mi vida. Recorrí la capital sin prisas, perdiéndome mucho, visité el Museo del Prado, me enamoré de los cuadros del Bosco, de Velázquez, de Rembrandt, Murillo y tantos otros que solo había visto en los libros de arte, y fui libre por primera vez.

Libre y escuchado.

13

El devenir del vuelo

*No dejan huellas en el aire
no marcan nuestro camino
Solo las caricias*

NOVIEMBRE

El duelo

Ir desprendiéndome poco a poco de lo que duele, capítulo a capítulo, siento muy bien. « Ya queda menos », me digo. Alguien me preguntó el otro día si no me importaba hablar de nosotros de una manera tan personal. Y yo le respondí que no, que era justo lo contrario, una liberación. Fue mi propio padre quién, sin saberlo, me dio la idea al contar su vida y sus memorias del niño de la posguerra en una red social. Recuerdo que gustaron mucho y eso le hizo feliz. También recuerdo que me envió un correo y me pidió que algún día las publicase, que siguiera la historia familiar que había comenzado con *Agua de Limón*. Yo le dije que para hacerlo tenía que contarme más cosas, que aquellas memorias estaban cojas, que faltaban datos, y amor, mucho amor. Todo el amor en el que yo había creído de niña y de mayor. Él se ríó y me dijo:

—Eres una romántica, hija mía, no sé por qué escribes tantos dramas, lo tuyo son otras historias.

Me reí con él y le respondí:

—Eso mismo dice Miguel. Puede que cambie de registro. ¿Qué te parecería?

—¿Mi hija escribiendo pasteladas? No lo sé, aunque seguro que tendrías más lectoras. Yo creo que no te leería.

—¿Tú?, claro que lo harías, pero si eres el más romántico de los dos. Además, no son pasteladas, dime una sola novela, un título, incluso las que tienen el alma muy negra, en las que no sea el amor el protagonista principal. El amor mueve el mundo y la literatura.

—Tontadas, ¡qué cosas dices!

—Digo la verdad. Aunque a los críticos les encante tirar por tierra todo lo que tiene que ver con cierto romanticismo.

—Bueno, vamos a lo importante, ¿es que no te vas a hacer famosa nunca? Con cada novela que escribes, me tienes en un ay.

—Lo siento, papá, pero se me resiste la fama, ¿qué quieres que haga?, ¿tienes alguna idea brillante que no sea llevar el libro al alcalde de la ciudad? —ironicé.

—La verdad es que no, pero si no te das prisa me voy a morir y no lo voy a ver.

—¿Morirte tú?, ¿ahora que vives tu particular carpe diem ochentero? Eso es imposible.

Pero lo hizo, se murió incluso aprovechando al máximo la vida.

No me escribió su historia o no la compartió conmigo, no lo sé, no me acordé de preguntárselo, los años de universidad, el amor con mi madre, con lo bonito que yo creo que fue, aunque quizá me equivoque, siempre tendemos a idealizar a nuestros padres en exceso, la familia que formaron, la vida que llevaron, lo que sintieron. ¿Se imaginaría alguna vez que iba a ser padre de seis criaturas? Todo eso se lo llevó con él, todas mis preguntas, y a mí hoy solo me queda imaginarle. Dijo que no era el momento de escribir sobre su gran amor y ya no encontró otro mejor. ¡Para qué más recuerdos! Ya estaba todo dicho. Lo mismo me ocurrió a mí, sigo sin escribir algo romántico como dijimos entre risas, aunque no desespero, total, ya no puede leerme ni burlarse de mí y cada día que pasa siento que necesito volver a un espacio seguro en el que solo les sucedan cosas buenas a los personajes. O malas, pero a los demás. El dolor de los otros es permeable. Cierro el ordenador y desaparece.

Sus memorias de un niño de posguerra me dejaron un sabor amargo. La sensación de que no conocía a mi propio padre, de que no sabía nada de su infancia ni de su adolescencia ni de sus gustos o sueños. Yo tenía un relato sobre él, y en mi relato, él era solo un padre como lo eran todos los de aquella época, los años setenta y ochenta, padres ausentes; nunca me llevó al colegio, ni un solo día, nunca vino a verme actuar en ninguna festividad, nunca se acercó a recogerme de los cumpleaños a los que me invitaban, ni tampoco

salió de compras conmigo, bueno, lo hizo una sola vez ya siendo adolescente y me compró tantas cosas, aún las recuerdo, que mi madre le prohibió que volviera a acompañarme. Los fines de semana era el padre más familiar del mundo. Los dos lo eran, solo que mi madre ejercía ese papel todos los días. A él le gustaba llevarnos al campo, vernos crecer libres, nos animaba a subir a los árboles. No era un padre miedoso. No, nunca lo fue. Le gustaba el fútbol y no se perdía ni un solo partido de sus chicos porque en casa, eso es lo que éramos, los chicos y las chicas, tres y tres, o cuatro y cuatro, si los contábamos a ellos, un equilibrio perfecto en una familia imperfecta. En mi relato, mi padre era un hombre serio, austero, poco dado a los afectos y mucho menos a los regalos, perfeccionista, algo intransigente, nervioso, sensible, culto, muy culto, melómano, poco coqueto, su aspecto le daba igual, no seguía modas ni le interesaban las marcas ni la vida social, diría que tenía un aire triste y melancólico, quizá porque sus ojos eran de un azul grisáceo, como los de un mar a punto de vivir una tormenta. Si fue un soñador, nunca lo supe, aunque cuando leí sus memorias sentí mucha pena por él. Muchísima.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

Me despertó un revuelo de carcajadas nerviosas al llegar a Mauleón-Licharre y me incorporé perezosa. De pronto, las chicas comenzaron a hablar muy alto, a mirarlo todo, a señalar con el dedo a las personas que caminaban por la calle. ¿De dónde había salido tanta gente de repente? Habíamos pasado de una larga caminata, de subir y bajar una montaña silenciosa, al bullicio de aquel lugar, una ciudad. Nunca había estado en una ciudad. Elena comentaba la manera de vestir y los peinados de las mujeres; Lucía indicaba las tiendas, las casas, no había dedos en su mano para tanta admiración. Decían cosas como:

—¡Mira ahí!, fíjate, ¿habías visto algo así alguna vez?, ¡qué elegantes van vestidas las señoras!, ¿de dónde sacarán esas ropas?, ¿se venderán aquí?

—Es probable, pero no creo que ni tú ni yo podamos comprarlas — argumentó Isabel.

Las veteranas siempre tan realistas, pensé al escucharla, pero a Lucía le dio igual y continuó:

—Seguro que vienen de París.

—¡París! ¿Podremos ir a París? Me han dicho que desde aquí sale un tren. Quizá...

—Quitaos esas ideas tontas de la cabeza. ¿Os recuerdo por qué estamos aquí? Venimos a trabajar. A trabajar muy duro. Hay que sacar a la familia adelante. Y lo que compremos con el dinero que ganemos hay que pasarlo de contrabando.

—Pero mira que eres aguafiestas, Manuela, deja que las chicas sueñen un poco. ¿Qué hay de malo en imaginar? —le reprende con cariño Catalina— ¿Te has olvidado de cuando vinimos nosotras por primera vez?

—No me gusta que se llenen la cabeza de pájaros —dice molesta Manuela.

—¿Como nos ocurrió a nosotras? —le guiña un ojo Isabel.

Pero Elena y Lucía siguen emocionadas y ni siquiera las escuchan. Me uno a ellas. Su alegría es contagiosa y me hace sonreír.

—¡La plaza!, mira la plaza y esas casas.

—¡Aquel edificio!, qué bonitas son esas ventanas.

—¿Y el café que hay al lado?, ¿lo has visto?

—¿Vendremos también nosotras a tomar lo que esas mujeres están bebiendo? A mí me gustaría...

—Beben chocolate caliente — les aclara Isabel—, aquí lo hacen diferente.

—¿Cómo?

—Muy líquido.

—¿Crees que nos dejarán sentarnos en un lugar tan elegante con las ropas que llevamos? Yo no he traído mi vestido de los domingos. Mi madre me dijo que para qué. No tenía que haberle hecho caso.

—¿Y hubieras cargado tres días con tu vestido especial de los domingos en el brazo solo para tomar un sorbo de café o de chocolate en un café? No parece muy útil, la verdad.

—Tienes razón —asiente Elena.

—No os preocupéis, chicas, quizá no podamos frecuentar estos cafés tan elegantes ni codearnos con las señoras, ni vestir como ellas, pero tenemos otros lugares. En esta ciudad no falta la diversión incluso para la gente pobre.

La verdad es que no me esperaba aquella ciudad tan moderna y refinada y permanecí callada observando cada detalle mientras las demás hablaban emocionadas a mi alrededor. Las luces de las calles fueron las que más me impactaron, eran doradas, como grandes luciérnagas iluminando la noche; había oído hablar de ellas, también que Mauleón-Licharre había sido uno de los primeros lugares de

Francia en contar con suministro eléctrico, ya desde 1881, que se llenaba de gente trabajadora como nosotras, que la industria era muy floreciente, que las alpargatas eran un negocio en auge porque los mineros del norte de Francia las demandaban, que cada minero necesitaba un par a la semana y cosas así, sí, de todo eso había oído hablar, comentar, pero verlo de frente era algo tan distinto que me sobrecogía, sobre todo porque nosotras veníamos de un lugar, al parecer, anclado en otra época. No tenía ojos para mirarlo todo. Me abrumaba la belleza y el contraste con mi atuendo sucio y roto del viaje. Me avergoncé de mis alpargatas y del barro de mi falda y me sentí muy pueblerina, muy ignorante, demasiado pobre para pasear por aquel lugar. Mauleón no tenía nada que ver con nuestros pueblos del Pirineo aragonés; allí, incluso a pesar de la pobreza, eras una más, no desentonabas tanto. Me entraron unas inmensas ganas de llorar. ¿Qué estaba haciendo yo allí? No iba a atreverme a salir a la calle.

El carro siguió su camino, fue dejando atrás el centro y pasó por las fábricas en las que comenzaríamos a trabajar ya al día siguiente. Nos las fue señalando una a una: Barraqué, Bardos, Bidegain, Çarçabal, Cherberó, Béguerie, y después se fue adentrando en la parte más alta de Mauleón. Yo intentaba recordar por dónde habíamos pasado, quedarme con las calles, con los escaparates, las iglesias, las señales, el puente, no quería perderme, pero llegó un momento en el que desistí. Estaba demasiado cansada. A medida que nos alejábamos del centro de la villa y las farolas se hacían cada vez más espaciadas, el ambiente cambió, las casas ya no eran palacios, ya no había jardines ni cafés, tampoco tiendas, todo era mucho más sencillo, más normal, más pobre, como lo éramos nosotras. Me consoló.

No faltaba nada para llegar. Nada para empezar aquella nueva vida.

El carro paró en la puerta de una casa de la *Haute Ville*. Allí había dos personas esperándonos de pie, un hombre y una mujer. Deduje que era Antonia porque nos sonrió y gritó en español:

—Por fin, bienvenidas, mis golondrinas.

Y las veteranas la sonrieron a su vez, se pusieron de pie y agitaron los brazos mirándola, como si fueran una bandada de aves felices de reencontrarse.

Antonia fue abrazándolas una a una. Cuando llegó mi turno, me besó en la cara y luego la acarició unos instantes mirándome a los ojos. Sentí mucha vergüenza. Después repitió el mismo afecto con las más jóvenes, aunque ellas no se iban a quedar en aquella casa. Fue un alivio notar su cariño, sentirla casi como una madre. Podía serlo. Sus hijos apenas eran tres o cuatro años más jóvenes que yo. Los conocí al cruzar el dintel y recordé la historia que nos había contado Catalina al venir. ¡Pobres criaturas!, tantos años sin madre.

—Como veis, esta casa es sencilla —empezó a decir—, en este lado tenemos una sala que sirve para todo, aquí nos reunimos, comemos, celebramos, sentiros libres de compartirla con nosotros. Nos haréis felices. Es costumbre sentarse junto a la chimenea y compartir el día. Justo en el cuarto contiguo está la cocina, el lugar más caliente de la casa. Nuestra habitación está aquí, compartimos el mismo espacio con nuestros hijos. Dentro tenemos nuestro propio aseo, así que vuestra zona de limpieza solo será para vosotras. Y esta es la habitación. Son siete camas. Vais a estar un poco ajustadas este año. Nunca había tenido tantas golondrinas de Salvatierra de Esca, de hecho, todas las que os alojáis conmigo sois de mi pueblo.

—¿Y sabes dónde se encuentran las otras casas para acogernos? ¿Nosotras estamos con *los Hualde*? —pregunta con timidez Lucía agarrando fuerte de la mano a Elena.

—Claro, son una familia del Roncal. Ahora os acerco hasta allí. No queda lejos y son una familia estupenda y amiga —responde Antonia con afecto para quitarles, de alguna manera, el miedo que nota que sienten al separarse de su parvada y de las veteranas.

—Nosotras tres nos quedaremos en la casa de *los Latorre* —dice Teresa señalando a Ángela y a Elisa.

—Estupendo. Me pone muy contenta que hayáis elegido todos los hogares de familias españolas. Os vais a sentir como en casa, ya lo veréis, y en la fábrica volveréis a encontraros. Ninguna de las

familias españolas que os acogemos disfrutamos de lujos, pero todas hemos sido golondrinas y algunas seguimos siendo alpargateras. Sabemos por lo que habéis pasado en el viaje y lo que habéis dejado atrás para venir, también lo duro que es el trabajo que vais a hacer, así que estad tranquilas; aunque solo podamos, a veces, ofreceros sopa y cama, son una sopa y una cama hechas con mucho cariño. ¡Ángel! —grita de pronto Antonia, —acompaña a estas tres muchachas hasta donde *los Latorre*, que yo llevo a estas dos criaturas con *los Hualde*. Hay que recogerse ya que mañana se trabaja. Y vosotras, iros instalando, que vuelvo enseguida. Tenéis muchas cosas que contarme y yo a vosotras, algunas novedades que daros antes de que os vayáis a la cama.

Sentí que Elena, María y Lucía se fueran, eran las únicas muchachas de mi edad, nos unía la inexperiencia y la ilusión ante todo lo que veíamos, también el miedo, estábamos las tres muertas de miedo por lo que iba a suceder en las fábricas. Además, me encontraba a gusto con ellas; de alguna manera, eran las hermanas que nunca había tenido. Les di un largo abrazo antes de que partieran y lloramos juntas. Para mí, ya eran parte de mi gran familia de golondrinas.

Al separarnos, vi cómo Antonia nos miraba emocionada. Y fue en ese momento, justo en ese, mirando sus lágrimas en los ojos, cuando recordé su cara muchos años atrás. Estaba en nuestra casa y yo era muy pequeña, ¿qué tendría, cinco años, seis? No creo que más. Dibujaba. Siempre estaba dibujando. Ella se despedía de mi madre, sí, era ella, más joven, con el cabello largo y muy negro, trenzado. Mi madre y ella se abrazaban fuerte. ¿Eran Antonia y ella amigas por aquel entonces?, ¿lo seguían siendo?, ¿estaba yo allí, en aquella casa, por ella? Si así era, ¿por qué mi madre no me había contado nada? ¿O quizá lo había hecho y yo simplemente no la había escuchado? Podía ser. « Siempre en tu mundo, Ainhara » , me decía, o esta otra: « tienes la cabeza llena de pájaros » , esa era su frase favorita y no le faltaba razón, era también mi realidad. Pensar en ella me sacó una sonrisa. E imaginarla en casa junto a los fogones o sentada al lado de mi padre. Todo estaba unido, nuestras

vidas estaban unidas, interconectadas por la tierra, el trabajo y los afectos; en realidad no éramos diferentes a las aves, éramos igual de reales, igual de voladoras, nos movía el mismo instinto de supervivencia.

Nos fuimos a la habitación y elegimos cada una un camastro. Yo busqué a Catalina, quería dormir a su lado, durante el viaje me había sentido muy bien a su lado, me había dado confianza y era divertida; Manuela me buscó a mí. Así que terminé entre dos veteranas, la seria y la jovial. No tenía escapatoria, era la novata y tenía que portarme bien.

—Lo creas o no, que no te engañe su gesto amable y su sonrisa, Antonia es muy estricta y así lleva su casa, con mano firme. No soporta la mala educación o la falta de decoro, eso es muy importante. Tampoco que nos ronde ningún hombre sin una intención seria. A los borrachos los mantiene bien alejados. Si tienes alguna duda, pregúntanos, estamos aquí para guiarte. Y todas para apoyarnos las unas a las otras. Eso es lo que somos, un equipo, donde no llega una, llega la otra —dijo Manuela. Por cierto, espero que no te incomode que te lo pregunte, pero, ¿ya tienes la menstruación?

—Sí, sí, ya me vino el verano pasado. He venido preparada con paños.

—Me alegra saberlo. El año pasado vino una muchacha demasiado joven y le llegó de repente en la fábrica. Fue bastante inoportuna la visita. La chiquilla estaba desolada sin su madre y sin estar en casa, avergonzada porque manchó la falda y no quería que le viera el capataz, pero ¿sabes qué?, todas las golondrinas fuimos un poco su madre aquel día y nos volcamos con ella, pobrecilla. Fue un mal trago. Este año no ha repetido. Este trabajo no está hecho para todo el mundo.

—Espero estar a la altura, aunque tengo mucho miedo de no saber hacerlo.

—Lo harás bien, Ainhara, ya lo verás —dijo Catalina sonriendo.

—Por cierto, ¿has traído algo de jabón?

—No lo sé, voy a deshacer el hatillo y lo miro. Fue mi madre quien lo preparó todo al final y no sé lo que metió.

—Te lo digo porque solemos compartirlos para nuestra higiene y hacemos otros aparte con sosa cáustica para lavar la ropa en la fuente o en el río, puedes elegir, pero tendrás que tener cuidado con el agua y el jabón, si está muy fría o echas demasiada sosa, se te pueden abrir las manos y hacer sabañones.

—Y no sabes lo que duelen, menudos cabritos son —añade Catalina, que no pierde detalle de la conversación mientras está tumbada en el camastro.

—¡Catalina!, esa boca.

—Pero mira que eres estirada, Manuela, ja, ja, ja.

—Y tú, imposible, pero sí, tiene razón Catalina, duelen mucho, y lo peor, con heridas abiertas en las manos es imposible coser después y no podrías ir a trabajar.

—Lo tendré en cuenta.

—Hazlo. Si te sucediera y tu trabajo no saliera adelante en el día nos lo tendríamos que repartir las demás alpargateras, bien en la fábrica o bien aquí. Y eso significa más horas de trabajo, y ya lo comprobarás por ti misma, pero es agotador.

—Lo sé, bueno, no es que lo sepa todavía, pero Catalina durante el viaje me dijo que el lema de las golondrinas es: « Ninguna se queda atrás » .

—Eso es.

—¿Ves?, alguna vez hago las cosas bien.

—Claro que sí, tonta. Siempre.

Y Manuela se tumbó en el camastro de Catalina y la abrazó fuerte.

Antonia no tardó en volver con una sonrisa y nos convocó a todas en el comedor. La chimenea caldeaba el ambiente. Había preparado para cenar sopa de ajo. Estaba muy caliente y nos reconfortó el

cuerpo. Nos hacía falta. Sus hijos ya se habían retirado, y también Ángel.

—¿La habitación, bien? Sé que, esta vez, estáis un poco apretadas, y lo siento mucho, pero quería que todas las del pueblo estuvierais juntas.

—Estamos fenomenal, no te preocupes. Así nos daremos más calor cuando llegue el invierno.

—Eso es cierto, será la habitación más caldeada de toda la casa. Os he dejado una cesta para vuestras cosas personales debajo del jergón, por si no lo habéis visto. Y podéis usar el armario del pasillo para guardar lo que necesitéis.

—Este año os habéis animado un buen grupo. Siete mujeres del pueblo. Increíble. Aún me acuerdo de cuando emprendía el camino yo sola y me unía a otras muchachas por el camino.

—Sí, la despedida fue especial. Sin ocultarnos como otros años. Salió la familia con nosotras y nos acompañaron un rato por el camino.

—Parece que las cosas van avanzando, aunque despacio. Quiero pensar que la gente del pueblo ha dejado de juzgarnos y nosotras de escondernos.

—Me alegra oír eso. Quizá empiezan a respetar lo que hacemos, aunque lo hagamos por necesidad, no hay nada más digno que trabajar.

—Y cobrar por lo que hacemos —apuntó Catalina.

—Y cobrar, por supuesto. ¿Qué sentido tendría si no?

—La gente del pueblo no lo ve así, y tú lo sabes. Yo, más bien, tengo la impresión de que nos dejan hacer y nos señalan de la misma manera. Somos las parias, las que no tenemos dónde caernos muertas.

—Sí, puede ser, pero cuando volvemos con todas nuestras compras de contrabando bien que les gustan.

—Y bien que nos las compran.

—¿Te das cuenta?, al final, después de todo el trabajo y el riesgo, son los de siempre quienes se lo llevan todo.

—Mujer, compramos para vender. El contrabando forma parte de nuestra odisea de golondrinas.

—¿Y cómo van esos festejos? ¿Alguna boda a la vista?, ¿algún ajuar?

—Bodas, no lo sé, pero ennoviadas ya tenemos a Anunciación y a Isabel. Casi no vienen —cuenta riendo Catalina poniendo morritos y juntando las palmas de las manos como si estuviera enamorada.

—Pero mira que eres payasa —ríe Isabel.

Observaba hablar a las mayores. El ambiente alegre de la cena, las pequeñas confidencias, las bromas. Se conocían muy bien, se notaba que habían compartido mucho juntas, que las penurias unían. Todas eran repetidoras y eso tenía que significar algo. De desconocidas a hermanas. Deseé, en aquel momento, formar parte de su mundo, solo llevaba cuatro días de viaje con ellas y ya eran para mí importantes, como las hermanas mayores que nunca había tenido. Hasta esa cena y otras muchas que llegarían después, no me había dado cuenta de lo sola que estaba en Salvatierra. Y no dejaba de ser curioso que todas veníamos del mismo pueblo, pero yo no había intercambiado con ellas nada más que un breve saludo al cruzarnos por las calles.

—Entonces, ¿este año vienes a por el ajuar?

—Sí, me gustaría. Bueno, yo creo que, a las dos, ¿no, Anunciación?

Anunciación se puso colorada. Era la golondrina más tímida de todas.

—No suelta prenda.

—Pues este año hay muchas cosas en las tiendas. Os van a encantar. Iremos un día de estos, el primero que no tengamos trabajo y no sea domingo. Y también a las fiestas de la plaza. Ay, qué bien teneros de vuelta en casa. Os echaba tanto de menos, aquí la vida sin vosotras es muy aburrida —dice Antonia.

—Pero si te damos mucha guerra. ¡Qué cosas dices!

—Nada de eso, es una alegría volver a veros y este revuelo de la tierra en casa no tiene precio. Bueno, antes de retiraros, que estaréis agotadas y mañana nos levantamos al alba, os cuento algunas novedades de las fábricas. Este año han entrado máquinas al taller, ya las veréis. Os enseñaré a utilizarlas, aunque, de momento, ese trabajo lo están haciendo los hombres.

—¿Y qué hacen las máquinas? —pregunta Manuela.

—La parte más difícil de la alpargata, la inicial, y luego rematamos la faena como siempre nosotras, los empeines, los pespuntos, los talones, bueno, todo, pero salen muchísimas alpargatas al día.

—Habrá que verlo. Ya tengo curiosidad.

—¿Y el salario?, ¿sigue igual o ha mejorado?

—Eso nunca cambia para mejor, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas. Ya se sabe, el patrón cada vez más rico y nosotras, por más trabajo que hagamos, siempre pobres.

—Pero somos felices, ¿o no? Estos franceses envidian nuestra alegría de vivir. Un baile a ritmo de guitarra y fuera penas.

—Eso es verdad. Si os parece, vamos a acostarnos ya. Mañana nos espera un duro día de trabajo. Nos vemos al despuntar el alba, mis golondrinas —dijo Antonia.

—¡Buenas noches! —coreamos el resto.

Aquella noche se me hizo muy corta. Solo recuerdo que me tumbé un momento mientras el resto revoloteaba a mi alrededor y, sonriéndolas, caí rendida. Me desperté con la misma ropa con la que había viajado, sucia y arrugada. Alguien me había quitado las alpargatas húmedas y me había tapado con una manta.

Intenté recomponerme, planchar con la mano y un poco de saliva la falda, ajustarme bien la ropa al cuerpo; estaba destemplada. Cogí las alpargatas de repuesto que todavía estaban guardadas en el hatillo y entre las mudas descubrí unas cuartillas dobladas que no había visto. Me las guardé en el bolsillo del delantal con el corazón

en un puño. Desde mi cuarto escuché el trinar de unas aves tan madrugadoras como yo. Me acerqué a la ventana y seguí su canto, pero no las encontré. Me pregunté si sería mi pareja de golondrinas. ¿Me habrían seguido hasta allí? Tenía que descubrirlo. El cielo empezaba a clarear y decidí salir de la casa y dar un pequeño paseo para conocer el barrio antes de que todas las muchachas se despertasen; además necesitaba respirar un poco de aire. Salí de puntillas y fui a lavarme la cara. El agua de la palangana estaba helada. Me miré al espejo. Con los dedos, me peiné y me hice un moño bajo. Después, me acerqué a la cocina a beber un sorbo de agua. Cerré la puerta de la entrada con cuidado para no despertar a nadie. El barrio dormía. No había ni un alma por la calle. La luz era escasa, aunque el cielo apuntaba ya un amanecer rosado. Tomé la calle hacia la derecha y empecé a caminar fijándome bien por donde iba para no perderme. Y entonces, las vi. Las tenía justo encima, sobrevolándome. Mis golondrinas se habían venido conmigo hasta Mauleón. Seguían protegiéndome. ¿Podrían escuchar lo agradecido que estaba mi corazón de sentir las tan cerca, de saber que me habían cuidado? Comencé a hablar con ellas, les dije en alto cosas como que emigraran, que ya era la hora para ellas, que yo estaba a salvo, que allí no me pasaría nada, así lo creía, estaba convencida, que si se quedaban pasarían mucho frío y morirían y yo no quería eso para ellas. Aletearon contentas. Les dije: ¡volved en primavera a buscarme, os esperaré!

Y como si me hubieran comprendido, se alejaron.

No fueron las mismas calles las que me vieron regresar, la luz lo cambiaba todo, el sol ya rompía en el cielo y había mucho más movimiento en la *Haute Ville*. Todas las personas que me cruzaba eran hombres y todos me saludaban igual de cordiales, tocándose la gorra e inclinando la cabeza:

—*Bonjour, mademoiselle !*

Y yo les sonreía y respondía:

—¡Buenos días!

Estaba contenta. Me gustaba aquel lugar. La gente parecía amable. Al acercarme a la casa, ya desde la calle, percibí el aroma de un desayuno casero y se me hizo la boca agua.

Antonia estaba en la cocina, preparaba migas y tarareaba una canción que no había escuchado nunca. Hablaba de Mauleón:

*En la villa de Mauleón-Licharre van por los tejados las ratas,
contando punto por punto los paquetes de alpargatas.*

Al fondo del pasillo pude escuchar el revuelo de las golondrinas. Ya estábamos todas en marcha.

—Buenos días, madrugadora —dijo Antonia. Ya veo que eres de las mías.

—Buenos días, Antonia. ¡Qué bien huele!

—Mejor sabrán; venga, siéntate conmigo y a desayunar, que se enfrían.

—¿No esperamos al resto?

—Ya irán viniendo, no te inquietes. Aquí cada una lleva su ritmo.

—De acuerdo. Madre mía, están buenísimas.

—Me alegro. Mi comida es sencilla, pero intento que nos recuerde a nuestra tierra. Estoy muy contenta de que estés aquí, Ainhara. ¿Sabes que tu madre y yo siempre fuimos amigas? Desde niñas. Hace siglos que no nos vemos.

—No me dijo nada, pero ayer tuve un recuerdo al mirarte. De pronto, me vino una escena, era tu imagen y la de mi madre abrazándoos en casa.

—Seguro que fue cuando me marché del pueblo y pasé a despedirme de ella. Ay, tu madre siempre tan discreta, siempre con esa idea en la cabeza de no querer molestar a nadie, pero te cuento un secreto, ya sabía que venías. Me lo contó Manuela en una carta; ella conocía nuestra amistad de años y por eso me empecé en que estuvieras aquí, en esta casa, bajo mi ala. Qué menos que proteger a la hija de una amiga de la infancia. Tu madre contactó con los

Hualde porque sabía que en mi casa ya no había sitio, y era cierto, no lo había, por eso este año estáis más apretadas.

—Muchas gracias, Antonia. Me siento muy honrada. Escribiré a mi madre y se lo contaré todo. Seguro que le hace feliz saber que estoy contigo.

—Hazlo y nos haremos una fotografía juntas y se la mandaremos. Hay un sitio cerca que hace retratos a buen precio.

—¿Una fotografía?

—Sí, será un recuerdo muy especial. Ya lo verás.

En ese momento, me acordé de la carta que me había metido en el delantal al despertar y la saqué. Estaba deseando saber lo que ponía.

—¿Es de tu madre?

—Creo que sí, esta mañana, cuando me vestía, la he encontrado en el hatillo entre mis cosas, pero todavía no la he abierto.

—Te dejo para que puedas leerla a solas, así estarás más tranquila, pero no tardes, las chicas están a punto de llegar y comenzará el jaleo.

Le agradecí aquella intimidad con una sonrisa y Antonia me apretó la mano. Tenía un nudo en la garganta y tantas ganas de llorar que me escocían los ojos:

Hija mía, mi Ainhara querida,

Te escribo estas letras con el corazón encogido y una tristeza que no me cabe en el alma. Imagino que cuando leas estas palabras ya estarás allí, instalándote, y quería ser la primera en decirte que estoy contigo, que velo por ti desde casa, que te tengo en el pensamiento día y noche, que te doy la mano como cuando eras pequeña y te acompaño. Has sido muy valiente, mi vida. Nunca hubiera pensado que tendrías que volar lejos de casa imitando a esas golondrinas que tanto te gustaba mirar. Ay, yo nunca me atreví a hacerlo, nunca pude dejarte sola como hacían otras muchachas del pueblo, prefería pasar hambre a no poder abrazarte por las noches.

Quería que supieras que en Mauleón-Licharre tengo una buena amiga a la que quiero muchísimo. Hace tiempo que se marchó de Salvatierra y no la veo, pero mi afecto por ella sigue siendo el mismo. Durante varios años ella también fue una golondrina como tú, y cuando se marchaba en otoño y venía a despedirse de mí sufría tanto por sus hijos pequeños que yo siempre la abrazaba y le prometía que cuidaría de ellos. Y lo hice. Todas las tardes iba a verlos. Los cuidaba tanto o más que su propia abuela. Hasta que un año decidió irse con ellos y ya no volvió más. Fue el año que murió su madre. Se llama Antonia y regenta una casa de acogida para golondrinas. Búscala, Ainhara. Ella te cuidará por mí. Ella será mi abrazo.

Hace unos días que la escribí y no sé si le habrá llegado la carta. No quise molestarla para que te metiera en su casa, estaba completa y no quería que, por ti, por nuestra culpa, otra golondrina se quedara fuera. No sería justo. Le dije que eras una soñadora y que te gustaba observar a las aves y dibujarlas. Que te llevara al campo los domingos y te prestara libros, sobre todo libros. Espero que tenga alguno y espero también que no te importe que le haya escrito.

Ojalá la vida en ese lugar no sea muy dura contigo.

Rezo por ti todos los días.

Cuídate mucho y cuídate de los hombres. No te fíes.

Te quiere

Tu madre

Me llevé la carta hasta la cara y la besé varias veces diciendo: «Y yo, madre y yo».

Antonia debía de estar observándome desde el pasillo. Cuando vio que comenzaba a llorar, se acercó y me abrazó muy fuerte:

—Estoy aquí, no soy tu madre, pero como si lo fuera, Ainhara. Yo te cuidaré, te lo prometo, aquí no te encontrarás sola, te cuidaré como ella hizo con mis hijos pequeños. Todo irá bien.

—Dice que te ha escrito.

—Sí, recibí su carta hace un par de días cuando todavía estabais viajando por la montaña. Debió de enviarla semanas atrás. Aquí tarda mucho en llegar la correspondencia, ¿sabes? Estaba emocionada por volver a verte. Te pareces tanto a ella que ayer cuando bajaste del carro fue como si de pronto hubiera recuperado a una amiga o fueras la hija que nunca tuve. Esa espinita la tengo clavada. A veces pienso que llevo esta vida de acogida por ella.

—¡Quién mejor que una golondrina para cuidar de otras golondrinas! Todas somos un poco hijas tuyas.

—Tienes razón. Venga, pequeña, sécate esas lágrimas y prepárate; salimos en diez minutos y tenemos que pasar primero a recoger a las chicas de los *Hualde*. Ya quedé con ellas ayer.

—¿No vamos todas juntas?

—Hoy no, nosotras iremos por delante, tengo que presentaros al encargado para que os contrate y enseñaros muchas cosas de la fábrica. Además, tenemos que decidir cuál es el puesto que más os conviene para empezar. ¿Sabes coser?

—Sí.

—Eso está muy bien. Ya tienes medio oficio ganado. Por cierto, no te olvides de la banqueta, la vas a necesitar.

—Voy por ella.

—Un consejo, Ainhara, y mejor te lo digo aquí, nunca te quedes sola en la fábrica, ni con el encargado ni con el jefe tampoco. Y si vas al retrete, hazlo con una compañera. Tienes que encontrar una pareja con la que te encuentres cómoda e ir con ella a todas partes.

—¿Lo dices por el qué dirán?

—Lo digo por todo. No te fíes, sobre todo, no te fíes de los hombres, ni de los españoles ni de los franceses.

—Eso mismo me ha escrito mi madre.

—Pues hazle caso.

Estaba temblando, pero no quería que Antonia se diera cuenta.

—Le diré a Catalina que sea mi compañera.

—Me parece muy bien. Ella sabe cómo ponerlos en su sitio. Esa chica, no sé por qué, está hecha de otra pasta. Acabará siendo sindicalista. Hace falta carácter para que no nos pisen y tener cuidado para que no nos echen. En este oficio nuestro y en todos en general, los hombres siempre ganan. Se las saben todas y además conocen nuestra situación, saben que las golondrinas venimos por dinero, para ahorrar, que somos muy humildes y conformadas, que estamos solas, sin familia, sin padres ni hermanos que nos amparen y protejan, y en muchas ocasiones se aprovechan de ello, de nuestra vulnerabilidad.

—Lo tendré en cuenta, pierde cuidado. Gracias, Antonia.

—No me las des. Venimos de zonas rurales y, a veces tan aisladas que sabemos muy poco de la vida, del amor, de los abusos en el trabajo, de las consecuencias que puede tener una mala decisión, un calentón, por eso es importante que las que más saben ayuden a las que menos. Y esa es nuestra tarea, que no os perdáis.

—No me perderé, te lo prometo.

—Mejor no prometas nada.

AGOSTO

Una larga despedida

Dicen los que más saben de estas cosas que solo se puede llorar doce minutos seguidos. Eso dicen, aunque yo no me lo creo. Tendría que volver atrás y contar la cantidad de minutos, horas y semanas que estuve llorando, casi sin parar, hasta que me fui secando. Sí, eso también llegó. Y todas las fases que se asocian al duelo, una por una. Me di cuenta de que había pasado por todas ellas cuando comencé a escribir en serio esta larga despedida e investigué un poco más, o mucho más, el proceso por el que había pasado. No fueron premeditadas, me fueron llegando como las estaciones a la naturaleza.

Cada cual tomó su camino, su duelo y sus cenizas. Yo las enterré en un árbol y guardé un puñado en una cajita que conservo junto a tu escultura odiada del móvil; Federico las fue echando por el Pirineo, por aquellos caminos por los que te gustaba transitar y perderte. Siempre pensé que morirías en Canfranc, como murió nuestra perrita Tara, que te irías cual ermitaño a vivir allí hasta el final de tus días. Te imaginaba como el abuelito de Heidi, huraño y solitario, y lo que son las cosas, casi ocurre. Si te hubieras quedado quince días más, habrías muerto en tu casa soñada con vistas a la montaña verde. Cómo te gustaba aquella casa.

Y el mar. También te llevó allí, un puñado de rastro y duelo al mar del norte. Recitaron dos poemas al verte apenas volar; uno, lo habías elegido tú, era de Ángel González, *La vida en juego*:

Donde pongo la vida pongo el fuego / de mi pasión volcada y sin salida / Donde tengo el amor, toco la herida / Donde pongo la fe, me pongo en juego / Pongo en juego mi vida / y pierdo, y luego vuelvo a empezar, sin vida, otra partida / Perdida la de ayer, la de hoy perdida / no me doy por vencido, y sigo, en juego / lo que me queda: un resto de esperanza / Al siempre va. Mantengo mi postura

/ Si sale nunca, la esperanza es muerte / Si sale amor, la primavera avanza.

El otro, lo escribió un amigo de aquella última ciudad de mar, la que te vio morir. Eso le dijeron a Federico. No lo conocíamos. Solo recuerdo que leí ambos poemas y que se me agarró una pena muy grande. Y, por un momento, volví a ser aquella niña pequeña que le gustaba volar entre tus brazos, volví a nuestro pasado, a lo escondido, a mi mundo junto a ti ya perdido.

Volví al padre.

¿Tuviste un amigo de verdad al final de tu vida?, ¿uno que te escribió esto?:

Fuimos estrellas y volveremos a serlo / Volveremos a resplandecer en la noche helada del vacío / Pero, antes, los cuatro vientos dispersarán las cenizas de los átomos que fuimos / Seremos minerales pacientes en una veta enterrada, árboles ensimismados en el susurro del viento.

(...)

Y, entonces lloraremos a nuestros amigos, como nosotros seremos llorados si nuestra vida ha sido recompensada con la amistad y el amor.

Si lo tuviste, papá, no sabes lo que me alegra, aunque no llegase a conocerlo. Todo es confuso desde hace meses. Y raro. Quisiera estar enfadada y no puedo. Presiento cosas que no suceden. Desearía renunciar, pero lucho. No soporto la impostura. Ni pensar una cosa y hacer otra. Vivo centrada en estas memorias, en estas golondrinas que son como una segunda memoria, y hablo con nadie, y le cuento a la nada lo que siento, y no termino, no termino nunca este presente que se retroalimenta con el sueño y vuelve al día siguiente más fuerte, con más fantasmas, con más sentimientos, como una cadena perpetua de palabras que no sé si alguien entenderá.

Los demás no sé qué hicieron con su parte de las cenizas. Ni siquiera sé si alguno las rechazó. Puede ser. Todo puede ser,

cualquier posibilidad. Mamá dijo que habías vuelto a casa. Y, en cierta forma, fue lo que ocurrió. Volviste al corazón de todos.

No sé por qué te habías alejado tanto.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

Mi estancia en Madrid iba tocando a su fin y yo contaba las horas y las alargaba; no quería que terminasen nunca. La víspera de mi partida, Matilde y Eugenio me prepararon una despedida muy especial cargada de emoción. Solo había estado unas semanas con ellos, pero me habían hecho sentir como si fuera un hijo. Quizá lo fui. Desde luego, ellos fueron lo más parecido a los padres que siempre había deseado tener. Ambos sabían de mí más que mi propia familia, conocían mis sueños, mis ilusiones y también, cómo no, los frenos que podrían impedir llevarlos a cabo. Me conocían porque habían preguntado. Y yo, había sido sincero.

Hubo palabras bonitas, palabras de comprensión. Y, en un determinado momento de la velada, doña Matilde se puso muy seria y tomó la palabra, mientras Eugenio me miraba sin pestañear, como queriendo confirmar con su expresión lo que me iba a decir su mujer:

—Mira, Carlos, ya ves cómo vivimos, y esto es lo que podemos ofrecerte. Esta casa es enorme, un exceso para nosotros dos. No tenemos a nadie en este mundo, no fuimos bendecidos con hijos y no tenemos familiares próximos. Con esto quiero decir que, para nosotros, sería una inmensa alegría que te vinieras a vivir a esta casa. Aquí podrías continuar con tu formación musical, que es lo que quieres hacer y nosotros te apoyaríamos en todo. Te compraríamos un piano, ya lo hemos hablado, ¿verdad Eugenio?, y lo colocaríamos en tu habitación para que pudieras practicar más cómodo y con algo de privacidad. Serías nuestro ahijado...

Y no pudo seguir hablando porque se le llenaron los ojos de lágrimas. Yo la abracé con fuerza, la besé muchas veces, le di las gracias por tanto cariño, mientras Eugenio pasaba su brazo por mis hombros con ternura.

Me acosté agradecido, tenía el corazón en un puño y, por un momento, durante unas horas me permití soñar con el futuro que quería.

Al día siguiente, regresé en tren a Valladolid.

De camino, me entretuve mirando por la ventanilla la sierra de Guadarrama y me vino a la memoria un recuerdo. Fue como un fogonazo. Me vi tres años atrás en el teatro Pradera, con entradas para ver la película *Los crímenes del Museo de Cera*. Las habíamos cogido en el gallinero porque nuestra economía era más bien escasa. El teatro era un edificio de principios del siglo XX y tenía una mezcla de estilos muy al gusto de aquella época. Flanqueaban la entrada dos columnas salomónicas y cerraban los laterales dos torres. La sala tenía tres plantas, plateas, palcos y galería en forma de herradura. Se situaba en la entrada del Campo Grande, mirando hacia la plaza de Zorrilla, muy cerca de nuestra casa. Apenas había empezado la película, comencé a sentirme mal. Sudaba mucho y tenía un dolor muy intenso en el vientre. Me hice un ovillo pensando que quizá eran gases, pero el dolor no cesó, todo lo contrario, era cada vez más fuerte. Salí al vestíbulo para respirar un poco y me apoyé en la pared. Estaba pálido, desencajado, apenas podía respirar. El acomodador se interesó por mí, me ofreció una silla, abrió una de las ventanas para que me diera algo el aire, pero no funcionó y yo no soportaba el dolor que sentía. Me partía en dos mitades. Decidí marcharme a casa y caminé como pude, apretándome la tripa con las dos manos. Bajé por la calle Santiago retorciéndome y se me hizo interminable el camino, como si nunca lo hubiera hecho. Pensaba, mientras avanzaba, en lo que haría al llegar a casa, ¿a quién podía pedirle ayuda? Mis padres estaban de viaje y mi hermano, con un amigo. Ya en San Benito, ni siquiera tuve tiempo de pensar, al cruzar la puerta del portal me precipité en la primera casa que tuve a mano, la del entresuelo. Sabía que allí vivían dos profesores con su madre ya mayor. Llamé con los nudillos, y juraría que grité, que pedí auxilio, aunque quizá me lo invente. Me abrió doña Andrea y al verla me desplomé en sus brazos. No recuerdo nada más. No sé qué hicieron conmigo, cómo llegué al

hospital o cuándo llamaron a mis padres. Desperté en una habitación muy blanca y desconocida, tumbado sobre una cama aún más blanca, a mi lado estaban mis padres sentados con cara de preocupación. Tenían las manos agarradas. Al verme despierto, su rostro se alivió.

—¿Dónde estoy? —les pregunté.

—En el Sanatorio Quemada, hijo mío —respondió mi madre—. Ay, qué susto nos has dado.

En ese momento entró un médico con bata blanca, todo era blanco en aquel lugar, me palpó el vientre, el costado, me tocó la frente y me dijo:

—Todo va bien, chico. No te preocupes. Ya no duele.

No me dio tiempo a responder. Imagino que importaba poco si me seguía doliendo o no. Se giró y se dirigió a mis padres. Escuché que les decía que me habían tenido que operar de urgencia, que había llegado inconsciente con un cuadro de apendicitis aguda y que menos mal que los vecinos habían reaccionado a tiempo y lo habían llevado al hospital porque, de lo contrario, hubiera podido ocurrir lo irremediable.

Mi madre asentía llorosa a lo que el doctor le decía y me miraba con infinito amor. Mi padre, con el rostro mucho más serio, le dio la mano al doctor y la apretó agradeciéndole toda su labor.

Aquel episodio me hizo pensar en el prójimo, incluso en las relaciones y los sentimientos y la manera tan distinta de expresarlas. Y el viaje en el tren desde Madrid me lo recordó de nuevo, no era la primera vez que, en momentos decisivos de mi vida, alguien ajeno a la familia me ayudaba y me sacaba del pozo. ¿Me sucedería más veces?

Ya llegaba. El tren había dejado tras de sí los túneles y la planicie castellana se abría mostrando sus mejores galas, el cereal rubio en plenitud.

Nadie vino a buscarme a la estación. Y yo sentí un pellizco de tristeza en el corazón.

Al entrar en casa, sin embargo, salieron a recibirme felices y emocionados, estaban orgullosos, lo decían sus miradas, sus abrazos, su manera de apretarme. Mi sobresaliente era también un poco el suyo. Mi madre quería saberlo todo, me seguía por el pasillo y yo me senté con ella sobre la cama y le relaté la aventura madrileña hasta el más mínimo detalle. Al terminar, satisfecha, me dijo:

—Deberías ir a ver a Julita, Carlitos. Creo que te espera. El otro día me la encontré por la calle y casi se me echa a llorar. Fue un poco embarazoso, la verdad.

—Está orgullosa, solo eso, como tú, mamá.

—Lo entiendo, lo entiendo, pero en la calle...

—Voy enseguida. Yo también tengo ganas de verla.

Cuando Julita abrió la puerta de su casa y me vio, me estrechó con fuerza. Fue un largo abrazo, un abrazo esperado, de maestra y alumno, de confidente, un abrazo que susurraba una sola palabra:

—Gracias, gracias, gracias.

—¿Por qué, Julita?, en tal caso, el agradecido sería yo.

—No, Carlos, tú has hecho realidad todas mis expectativas como maestra. Me siento tan orgullosa que no puedo dejar de sonreír. Alumnos como tú es difícil que se repitan.

Nos sentamos en el banco del piano y le hablé de la propuesta de doña Matilde y don Eugenio. Era la primera persona a la que se lo decía. Se emocionó.

—Tienes que aceptarlo, sí, desde luego, sigue, Carlos, sigue y no lo dejes. Tienes un don, lo sabes, ¿no? La música es tu futuro. Serás el mejor pianista del mundo y yo te iré a ver allá donde toques.

—No sé si mi padre lo verá igual.

—Debes convencerlo.

¡Cuánta fe tenía Julita en mí, mucha más de la que yo tuve nunca!

Lo sorprendente fue que, cuando lo conté en casa, con mil reparos porque tenía mucho miedo de que me dijeran que no, se admiraron del ofrecimiento de la acogida de Matilde y Eugenio y dijeron que sí sin ninguna observación. Y añadieron que aquellos amigos eran una bendición y que era una ayuda familiar que venía como caída del cielo.

Aquel fue uno de los veranos más felices que recuerdo. Todo era nuevo y emocionante. Todo sabía un poco a bienvenida y a despedida.

14

El principio de la estación

*Cada golondrina tiene su canto y su presagio,
su estación y su regreso*

NOVIEMBRE

El duelo

Ante una realidad extraordinaria, la conciencia toma el lugar de la imaginación, escribiría Wallace Stevens.

Releo lo que he escrito hasta ahora, esta realidad del duelo, esta conciencia que imagina, que no parece que viva en el presente, que llega hasta donde más lastima, hasta el límite, hasta el hoy, y que comenzó allá por el mes de noviembre avanzando a trompicones como si fuera un edificio mal construido. Estoy tan cansada de decir que quisiera que ya, mañana mismo, ahora mismo, terminara y pudiera alejar la tristeza de mi vida y estas confidencias...

Quiero despedirme de ti. Ay, papá, puedes estar tranquilo, todo va doliendo menos. Todo ha ido encontrando su sitio, incluso lo que es imposible de acomodar.

No tengo nada más que decir. O sí. Siempre hay algo que decir, que añadir, que revelar, que perdonar, a ti, a mí, a los otros, al papel que es el más inocente de los elementos y el que más soporta los desahogos, y creo que por eso sigo yendo a tu árbol y sigo escribiéndote, aunque ya no lo hago cada día como antes. No puedo contarlo todo.

Se terminaron las flores silvestres de la primavera, la explosión de colores que casi te cubrieron por completo, amarillas, naranjas, rojas, violetas, cada una con su nombre, aunque yo no los conozca todos, y cuando el paisaje se secó, me tomé un respiro.

¿Sabes?, un día me encontré con un perro haciendo sus necesidades sobre ti, así, tan contento. ¡Eso sí que fue indigno! No el perro que hacía cosas de perro, a él no puedo culparle, pero al dueño, al dueño sí. No contento con el pis, el perro movió con las patas traseras todas las baldosas que yo había colocado con mucho cuidado por colores y que había limpiado con más mimo todavía. Marcaba su territorio, pero se estaba metiendo en el mío. Me quedé

muy quieta mirándolo con mucha rabia. No al perro, al dueño. No dije nada. No hizo falta. El árbol era nuestro. Bali lo sabía. Conocía mi rutina y la veneración con la que trabajaba allí a solas. Se enfrentó con él y yo le dejé. ¿Por qué no? En el mundo animal siempre hay una clara jerarquía natural. Hay que respetarla, como los lugares de culto improvisados que te encuentras por el camino, en un bosque o en la curva de una carretera cualquiera. Está feo destrozarlos. Fuera de lugar. Tuvieron una pequeña pelea que subsanó el otro dueño apartando a su perro del mío. En el intento, se cayó sobre un seto y me dio exactamente igual. De hecho, me alegré. Seguí muy quieta. Muy callada. Mirando el destrozo, el vandalismo inconsciente y también el consciente. Creo que entendieron lo que pasaba, por qué los miraba tan seria.

No volvieron a venir, o al menos, yo no volví a cruzarme con ellos.

Ayer regresé. Ayer, en tu día. Todo estaba sucio y desordenado. Imaginé la causa, la lluvia, las tormentas, el barro de los últimos días, los perros, las excusas y que no me había acercado a cuidarte. Me entristecí al verte tan abandonado y me agaché a limpiar, a colocar de nuevo tus azulejos y a recomponer el mosaico estropeado. Busqué más baldosas y, mientras lo hacía, te pedí perdón mil veces y charlé contigo. Bali hacía guardia mientras yo te hablaba de mi viaje a Francia y de las golondrinas, de cómo avanzaban en el papel junto a ti, de que me había vestido como ellas gracias a que Beatriz me había prestado la ropa de la época, de que había iniciado su camino hacia Mauleón-Licharre. Por fin, estaba preparada para hacer el viaje caminando y por fin había entendido, en mi propia piel, su migración. ¡Qué duras eran sus vidas! ¡Cuánto valían aquellas muchachas! ¡Qué coraje tenían! Te conté que, al llegar, había conocido a la bisnieta de una de ellas, Pascale se llama, que tiene una fábrica en Mauleón-Licharre, que le había regalado la novela *Agua de Limón* y ella a mí unas alpargatas. ¡Qué intercambio más maravilloso! Como los de antes, cada una su oficio, un trueque perfecto. Su vocación por la mía.

Dos años ya, papá, te dije ayer. Dos años. ¿No es increíble cómo pasa el tiempo? Dos años y todavía puedo recordar aquel día, tu

olor, tu cuerpo, tu vida marchándose a otro lugar, uno desconocido.

¿Estás bien? ¿Sigues aquí conmigo? No te vayas todavía, aún tenemos cosas que resolver. ¿Te das cuenta de lo equivocado que estabas? No era amor, nunca fue amor, aunque tú te convencieses de que sí. Aunque nos convencieras a todos. Bueno, a todos no, los escépticos siempre existieron. Y los dolidos.

Siento cierta incomodidad al hablar de ello. Como si todavía hubiera una muralla que quisiera derribar y no pudiera. No, no puedo. Me apresa incluso llegando al final. Hoy, quizá, me hubiera gustado recibir un largo abrazo o uno pequeño, un apretón de manos, una llamada, que alguien hubiera dicho algo en el grupo familiar, no lo sé, cualquier cosa, un simple: «hoy murió papá». Pero no. No ha habido nada. Y yo entono el *mea culpa*. En casa sí lo he pronunciado en voz alta. Ha sido durante la comida, pero nadie ha dicho una sola palabra. Solo me han mirado con pena. Incomoda la palabra muerte e incomoda la pena. Imagino que cada uno recuerda a su manera o no recuerda. La pérdida es un acto solitario, como lo es el querer, o la sorpresa cuando ocurre una tragedia, la negación, la ira, la superación, la tristeza o la aceptación cuando llega el momento; las fases del duelo hay que pasarlas en silencio o abrazado a alguien que te entienda. O escribiendo. Las páginas son siempre el mejor testigo. Lo que yo hago ya lo han hecho otros mucho antes y lo seguirán haciendo después, liberar el duelo a través de la palabra es lo más viejo del mundo.

Todo está inventado, incluso despedir a la muerte o saludar a la vida, incluso la interrogación y la espera.

Seguir viviendo forma parte de un lento destino.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

Salimos de la casa con el murmullo de las golondrinas desayunando a nuestras espaldas. Parecían felices y descansadas y yo quería unirme a ellas, a sus risas, a su despreocupación, pero no, no podía.

Antes de salir, me acerqué a Catalina y le pregunté:

—¿Serías mi pareja en la fábrica?, solo al principio. Antonia dice que no debo estar sola.

—Encantada, mi *hirondelle*, seré algo más que tu pareja, seré tu guardiana. No estés nerviosa.

—Eso es imposible. Tengo muchísimo miedo y un nudo en el estómago que no sé si seré capaz de deshacer algún día. Esto me queda grande.

—Nada de eso. Todo va a ir bien, ya lo verás. No eres la primera que empiezas ni serás la última, recuérdalo. Incluso las aves tienen que aprender a volar. Te veo en la fábrica. Yo te buscaré, no te inquietes.

Recogimos por el camino a Lucía y a Elena en la casa de los *Hualde*, estaban pálidas, tan nerviosas como yo. Nos dimos las manos sin pronunciar palabra para darnos ánimos. Antonia nos daba instrucciones y consejos, no paraba de hablar. Nosotras la escuchábamos en silencio. Asentíamos. A medida que avanzábamos por el barrio se nos iban uniendo otras mujeres, me fijé que todas vestíamos igual, y que la mayoría hablábamos español y vasco. Éramos una gran bandada de golondrinas migrantes.

Entramos en *Béguerie*, la misma fábrica en la que estábamos todas las que habíamos hecho el viaje juntas, aunque había muchas más que se dedicaban a lo mismo. La verdad es que no me esperaba lo que vi. ¿Por qué me había imaginado un sencillito taller de costura? Aquello era enorme. Y el ruido de las máquinas ensordecía. Había una sala con grandes mesas y bancos corridos para que las

alpargateras se sentaran a coser, pero no eran suficientes para todas. En ese momento entendí y bendije haber llevado mi banqueta. También había máquinas a los lados que se ocupaban de trenzar las suelas y otras tareas que ese mismo día aprendí, algo novedoso, como nos contó Antonia. Olía muy fuerte, a cuerdas, a rollos de telas, a yute, al cáñamo, al sudor de los hombres y las mujeres que trabajaban allí cada día y se dejaban los ojos, las manos y la vida entera por un sueldo mísero.

A pesar de que era temprano, ya había decenas de trabajadores por allí y nos acercamos a un señor con una boina negra. Antonia nos dijo que se llamaba Pierre y que no hablásemos hasta que ella nos lo dijese.

Se dirigió a él en francés y estuvieron conversando un buen rato. Parecía que se llevaban bien. Incluso se reían. Él nos miraba de arriba a abajo. Antonia le aseguró que teníamos quince años, eso nos dijo después, porque nosotras no entendíamos lo que decían, pero él no se lo creía, nos debía de ver muy niñas y por debajo de los catorce, le explicaba, era un problema contratar; no es que no se hiciera, pero había que ocultar a las chiquillas por si había una inspección de trabajo y era un poco engorroso. Yo le dije que en casa tenía la partida de nacimiento, que mi madre me la había metido en el hatillo y eso iluminó sus ojos. Al final lo convenció y comenzamos a trabajar. Bueno, comenzamos a buscar nuestro sitio en aquel gigantesco lugar. No sabíamos hacer nada y la fábrica estaba cada vez más llena de trabajadores. Sin duda, éramos más una molestia que una ayuda.

En ese momento, entró un aviso de una mina del norte y el capataz dio un grito.

—¡Vamos, a trabajar, rápido, no hay tiempo para enseñaros más el oficio, lo aprenderéis sobre la marcha! —dijo Antonia muy seria—, acaba de entrar un gran pedido para una mina y tiene que salir adelante entre hoy y mañana. A nosotras nos pagan a destajo, por alpargatas, cuantas más seáis capaces de coser en el día, más cobrareis. Tú, Ainhara, siéntate con Catalina y aprende de ella.

Cópiala en todo lo que haga. Está allí, al fondo de la nave. Y vosotras dos, sentaros a mi lado e imitadme. Intentaré hacerlo despacio al principio hasta que cojáis el ritmo.

Corrí hacia Catalina con mi banqueta en la mano. Mientras avanzaba, escuchaba a la gente hablar. Allí todas las lenguas se mezclaban entre sí; pude reconocer el vasco, el navarro, el francés y el castellano, pero se me hizo imposible entender ni una sola conversación. Al llegar junto a ella, ni siquiera levantó la mirada, pero me sonrió.

—Termino este par de alpargatas y te enseño los pasos desde el principio. Venga, Ainhara, ve cogiendo aguja e hilo y observa bien cómo se hace el trabajo. Y, sobre todo, vuela, que por eso nos llaman golondrinas.

—Creo que no es por eso —apunté con timidez.

—¿Ya estás llevándome la contraria? ¡Vaya pupila listilla que me he echado!

Y la risa de Catalina sonó tan alto que, incluso con el ruido de las máquinas, el resto de las mujeres que teníamos cerca se nos quedó mirando y se unieron a su risa. Era contagiosa.

Una dijo:

—Buena maestra has elegido, pequeña. Aprender, no sé si aprenderás, pero te lo vas a pasar muy bien, eso seguro. Catalina siempre tiene las mejores historias para nosotras.

Me di cuenta enseguida de que Catalina era una mujer muy querida entre las golondrinas, querida y respetada, tanto como lo era Antonia o Manuela, aunque de manera diferente. Incluso el capataz hablaba con ellas de igual a igual. Y yo deseé parecerme a ellas, que otras muchachas confiaran en mí, ser guía más adelante, y para eso tenía que estar muy despierta, ser rápida y no distraerme, y algo fundamental, dominar el francés.

Así que me puse manos a la obra.

Mis manos gemían de dolor. Y el ruido casi me enloquece las primeras semanas. Tardé casi tres meses en acostumbrarme a los trenzados, al paño, a la aguja, a las horas acumuladas mirando hacia abajo, a la vista cansada, al dolor de espalda, a las horas extra después, ya en la habitación, porque no me daba tiempo a terminar en las once horas que estaba allí metida, en la fábrica, pero lo logré. Las chicas me ayudaron a conseguirlo, sobre todo Catalina. Y llegó un momento en el que ya no escuchaba ni el ruido. No dejó de dolerme el cuerpo entero, pero se fue habituando a la rutina de aquel trabajo durísimo. El idioma fue mucho más fácil, lo escuchaba y se me quedaba. Tenía facilidad. Era dulce, casi como un susurro, como escuchar a un ave a media tarde antes de irse a dormir. Me gustaba mucho. Escribía a mis padres cada quince días y les hablaba de Mauleón-Licharre y de lo que hacíamos allí. No de todo, no quería asustarles; nunca nombraba el frío, ni las horas de trabajo, ni las heridas en las manos. Nunca les decía que dormía poco, que me acostaba tarde, que me levantaba al alba, que pasaba mucha hambre, que mi pareja de golondrinas, esas que ellos conocían y anidaban en nuestra ventana, ya no venían a visitarme, que se habían marchado a tierras más cálidas. Tampoco que la gente enfermaba en aquella odiosa fábrica por la humedad y la falta de condiciones de salud, que una golondrina de Isaba había fallecido de pulmonía a principios del mes de noviembre. Eso me lo callaba todo. Aprovechaba las cartas para hablarles de cosas bonitas. Les decía que estaba ahorrando todo lo que me daban, que la ciudad era preciosa, que había muchas tiendas donde vendían vajillas, porcelana de Limoges, sábanas y manteles, jabones e incluso una máquina de coser, telas, relojes... Les contaba que en primavera tendrían que subir hasta algún punto de la frontera lejano a la aduana con alguna mula, ya que no me iban a permitir salir con nada comprado en tierra francesa ni tampoco con su moneda. Tenía que desprenderme de todo antes del control fronterizo. Los animaba a pensar en mi vuelta. A planear cómo hacerlo. A que me dijeran qué querían que comprase para venderlo después o incluso para quedárnoslo nosotros. Les compartía pequeñas confidencias de las chicas, de Antonia y sus hijos, de lo unidas que estábamos, de que

era como una madre para mí, de mis salidas al campo los domingos por la mañana para pintar aves y les hablaba también de los bailes de la plaza, de la *Jotavilla* y de lo divertidas que eran las fiestas de los españoles. Las muchachas adoraban aquellos bailes, ponerse guapas, aunque siempre utilizásemos la misma ropa, bailar agarradas, reír, era la única manera de soportar el día a día de la larga semana. A mí no me gustaba bailar, pero adoraba observarlas, los cortejos de ellos, los coqueteos de ellas, los enamoramientos que no duraban ni dos días, los desaires. Se formaban pocas parejas en Mauleón, pero los que se unían, se prometían para siempre y ya no volvían a España. Allí, sentían que tenían más futuro.

Nada era demasiado serio en Mauleón, ningún sentimiento, éramos emigrantes de ida y vuelta, eso decían todos; sin embargo, para mí, no era así, muy pronto sentí que aquel lugar me estaba transformando, que otra Ainhara estaba ocupando mi sitio, una que nunca hubiera imaginado que existía.

Justo cuando se acercaba la Navidad y empezaba a entrarnos cierta nostalgia de casa, a Catalina se le ocurrió una idea increíble.

Estaba emocionada al contárnosla durante la cena:

—Me han dicho que desde Mauleón-Licharre han puesto un tren que te lleva directo a la ciudad de Pau y que desde allí se puede coger otro tren hasta Biarritz.

—¿Y qué se nos ha perdido en Biarritz? —protestó Manuela.

—Ay, querida amiga, el mar. ¿Habéis visto alguna vez el mar?

Y todas nos quedamos calladas negando.

—Bueno, pues yo tampoco, así que ya es hora de que lo veamos, ¿no os parece? Podemos ir el sábado y volver el domingo.

—Yo he oído que se parece mucho a un río gigante —aseguró Isabel —, se lo escuché una vez a un amigo de mi padre que había venido de América.

—¿Y la misa? —apuntó Joaquina.

—Digo yo que en Biarritz habrá iglesias, mujer. Aunque tampoco pasa nada si no vas a misa por una vez.

—Eso sería pecado.

—¡Qué cosas dices! No creo que vayas a ir al infierno por no ir un domingo a misa. Venga, ¿quién se apunta?

Y ella sola levantó la mano.

—No me lo puedo creer. ¿Ninguna tiene curiosidad por ver el mar?, ¿por hacer algo especial este año en Navidad?

—¿Cuánto dura el viaje?

—Creo que unas siete horas.

—Está muy lejos.

—Y, además, ya vamos a hacer algo especial —zanjó Antonia—, comeremos juntas, como otros años, cantaremos villancicos, podremos contarnos cuentos y recordar a nuestras familias y, sobre todo, haremos algo que nunca hacemos, descansar. Sueño con echarme una siesta junto a la chimenea.

—A mí me gustaría mucho, Catalina —me atreví a hablar—, ver el mar, digo. Dicen que en la costa hay gaviotas, unas aves grandísimas, y quisiera verlas. Pero ¿no será muy caro? No puedo malgastar el dinero que ahorro para mis padres en viajar.

—Por fin, la más joven y la más valiente del grupo, aunque prefiera ver gaviotas al azul del Atlántico. Gracias, Ainhara.

—No hay de qué.

—No, no, no me convence, no es prudente, Ainhara. Te recuerdo que estás bajo mi protección y pienso que a tus padres no les haría ninguna gracia enterarse de este viaje. Dos mujeres solas viajando por Francia, no, no está bien visto.

—Pero si hemos venido solas desde España y por un lugar mucho más peligroso que un tren de pasajeros, ¿qué diferencia hay? —se enfadó Catalina—. Sois unas antiguas. Así nunca podremos avanzar. Habláis de libertad, de trabajo, os quejáis de la falta de igualdad en

los salarios, pero cuando podemos ejercerla o hacer algo, levantar la voz, por ejemplo, siempre os echáis atrás.

—La diferencia, querida Catalina, es clara, la necesidad.

—La necesidad no nos hace menos libres. Y disfrutar un poco no es un pecado, digo yo. No todo va a ser comprar manteles y soñar con casarse y tener hijos. Tenemos más vida. Una propia que no depende de nadie y a nadie le debe cuentas. Me voy a dar un paseo. Necesito aire. A veces me ponéis enferma con tantos miedos y tanta sumisión.

—Te acompaño, ¡espera! —dije, saliendo tras ella—. Nos vemos luego, chicas. Voy a ver si la calmo un poco, pero estoy de acuerdo con ella. Tenemos más vida, y aquí, podemos vivirla. Nadie nos conoce.

—Te conozco yo, y conozco a tus padres, no lo olvides —me amenazó Manuela.

—¿Y se lo contarías? No me lo creo. ¿Recordáis lo que me dijisteis cuando veníamos por la montaña? Lo que sucede en Mauleón, se queda en Mauleón. Pues eso.

Esa tarde Catalina y yo planeamos el viaje a Biarritz. Fuimos a la estación y preguntamos el precio de los billetes. Cuando me vio poner cara de susto, dijo que ella lo pagaría, que no me preocupase. A mí me pagaban una miseria, la mitad que a ella, porque no había cumplido los dieciocho. Y yo asentí agradecida, por nada del mundo quería perderme aquella aventura. Decidimos que dormiríamos en la estación y así nos ahorraríamos el dinero de una habitación en una posada. Total, qué más daba, estábamos acostumbradas a pasar muchas horas sentadas en un banco de madera. Estaba emocionadísima. Iba a ver el mar. Iba a ver gaviotas. Y por primera vez en la vida, me daba igual lo que pensasen de mí las demás. No sé si Catalina era una buena influencia o todo lo contrario, pero me hacía sentir algo que no había probado, la libertad.

Trabajamos la jornada completa el día de Nochebuena, once horas seguidas, ni una más ni una menos, no hubo excepciones ni regalos

y volvimos a casa exhaustas y con el frío metido en el cuerpo. Sin embargo, la cena fue inolvidable. Una verdadera fiesta de hermandad. Nos lavamos bien y nos pusimos manos a la obra olvidándonos del cansancio, y desplegamos todo el arte de los fogones para pobres en la cocina. Cada una se ocupó de un plato, de aquello que mejor sabía hacer con los pocos ingredientes que fuimos capaces de conseguir. Los precios estaban por las nubes. Elaboramos un auténtico festín: migas, huevos, algo de carne, quesos y, de postre, torrijas y arroz con leche. Ángel encendió la chimenea, los hijos de Antonia habían ido a por leña por la tarde y habían adornado con piñas y muérdago el salón y la entrada. Todo fue sencillo y encantador al mismo tiempo, dieciocho personas reunidas en torno a la mesa, nuestra parvada al completo y la familia de Antonia, que se conocían de apenas unos meses atrás, dieciocho personas que convivían en lo más precario y que se apoyaban pese a todo, quince hermanas, tres hermanos. Para mí, que nunca había tenido una familia, que había sido hija única, aquel despliegue en la mesa, aquel baile de manos y platos compartidos, aquel barullo de risas, conversaciones cruzadas, canciones tradicionales y brindis en el centro del salón, fue lo más especial que había vivido nunca. Me sentía llena, dichosa, apaciguada en mis miedos. Sentía que había crecido varios años en tan solo tres meses.

Catalina alzó la copa e hizo un brindis mirándome:

—Por bebernos la vida, golondrinas.

Lo dijo en plural, aunque yo sabía que solo estaba pensando en mí. No entendía por qué al final ninguna de las muchachas se había apuntado a nuestra aventura de Biarritz, y, en cierta manera, eso nos entristecía a todas.

Chocamos las copas sonriendo, aunque pude percibir un cruce de miradas preocupadas entre Antonia y Manuela que preferí ignorar.

Esa noche caí en un sueño muy profundo y me despertó el revuelo en la ventana de una pareja de golondrinas. No podía ser. ¿Eran ellas?, ¿en pleno invierno? El corazón me iba muy deprisa. ¿Significaba algo que hubieran vuelto tan pronto? Me quedé muy

quieta y tumbada pensando en ellas. Las golondrinas siempre aparecían en mi vida por algún motivo y este se me escapaba. Solo iba a ver el mar. Solo iba a ver gaviotas. No había de qué preocuparse.

Apenas había amanecido, cuando escuché que Catalina se acercaba a mi cama.

—¿Ya estás despierta?

—Sí, te estaba esperando.

—Pero, ¿es que tú no duermes nunca?

—Me han despertado una pareja de golondrinas en la ventana.

—¿Golondrinas?, ¿cómo va a haber golondrinas en invierno? Seguro que lo has soñado.

—No, estaban ahí, de verdad. Es una larga historia. Hay una pareja que me acompaña siempre, y estas me han seguido desde Salvatierra de Esca.

—Madre mía, Ainhara, tú y tus aves, menuda imaginación tienes. Deberías ser escritora. Además, con lo bien que se te da, seguro que tendrías éxito.

—¡Qué cosas dices!

—Nada que no sea cierto.

—Las mujeres no escriben.

—Ya lo creo que sí. Aunque nadie nos tome en serio. Venga, vamos. Intenta no hacer ruido. Desayunaremos por el camino. Ayer dejé preparadas algunas sobras de la cena.

—Ay, ¡qué ilusión!

—No te olvides el cuaderno para pintar tus gaviotas. Ni la documentación. Guárdalo todo bien dentro del pecho. Yo llevo el dinero y los billetes.

En ese momento, al levantarme, de nuevo pude ver a las golondrinas aleteando fuera. Me giré para llamar a Catalina y que no pensara que me lo había inventado, pero ya se había marchado. Salí

de puntillas de la habitación y al cerrar la puerta, me volví y les susurré a las chicas:

—¡Feliz Navidad!

No me escucharon. Todas dormían.

A mi lista de cosas que nunca había hecho iba a sumar otra, el tren. Al llegar a la entrada nos encontramos con Antonia, que nos esperaba inquieta.

—Prometédme que tendréis cuidado, por favor —dijo cogiéndonos de las manos.

—¡Hecho, jefa! Volveremos tan pronto que no te habrás dado ni cuenta de que nos hemos ido —se burló Catalina, quitándole hierro a su cara de preocupación.

—Tú siempre de broma, Catalina, ¿no descansas ni de madrugada? Os lo digo muy en serio.

—Y en serio hablo yo. Cuidaré de la benjamina, que ya sé que es un bien preciado para ti.

—Tú también lo eres, querida. Además, de la alegría de esta casa.

—Tenías que haber venido.

—No, no, no puedo dejar a los chicos el día de Navidad y tampoco al resto de las golondrinas. Me basta con que me lo contéis todo después.

—¿Has cogido algo de comer para el camino?

—Sí, nos hemos llevado las torrijas que sobraron.

—Por cierto, no te lo dije ayer, Ainhara, pero qué ricas estaban. Por un momento sentí que volvía a casa.

—Para mí fue como si pudiera ver el rostro de mi madre. Se detuvo el tiempo.

—Chicas, siento interrumpir esta bella escena nostálgica, pero o nos vamos ya o perdemos el tren.

—Idos, idos, y ¡buen viaje!

Salimos corriendo.

Encima de nosotras, dos aves nos acompañaban en la carrera. No quise decirle nada a Catalina.

AGOSTO

Una larga despedida

No volvimos a encontrarnos hasta que llegaron las sorpresas.

Pasaron meses.

Los amaneceres se sucedían uno detrás de otro, había comenzado a hacer frío y yo seguía anclada en agosto.

Un agosto con sabor a noviembre. Un agosto que recordaba de otra manera. Un agosto blanco, sereno, despierto, sin llanto, con una mesa y una silla y una ventana a la espalda molestándome, con el deseo de contar, de seguir el rastro de las migas de pan en el mantel.

Sí, el relato tenía que continuar en algún punto del paisaje, desde lo indescifrable de la intimidad, desde ese espacio intocable, completamente ajeno a los demás. No hay valor sin algo de miedo. Yo lo tenía, muchísimo miedo.

Miedo a los otros, a los más cercanos, al escenario, al dolor, a los recuerdos, a una mirada, al puro agotamiento, al asombro, y lo peor, a no poder callar.

Y así, con ese miedo, he llegado hasta este momento y casi no he dicho ninguna palabrota y eso que se me cruzan entre los dedos y las escribo, y las borro, y me reprendo por ser incorrecta, pero joder, esta la dejo, es imposible escribir algo sincero sin entrar, sin tocarlo desde dentro, sin hundirte.

Todo lo que contamos es, de alguna manera, un mapa sentimental, nos observa y nos juzga, se ríe de nosotros, pero también nos levanta.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

Me enamoré, eso fue lo más emocionante que me sucedió aquel verano. Fue mi primer amor. Fue el único. Nuestra relación comenzó casi como un juego, algo inocente entre los dos. Yo la seguía a todas partes, me gustaba su compañía, su cara, su sonrisa, la libertad que tenía; era divertida y osada, dos años mayor que yo, hacía cosas tan distintas a las que yo estaba habituado que me atrajo como un imán.

Por aquel entonces, yo no sabía nada del amor. Tampoco ella. Y eso fue lo mejor, que todo comenzó sin quererlo, como si nada, un conocimiento de verano que duraría ocho años de cartas y que culminó en una boda por la iglesia, cincuenta años de casados, seis hijos y seis nietos.

Pero, ¡quién podía imaginárselo en aquel momento!

Se llamaba Aurora, y nos conocimos en el balneario de Alhama de Aragón. Ese año, quizá ufano por mis exámenes del conservatorio o porque el negocio de la sastrería había ido muy bien durante el año, mi padre decidió que nos iríamos de vacaciones. « Quince días », dijo. « Vamos a descansar quince días, que nos lo merecemos. Y qué mejor sitio que un balneario » .

Al principio, mi madre estaba feliz, palmoteaba contenta, pero después, cuando se fue al armario y comenzó a mirar su ropa, sobrevino el drama. Y es que nada le convencía, decía que no tenía ropa elegante y que no quería desentonar, que era mejor no ir. Pero mi padre le quitó hierro al asunto y la abrazó: « Candelas, que es un balneario de verano, no el Casino Mercantil, no exageres, ¡por Dios!, elige cualquier cosa, a ti te queda bien cualquier vestido » . Mi hermano y yo los mirábamos sin entender, pero estábamos tan contentos que no parábamos de sonreír, y aunque no sabíamos lo que significaba la palabra balneario ni la gente con la que nos

íbamos a encontrar después, eran nuestras primeras vacaciones de verdad y, solo por eso, valía la pena estar felices.

Al llegar allí, lo entendimos todo; de hecho, mi madre no exageró ni un poquito. El ambiente era elegante, distinguido, de familias ricas, de gente mayor, apenas había algún niño o adolescentes y el silencio era sobrecogedor; sin embargo, pese a sentir desde el principio que éramos como peces fuera del agua, nos quedamos prendados del lugar.

Y yo, de Aurora.

Ella pasaba allí todo el verano, no quince míseros días como nosotros, aunque a mí me pareciesen un mundo. Por aquel entonces, yo no sabía que ella era la sobrina de Magui, ni que Magui era la ama de llaves del señor. No se comportaban como tal, sino como una familia unida, feliz y relajada. Para mí, el señor, el *abuelo Piquito*, como ella lo llamaba, era su abuelo, porque así la trataba, como a su nieta, como a la niña de sus ojos, y ella a él como a su abuelo. Se querían, de eso no había ninguna duda. Magui era una madre cariñosa, entregada y se desvivía porque estuvieran bien atendidos. Muchas veces he pensado por qué Aurora se fijó en mí aquel verano y por qué se prendó al siguiente cuando repetimos, no teníamos nada que ver, ni en el nivel económico ni en la educación ni en los gustos, ni siquiera nuestra manera de ser se parecía. Ella tan jovial y yo tan serio, tan callado, tan tímido, pero imagino que intervino el destino o quizá fuese mi propia rebeldía. Aurora era la antítesis de mi hogar y yo quise, desde el primer momento, que mi hogar fuese ella.

También, y en cierto modo, creo que influyeron mis padres. Emparentar con una familia rica era su sueño y yo lo iba a hacer realidad. Me animaban a buscarla, a dar un paseo con ella, a intentar intimar. El primer verano solo fuimos amigos, montábamos en barca, hicimos senderismo por la zona o nos bañamos en el lago lleno de peces. Ella, a veces, bajaba a escucharme tocar el piano. Incluso hubo una vez que bajó con su violín y tocamos juntos el himno británico de manera improvisada. Fue divertido hacer algo de

manera natural. Mi padre me obligaba a ensayar todos los días en el gran piano que tenía el hotel en la entrada, en parte para que no perdiese práctica y en parte para lucirme y lucirse. Ellos eran así, de aparentar. Y, con el tiempo, lo fueron mucho más. Cuantos más clientes tenía el taller, cuantos más trajes hacían, cuantas más aprendices contrataban para dar salida a los encargos, tres muchachas jóvenes que ayudaban a mi madre con la costura, más se creyeron lo que no éramos. Parecía que se avergonzasen de nuestros orígenes pobres.

En un plan bien orquestado, el segundo verano repetimos vacaciones y balneario y, como era de esperar, allí estaba Aurora. Volvíamos a coincidir y, esta vez, sí intimamos un poco más, no demasiado, porque eran otros tiempos y el respeto hacia la futura mujer y madre de tus hijos era reverencial, pero durante esos días nos cogimos de la mano, nos buscábamos, nos reíamos juntos de las cosas más tontas y nos besamos en los labios al despedirnos casi llorando. Prometimos escribirnos, ser novios en la distancia. Y eso fue lo que hicimos. Aurora vivía en Zaragoza. Yo, en Valladolid. No nos quedaba más remedio. Ambos nos enamoramos del amor, de las posibilidades de ese amor, de las miradas, de las palabras que más tarde nos enviábamos, un incendio entre líneas, cientos de cartas que fuimos sumando durante ocho años de relación epistolar y de alguna que otra visita sin ninguna intimididad, yo a su ciudad y ella a la mía, para saber si lo nuestro era real, si existíamos de verdad.

Cuando murió el *abuelo Piquito* viajé a verla a Zaragoza para estar junto a ella y darle el pésame, y fue en aquel viaje, cuando me enteré de que ella no era su nieta, ni Magui su hija. También de que Magui no era en realidad su madre, sino su tía. Fue toda una sorpresa para mí. Recuerdo que Magui, con el rostro muy serio, me dijo que si lo que buscaba era fortuna ya me estaba yendo por donde había venido, pero yo no lo dudé ni un solo instante, porque nunca fue su dinero lo que me atrajo de ella.

Yo era un chico afortunado, así me sentía, no solo porque era correspondido por la mujer más increíble y bella del mundo, sino

porque, además, me iba a dedicar a aquello que amaba casi tanto como a ella, la música.

Sí, la música me llevó de nuevo a Madrid. Me llevó de nuevo al conservatorio y a la casa de los que ya se convirtieron en mis padrinos por derecho y cariño, Matilde y Eugenio.

Comencé un curso de perfeccionamiento de piano en el Conservatorio Superior de Música de la calle San Bernardo y más tarde en el de Virtuosismo con el catedrático y pianista internacional don José Cubiles. Dediqué mi preparación a compositores españoles, Falla, Albéniz, Granados o Turina, sin perder de vista a los románticos, Chopin, Schubert, Mendelssohn, Brahms.

Más adelante, me concedieron una beca, lecciones magistrales con Alexis Weissenberg en el Conservatorio de París. No podía creérmelo cuando lo supe. Aquellas clases fueron un sueño. Conocer París, otro.

Allí coincidí con Claudio Abbado y Daniel Barenboim. Herbert von Karajan me dirigió con su maravillosa Filarmónica de Berlín el Concierto nº1 de Chopin y fue un éxito, de público y de crítica. Lo que me llevó a Ámsterdam, donde conocí a una joven y excepcional violinista, Emmy Verhey. Cuando la escuché tocar, mi corazón voló a España por un momento, a Aurora y a nuestro dúo improvisado en el balneario y tuve muchas ganas de compartir toda aquella aventura con ella, toda la felicidad que sentía, pero estaba demasiado lejos y yo debía concentrarme y aprovechar al máximo aquella oportunidad que me brindaba el destino. Trabajé a dúo con Emmy, durante meses; nos admiramos y juntos hicimos una gira por toda Europa interpretando música para violín y piano de los grandes autores, Bach, Beethoven, Mozart, Dvorak...

Fue la época más dulce de mi vida. Amaba lo que hacía, aunque fuese agotador, los conciertos, los ensayos interminables, las ciudades que visitábamos, porque al mismo tiempo, me sentía tan amado, tan correspondido por la música, por mi compañera, por el público cuando aplaudía al finalizar, que solo podía estar agradecido, y la única manera que tenía para demostrarlo era la entrega, una

entrega total y espiritual. No tenía más tiempo para aquella vocación, eran todas las horas de mi día. Y cuanto más me abría yo, cuanto más alto volaba, cuanto más lejos estaba de casa, más se cerraban mis padres. Eran gente de provincia, no sabían lo que era volar, no conocían la libertad.

Fue demasiado perfecto para ser verdad, demasiado perfecto para que durase; cuando se rompió, también lo hizo mi corazón.

Cuántas veces recordaría después, para animarme, aquella frase de la película *Esplendor en la hierba*, oda a la inmortalidad de William Wordsworth:

Aunque ya nada pueda hacer volver la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no debemos afligirnos, porque la belleza subsiste siempre en el recuerdo.

Creo que la escribieron pensando en mí.

15

Cuarteto para el fin de los tiempos

Revuelo

Esperanza

Canto

Tono

Armonía

Cada golondrina en su trino lleva su pasado y su futuro

NOVIEMBRE

El duelo

Termino, aunque no del todo, del todo sería imposible, sería un desnudo demasiado integral, y esos no soy capaz de hacerlos ni en una playa nudista, pero he encontrado un cierto orden, un equilibrio perfecto entre lo que he escrito, lo que debo contar y lo que quiero contar. Estoy muy cansada de sujetar la intimidad, de callar lo que me gustaría gritar, de resistirme.

El destino ha querido que este final de noviembre coincida en un día importante para mí. También lo sería para ti si estuvieras vivo. Estarías ilusionado. Habrías mandado mensajes a todos tus conocidos. Cada vez que presentaba una novela, lo hacías, te sentías muy orgulloso. Y eso me hacía feliz. El apoyo de los que te quieren es importante. Creo que te hubieran gustado estos relatos, estas fragilidades tan humanas, tan cercanas. También el escenario elegido, sus ruinas, un teatro romano de fondo, el café; a ti te enamoraban los cafés, y los dulces y los cuentos. El último libro que leíste fue uno así, ¿te acuerdas? Hablamos de él. Sé que te habría pedido tocar el piano y que tú me habrías dicho que «no», un no rotundo con la boca pequeña. Sé que te habría convencido al final. ¿Habrías inventado una partitura solo para mí?

El piano y tú erais uno y a mí me gustaba vuestra unión. ¡Qué pena no haberlo entendido antes! Si hubiera leído a tiempo al niño de la posguerra que fuiste habría sabido cuál era el enigma de tu tristeza en la mirada, el sueño frustrado que te acompañó toda la vida. Y te hubiera dado la mano como a un niño pequeño enfurruñado, cuando el vecino te dijo que no tocaras más, no, al menos, después de comer, que era cuando a ti te gustaba hacerlo, porque le molestabas en sus siestas. Era razonable, reconócelo, pero tú te lo tomaste tan mal, tan a la tremenda, como siempre te pasaba cuando te llevábamos la contraria en algo, que ya no volviste a tocar ni cinco minutos. Tampoco Jimena te animó, imagino que no le gustaba

demasiado su sonido. Puede que incluso fuese un descanso para ella. A veces sucede. Las pasiones de unos son los odios de otros.

Qué sabré yo. Nos pasamos el tiempo presuponiendo lo que desconocemos porque, en realidad, nadie se conoce, incluso los que parece que se conocen y viven juntos son unos completos desconocidos.

Pobre papá, cuánto amor se te quedó suspendido sobre las teclas. Cuánto dolor al mirar el piano y no poder tocarlo. No querer.

Cambiando el verbo, cambia el sentido de la frase, lo completa, lo reafirma, lo hace definitivo y personal. Poder no tiene nada que ver con querer. Contemplo la escena, la del pasado y la reciente, y las dos tienen el mismo desenlace en los oídos, el silencio; el mismo desenlace en las manos, la quietud. Ambos coexisten junto a un piano solitario y un deseo truncado. Es como abandonar al amor de tu vida por segunda vez.

Pienso en las últimas veces de las cosas, en el final de las palabras de un texto, en su sobreactuación. ¡Qué difícil es despedirse! Estoy dando un rodeo y lo sé. No quiero volver a quedarme sola. No quiero dejar de hablar contigo ni que se cierre esta incomodidad que me hace escribirte desde el presente y retenerte sin ningún motivo. Si siguiera hablando sería como si no hubieras muerto.

Por cierto, no te he contado cómo fue la presentación. A pesar de que daban para la misma hora el diluvio universal, ya sabes lo exagerados que son los del tiempo, ha venido mucha gente a vernos, a escucharnos, a compartir. Te habría gustado. Había una luz dorada que iluminaba nuestro pelo, digo nuestro porque el equipo de fragilidades hemos sido tres mujeres y un hombre, pero Pablo. no cuenta porque lleva la cabeza rapada. A Almu y a Elena no las llegaste a conocer. Recuerdo que cuando empecé a tener más relación con ellas, tú ya te apagabas. Creo que te hubieran caído bien. Sucede. Unos se van, otros llegan. Siempre te gustó la gente delicada. Hablamos de que la belleza existía, y también de ti, un poco, solo un poco. Les conté esta historia, este duelo, esta tristeza. De fondo teníamos el teatro romano, escenario de tantas obras, de

tantas representaciones; esta, una más. Seguro que tú no te la hubieras perdido, en eso pensaba cuando miraba al público. Y te imaginé allí, sonriendo con tus ojos azules gris tormenta. La misma tormenta que estaba cayendo fuera del café, cuatro gotas.

Algo se ha iniciado, un cambio. Sucede siempre que llueve. La tierra huele a húmeda y mi pecho se prepara para un otoño cerca del mar. Cada uno vuela a su sitio, al amor, al estudio, al trabajo, son aves migratorias buscando su destino, solo yo permanezco quieta sobre este teclado, aunque también para mí cambie el paisaje y, de nuevo, se haga itinerante.

Querido papá, tu muerte fue como una puerta abierta, me entró toda la luz y la oscuridad al mismo tiempo, pero estoy preparada para cerrarla, para volver en mí. Ya es hora.

GOLONDRINAS EN AGOSTO

Las alpargateras

Todas las vidas caben en una sola, pensaba mientras viajábamos mirando por la ventana del tren y escuchaba a Catalina. El paisaje pasaba tan veloz que apenas me daba tiempo para detenerme en ninguna imagen. Era emocionante, como si nos moviéramos dentro de un cuadro borroso de acuarela. Catalina hablaba sin parar; sus gestos, su vitalidad, su energía me desbordaban y me hacían feliz al mismo tiempo. Sin duda, era la compañera perfecta para un viaje, para la vida, para el trabajo. Con ella era imposible no aprender, no reírse, no crecer como persona, no pensar. Era pura dinamita. Sus ideas progresistas sobre la mujer me estaban abriendo los ojos a una realidad en la que ni siquiera había reparado hasta conocerla. Y era cierto, todo lo que decía era cierto y muy difícil de cambiar, vivíamos sometidas a una ley sin nombre, a una ley no escrita, que empezaba por el qué dirán y terminaba en una aplastante sumisión a los hombres. Catalina hablaba de América, de volar lejos, de alcanzar una libertad que era imposible conseguir en Salvatierra de Esca y tampoco en Mauleón-Licharre. Decía hablando para sí misma:

—Si me quedo, nunca me dejaran ser.

Y yo le preguntaba:

—¿El qué no podrás ser?

—Libre, igual. Siempre viviré insatisfecha, como una yegua salvaje dentro de una cuadra.

—¿Y qué te gustaría hacer en América que no puedas hacer aquí?

—Soñar. Estudiar. Ser alguien. Allí se puede.

—¿Y cómo lo sabes? Nunca has estado.

—Eso dicen. Ya se han ido muchas golondrinas.

—¿Quién lo dice?, además, aquí también puedes soñar. Eso es fácil.

—No, Ainhara, aquí las mujeres no pueden soñar. Falta mucho para eso.

—Pues habrá que ir poco a poco, ¿no crees? Si te vas, ¿de quién vamos a aprender? No conozco a muchas mujeres que sean capaces de abrir los ojos a otras como tú. Eres especial, ¿no lo ves? En la fábrica todo el mundo te quiere y te respeta. Podrías empezar haciendo pequeñas charlas para educarlas.

—Pero yo no soy quién para educar, no sé nada, Ainhara. No tengo estudios, solo observo y no me gusta lo que veo. ¿Cómo voy a convencer a nadie así?

—Con la palabra. No hace falta nada más. Mírame a mí, solo tengo quince años y ya veo las cosas de otra manera y has sido tú la que me ha hecho mirar diferente lo que me rodea.

—Quizá tengas razón.

—Claro que la tengo, pero no pensemos más en ello, hoy no, imírala, ya estamos llegando.

—¡Ay, qué alegría!

—Por si luego me olvido, gracias por esta aventura. Es el mejor regalo de Navidad que me han hecho nunca.

—Gracias a ti, mi *hirondelle*, sin ti no me habría atrevido a venir.

Aquel día, ambas nos enamoramos de Biarritz, de las casas y sus palacios, de la belleza de las mujeres que paseaban por la calle, tan elegantes, tan livianas, de la caballerosidad de los hombres con sombrero negro, del mar. No podía creer lo que veía cuando llegamos a la playa. Esa masa azulada de agua que tenía delante no se parecía a nada de lo que había visto hasta entonces. La arena era muy fina, la playa inmensa, desierta, las olas navegaban lentas, rompían con suavidad la tierra y dibujaban estelas. Todo parecía inmóvil, dormido, incluso el rumor del mar era silencioso, se movía como si no quisiera molestarnos. Era un sueño estar allí, poder contemplarlo así, en calma, como un espejo, como otro espectador más de mi inocencia. No sabía por qué me lo había imaginado furioso y luego supe, más tarde, hablando con un pescador, que no me lo había inventado. En realidad, era salvaje, como mi querida compañera de viaje. A la derecha había una bandada de gaviotas caminando ajenas a nuestra existencia. Eran enormes. Corrí hacia ellas y se echaron a volar. Y un poco más allá se posaron de nuevo mirándome desconfiadas. Estaba feliz. Me senté y saqué un cuaderno para dibujarlas. Tenía que esmerarme. Las chicas tenían que verlo todo a través de mis ojos, de mis trazos. Catalina se sentó a mi lado. Parecía ida, como si no se creyese que estaba ahí. No podía dejar de mirar el mar. Y yo le dije:

—¿Quieres que nos bañemos?

—¡Qué dices!, pero si estamos en diciembre, estará helada.

—Da igual, entramos y salimos. No podemos irnos sin probarlo. Quizá nunca volvamos a verlo.

—No tenemos ropa de baño. No sabemos nadar. Es una locura. ¿Cómo nos secaremos?

—Con la falda.

—Podrían llamarnos la atención, no es decente que nos bañemos en ropa interior, Ainhara.

—Miedica. ¿No eras tú la que no tenías prejuicios?, ¿la que decía que había que romper con todo?

—Bueno, con todo no, no quiero que nos lleven presas por desorden moral. Menudo ejemplo sería. Además, le prometí a Antonia que cuidaría de ti y eso es lo que voy a hacer. No me líes.

—¡Miedica!

—Que yo no tengo miedo.

—Yo creo que sí.

—¡Pues vamos! Venga, entrar y salir. Tonta la última.

Nos desnudamos entre risas y, sobre la playa, dejamos la ropa, las faldas, las alpargatas, las blusas y la ropa de abrigo. Nos quedamos solo con las prendas más íntimas y nos echamos a correr hacia el mar. De pronto, Catalina me gritó justo antes de entrar y yo frené en seco:

—Los papeles y el dinero, Ainhara, que lo tenemos guardado aquí dentro —se señaló el pecho.

—Ay, dios mío, y los billetes de vuelta. Menos mal que te has dado cuenta. ¡Qué cabeza!

Aquello aún nos hizo reír todavía más. Le di un pequeño empujón y ella otro a mí. Nos caímos a la arena. Volvimos sobre nuestros pasos y dejamos la documentación bien escondida. Estábamos llenas de tierra, emocionadas por lo que estábamos a punto de hacer, como si fuéramos dos chiquillas haciendo travesuras.

—A ver quién llega antes. ¡Corre!

Y corrimos. Y entramos en el mar helado. Y para no sentir el frío que nos mordía las piernas, el vientre y los brazos, nos salpicamos la una a la otra y seguimos corriendo en círculos persiguiéndonos sin parar. Hasta que ya no pudimos más. Nos quedamos quietas un momento mirando la playa vacía, tan vacía como cuando habíamos llegado y asentimos. Después, nos abrazamos y volvimos a correr fuera del agua en busca de algo de calor.

—Gracias, mi *hirondelle*, hoy el miedo me lo has quitado tú. Menuda lección me has dado. Madre mía, ¿no ha sido increíble?

—Lo ha sido. No voy a poder olvidar esta sensación en mucho tiempo.

Nos quitamos la ropa mojada con discreción y nos vestimos de nuevo abrigándonos bien. Yo había llevado una manta por si acaso, para pasar la noche en la estación y nos abrigamos con ella. Allí, de pie, no podíamos dejar de mirar el mar como si no hubiera nada ni nadie más en el mundo. Cada cinco minutos, una de nosotras decía:

—Hace frío.

—Sí, hace frío.

—¿Nos vamos ya?

—Deberíamos.

Pero no nos movíamos. El mar nos había hipnotizado.

Y allí nos quedamos, hasta que se hizo de noche y el cuerpo ya no nos respondía. Nos refugiamos en la estación para entrar en calor, pero estaba tan fría como la calle. No sé cómo nos dormimos.

Me desperté sobresaltada cuando noté una mano que me empujaba suavemente la pierna.

—Creo que tu amiga no está bien —me dijo una mujer mayor susurrando—, para mí que tiene fiebre.

Aquella mujer me habló en francés, pero entendí sus palabras a la primera. Miré a Catalina. Dormía sobre mi pierna todavía y se movía inquieta en sueños. Tenía pequeñas gotitas sobre la frente. Se la toqué. Estaba ardiendo. No sabía qué hacer.

La mujer me dijo muy despacio, haciendo señas:

—Puede que haya cogido frío, en estos lugares solo hay corrientes. Lo mejor es que la despiertes y le pongas paños de agua fría, le ayudará a bajar la temperatura.

Me acordé de la ropa mojada que habíamos envuelto en un hatillo y la saqué. Se la fui poniendo sobre la frente, pero ella ni siquiera se despertó. Tiritaba.

El camino de vuelta a Mauleón fue muy diferente al de la ida. Lo pasamos en silencio. Catalina dormitaba, deliraba, decía cosas que no tenía sentido, que no comprendía. Yo le daba la mano, la cubría con la manta, le humedecía los labios y el rostro, y pedía, pedía mucho para que todo quedase en un susto y solo fuese un resfriado. No sabía lo que tenía. De tanto en tanto, se despertaba y me miraba llorosa, y después me decía que lo había estropeado todo, que la perdonase, y lo repetía hasta que se volvía a dormir.

Llegamos al atardecer a Mauleón y caminamos despacio hasta la casa de Antonia. Catalina intentaba reponerse, disimular, pero tenía que agarrarla para que no se cayese al suelo.

Me dijo antes de entrar:

—Ainhara, ni una palabra del baño en el mar. ¡Prométemelo!

Y yo asentí, aunque no cumplí mi palabra.

Al entrar en la casa, todas las golondrinas salieron contentas a la vez a saludarnos, estaban deseosas de saber, pero al vernos, se echaron a un lado y yo solo pude decir:

—Catalina no se encuentra bien. Tiene mucha fiebre.

Antonia apartó a las chicas y me ayudó a sujetarla.

—Vamos a acostarla. Manuela, trae paños y agua fría en una palangana.

Le quitamos la ropa entre las dos, mientras Catalina se dejaba hacer como si fuera una muñeca de trapo rota. Cuando llegamos a la ropa interior vio, que no la llevaba y entonces me miró sorprendida.

—¿Qué es esto, Ainhara?, ¿qué ha ocurrido?

—Nada, nada grave, solo nos bañamos en el mar. No sé por qué se ha puesto tan enferma. No lo entiendo. Fue de repente. Hacía frío, sí, pero no para esto.

Antonia me miró muy seria. Y yo sentí miedo por primera vez.

—Hay que avisar a un médico enseguida, ya. Y habrá que pagarle. ¡Dios mío!, está muy mal, su cuerpo es un incendio.

—Pero, ¿por qué?

—Porque arrastra esta enfermedad desde hace tiempo, la tiene muy metida dentro, ya el año pasado sufrió un episodio parecido al volver de Mauleón, pero salió adelante. El frío no le va bien, y mucho menos la humedad.

—Catalina no me dijo nada.

—Claro que no, lo sé, en realidad no lo sabe ninguna golondrina, solo su familia.

—A mí tampoco me lo dijo, y eso que somos amigas desde niñas —intervino de pronto Manuela, que acababa de llegar con la palangana y los paños y había escuchado a Antonia—. Ahora que lo pienso, después del viaje de vuelta a casa en primavera estuvo desaparecida casi todo el verano. No salía. Tuvieron que ser las lluvias del regreso; fue muy duro aquel viaje, nos cayó agua todo el camino.

—Yo creo que se lo llevó de la fábrica y se empeoró después. Fue su madre la que me escribió y me lo contó. En la carta me pedía que la cuidase. Pero Catalina no se deja, ella es así, ya la conocéis, es fuerte como un toro, no le gustan los dramas ni las atenciones, pero ha sido una locura haberos dejado ir, una locura, y más sabiéndolo.

—No habrías podido prohibírselo, Antonia. Cuando a Catalina se le mete algo en la cabeza, es dura como la roca. Además, ya es mayorcita —dijo Manuela.

—¿Os habéis dado cuenta de que estoy aquí? A ver si dejáis de hablar tanto de mí y me ponéis algo encima. Tengo mucho frío, mucho frío —habló, de repente, Catalina.

Las tres dimos un respingo y después nos echamos a reír.

—Eres imposible. Ni medio muerta te tomas la vida en serio.

—¿Te cubrimos con una manta? —pregunté yo.

—Por favor.

—No, es mejor que no. Aguanta un poco, Catalina. Que tengas un poco de frío no es malo, así te bajará antes la fiebre. Voy a decirle a

Ángel que vaya a buscar al médico. A ver cómo le pagamos. ¡Qué mal momento! Justo después de la Navidad.

—Todas ayudaremos con lo que podamos, ¿verdad, chicas? —dijo Isabel desde el dintel de la puerta rodeada por el resto de golondrinas.

Catalina pasó semanas postrada en la cama. Intentamos aislarla como pudimos, pero como la casa no tenía más espacio y ninguna queríamos irnos, pusimos un biombo y rezamos para que no fuera contagioso. Después, nos fuimos turnando para acompañarla y para hacer sus alpargatas y que no perdiera el puesto de trabajo en la fábrica. El médico le diagnosticó tuberculosis y cuando escuché aquella palabra, me eché a llorar sin consuelo. En realidad, tampoco sabía muy bien qué significaba, pero sonaba a algo muy grave, sonaba a que me iba a quedar sin amiga. Me sentía tan culpable que no sabía qué hacer. Era yo quien la había incitado a bañarse en aquel mar tan helado. Yo, la que la había llamado miedica. Yo, la que no pensó en ninguna posible enfermedad. También ella pudo haberme avisado, haberme dicho que estaba delicada, que ya había vivido un episodio parecido no hacía tanto, pero no lo hizo. Imagino que pudo el deseo de hacerme feliz y de ser feliz ella también, pero eso aún me hacía sentir más responsable. Me sentaba por las tardes junto a ella después de mi jornada cosiendo y cosiendo alpargatas y, tras comer algo, seguía con más trabajo extra. Era como si me trasladara la fábrica al hogar. Llegaba cargada de puntas y talones y las montaba mientras le contaba cosas y nos reíamos juntas. Era difícil, y tenía que estar muy atenta porque coser la tela a la suela tenía su arte. Utilizaba un dedal especial que colocaba en el centro de la mano. La aguja era tan robusta que había que hacer mucha fuerza para unirlos. Fuerza y maña y prestar atención, esas eran las claves. Y las horas, claro, un millón de horas. Poco a poco, me convertí en una experta, me daba igual ser montadora que picadora y manejaba también las máquinas. Aprendí muy rápido el oficio y me gustaba, incluso el del bordado en el empeine, algo que era muy demandado y se pagaba a precio de oro. Esos encargos siempre me los llevaba a casa. El capataz estaba muy contento conmigo y, cada

día, cuando entraba en la nave, me preguntaba con cariño por Catalina. Eso me gustaba. Se le notaba preocupado por ella y aquel interés me hizo sospechar. Cuando se lo conté a Catalina, se puso colorada.

—Yo creo que le gustas —le confesé.

—Pero ¿qué dices? No digas tonterías, se preocupará por todas las alpargateras que están enfermas. Es su trabajo.

—Lo que tú digas, pero me parece a mí que tienes un pretendiente y ni siquiera te habías dado cuenta.

La noté ilusionada por primera vez en mucho tiempo. El color había vuelto a las mejillas.

—Pero ¿qué es esto que veo?, ¿un rubor?, ¿acaso te gusta a ti también?

—Mujer, no está nada mal. Es un buen mozo. ¿No crees?

—Entonces, qué, ¿te gustaría que le dijera que viniera a verte? Igual te anima.

—¿Julien? No, no, ni hablar, pero dale las gracias de mi parte por su interés.

—¿Y si me lo pidiera?

—Entonces, me lo pensaría, pero me tendrías que ayudar a arreglarme un poco. Menuda pinta tengo, estoy como para pretendientes y besos apasionados —se rio, y al hacerlo, le entró un fuerte ataque de tos.

—Creo que mejor esperamos un poco.

—Sí, mejor, pero podría ser un pretendiente interesante, aunque sea francés.

Reímos aún más. Y, de nuevo, llegó la tos. Cuando se repuso me preguntó:

—A ti, ¿te trata bien?

—Sí, es amable y eso, ya es algo, porque algunas golondrinas de otras áreas y fábricas cuentan de los capataces cada cosa que

asusta.

—Desde que lo conozco, Julien ha sido diferente, un jefe afable con todas las golondrinas. Tengo entendido que su madre y su abuela fueron alpargateras también. Un día me confesó que nos admiraba, que le parecía muy valiente que viniéramos desde España a trabajar. No es un abusón ni un tocón, nos ayuda, le interesa la gente, las familias y nuestros derechos como mujeres trabajadoras. En eso nos parecemos mucho; sin embargo, ni él ni yo podemos hacer nada por cambiar lo que vivimos. Haría falta una buena revuelta para lograr algo, conseguir cerrar las fábricas, pero ¿quién quiere eso? Venimos a ahorrar todo lo que podemos, no a hacernos las valientes. Tenemos suerte, Ainhara, no solo en el trabajo, también en esta casa. No todas las golondrinas tienen una Antonia en su vida que las cuide. Lo sé bien, entre nosotras hablamos, algunas viven hacinadas en espacios minúsculos y duermen cuatro chicas en un miserable colchón.

—Imagino que por eso no vuelven.

—Imaginas bien. En el río, lavando ropa, te enteras de muchas cosas.

—Hablando de lavar, el otro día una mujer con varios niños me ofreció trabajo después de la fábrica para lavar la ropa de su familia. Lo pagaba bien. Voy a aceptarlo, así podremos ahorrar más.

—¿No crees que ya haces demasiado? Vas a caer enferma tú también, Ainhara.

—No te preocupes, soy fuerte, solo lo haré dos veces a la semana. Quiero seguir aquí, contigo.

—Estoy bien. Cada día mejor. No sufras más, Ainhara y, sobre todo, deja de sentirte culpable. Tú no has tenido nada que ver. Con tantos cuidados, no voy a querer volver a trabajar.

—De eso nada, que haces mucha falta en la fábrica.

—No sé si podré volver. Allí seguro que se me resienten los pulmones, pero ¿y si trabajara desde casa? Yo creo que podría. El salón sería un buen lugar junto a la chimenea.

—Podemos intentarlo. Se lo diremos a Julien, al médico y a Antonia, a ver qué les parece, aunque sería mejor que te recuperases un poco más.

Les pareció bien y fue así como convertimos el salón de Antonia en un taller alpargatero improvisado. Todas las tardes después del trabajo, nuestra parvada al completo, pañuelos en boca, nos reuníamos en torno a Catalina y al fuego y cosíamos juntas. Hablábamos de nuestros sueños, de lo que nos gustaría hacer cuando volviéramos a España, del amor. El amor era uno de nuestros temas favoritos. El amor siempre nos hacía sonreír y nos sacaba los colores. El amor era lo que todas anhelábamos. Cuando lo nombraban, yo pensaba en aquel muchacho de la venta de Juan Pito, en Pedro, no había podido olvidarlo, aunque lo pareciera. Le prometí que le escribiría y no lo hice. Me dio vergüenza. Tampoco él me mandó ninguna carta. Seguramente, se había olvidado de mí; éramos demasiadas las golondrinas que pasábamos por su venta. Su rostro se me aparecía muchas veces en sueños y cuando nos acercábamos a las fiestas de la plaza y algún joven me invitaba a bailar, cambiaba su rostro por el de Pedro y así era más feliz. Un día, estando a solas con Catalina, se lo confesé. Le hablé del primer beso en el bosque y de lo que me había marcado el viaje a Mauleón.

—Ya lo sabía, pequeña. Aquel día te vi salir por la mañana temprano y un poco después, Pedro fue detrás de ti. Me levanté preocupada, al fin y al cabo, no conocíamos de nada a ese muchacho y os seguí.

—¿Nos seguiste?

—Sí, desde que emprendimos el camino juntas, sentí una conexión especial contigo, necesitaba cuidarte, protegerte, como si fueras mi hermana pequeña, y mírame ahora, eres tú la que velas por mí todos los días. El caso es que fui detrás de vosotros por si me necesitabas, o por si se propasaba y tú no querías, y lo que me encontré fue a dos desconocidos enamorados. Creo que lo vuestro fue un flechazo. ¡Qué manera de miraros! Me disteis mucha envidia.

Esta vez fui yo la que me puse colorada.

—Es cierto, sus ojos quemaban, y yo tampoco podía dejar de mirarle. ¿Tú crees que los flechazos existen?

—Claro que sí. A mí nunca me ha pasado, pero, ¿por qué no?

—No lo sé, yo nunca había sentido nada así por nadie. Y no sé si es amor u otra cosa. De hecho, antes de conocerle solo me interesaban las aves, pero cuando habló por la noche de las estrellas sentí que él podía comprenderme. Sus estrellas eran mis golondrinas, mis alas.

—Eres una poeta, Ainhara. En primavera lo sabremos.

—Ay, estoy deseando volver solo para saber si lo que sentí fue real y si lo fue para ambos. Así que ponte buena, porque sin ti no me iré a ninguna parte.

Así fueron pasando las semanas del invierno, entre confidencias y tardes de bordado y conseguimos, en nuestro taller artesanal, que la producción de Catalina no se viera afectada. Entre todas hacíamos que el trabajo y los encargos salieran adelante. Sin embargo, como yo era de las pequeñas, mi sueldo era muy bajo y apenas me daba para pagar a Antonia por la cama, la comida y reservar algo para el final de mi estancia en Mauleón. Miraba los precios de las tiendas y me hacía listas con lo que quería comprar, pero apenas me alcanzaba para cuatro cosas y no podía llegar a casa con las manos vacías. Así que decidí ocupar todo mi tiempo en el trabajo y los domingos enteros los dediqué, en vez de a los paseos por el campo y mis aves, a hacer coladas. Estaba interminables horas junto al río lavando la ropa de otros con un trozo de jabón duro. Una de las familias, bastante adinerada, me ofreció que me ocupara de su casa también, de la limpieza, de los hijos, y aunque me tentó, lo rechacé. No podía marcharme de la fábrica, se lo debía a Catalina y a Antonia.

Un día, a la salida de la fábrica, Julien se me acercó, se quitó la boina y empezó a darle vueltas con los dedos. Sabía lo que quería, pero esperé a que me lo dijera.

—Me gustaría ir a ver a Catalina. ¿Sería posible? Ainhara, tú que vives con ella, con sinceridad, ¿crees que le importaría?

—No lo sé, Julien, si quieres puedo preguntárselo. Aunque no sabría decirte si procede, pero le transmito tu preocupación, si eso es lo que te inquieta.

—Gracias, sí, pero, no, en realidad, bueno, me gustaría ir a verla, pero no como jefe —dijo sin atreverse a reconocer que estaba enamorado de ella.

—Se lo diré. Y si acepta tendrías que hablar con Antonia, es muy estricta con las normas y con las visitas.

—Sí, lo haré.

—Si tus intenciones son serias, todo irá bien —le dije con una sonrisa.

Y él suspiró aliviado.

—Mis intenciones son las mejores.

Esa tarde corrí a casa a contárselo a Catalina, pero cuando llegué a su cama, no estaba. La busqué por toda la casa angustiada pensando que le había pasado algo. Volvía a la calle y entonces la vi. Estaba sentada en la plaza tomando el sol. Me acerqué secándome las lágrimas de los ojos y la abracé muy fuerte. Y ella me dijo:

—Hoy hace un día precioso, Ainhara. Ven, siéntate conmigo un rato.

Julien no tardó en venir a visitarla. Y se sentaron en el mismo banco de la plaza en el que Catalina inició su recuperación. La primera vez, él solo la miraba. La segunda, le cogió de la mano. La tercera, ella apoyó la cabeza sobre su hombro derecho. ¡Parecían tan felices, tan ensimismados el uno con el otro, tan indiferentes al mundo y la pobreza que nos rodeaba! Yo deseaba sentir lo mismo que ella, las mismas caricias, la misma ternura en mi vida. Vivía distraída pensando en el amor. Imaginándolo. Y, por primera vez, en aquellos largos meses, quise volver a casa, regresar por el mismo camino, no tanto por volver a ver a mis padres, sino por volver a ver a Pedro, por recuperar mis campos, mis nidos de golondrinas, la paz que había dejado atrás para ser una mujer, porque en eso era en lo que me había convertido ocho meses después, en una mujer. Ya nunca

sería la misma chiquilla con la cabeza en las nubes que emprendió un viaje que no sabía muy bien adónde le llevaba.

Me senté en la cama y respiré profundo. Estaba feliz y triste al mismo tiempo. El tiempo se acababa. A los árboles hacía días que les estaban brotando hojas nuevas. Sabía que Catalina no volvería a España, estaba segura; no me había dicho nada, pero se quedaría con Julien, sería como Antonia, una golondrina más que no volvería en primavera, una golondrina más haciendo su propio nido, una golondrina enamorada en una tierra que no era la suya. Ese sería su destino. Quedarse para cuidar. Eso es, nada más.

Entonces, las vi. Aleteando sobre el alfeizar había dos golondrinas. Era el momento de pensar en regresar.

Mis golondrinas habían vuelto para acompañarme.

Comencé, poco a poco, los preparativos del viaje. Escribí a mis padres y les dije que, si todo iba bien, saldría a principios del mes de mayo. Ya sabían que no podría pasar nada por la aduana, que tenían que venir a recogerlo de contrabando a un punto del camino alejado de los gendarmes. Con el dinero que había ganado compré cubiertos, manteles, ropa de cama y toallas, también puntillas que más tarde yo misma bordaría junto a mi madre y venderíamos a las novias de Salvatierra de Esca para su ajuar. También me llevé los dos últimos pares de alpargatas que había montado, quería que mis padres vieran el trabajo que había aprendido durante aquellos meses, agujas, hilos de recuerdo. A mi madre le compré un jarrón, sabía que le encantaban las flores y la primavera. Antonia me regaló dos tazas de café y me dijo:

—Para que no te olvides de mí ni de nuestras charlas de madrugada.

—Eso sería imposible, Antonia. Eres como mi madre.

Y la abracé muy fuerte.

—Si decides volver, esta siempre será tu casa.

—Guárdame una cama, que en octubre estoy de vuelta.

También Catalina me tenía reservada una sorpresa. Me había comprado dos pequeñas aves de cerámica, una golondrina y una gaviota. Me eché a llorar al verlas.

—Mi preciosa *hirondelle*, nunca olvidaré todo lo que has hecho por mí durante estos meses. Lo valiente y luchadora que has demostrado ser. Vine en el camino con una niña temerosa a la que adopté como a mi hermana y a la que solo quería abrazar para que no se sintiera tan sola y te marchas siendo una mujer, mi mejor amiga. ¡Quién lo hubiera dicho! Te voy a echar tanto de menos que...

Se le quebró la voz.

—Y yo a ti, Catalina. ¿A quién le contaré ahora cómo me siento?

—A mí, ¡escríbeme!, ¿me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

—¿Nos vemos en octubre?

—Nos vemos, aunque el viaje no será lo mismo sin ti.

—Ahora te toca a ti ayudar a otras golondrinas en el camino. Esa es nuestra labor, Ainhara, enseñar a las que no saben para que aprendan a volar. Queda mucho por hacer y tú sabes cómo. Las mujeres del pueblo tienen que cambiar y abrir los ojos.

—¿Estás feliz?

—Dichosa, aunque el cuerpo no me acompañe y todavía me cueste respirar, pero Julien y Antonia cuidarán de mí, no te preocupes. ¿Sabes que dice Julien?, que me va a llevar a París, ¿te lo imaginas?

—¡París!, qué maravilla. Cuando vuelva me lo tienes que contar todo.

—Y tú lo que suceda en la venta. ¿Estás nerviosa?

—Un poco. Quizá Pedro no esté o ni siquiera se acuerde de mí.

—Ay, mi bella golondrina, a ti sería imposible olvidarte. Por cierto, ¿le darás esta carta a mi madre? Dile, de mi parte, que este año siento

no llevar dinero a casa, —y ponle una silla para que no se caiga—, pero que lo voy a necesitar para el ajuar.

—¿Qué dices?, ¿te ha pedido que te cases con él?

—Sí, ayer. Estoy en una nube. Tantos años trabajando juntos y ni siquiera me había dado cuenta de lo que sentía.

—¿No vendrás a casarte a España?

—No lo creo, pero esperaré a que vuelvas y haremos una fiesta de golondrinas para celebrarlo. ¿Me harás un favor? ¿Le pedirás a mi padre un consentimiento paterno para contraer matrimonio?

—Claro. Dalo por hecho.

—No vas a volver a trabajar a la fábrica, ¿verdad?

—No, allí el ambiente no es bueno para mis pulmones. Puede que empiece en alguna casa, limpiando o cuidando niños. En Mauleón, a las españolas, no nos falta el trabajo, ya lo sabes. De momento, todavía tengo que recuperarme un poco más. Ayudaré a Antonia en la cocina. Alguien tiene que encender la lumbre y preparar la sopa.

—Cama y sopa —dijimos a la vez riéndonos.

—Y ahora, ¿quién le traerá a Antonia las suelas desperdiciadas para prender el fuego?

La pregunta se quedó en el aire.

Un diez de mayo emprendimos el mismo camino interminable de regreso a España que nos había llevado hasta allí. Nuestra parvada volvía a unirse y dejaba a una golondrina posada en la ventana diciéndonos adiós con la mano. Lloramos.

El peso que cargábamos sobre la cabeza era enorme, grandes hatillos repletos de cosas con los que apenas podíamos caminar. La primera parte la hicimos en un carro. Después, anduvimos muy despacio hasta una parte de la frontera alejada de la aduana. Manuela era la única que sabía el punto exacto al que teníamos que llegar. Allí debían esperarnos algunos hombres del pueblo con mulas para acarrear lo que habíamos comprado. Cuando vi a mi padre entre ellos, me lancé a sus brazos y lloré sobre su hombro. Estaba

tan cansada que apenas me tenía en pie. Él me acariciaba la cabeza y me decía:

—Aguanta, mi pequeña Ainhara, solo falta un poco más. Enseguida estarás en casa. Te esperaré más abajo, en la venta de Juan Pito y podrás ir sobre la mula si quieres. Yo caminaré. Desde ese punto es casi todo bajada.

Asentí. Escuchar de los labios de mi padre la palabra *pequeña*, me hizo sentir, de nuevo, así, muy pequeña, una niña, desvalida, pero al volverme, vi que las chicas me estaban esperando y agitaban los brazos como si fueran aves de regreso, y entonces volví a crecer, volví a ser una golondrina y corrí hacia ellas imitándolas.

Isabel comenzó a cantar:

*Cuando el tiempo está nublado
preparado para llover
dicen las alpargateras
¡Buen tiempo para coser!*

Cuando llegamos a la aduana, los gendarmes nos dieron el alto, abrieron nuestros pequeños hatillos y asintieron. No teníamos nada que declarar. Uno de ellos me sonrió y dijo:

—*Allez-y, hirondelles ! Et bonne chance.*

Y yo asentí y le respondí:

—*Merci beaucoup, Monsieur !*

Durante aquellos meses había aprendido francés y también vasco, y ya no había ninguna lengua de las que se escuchaban y mezclaban en Mauleón, como si fuera lo más normal del mundo, que me fuera ajena.

Anduvimos un par de horas más hasta llegar a la venta de Juan Pito. Estábamos molidas. De lejos, vi la figura de mi padre recortada sobre el paisaje. Corrí hacia él. A su lado había un grupo de hombres, hermanos, tíos, amigos, todos los que nos ayudaban a las golondrinas con el contrabando. Era un secreto a voces lo que hacíamos, incluso para los gendarmes franceses, pero miraban para

otro lado. Las mulas estaban cargadas a un lado del camino. Yo miraba a todos lados, buscaba a Pedro y no estaba por ninguna parte. Me entristeció. Entré a preguntar por él y un señor muy mayor, imaginé que sería su abuelo, me dijo que había bajado a Zaragoza, que tardaría días en volver.

—¿Y quién le digo que ha preguntado por él?

—Una alpargatera que desde hace meses le gusta mirar las estrellas.

—¿Y esa alpargatera no tiene nombre?

—Sí, me llamo Ainhara.

—Ainhara. Sí, ahora lo entiendo. Tú eres la golondrina.

—Bueno, como todas.

—No, eres la golondrina. La que él estaba esperando. Llevaba varios días saliendo al camino, pero no llegabas y al final tuvo que marcharse. Dejó algo para ti. Una carta. La tengo por aquí, espera.

—¿Y cómo sabe que es para mí?

—Dijo que pasaría por aquí una muchacha con nombre de golondrina.

El corazón me iba muy deprisa cuando me tendió un sobre abultado.

—Gracias —acerté a decir con timidez.

—No hay de qué. Creo que Pedro se sentirá feliz de saber que te ha llegado su paquete. Buen viaje, Ainhara. Y espero verte pronto.

—Encantada.

Partimos todos juntos valle abajo, los hombres, las mulas y nosotras, las golondrinas, mucho más ligeras de equipaje. Caminábamos felices, aunque yo sentía una nostalgia en el pecho, un peso muy extraño, un deseo que no me reconocía. Apretaba el sobre tan fuerte que tenía miedo de romper lo que había dentro antes de leerlo. Quería abrirlo, quería saber qué me había escrito Pedro, estaba emocionada. Sin embargo, esperé. Si habíamos estado ocho meses sin hablarnos y sin saber nada el uno del otro, bien podía aguantar unas pocas horas más hasta llegar a casa.

La primera despedida la hicimos en Mauleón-Licharre. La segunda fue al llegar a Isaba. Allí se quedaron las dos hermanas María y Francisca. Nuestra parvada de catorce golondrinas se quedó con once. Estuvimos mucho rato abrazadas y prometimos encontrarnos el día de la Virgen justo en ese mismo lugar. En el Roncal fue la tercera. Esta vez les dije adiós a mis dos grandes amigas, Lucía y Elena. Prometimos escribirnos, prometimos muchas cosas y, con el corazón pequeñito seguimos el camino real. Nuestros pasos iban paralelos al curso del río Esca y el ruido del agua ahogaba mis lágrimas.

Cuanto más cerca estaba de casa, más emoción sentía y más lloraba. No podía parar. Todo me resultaba conocido, todo era familiar. En la entrada del pueblo nos cruzamos con una vecina de toda la vida, una cara amiga que nos dijo:

—Oh, ¿ya estáis de vuelta? ¡Bienvenidas seáis!

Después gritó:

—¡Han vuelto las golondrinas!

Y se hizo un eco que voló por todas las calles de Salvatierra de Esca.

Mi madre llegó corriendo remangándose la falda y me estrechó contra su pecho. También lo hicieron las otras madres, la de Joaquina, Anunciación, Manuela, Isabel y también la de Catalina. Ella la buscaba con la mirada, preocupada, y todas nos dimos cuenta. Con un gesto nos acercamos e hicimos un corro en torno a ella. Una a una la fuimos abrazando y se dejó hacer sin entender nada hasta que Manuela le contó la verdad:

—Siento que Catalina no haya vuelto; esta vez, el amor ha sido más fuerte.

Ella se echó las manos a la cara. No sabíamos si lloraba o reía, pero al marcharse, me pareció la madre más triste del mundo. Arrastraba los pies como si no pudiera con el peso de la vida. Yo le tendí la carta que su hija le había escrito y le dije:

—Está feliz, no se inquiete. Julien cuidará de ella. Es un buen hombre. Me dijo antes de partir que sentía no traer dinero pero que

se lo reservaba para su ajuar.

Ella me apretó la mano agradeciendo mis palabras.

Ya en mi habitación y a solas, después de todas las emociones del viaje, abrí despacio la carta de Pedro. Me temblaban las manos. Dentro había un regalo muy especial, lo reconocí enseguida, era el xirulo que tocaba el día que nos conocimos, junto con una pequeña nota que decía:

*Mi querida Ainhara,
¿querrás ser siempre mi golondrina?
Te esperaré.
Tuyo
Pedro*

Me llevé la nota al pecho y el xirulo a los labios. ¿Cuántas veces lo habría tocado buscando a viajeros perdidos? ¿A cuántas golondrinas, como a nosotras, habría salvado? Estaríamos juntos.

Cerré los ojos y me olvidé de todo lo demás, hasta que escuché un suave aleteo en mi ventana. Sonreí. No me hizo falta verlas.

También ellas habían vuelto a casa.

AGOSTO

Una larga despedida

A la gente no le gusta verte llorar, les incomoda, lo consideran un acto de cobardes, de ñoñas y pusilánimes. «Qué flojita» —piensan— «no puede con la presión». O te dan unos golpecitos en la espalda, acompañados de un «ya, ya». ¿Qué significa ese «ya, ya»?

Llorar está bien en los aniversarios, en los cementerios y velatorios, incluso en el hospital, pero llorar así, sin más, sin venir a cuento, a lo loco, porque te has acordado de algo, porque te emocionas de más al escuchar una música de piano, o al ver un objeto que te recuerda a alguien, a un momento, una calle, una carta, un mensaje, una silla vacía...

Este año casi no he llorado. Ni siquiera cuando fue tu aniversario me salió una sola lágrima. Puede que mis reservas se hayan terminado.

Miento. Sí, es mentira decir que todo lo que he escrito, este desahogo en forma de meses y diario no me ha hecho más fuerte.

Mis manos han tecleado lentas esta vez, pero tienen su excusa y su arraigo. No querían soltarte todavía. No, no quieren... me digo, ¡ahora!, es el momento, me lo repito, me convenzo.

No hablaré más. No de ti, ni de mí, ni de todos nosotros. No dejaré de pensar en ti, te lo prometo.

Sí, es hora de despedirme y me avergüenza reconocer que siento una especie de alivio, de aire extra que me entra en los pulmones.

Ya no me duele nada, y eso también es un consuelo.

Gracias, papá, por haberme acompañado todo este tiempo.

DIARIO DE UN NIÑO DE POSGUERRA

Recuerdos

*La vida no es la que uno vivió,
sino la que uno recuerda y
cómo la recuerda para contarla*

Gabriel García Márquez

El sonido del tren, sus potentes y estridentes silbidos al llegar a una ciudad, al avisar en la estación, siempre me han llevado de vuelta a aquel momento en el que mis sueños se rompieron por completo y mi vida dio un giro de 180 °. Puede que, por eso, nunca volviera a coger un tren, y puede también que, por el mismo motivo, no animara a ninguno de mis hijos a tocar un instrumento o a desarrollar vocación artística alguna.

No, no lo alenté, aunque algunos la tuvieron igualmente.

La máquina del tren lanzó la señal, tres silbidos, y enseguida cruzamos el Arco de Ladrillo. Fin del viaje. Entraba en Valladolid. Solo tenía 19 años.

Todavía no lo sabía entonces, pero si el revisor me hubiera dicho en aquel momento: «Ha llegado usted a la Estación del Norte, caballero, apéese y deje de soñar ya con otra vida. No va a ser posible», habría dolido menos que escucharlo de mis propios padres.

Como ya era habitual, nadie me esperaba en la estación. Un año fuera y no fueron capaces de venir a recogerme. El taller siempre fue lo primero en sus vidas. Y no me podía quejar, el taller pagaba las facturas. ¡Cuántas veces pude escuchar esa frase!

Abandoné la estación y me encaminé a casa por la acera de Recoletos. La maleta me pesaba muchísimo, iba llena de partituras nuevas y recuerdos y me paraba cada cinco minutos a descansar un

poco y a cambiarme de brazo. Mis padres me recibieron con alegría y un abrazo escueto, ninguna alharaca, ninguna frase de orgullo, ningún triunfalismo. Yo, que me sentía tan importante, como un hijo pródigo, sentí como si me tiraran un jarro de agua fría a la cara. Mi hermano me dio un abrazo de cumplido y siguió a sus cosas. No parecía que quisieran saber nada de mí, de todo lo que había vivido, de mis peripecias por Europa.

No tardé en averiguar qué les sucedía. Fue durante la cena. Mis padres habían hablado por teléfono con mis padrinos y ellos les habían contado mis planes de futuro, que no eran otros que convertirme en el mejor pianista del mundo. Reunidos en torno a la mesa, fue mi padre quien tomó la palabra en un monólogo interminable. En ningún momento me preguntó qué era lo que quería yo, porque nunca le interesó y yo no supe enfrentarme a él.

Le escuché en silencio, agachando la cabeza y aguantándome las lágrimas y la rabia.

—Carlos, tu madre y yo lo hemos hablado y nos tienes muy preocupados. Tú sabes, hijo, lo que amo la música, así que puedes comprender que tu deseo de dedicarte a ese mundo debería, en principio, contar con mi aprobación, pero quiero prevenirte de algo que seguro que no te habrá pasado desapercibido. Pretendes escoger una carrera sumamente difícil en la que muy pocos llegan a triunfar y yo, la verdad, no quisiera que te perdieras en el camino. Sí, ya sé que vales mucho, que te sobran cualidades, que eres trabajador como el que más, pero algo me retiene y me hace dudar. Sin duda, has encontrado una ayuda inesperada en esa familia amiga que te ha acogido en Madrid como a un hijo, pero no sería bastante. Tendrías que recibir más lecciones magistrales en París, Londres o Berlín... y más adelante tendrás que acudir a Concursos Internacionales y conseguir algún premio importante para que se te abran ciertas puertas y tengas tus primeros contratos como pianista principal. ¿Has pensado cómo vamos a sufragar tanto gasto? ¿Durante cuántos años tendremos que ayudarte? Hijo, no queremos desilusionarte, no es eso, solo pretendemos abrirte los ojos. Esta carrera tuya es un largo viaje sin un final conocido. Tu madre y yo

pensamos que debes estudiar mejor Derecho, como habíamos previsto para ti. Viviendo en casa podemos correr con los gastos de tus años de estudio y, una vez que obtengas la licenciatura, seguro que encontrarás el modo de vida que pueda satisfacerte. En todo caso, solo sería un aplazamiento, si tienes una vocación de verdad, ya retomarás el piano. Ahí tienes a nuestro vecino Miguel Frechilla que, además de pianista, es licenciado en Derecho.

Mi madre me miraba con los ojos pequeños, aparentando una preocupación que no tenía. Ya habían decidido mi futuro antes de que llegara y sabían de sobra que yo no me rebelaría; demasiado bueno y obediente toda la vida. En su mirada advertí el orgullo de que fuera juez, notario o abogado del Estado, ser pianista era para muertos de hambre y ella no podría lucirse ni lucirme si era un muerto de hambre. Cuánta falsedad había en su mítica frase: « ¿Por qué no, si su hijo querido valía tanto para un roto como para un descosido? » .

A la mañana siguiente acudí, a ver a Julita con el corazón en un puño y una pena inmensa. Arrastraba los pies. Nada quedaba del muchacho feliz que había llegado a la estación del Norte la tarde anterior.

Me abrazó con cariño después de contarle lo que había sucedido:

—Estoy al corriente de todo, Carlos, me pidieron mi opinión. Por supuesto que debes tener en cuenta el consejo de tus padres, pero hay algo con lo que no coincido con ellos en absoluto, y es que, si aplazas tu carrera de piano, tu dedicación completa, no podrás recuperarlo más adelante. No, esto no funciona así. El momento es ahora. Ahora o nunca. Hazte a la idea de que lo que has conseguido hasta este momento son unos buenos mimbres, mimbres imprescindibles, por supuesto, pero te falta hacer el cesto, un cesto firme que pueda con el peso para no romperse. No te dejes seducir por el señuelo del éxito, por los viajes o los aplausos que has recibido, necesitarás mucho más, mucho esfuerzo y mucha suerte para llegar a la meta.

Durante días me debatí entre mi sueño y la obediencia y, finalmente, escogí la vía del derecho, la vida sin laureles, sin viajes, sin música en mi corazón ni en mis manos. Escogí la vida fácil, la convencional, el estudio, el trabajo y una familia con Aurora, si me aceptaba.

Me aceptó. Nos dimos el *sí quiero* ocho años después de habernos conocido. Tampoco nuestra decisión les hizo felices.

No le di a mi madre la satisfacción de ser un alto funcionario del Estado, como ella soñaba, ni tampoco la de casarme con una mujer de buena familia, rica y pomposa. Me casé con el amor de mi vida, una mujer sencilla y familiar, una mujer creativa, artista y mis pasos laborales se encaminaron por derroteros que ninguno había planeado.

Nunca les perdoné. Desde el momento en el que decidí que estudiaría y me quedaría en Valladolid, abandoné la música y el piano. No volví a tocar durante años. Ese fue mi castigo y el suyo. Dolió mucho. También fue el de mis hijos. No les transmití el amor hacia el piano. Jamás tuve uno en casa y nunca me vieron tocarlo. Tampoco les conté esta historia. Sirvan, por tanto, estas memorias para que conozcan un poco a su padre, un poco más de aquel niño de la posguerra.

Mis hijos saben que la música estuvo presente en sus vidas, no a través de mis manos, pero desde que fueron pequeños les puse vinilos y los llevé a conciertos. Si la vida se perdió a un músico entre ellos, fue solo culpa mía. Os pido perdón.

Ya muy mayor, volví a tocar, a recuperar lo que un día amé.

Aún tenía ese don de improvisar cualquier música sin partitura. Mis hijos me miraban sorprendidos, pero esos recuerdos ya no caben aquí, ya no son los relatos de un niño de posguerra. Algún día, quién sabe, puede que mi hija Clara, cuya vocación me ha hecho feliz, se decida a escribir la continuación de la saga familiar que abrió con su novela *Agua de limón*, en la que yo era el padre que tecleaba sobre la mesa de la cocina.

Hasta ese incierto momento, me despido de quienes habéis seguido esta narración.

¡Gracias!

Mi mejor recompensa es que os haya entretenido y, tal vez, abierto la puerta a vuestros propios recuerdos.

Hasta siempre.

Agradecimientos

Mientras esta historia estaba sucediendo en un pueblecito del Pirineo Aragonés y los escolares del CRA (Centro Rural Agrupado) Río Aragón de Salvatierra de Esca y sus maestras: Carol Martínez, Marta Quílez y María Sanjuán se documentaban durante meses en el archivo local, en los pueblos circundantes y en Francia, yo escuchaba pinceladas de su historia no muy lejos de allí, en Zaragoza. Me acababan de entrevistar en Radio Aragón sobre una de mis novelas, *Mi querida Irène*, que había sido recientemente publicada, y al comentar el siguiente proyecto, ya sin micrófonos abiertos, la periodista Ana Segura me atrajo hacia esta historia. Solo el nombre con el que llamaban a estas mujeres ya me enamoró y, desde aquel día, comencé a trenzar sus alas negras con mimo.

Sin saber ellos de mí ni yo todavía de ellos, la ilusión de aquella escuela pronto se convertiría en la mía. Tanto esfuerzo de su parte por recabar información, nombres, familias e historias, ha dado su fruto porque aquellas muchachas olvidadas, silenciadas y silenciosas, hoy tienen su sitio y su homenaje.

El mío, con esta historia que iba a ser mucho más larga, pero que, al final, se quedó en un duelo convertido en vuelo.

El suyo, en Salvatierra de Esca, donde una pequeña placita las recuerda cada día.

Querida Carol, os estoy profundamente agradecida por tanta dedicación y por compartirla conmigo. Y no puedo citaros a vosotras sin nombrar a la periodista jacetana Rebeca Ruiz. Fue ella quien me llevó hasta ti y tú quien me acercó al proyecto Ainarak. Descubrir el documental de Ritxi Lizartza fue increíble y le dio una dimensión mucho más real a lo que estaba escribiendo. Mil gracias a ambos de corazón.

Agradecer siempre es una fiesta y un momento muy especial.

Mientras hacía un viaje por el valle del Roncal siguiendo los mismos pasos que las golondrinas encontré una joya de papel con muchísima documentación, obra y anhelo del escritor Fernando Hualde, nieto de una golondrina, y del fotógrafo Joseba Urretavizcaya. Una de las fotografías de ese libro ensayo, *Alpargateras roncalesas (Erronkari Ibaxako Ainariak)*, de ediciones Xibarit, es hoy la portada de esta novela. En este libro han hecho una recreación histórica de la vida de las golondrinas que, para mí, ha sido fundamental para entender cómo vivían y por qué se marchaban con su juventud a cuestras. Hijas de la pobreza, su mérito radicó, sobre todo, en la valentía para afrontar todos los peligros por pura supervivencia. Un millón de gracias por vuestro buen hacer y generosidad.

A ti, Julián, dueño de la venta de Juan Pito, muchas gracias por ser tan amable cuando fui a preguntarte, por mostrarme tu venta, por contarme tu historia familiar y por darme permiso para inventar. Me diste alas.

Desde allí inicié la ruta a Francia vestida como una golondrina más. Tenía que vivir lo que ellas pasaban en mi propia piel. Es importante sentir para contar.

Cuando llegué a Mauleón fui a visitar dos talleres alpargateros. Ya no existen aquellas grandes naves. Ahora son pequeños negocios familiares y su producto es casi artesanal. En el primero, Prodiso, me encontré con Sandrine y Alex, madre e hijo, y me enseñaron cómo trabajaban y cómo funcionaban aquellas máquinas que comenzaron a utilizarse en la época que yo narro. Las conservan intactas. Fue muy emocionante. Tan conmovedor como la segunda visita. Allí, en Armaité, conocí a Pasquale, bisnieta de una golondrina. Me senté con ella en su despacho e intercambiamos historias y literatura. Yo le regalé mi primera novela, *Agua de Limón*, y ella me obsequió con dos pares de alpargatas, y lo mejor, su historia, la de su bisabuela Antonia. Fue pura inspiración.

Detrás de cada libro, de cada documental, de cada novela que se escribe sobre las golondrinas, hay un esfuerzo enorme colectivo, en

Aragón, en Navarra y en Francia. Dejadme citaros algunos de ellos:

La asociación Kebenko, en el valle del Roncal, con Ana Barrena al frente.

En Mauleón-Licharre, el colectivo Uhaitza & Ikherzaleak, a través de Véronique Inchauspé.

La Kukula ha hecho un trabajo de difusión de la memoria de las alpargateras en Burgui y en todo el valle encomiable.

La asociación Kurruskald, desde Isaba, con mención especial a Ana Rosa Ezquer, por la recreación anual de ese momento en el que las golondrinas se marchaban en otoño hacia Francia.

A todos vosotros os doy mi más sentido agradecimiento porque habéis sido, sin saberlo, mis compañeros de viaje durante dos años y me habéis permitido imaginar este mundo de *Golondrinas en agosto*.

Cuando comencé a escribir esta novela quise que mis golondrinas fueran reales; sin embargo, terminé por imaginarlas. Sentí que era lo mejor para que mis mujeres fueran libres de decir y contar, incluso de enamorarse. Es, por tanto, y disculpadme por ello, una historia de ficción enmarcada en nuestra memoria colectiva, como también lo han sido las palabras de mi padre sobre ese niño de la posguerra. He tratado de ser lo más fiel posible a sus vidas.

Escribir esta novela no ha sido un camino fácil, sin embargo, puedo aseguraros que, desde la primera a la última página, ha sido un ejercicio de amor.

El deseo que tenía cuando decidí cruzar todas sus historias fue llevaros de viaje a distintos escenarios, no solo físicos, también anímicos y temporales.

Quería recuperarme. Volver a la ilusión que siempre me ha regalado este oficio. Y aquí estoy. Quedaos conmigo. Tengo mucho que contaros todavía. Desde este lugar, que ya no es un lugar, sino una despedida, os doy las gracias por vuestro cariño. Cada vez que me leéis, que me comentáis, que me recomendáis, siento que mis alas se agitan libres. Y ya sabéis lo importante que es ser libre para volar.

Mil gracias mis *preciosas* hermanas Bree, ¡qué bonita amistad hemos creado!, ¡cuánto apoyo me habéis dado en los momentos más bajos! Espero que nuestro no club de lectura dure todavía muchísimos años más.

A ti, Antonio, gracias por la primera, por la segunda y por la tercera lectura, por cada consejo, por los ánimos, por los dulces y porque crees en mí mucho más de lo que yo lo hago.

A mi querida y siempre amiga y correctora Anes. ¡Qué feliz me hace tenerte en mi vida, por no hablar de tus escapadas inesperadas a Zaragoza para hablar de ese futuro que se nos escapa!

A mis hermanos, cuyos nombres he cambiado en este relato, os abrazo. Os quiero. Somos seis universos, todos muy distintos, y puede que quizá sea eso, precisamente eso, lo que hace que seamos una familia peculiar, independiente y unida cuando la situación lo requiere.

Mamá, como siempre y en cada novela, gracias por estar, por tu amor incondicional, incluso por tus miedos y dudas. Me ayudan a crecer.

Papá, qué puedo decirte que no te haya dicho ya en estas páginas. Gracias por tu luz y tus sombras. Has sido el mejor compañero.

Y a vosotros, mis queridos Miguel, Adriana y Samuel, los únicos nombres familiares verídicos que he escrito en esta novela, gracias por todo. Sin las crisis, sin las lecturas, sin los consejos, sin los abrazos, sin los ánimos, sin los mensajes, nada en mi vida tendría sentido. Mis pequeños grandes niños, ahora que ya no vivimos juntos, que ya no puedo arroparos solo con abrir la puerta de vuestras habitaciones, siento que, a pesar de la distancia, seguimos igual de unidos. Sois la música que mueve mis días. Sois nuestro todo.

Tengo que irme ya. Miguel me da la mano, esa mano que me acompaña desde hace más tiempo del que tengo memoria, esa mano que me quiere, que me envuelve para que me quede dormida.

Me pide que termine.

Lo dejo aquí.

Ha sido un bonito vuelo.

Gracias

Acerca de la autora

Clara Fuertes, escritora, investigadora, biógrafa y divulgadora en igualdad ha escrito nueve novelas más, una de ellas infantil (*La estela de Lidia*), y recientemente una colección de relatos. También algunos cuentos ilustrados en verso para primeros lectores.

Algunos de sus títulos son:

Agua de Limón (2014), Otoño desde mi ventana (2016), ¡Háblale!... A quien comprenda tus palabras (2017), El gran dragón negro, La estela de Lidia, Luz de Abril (2018), Mi querida Irène (2019), Me enamoró una lágrima (2020), Todas las horas del día (2022), Las fragilidades (2024).

Viajera y muy lectora, amante del arte y la belleza y, sobre todo de recuperar historias de mujeres olvidadas, su palabra es un caldero de emociones donde es fácil reconocer el amor, la familia, la crítica social, el desvelo, los viajes, el compromiso de la autora y la visión de la vida desde la infancia.

Sus novelas son homenajes.
¡Su palabra está hecha de mujeres!

Fuertes nació en el corazón de Castilla-León, en una villa llamada Aranda de Duero (Burgos) y en un año decisivo, 1975.

Pasó su infancia y parte de su adolescencia en una ciudad que ama, Valladolid. Sin embargo, su alma siempre fue aragonesa y *Agua de Limón*, su primera novela, sabe muy bien por qué.

Después de cursar estudios universitarios, enamorarse de verdad, ser madre dos veces y trabajar en la docencia, la escritura se convirtió en su vida, en su lugar favorito del mundo.

« Hay momentos en la vida de una mujer, en los que una se mira, se detiene y se descubre por primera vez. Tu propio encuentro es algo

increíble y, te das cuenta de que todas las experiencias y conocimientos adquiridos a lo largo de los años han tenido un único y verdadero fin, escribir » .

ÍNDICE

1. Volverán las golondrinas
2. El simbolismo de la golondrina
3. El corazón de una golondrina
4. Alas negras
5. Las montañas
6. Nidos de tinta
7. Un lenguaje de los pájaros
8. La arquitectura de un nido
9. El poder natural de las alas
10. Volar es canto, es música
11. Sonatas en el bosque
12. Canta la noche
13. El devenir del vuelo
14. El principio de la estación
15. Cuarteto para el fin de los tiempos

Agradecimientos

Acerca de la autora